

comu nica ción

CENTRO GUMILLA

Estudios venezolanos
de comunicación
Nº 92

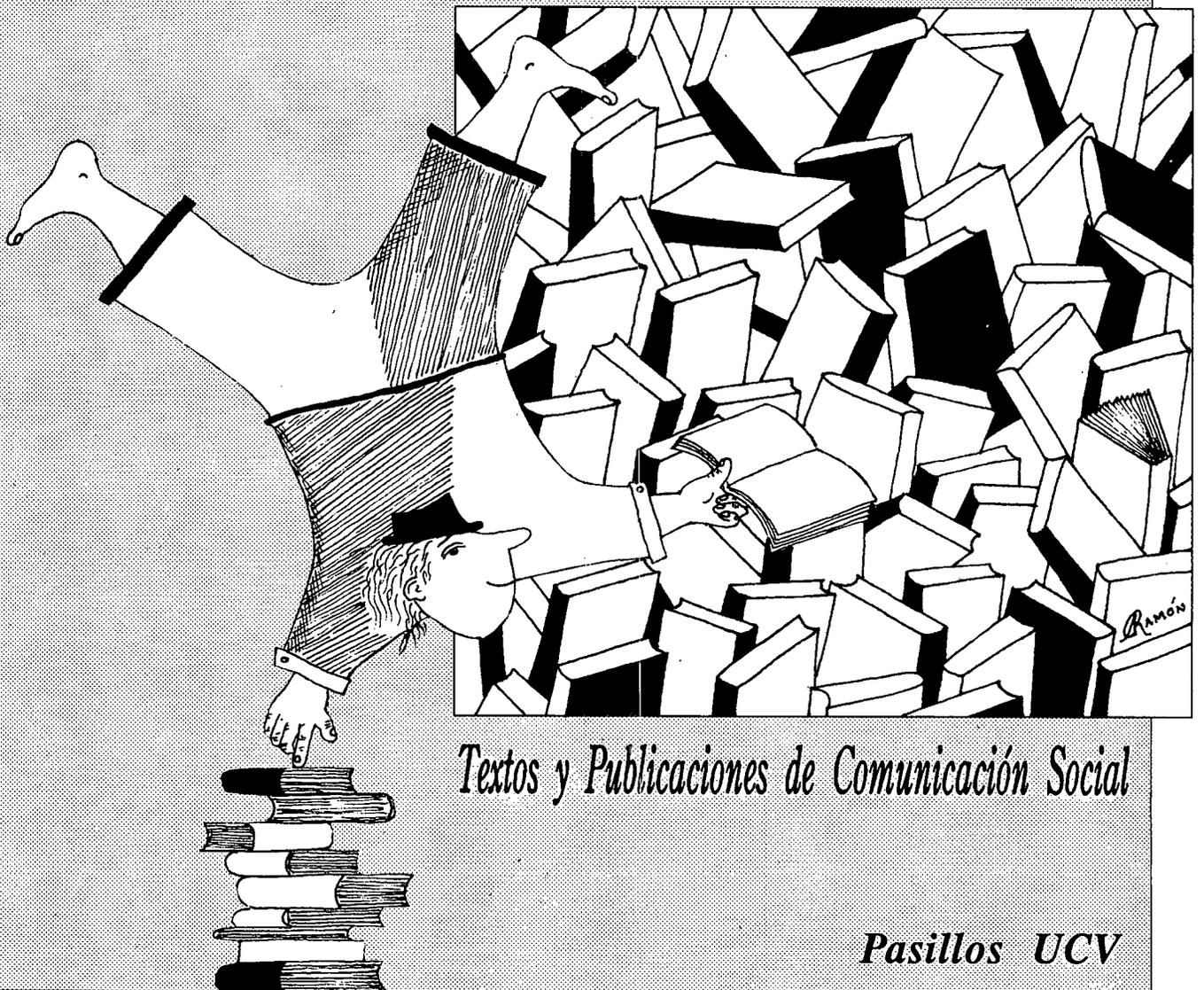
Cuarto trimestre 1995

**Mosaico cultural
integraciones
y rupturas**



L I B R E R I A

ACU



Textos y Publicaciones de Comunicación Social

Pasillos UCV

comunicación

Estudios venezolanos de comunicación
CENTRO GUMILLA

Perspectiva Crítica y Alternativa

Integrantes de la Red Iberoamericana
de Revistas de Comunicación y Cultura

SUMARIO

PRESENTACION

2

ENTRADA

- "In memoriam" de José Ignacio Cabrujas
Ibsen Martínez 3
- Asimetrías de la urdimbre cultural venezolana.
Políticas culturales y públicos 5
- La cultura popular en la modernidad venezolana (apuntes de una lectura)
Antonio López Ortega 22
- Pluriculturalismo
Agnes Heller 24
- Cultura latina y comunicación en Estados Unidos
Francisco Tremonti 26
- Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional
Gilberto Giménez 31
- Comunicación, gobierno y ciudadanía
Josep Rota 35
- La prensa de las comunidades españolas en iberoamérica.
Una visión cuantitativa
Antonio Checa Godoy 42

ESTUDIOS

- Comunicación y cultura: para pensar lo Massmediático
Marcelino Bisbal 45
- Identidad y postmodernidad en América Latina
Julio Ortega 56
- La región como ámbito de identificación con el grupo básico y su exigencia
de proyección internacional
Santiago Petschen 63

HABLEMOS

- Néstor García Canclini: Cruces, arraigos y deslindes
Marisol Cano Busquets 70

INFORMACIONES

75

RESEÑA

80

Director

Carlos Correa

Editor / Jefe de Redacción

Marcelino Bisbal

Consejo de Redacción

Jesús María Aguirre

Francisco Tremonti

José Ignacio Rey

Marta Aguirre

Gustavo Hernández

Carlos Correa

Marcelino Bisbal

Rosamelia Gil

Asistente Consejo

Rosamelia Gil

Diseño y Diagramación

Impregraf C.A.

Tlf.: 762.81.70

Impresión

Gráficas León S.R.L.

Tlf.: 571.65.24

Suscripción

(4 números al año)

Venezuela: Bs. 4.000,00

Exterior: US\$ 25

(vía superficie)

América: US\$ 35

(vía aérea)

Resto del mundo:

US\$ 45 (vía aérea)

Envíe su pago a:

Centro Gumilla

Edificio Centro Valores,

Local 2

Esquina de la Luneta,

Altagracia

Apartado 4838

Teléfonos: 564.98.03

564.75.57 y 564.58.71

Fax: (02) 561.82.05

Correo electrónico:

cengumi@conicit.ve

Caracas 1010-A-Venezuela

Depósito Legal

pp 76-1331

ISSN: 0798-1856

PRESENTACION

Desde el final de la guerra fría y la declinación del enfrentamiento Este-Oeste, cuando todos los países parecían poseer una identidad funcional en el ajedrez geopolítico, se ha deshecho el juego de las alianzas ideológicas y hemos visto cómo estallaban las figuras de varios Estados-Nación y rebrotaban múltiples tensiones regionales. Con la caída del muro de Berlín algunos soñaron en una era de paz, en la que se cerrarían las puertas del templo de Jano. Pero los conflictos del Golfo Pérsico, Bosnia-Herzegovina, Somalia, Ruanda, Chiapas, por no citar sino las excrescencias de un resurgimiento bélico regionalizado, nos hacen pensar que las anteriores confrontaciones, polarizadas en torno a dos potencias hegemónicas, escondían muchas tensiones político-culturales irresueltas.

Frente a los pronósticos de una evolución lineal en que los lazos de las solidaridades primordiales —raza, lengua, religión, cultura...— serían superados por la solidaridad de una Estado-Nación, regulador de las identidades fragmentarias y crisol de su recomposición sobre la base de las lealtades ciudadanas, asistimos a una revalorización de los particularismos que enraízan en las entrañas de las comunidades tradicionales.

En pleno proceso de globalización de la economía mundial y de la

cultura masiva, se han hecho paradójicamente más visibles los relieves pluriculturales y la amenaza aplandadora del nuevo «pool» de países hegemónicos. Por eso, ante la incertidumbre y el riesgo de la despersonalización cultural de los pueblos, se han encendido numerosas luces rojas de alerta.

Específicamente en el campo de las comunicaciones, los flujos que atravesaban localidades, regiones o espacios socio-culturales, y favorecían la impresión de un devenir universalista, han entrañado a su vez para los pueblos o regiones menos favorecidos la toma de conciencia sobre el proceso de desvalorización de su ser cultural. El resurgimiento de los fundamentalismos —nacionalistas, religiosos, culturales...— no es sino la punta de un «iceberg» de resentimientos históricos latentes, sea de grandes culturas subyugadas o de minorías reprimidas.

La modernización en la etapa de mundialización, a pesar de su aura benefactora, arrastra también efectos perversos, que no pueden ser soslayados por una ofuscación desarrollista, meramente justificadora de la lógica mercantil y de otro fundamentalismo menos mentado, el del capital.

En efecto, las unidades locales y regionales que sostenían solidaridades cercanas más vivenciadas y los

conjuntos de Estados-Nación, que se han ido agrupando sobre la concepción de la soberanía política y la autodeterminación, están siendo rebasados por los imperativos de una economía mundial y el impulso de las grandes transnacionales. Cada vez más las decisiones económicas, dictadas a nivel internacional escapan al control político nacional, sin que se hayan establecido integraciones intermedias o multiestatales. Y paralelamente los movimientos migratorios y los entrecruzamientos culturales desdibujan los mapas consuetudinarios, marcados por viejas fronteras irreales, para obligarnos a redefinir los nuevos espacios y construir nuevas identidades.

El riesgo de los fundamentalismos nacionalistas, religiosos, tribales..., que no solamente en África o Asia, sino también en Latinoamérica apuntan como reacción ante una transnacionalización brutal con efectos anómicos, nos obliga a repensar desde nuestra condición de comunicadores las vías para la construcción de nuevas solidaridades, lejos de la devaluación de las diferentes culturas y más próximos a la tolerancia intercultural. Sin soluciones automáticas para este tiempo inédito, abrimos las páginas de este número a un diálogo sobre las nuevas formas de pensar el mosaico de nuestras culturas y de recomponer las solidaridades venideras.

Latinoamérica -y Venezuela en tanto que latinoamericana- es un paraje prescindible, habitado por gente entrañable y desmañada, sin prestancia alguna para la tragedia ni mucho menos para el sentido trágico: he ahí un tema primordial, si acaso no es el tema de la obra visible de José Ignacio Cabrujas.

Esa debatible afirmación, según la cual existen parajes dramáticos, de la misma manera que hay lugares calurosos o húmedos, podrá parecer ingenua y provinciana sólo si se la toma literalmente.

O'Gorman ha dedicado páginas irrefutables a la noción de que América fue una invención europea con la que se quiso barrer bajo la alfombra el fiasco sin cuento de salir, en nombre de Copérnico, en busca de la China y confundir Guanahaní con Catay. Cabrujas entiende, casi al mismo tiempo que O'Gorman, que somos ni más ni menos que un paso en falso de Occidente y que lo que advino desde el principio como un error en la tabla de marear de Cristóbal Colón, no podía crecer ni enderezar sus ramas.

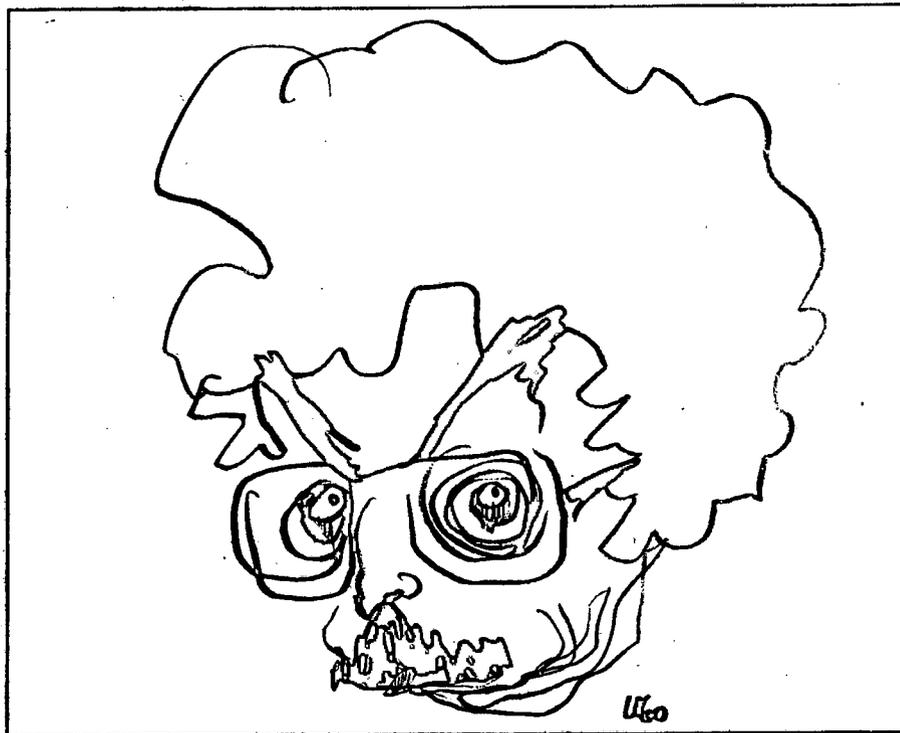
Estamos condenados, pues, a ser un remedo «por no vivir medio metro más allá», según postula Cosme Paraima, el «sentimental -bajo- un cínico», el desafectado borrachín de pueblo que pocos han advertido es el verdadero protagonista de Acto Cultural.

Cabrujas nos deshaucia, nos condena a la irrisión de ser, en el mejor caso, un amago de inalcanzables arquetipos europeos. Esa irrisión nos envuelve, nos define, nos explica y nos embaraza. A causa de ella, no alcanzamos nunca a trascender San Rafael de Ejido; la chatura de ideas, la verdolaga, el gamelote y la molicie lo invaden todo, como la maleza pervade un palacio, como invadirá irremediablemente a la Opera de Manaus el día que la libremos a su propia suerte.

Cabrujas despliega esa visión en observaciones que jamás se sacian

«In memoriam» de José Ignacio Cabrujas Morir en defensa propia

Ibsen Martínez



de su objeto: así, Bolívar es un epígono mestizo de Napoleón, aventado a un escenario -El Caribe y la América andina del siglo XIX- donde no hay puente de Arcole sino esa mezquindad ruinosa que es el de Boyacá, y Josefina no es una beldad creóle en el París del Directorio, sino que alcanza apenas a ser una adúltera quiteña y regordeta. Así, la etiqueta y el lujo del Segundo Imperio y la

retórica republicana clásica se reviven en locuciones afrancesadas y en charlatanería autoritaria en Guzmán Blanco. El dry martini del aeropuerto de Maiquetía jamás llega a ser el dry martini del hotel Negresco, en Niza.

Según Cabrujas, no somos: gesticulamos. Latinoamérica devino una buena intención resuelta en mero ademán.

Pero, ¡atención!, esa constatación de lo latinoamericano como insuficiencia y remedo, de Latinoamérica entendida como fracaso de Europa, no se disipa en la obra de Cabrujas en lamentación más o menos amateur.

No hay nostalgia eurocéntrica ni humanismo regañón y burgués, a la manera de Uslar Pietri, sino algo desde luego más disolvente y fascinante, valleinclanesco y perturbador; algo que llamaré lo paródico involuntario y que, apunta Cabrujas, signa la vida de cualquier intelectual en Venezuela. Esto equivale a una admisión de un hecho que Cabrujas halló siempre intolerable y causa de rebelión: el cariz orillero del intelectual en Venezuela.

Esa repulsión le dictó pasajes memorables de cruelísimo sarcasmo conversacional que son, sin duda, la parte mejor de mis recuerdos.

El intelectual reducido a ser una excentricidad, a un incordio de familiares y amigos: Amadeo Mier, empeñado en una quimera municipal, sin fervores que lo acompañen en el riesgo. Amadeo Mier, Ícuido y dueño de su arte, se convierte en una calamidad para sus piadosos allegados y amigos. Si lo acompañan, es con la condescendencia familiar que se dispensa al loco de la casa. Le siguen la corriente sin acatar sus lucideces. Ni más ni menos como trata Venezuela a sus genuinos hombres de ideas.

No hay premio, no hay castigo, solamente un «ubíquese por ahí, poeta», el intelectual entre nosotros está destinado a ser maestro de ceremonias de una representación gratuita y en la que los enanos y los tragasables están siempre mejor pagados que él mismo. San Rafael de Ejido no sería mejor ni peor si se dinamitara a la Sociedad Luis Pasteur para el Avance de la Ciencia, las Artes y la Cultura.

El destierro, el ostracismo, está precisamente enmascarado en la celebración y el reconocimiento formalistas con que, entre nosotros, aniquilamos al talento, cuanto más temprano mejor y perdónese la reminiscencia de Lorenzo Barque-



ro: es que soy galleguiano.

Nuestra fortuna —la del país— estuvo en que de su aversión por lo broncóneo y lo solemne, Cabrujas no nutrió ninguna renuncia a lo cívico y lo callejero, ni hizo de él un escritor apartado del mundo, rumiante y perfeccionista. Por el contrario, Cabrujas no desperdió ocasión para sentar su simpatía por el gesticulante, se llamase Pío Miranda o Pilar de Cárdenas, en sus ficciones, o Chico Carrasquel, Alfredo Sadel o Sonny León, en sus afectos.

Esa simpatía por el gesticulante librado a su suerte mueve buena parte de la renuencia del mejor Cabrujas a ser mero adorno oficial, ocasión feliz, ingenio protocolar, discurso de orden. De allí, quizás, el arrojo con que abordó su relación con medios interventores de la realidad, así fuesen a su vez intervenidos por la realidad. Medios que el folklore de la élite ilustrada tiene desde siempre en entredicho: la televisión, esa mala palabra. Y la prensa diaria, ese oficio menor.

Sin embargo, el hecho de haber desfogado sus talentos en ámbitos tan perecederos y fugaces como la televisión o la crónica de opinión se deja ver congruente con el pavor a ser aniquilado en una antología sin lectores que alienta en todo dramaturgo.

Le placía más la idea dickensiana del escritor influyente, cotidiano, el rol del agitador impertinente y de singularísima puntería, del cronista incisivo, volteriano y escéptico en el que nadie ¡nadie!, podrá sustituirlo.

Alguna vez comentó que, en su juventud, la lectura de Georges Sorel,

autodidacta propalador de ideas de las que irremediamente se convertía en aguafiestas, hizo por un tiempo de Sorel su imagen tutelar. Esa recompensa de saberse vocero de los particulares, desasido de dogmas y líneas de partido, ciertamente halagaba la mejor idea que alguna vez tuvo de sí mismo. Ello no tenía nada que ver con el «compromiso», palabreja de estirpe equívoca y bastarda, que infesta tanto panegírico. Más bien emanaba de un sentido de afirmación, de una acendrada intuición del ridículo en que incurre el intelectual que tiene que defender hoy el socialismo a ultranza de Fidel, y la apertura a los mercados de Fidel, mañana.

Pero todas las estrategias de vida están cebadas, como las trampas en la tundra.

La televisión y sus apremios, con su diabólico juego de urgencias públicas y postergaciones privadas, devoró a nuestro amigo.

El, que no creía en la posibilidad de que existiese un pathos latinoamericano, sucumbió trágicamente a uno de sus más genuinos avatares faústicos: las a menudo trágicas relaciones entre la televisión comercial y el intelectual fecundo. Fuimos amigos, en el sentido exacto en que esa individualista brillantez, esa nube inasible, enigmática y mordaz, tímida, jovial y hondamente desdichada, que fue José Ignacio Cabrujas, se permitió tener amigos. Estas notas no saben ceder, sin embargo, a la efusión al uso y preheren interrogar el motivo —entre tantos motivos— de mi admiración sin tregua y mi fervor inextinguible por el hombre generoso que un día providencial me mostró una máquina de escribir, me enseñó un oficio y me habló de sus riesgos.

Medito sobre su aparatosa salida de escena y sólo alcanzo a repetirme la fórmula de Vargas Llosa que le sugiere la muerte de otro escéptico desmesurado, el Zabalita de Conversación en la Catedral: vete tranquilo, José Ignacio: que los eunucos y los fariseos juzguen si algo quedó inconcluso. Cada quien se defiende de Venezuela como mejor puede.

Asimetrías de la urdimbre cultural venezolana. Políticas culturales y públicos.

Carlos E. Guzmán Cárdenas

En los últimos años, en América Latina y el Caribe, se aprecia un substancial esfuerzo por asentar las bases para nuevos enfoques de la trama cultural, su fenomenología (dominios) e infraestructura (instituciones culturales, instrumentos de promoción y formación, soportes, equipamientos colectivos singulares, etc.). América Latina también se proclamó en la búsqueda de la metafísica del progreso e identificó a la **modernidad** con una filosofía progresista de la historia: la modernización, o si se quiere con una «ideología modernizante»: una, desarrollista y, la otra, revolucionaria.

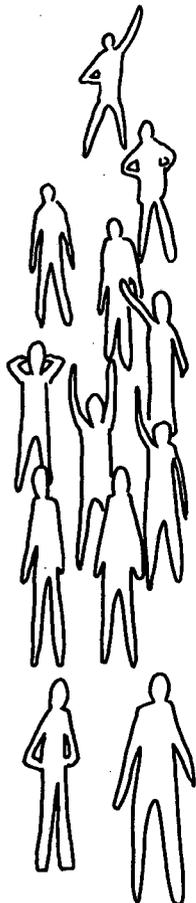
Sin embargo, una serie de procesos sociales ocurridos en las últimas dos décadas parecen respaldar la idea de que también estamos en presencia de rupturas de nuestros meta-relatos modernos. Las expectativas exageradas que depositó la época moderna, alentando una fe en la ciencia y en las consecuencias dudosas de sus paradigmas tecnológicos; el desbordamiento en los presupuestos y estilos de modernización etnocentristas, con el predicado «racionalista» de un desarrollo único como escalinata -la metafísica del progreso- hacia aquellos intereses que coinciden con los imperativos espacio-temporales (sucesivo, lineal) representados en las sociedades industrializadas y sus culturas metropolitanas; la exaltación acrítica del cambio tecnológico

acompañado de la euforia productivista del mercado; los enfoques y estilos convencionales del desarrollo lineal, que tienen por orientación hacia el futuro la direccionalidad y el estado actual de los centros; el papel del Estado omnipotente, omnisciente y omnipresente con respecto a la sociedad civil; estos fenómenos, entre otros, han sido testigos de la insustancialidad de un proceso histórico de modernización selectivo como nivelación -social, político, económico y cultural- que estuvo identificado con una noción de progreso agresivo e imperecedero de un saber absoluto, que no reconoció la asunción expresamente pagana de los presentes plurales: la diversidad de modos de vida en puntos de convergencia de un ahora sin fechas¹. Y si el **debate postmoderno** sirve para re-plantear todo lo que ha sido el proceso de modernización en América Latina, también se traduce en pensar la modernidad y su crisis desde aquí.

Jesús Martín-Barbero (1992), profesor de la Universidad del Valle en Cali, Colombia, al respecto nos indica: «La postmodernidad en América Latina es menos cuestión de estilo que de cultura y política. La cuestión de cómo desmontar aquella separación que atribuye a la élite un perfil moderno al tiempo que recluye lo colonial en los sectores populares, que coloca la masificación de los bienes culturales en los antípodas

del desarrollo cultural, que propone al Estado dedicarse a la conservación de la tradición dejándole a la iniciativa privada la tarea de renovar e inventar, que permite adherir fascinadamente a la modernización tecnológica mientras se profesa miedo y asco a la industrialización de la creatividad y la democratización de los públicos. La cuestión de cómo recrear las formas de convivencia y deliberación de la vida ciudadana sin reasumir la moralización de los principios, la absolutización de las ideologías y la substancialización de los sujetos sociales. La cuestión de cómo reconstituir las identidades sin fundamentalismos, rehaciendo los modos de simbolizar los conflictos y los pactos desde la opacidad de las hibridaciones, las desposiciones y las reapropiaciones.»²

En este contexto, el principal desafío para América Latina y el Caribe no puede ser otro, que retomar la experiencia histórica de nuestra identidad cultural en la dialéctica del pasado-presente-futuro como visión holística sobre la base del reconocimiento de nuestra heterogeneidad estructural y multitemporal; vale decir, la particularidad, diversidad y singularidad en que los procesos sociales están replanteando la anatomía de lo real-social y el modo en que lo harán en las próximas décadas, construyendo y produciendo su articulación según los múltiples flujos que los definen como



experiencias plurales. Esta nueva situación de cambios nos exigen un esfuerzo múltiple de reflexión prospectiva, de crítica, innovación y desempeño haciendo hincapié en la articulación de las diferencias, para superar aquellas visiones usuales en el tratamiento de la urdimbre cultural.

«Ante la complejidad y las ambigüedades de la dinámica cultural que viven hoy nuestros países esas dos concepciones [lo culto y lo popular] (...) no hacen sino mostrar cada día más a las claras su incapacidad para comprender lo que está pasando. Los mestizajes y las apropiaciones polimorfos de que se alimenta hoy lo popular, la disolución de las barreras que mantenían separados los universos simbólicos de lo alto y lo bajo, la emergencia de 'sub'-culturas que desde la anacronía subvierten lo actual introduciendo el destiempo y la utopía en el espesor masivo de lo urbano, no son pensables ni desde la ilustrada y distanciada visión de la mayoría de los críticos ni desde la dolorida visión de tanto populista romántico como los que se mueven aún por nuestras cátedras y nuestros periódicos».³

Entre tanto, en el caso de Venezuela, ¿realmente acontecen estos procesos de reorganización de los dominios culturales?, ¿cuáles son las características de nuestra urdimbre cultural?, y, si en verdad, la anacronía subvierte «lo actual» ¿cuáles deberían ser, entonces, nuestras políticas culturales futuras en este marco de reorganización de los escenarios tradicionales?, ¿cuáles serán las estrategias de innovación cultural para entrar al comienzo del tercer milenio?, ¿cuál y cómo será el escenario probable y en particular, el **escenario cultural deseable?**, y quizás, lo más importante, **¿cómo encarar con visión prospectiva un proyecto cultural que promueva y fomente la participación democrática de amplios sectores de la sociedad venezolana**, ante la multiplicidad de procesos internos e internacionales de multiculturalidad, debatidos entre la **concepción patrimonialista-difusionista-extensionista** por parte de la acción cultural pública del

Estado Venezolano y la **reorganización privatizadora** del capital transnacional-nacional que se realiza a través de la industrialización del mercado simbólico, representando en las formas de producción-consumo cultural de las mayorías de los venezolanos absorbidos por dicho campo cultural industrial-masivo?

Ahora bien, para responder a estas interrogantes y pensar a largo plazo se hace imperativo tomar en cuenta un conjunto de ataduras-temáticas a nuestros «estilos de modernización»; entre las cuales, podemos mencionar:

1. La revalorización de la Democracia Cultural con capacidad articuladora.

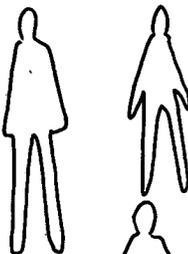
2. La participación efectiva y el derecho a la diversidad. El fenómeno de la pluralidad y diversidad cultural—incluido como tema central en el contexto de la postmodernidad—traducido a la realidad latinoamericana, ha enseñado el carácter eminentemente limitado de los modelos inspirados en una eventual uniformación cultural, como condición para alcanzar una nivelación socio-cultural y económica-política semejantes a nuestra matriz occidental de desarrollo y progreso. Las contribuciones intelectuales sobre esta temática son muy variadas, pero existe un consenso en torno a que «la pluralidad cultural en la región es un fenómeno que no sólo tiende a permanecer, sino que cobra una presencia cada día más visible (...) que no debe ser visto como un obstáculo al desarrollo progresivo de los países latinoamericanos, sino que debe entenderse como un recurso, un fundamento y una promesa, indispensables para la construcción de sociedades cada día más justas, más democráticas y más creativas.» (UNESCO, 1988).

3. Los problemas del conocimiento de la diversidad cultural y los desafíos que de allí se desprenden por la confrontación de procesos culturales particulares con un proyecto cultural hegemónico que no hace más que de espejo de la **ofensiva política cultural de la economía de mercado: el neoliberalismo post-**

moderno: el capitalismo postmoderno; privatización y transnacionalización de las prácticas culturales, de la cultura cotidiana y la masificación del consumo. En cuanto al tema, nos señala el sociólogo chileno Martín Hopenhayn (1987): «..., la retórica postmoderna ha sido provechosamente capitalizada por el neoliberalismo para poner al día un ansiado proyecto de hegemonía cultural (...) es, la posibilidad de que la reculturización, por vía del seductor relato postmoderno, legitime la ofensiva de mercado de los años ochenta, vale decir, que haga coincidir los gustos de la gente con la promoción de las políticas pro-mercado y con la consolidación de un sistema capitalista transnacional (...) la exaltación de la diversidad redonda en la exaltación del mercado, considerado como única institución social que ordena sin coerción, garantizando la diversidad de gustos, proyectos, lenguajes y estrategias (...) La desregulación económica y la privatización progresiva aparecen como políticas casi ad hoc para la plena actualización del 'individualismo lúdico' que pregona el discurso postmoderno. La desregulación es el correlato práctico de la apuesta valórica por la multiversidad».⁴

Un síntoma de la metafísica del progreso en su versión anti-racionalista: siempre abolir, para promover una lógica que se simula en la exaltación de la diferencia y por ende, en el individualismo estético y cultural, pero que no es otra cosa, que desarrollar pautas imitativas de consumo, desvinculando las prácticas culturales de su contenido, resistencia o lucha social. Por cierto, este proceso se sostendrá en América Latina y el Caribe, según sea el país, en la medida en que el Estado abandone su espacio público de acción cultural para dar paso a la iniciativa privada, a la participación empresarial en el desarrollo de la cultura.

En el caso de Venezuela⁵, se hace interesante estudiar esta situación de reorganización de los circuitos —agentes, instituciones— y campos culturales hacia un **«enfoque económico-cultural»** liberalista, pero



tomando en consideración, que contrariamente a lo ocurrido en otros países de la Región, la intervención del Estado Venezolano en los procesos decisionales y de actuación cultural se ha incrementado e intensificado.

Prueba de ello, es el aumento de los recursos otorgados al Sector Cultural en la repartición del gasto consolidado de la Administración Pública Nacional (APN) y particularmente al Consejo Nacional de la Cultura (CONAC) a partir de 1990, como a una serie de Fundaciones Culturales que se encuentran bajo la tutela financiera y administrativa del mismo organismo.

A diferencia de aquellos investigadores que creen en el fin de la hegemonía del Estado en la urdimbre cultural venezolana, justificado por la permanente crisis económica iniciada en Febrero de 1982 con el llamado «viernes negro» y por la presencia de la actividad fundacional privada en los campos culturales —Centro Cultural Consolidado, Espacios Unión, Fundación Polar, Fundación Bigott, etc.— a pesar de la inestabilidad financiera que experimenta el país desde los años 1988-1990, la acción pública en el sector cultura se ha intensificado; sin embargo, los reparos acerca del incremento de las asignaciones presupuestarias que el Estado Venezolano dedica a nivel del Gobierno Nacional —Administración Pública Centralizada y Descentralizada— en materia cultural se han visto mediatizados por el fenómeno inflacionario de características estructurales que vive la nación desde 1972 hasta el presente, próximo a un 70,84%.

El crecimiento de la inversión pública cultural consolidada de la Administración Central desde 1965, cuando empezó a funcionar el INCI-BA (modificado el 28-12-66 según

gaceta oficial N° 29221, adscrito al Ministerio de Educación) con una asignación de Bs.11,3 Millones (0,14% del presupuesto nacional), hasta la formulación del presupuesto para el ejercicio fiscal 1995 (con el 1,09% del gasto cultural total) ha estado signado por una progresión tendencial cercana al 1,5% del total del presupuesto nacional.

El gasto cultural de la Administración Pública Central ascendió en 1995 a más de 22.220,3 Millones de Bolívares —incluyendo los recursos provenientes del Sector Comunicación Social—, y su contribución representan el 48,55% entre los distintos organismos que la conforman en relación al presupuesto del CONAC. A nivel del Gobierno Central, el Consejo Nacional de la Cultura (con el 0,51% del presupuesto nacional) no es en efecto el único en incurrir en la inversión pública cultural. No obstante, la porción que representa el CONAC (64,38%) en la estructura del presupuesto cultural de la Administración Central es considerable, es decir más de la mitad, seguido del Ministerio de Educación. Estas características en la composición del origen de los recursos financieros también han respondido a una variación cronológica tendencial.

Por supuesto, este crecimiento financiero del sector cultura, no significa que el Estado Venezolano haya superado la irracionalidad en la distribución de los recursos, la deficiencia estructural y operativa en su administración, la dispersión de los recursos presupuestarios asignados a la acción cultural pública, el esquema de desorganización en la Administración Centralizada, la duplicidad de esfuerzos y difusión de responsabilidades, la falta de coordinación inter e intra sectorial y regional de los organismos culturales y su crecimiento un tanto anárquico. Si bien es cierto que el impacto real en el país de toda esta inversión (cerca a 40.000 Millones de Bs., en los últimos diez años) al Desarrollo Cultural tiene un efecto diferido, difícilmente traducido en datos cifrados; los estudios, diagnósticos, censos y encuestas que se han reali-

zados desde 1972 hasta los más recientes como el diagnóstico «Consideraciones sobre la Descentralización del Sector Cultura» (1991) y el «Estudio de Transferencia de Competencias» (1992) emprendidos por CORDIPLAN-COPRE-PNUD, han señalado como conclusión tajante una disipación financiera acentuada y por agregado, poca correspondencia entre la inversión del gasto cultural y los resultados obtenidos hasta el presente.

4. La emergencia de nuevas identidades culturales que no son resultados, necesariamente, del mestizaje cultural, sino el alcance del movimiento de diferenciación de un conjunto social hacia **procesos culturales de hibridación**. A juicio del antropólogo Néstor García Canclini (1992): «Porque somos prepost-modernos, nuestro estilo más propio no es el barroco (...), sino algo cercano al kitsch.(...) Somos sociedades formadas en historias híbridas, en las que necesitamos entender, al modo de los sociólogos, cómo se constituyeron las diferencias sociales, los dispositivos de inclusión y exclusión que distinguen lo culto de lo popular, y ambos de lo masivo. Pero también cómo y por qué esas categorías fracasan una y otra vez, o se realizan atípicamente en la apropiación atropellada de culturas diversas,....»⁶.

5. La existencia de movimientos de particulares tipos, que por su propia condición apoyan el respeto al pluralismo cultural. Tal es el caso de grupos culturales y asociaciones de voluntariado que interponen formas de ordenación distintas a una cultura «oficial-académica». Instituciones que por lo demás han aumentado considerablemente en los últimos cinco años, quizás por la crisis económica y el distanciamiento del Estado en su papel financiador y promotor (YERO, Lourdes. 1988).

A manera de ejemplo, en Puerto Rico entre los años 1985 al 1990 los centros culturales —entidades autónomas— afiliadas al Instituto de Cultura Puertorriqueña, crecieron a tal magnitud que en la actualidad existen 94 centros culturales. En Colom-



bia, hasta 1992, existían más de 400 Casas de la Cultura. En Venezuela, según el 1er. Censo Nacional para el Sector Cultura (1981), excluyendo el área metropolitana, proyectó la cifra de 10.000 (diez mil) grupos culturales en todo el país. En el caso de la participación no lucrativa del sector privado venezolano en la actividad cultural, de 1987 a 1990 aumentó el número porcentual de Fundaciones de un 22.45% a un 43%; el 38% asumían como su razón de ser la actividad cultural y 25% la referían tácitamente. Sumándose a estas cifras más de 140 Ateneos⁷ que forman parte de la «esfera privada» sólo que organizados alrededor de las comunidades locales. También es el caso del Grupo Social «Centro al Servicio de la Acción Popular» (CESAP), organización no gubernamental de desarrollo social sin fines de lucro, fundada y constituida en 1974 que dedica sus esfuerzos a incentivar y fortalecer la participación de los sectores populares promoviendo su organización y solidaridad a través de proyectos alternativos, participativos y autogestionarios en los distintos órdenes de la vida social. El alcance e impacto del CESAP se puede medir en la realización de más de 179 proyectos y 5.485 actividades, que han atendido a 45.887 participantes y 1.249 grupos comunitarios en 713 comunidades y 123 municipios del país. Se puede constatar el ascenso en la visibilidad socio-cultural de organizaciones que alcanzan mayor presencia y que vienen a enriquecer la especificidad, pluralidad, diversidad y diferencia culturales en la región.

6. La reformulación del papel del Estado y los mecanismos más eficientes de **(des)concentración** y **(des)centralización político-administrativa**.

La Descentralización Institucional y Municipalización de las actividades culturales tendientes a fortalecer los Gobiernos Subnacionales -gubernaciones y alcaldías- en la Planificación y Gestión Cultural Regional-Local. Con la Ley de Descentralización, Delimitación y Transferencias de Competen-

cias del Poder Público (1990) y la Reforma a la Ley Orgánica de Régimen Municipal (1989), en Venezuela, se modifica en forma significativa la estructura formal del esquema territorial de poder de los gobiernos subnacionales en relación a las competencias culturales.

7. El reconocimiento de la heterogeneidad y complejidad de las dinámicas sociales. Se contrasta con la necesidad de una «modernidad propia»; expresión de una capacidad de contemporaneidad, que permita cumplir con la necesidad de inserción en el mundo y compatible con un desarrollo plural, integral y propio.

8. La crítica a los modelos de desarrollo extensionistas asociados a un incrementalismo irracional y, la afirmación necesaria de una Democracia Cultural. Se diferencia de la **democratización** cultural y procura el reconocimiento así como la promoción para el desarrollo de todas las culturas que sean representativas de los grupos y actores que componen una sociedad. Sobre este aspecto nos explica Bernardo Subercaseaux (1991): «En tanto modelo de política cultural la democratización cultural tiene como objetivo repartir el capital y la acumulación cultural que existe en la sociedad. Se trata de una propuesta extensiva que busca facilitar el acceso a las mayorías a los bienes culturales, bienes que abarcan de preferencia las expresiones legitimadas por la tradición. Se trata también de lograr una mejor distribución geográfica y social de la infraestructura a través de la cual circulan esos bienes (...) La moderna industria cultural ha contribuido, no cabe duda, a la democratización cultural. (...) En esta perspectiva resulta necesario complementar el parámetro de democratización cultural con el de democracia cultural (...): derecho al acceso cultural; derecho a la producción cultural y por ende a los espacios de formación y elaboración, y derecho a participar en la gestión cultural. Las políticas extensionistas o de democratización cultural tienden a satisfacer el primer derecho, sin embargo no los otros dos. (...) La democracia cultural im-

plica hoy día necesariamente una democracia comunicacional. Vale decir la posibilidad de que los distintos agentes sociales y culturales del país se expresen»⁸.

Para Néstor García Canclini (1987), la democracia cultural también denominada **Democracia Participativa**, es un paradigma alternativo a las prácticas culturales de carácter difusionistas. «...No se limita acciones puntuales, sino que se ocupa de la acción cultural con un sentido continuo (a través de toda la vida y en todos los espacios sociales), y no reduce la cultura a lo discursivo o lo estético, pues busca estimular la acción colectiva a través de una participación organizada, autogestionaria, reuniendo las iniciativas más diversas (de todos los grupos, en lo político, lo social, lo recreativo, etc.). Además de transmitir conocimientos y desarrollar la sensibilidad, procura mejorar las condiciones sociales para desenvolver la creatividad colectiva. Se intenta que los propios sujetos produzcan el arte y la cultura necesarios para resolver sus problemas y afirmar o renovar su identidad»⁹.

Se podría decir entonces, que el nuevo paradigma que está planteado a desarrollar en la dinámica de la gestión cultural es **la unidad en la pluralidad** como el escenario posible y deseable con miras al fin del milenio.

HACIA UNA MIRADA PROSPECTIVA Y DE INNOVACION CULTURAL

En Venezuela, en los últimos veinte años, el desarrollo de la urdimbre cultural ha experimentado cambios, innovaciones, reformulaciones y retrocesos conformando una nueva situación de la institucionalidad cultural, en donde los escenarios predominantes confluyen en una articulación informal de intereses y espacios de convergencia, muy distintos a la rearticulación orgánica que se requiere para avanzar hacia una auténtica **Democracia Cultural Participativa**; debido entre otros



aspectos, al agotamiento del modelo socioeconómico de acumulación y dominación política, iniciado y realizado a partir de 1958. Con el paso del tiempo, hemos ido convirtiendo nuestras conversaciones sobre la dimensión cultural venezolana en algo que se asemeja cada día más a un intercambio entre funcionarios sin **una visión de transformación a largo plazo de la vida pública cultural**. (Guzmán, Carlos. 1995). Y en ese sentido, mientras el eje actual de las discusiones sobre las características y tendencias de la cultura venezolana permanezca girando en torno a tópicos tales como el de las políticas culturales, el papel del Estado y el mercado, el financiamiento de los agentes regionales y municipales, la institucionalidad cultural, las regulaciones para las industrias de la comunicación y otros similares, pero sin tomar en consideración el desarrollo de una **mirada prospectiva cultural**, la verdad es que seguiremos con «más de lo mismo».

El desgaste de las formas tradicionales de hegemonía y los procesos de desconcentración del poder; la reorganización del aparato económico y las tendencias acentuadas hacia la privatización; los avances en las tecnologías comunicacionales e informáticas (NTI-NTC); la superación de las barreras entre los campos culturales académico-culto, masivo-industrial y popular; etc., son procesos sociopolíticos y culturales que están incidiendo en nuestras representaciones del futuro conduciéndonos a reflexionar tanto sobre los probables como deseables escenarios culturales venezolanos hacia el fin del milenio.

En consecuencia, apreciamos mejor ahora la presencia de las cuestiones culturales en los espacios político y económico. Al volvernos más sensibles a la necesidad de una democracia integral de la sociedad venezolana que permita suprimir las relaciones de apropiación diferencial, hace pensar que en los próximos años, la realización de investigaciones prospectivas y el diseño de políticas culturales armonizadas con las necesidades de la población se-



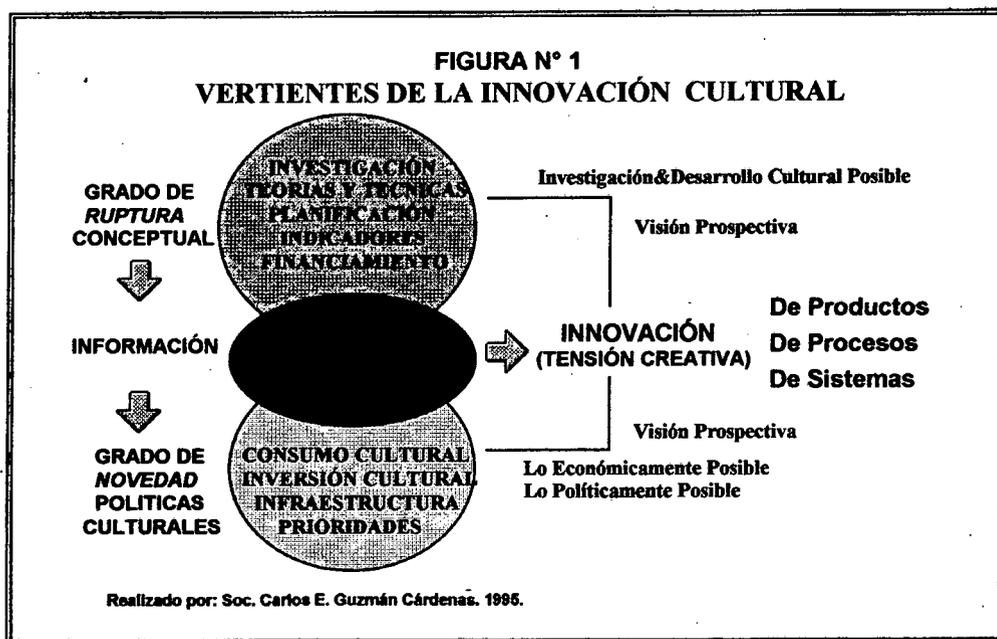
rán tareas primordiales para la puesta de un futuro más humano. Desde este plano de reflexión, en donde acentuamos las interacciones entre **cultura-desarrollo humano** sobre la idea de construir nuestros propios estilos de modernización —superando las visiones metafísicas del progreso— la problemática del hacer teórico-cultural exige mejorar las investigaciones culturales de corte tradicional¹⁰, para avizorar diferentes tipos de direccionalidades que rebasen los límites del escenario probable: la democratización cultural hacia la construcción de una imagen objetivo: la democracia cultural participativa.

Tales referentes señalados determinan acometer las investigaciones culturales en Venezuela desde otra óptica. Sin embargo, son muy pocas las investigaciones culturales que sirven como soporte o de apoyo para el perfeccionamiento del sistema institucional responsable de la gestión del Desarrollo Cultural Venezolano¹¹.

Esto significa, que es imprescindible reconsiderar en sus propósitos y ampliar en sus contenidos el vínculo entre políticas e investigación para contribuir a la determinación de objetivos precisos y, determinar la actualidad y/o eficiencia de las políticas públicas culturales existentes. Las perspectivas políticas, económi-

cas y sociales de hoy día, exigen discutir las bases culturales de la sociedad venezolana hacia el inicio del tercer milenio y su posible renovación como instrumento de gestión para alcanzar otro estilo, otro modelo de desarrollo, enmarcado en el paradigma de una **Democracia Cultural Plural, Sustantiva, Integral y Participativa**. Nuevos enfoques analíticos han de facilitarse para explicar la confluencia convergente y divergente de variados proyectos en los campos culturales del país, con la finalidad de mejorar la capacidad comprensiva de los procesos, prácticas y sistemas vinculados a la cultura en cualquiera de sus dimensiones o aspectos.

Se trata de buscar nuevos significados sociales para dar cuenta de nuestra heterogeneidad cultural y multitemporal en un contexto de reformulaciones y de un alto grado de incertidumbre. De manera que, la construcción de un futuro deseable está muy relacionado a los problemas conceptuales y de tipo metodológicos de encontrar nuestro propio camino hacia un desarrollo que conlleve al fortalecimiento de nuestras identidades culturales regionales y locales, lo cual requiere, de **innovaciones** —ya sean de **ruptura o de adaptación**— (Ver Figura N° 1), en la concepción que hasta ahora ha prevalecido sobre la planificación



del desarrollo con el objeto de propiciar una armonía con los aspectos culturales y así avanzar en una mejor precisión respecto de un proyecto modernizador endógeno.

Es importante aclarar, que la planificación del desarrollo de la cultura debe ser entendida como un proceso sistemático, continuo y flexible a través del cual se definen modelos opcionales acerca de lo que «puede y debe ser» el desarrollo cultural del país. En función de un conjunto determinado de dominios y/o campos definidos por actores y agentes sociales e institucionales se promueven determinados procesos culturales en sentido estricto: la animación, el apoyo a la creación, la valoración del patrimonio cultural, etc., que apoyados en herramientas y técnicas administrativas de gestión: planificación, gerencia, organización, investigación, etc., pretenden incidir en el reforzamiento de determinados procesos sociopolíticos: descentralización, desconcentración, regionalización, etc.

LA CONSTRUCCION DE LA INSTITUCIONALIDAD CULTURAL

Desde 1936 cuando se crea la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación pasando por la Dirección de Cultura y Bienestar Social del Ministerio del Trabajo en 1940 y el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA) concebido el 12 de Abril de 1960 (Gaceta Oficial N° 26231), cuyo primer presidente fue Don Mariano Picón Salas, hasta el actual Consejo Nacional de la Cultura creado el 29 de Agosto de 1975 (Gaceta Oficial N° 1768 Extraordinario) como órgano rector de la política cultural del Estado Venezolano, estos intentos de renovación a nivel organizacional, cultural y sociopolítico se han materializados a medias en los últimos cinco años, como resultado de un conjunto de circunstancias que han redimensionado la Acción Cultural Pública Venezolana hasta llegar a lo que podríamos denominar la construcción de la institucionalidad cultural.

No obstante, aún no se ha modificado el escenario cultural dominante: una concepción del desarrollo cultural sustancialista, tradicional y patrimonialista: una democratización difusionista-extensio-nista con un fuerte desequilibrio asimétrico funcional de la urdimbre cultural. Esto implica a mediano plano, la modificación de las prioridades culturales -enmarcadas en una agenda de políticas públicas- en las relaciones Estado-Sociedad Civil, Estado-Sector Privado Empresarial y por supuesto, la dinamización de las prácticas culturales asociadas a un mayor aprecio por la participación, la valoración de la creatividad y la creación como impertivo. De igual modo, se hace categórico revisar las capacidades institucionales acumuladas de los agentes del desarrollo vinculados a la cultura y su promoción.

De ahí partimos, la atención y el esfuerzo deben estar dirigidos a proyectar una mirada prospectiva cultural (Guzmán, Carlos. 1993). Se trata de plantear los prolegómenos de la política cultural futura en el país, lanzando hipótesis nuevas, permitiendo cuestionamientos totales, compensando lagunas. Por supuesto, también debemos encontrar puntos de anclaje, de articulación, sobre los que se puedan construir políticas de las que esta predefinición estaría destinada a la vez a la opinión pública y a los responsables de la gestión.

Sobre este particular, no basta entonces, contar con mecanismos políticos-administrativos para garantizar una gestión eficaz-eficiente en términos del Desarrollo Cultural Venezolano. Es imperativo tener una percepción del presente: ¿en dónde estamos? y al igual que una percepción del futuro probable: ¿para dónde vamos? y así de esta forma poder enfrentar el diseño y la construcción de un futuro cultural deseable: ¿hacia dónde queremos ir? y sus respectivas estrategias de desarrollo: ¿hacia dónde podemos ir? La disponibilidad de estas observaciones nos permitirán, por tanto, esbozar una guía estratégica en la definición de objetivos a mediano y largo plazo así

como también la elaboración de políticas culturales innovadoras basadas en los problemas del desarrollo y los posibles comportamientos futuros, ya sean futuribles (posibles) o futurables (deseables).

En tal sentido, es importante destacar en la discusión presupuestaria la necesidad de una **Prospectiva del Desarrollo Cultural Venezolano afín al fomento/difusión de un Sistema Nacional de Innovación Cultural, SNIC** (Guzmán, Carlos. 1995), que permita la conjunción de capacidades y actores, agentes, fuerzas e instituciones distintas, tanto nacionales, regionales y locales; tanto públicos como privados, a través de relaciones fluidas y de mutuo intercambio, cuyo propósito sea la generación o mejoramiento de procesos, productos y sistemas de organización cultural para superar el desarrollo asimétrico del consumo cultural venezolano. De igual modo, para emprender con anticipación la gestación de un futuro cultural deseable concerniente a la re-valorización progresiva de los aportes de la cultura y su articulación con el desarrollo de la sociedad venezolana en su sentido más amplio, que se va reconstruyendo en interacción con referentes culturales transnacionales que operan mediante la producción industrial de cultura, su comunicación tecnológica y el consumo diferido y segmentado de los bienes.

Por otra parte, subrayando, la urgencia de revisar los enfoques paradigmáticos de gestión cultural -de pensamiento lineal y enclaustrante- casi siempre de una visión fundamentalista: una **política cultural gutemberguiana**, que han caracterizado los mecanismos, instrumentos y recursos financieros para operacionalizar la totalidad del proceso de planificación del Desarrollo Cultural Venezolano en los últimos veinte años.

En efecto, el agotamiento del modelo sustitutivo de desarrollo del país, si bien favoreció el proceso de industrialización en un momento histórico determinado, empero, produjo grandes desigualdades y desajustes culturales, cuya agudización se



hizo más evidente durante la década de los años ochenta; entre otras cosas, debido, a las insuficiencias del modelo para propiciar los cambios estructurales que demandaba la sociedad venezolana.

Parte importante de los problemas que intento resolver el **VIII Plan de la Nación (1990)** y que aspira resolver el **IX Plan de la Nación (1995)** en lo atinente al sector cultural tienen su origen en las políticas de desarrollo puestas en práctica desde 1958. Sin embargo, la instrumentación de la estrategia generó resultados concretos en lo concerniente a los sectores sociales y culturales al irse concediendo importancia a las políticas de democratización cultural, acompañadas de un proceso, no siempre sostenido, de fortalecimiento de la institucionalidad cultural, lo cual se traduce, de una parte, en una complejización de los escenarios culturales institucionales con diversos proyectos y racionalidades; de la otra, a un marcado debilitamiento de la Acción Cultural Pública, especialmente durante el comienzo de la mencionada década.

Muchos problemas de diversa índole se han acumulado en los últimos cuatro años. El agotamiento del modelo cultural «civilizador»: «**más cultura para todos**», trascendió a los ámbitos políticos, sociales y la comunidad cultural en su sentido más amplio, sin haberse generado oportunamente la búsqueda del consenso socio-cultural necesario para reorientar el rumbo social del país, donde la cultura forme parte de un verdadero proyecto de desarrollo de la Democracia.

Los problemas culturales más agudos enmarcados en el desarrollo asimétrico de la urdimbre cultural venezolana se han puesto en evidencia a partir de 1992 y respecto a los cuales se adoptaron políticas culturales erradas, que si bien no produjeron una reducción de los gastos y las inversiones culturales, sino que por el contrario se incrementaron en los presupuestos nacionales, no obstante el desafío, en el mediano y largo plazo, de alcanzar un desarrollo cualitativamente distinto como sostén

del sistema democrático, para generar y armonizar cambios en los valores sociales y culturales, fue obturado en la conciencia colectiva para transformar radicalmente las estrategias de desarrollo cultural y enfrentar los retos del siglo XXI.

El inicio del fin del milenio ha demostrado para Venezuela la impostergable necesidad de profundizar en los campos de la urdimbre cultural, asumiéndola desde la perspectiva política del Desarrollo Nacional, a partir de nuevas teorizaciones y enfoques, cuya gestación plantea requerimientos, oposiciones, desafíos y encuentros de diversa índole. Y este reconocimiento obliga a superar el paradigma cultural dominante difusionista-extensionista (Ver Figura N° 2) al igual que garantizar las articulaciones orgánicas y dinámicas de los diversos contextos socioculturales que caracterizan la formación cultural de Venezuela.

EL DESARROLLO ASIMETRICO DE LA URDIMBRE CULTURAL VENEZOLANA

En el caso de Venezuela, la acción cultural de los agentes públicos y privados sigue obediendo al paradigma político-cultural difusionista-extensionista, prevaleciendo como característica central *el mece-*

nazgo patrimonialista en discrepancia con la evolución del consumo cultural (los hábitos, prácticas y gustos) de las grandes mayorías. Sumado a este modelo, encontramos un proceso tendencial de *mediatización de lo culto y lo popular*, acompañada de un cierto *repliegue al espacio privado*, como espacio privilegiado del consumo cultural y al menor uso de los espacios públicos, que pone en entredicho las programaciones de carácter difusionista. Por otra parte, se promueve en lo cultural un enfoque «tecnicista» que persigue sustituir la presencia del Estado y reducirlo a funciones estrictamente de carácter subsidiario, propiciando la presencia de nuevos agentes y fuentes de fondos del sector privado. Frente a tales características, persisten todavía desequilibrios en cuanto a la oferta pública y privada de los servicios de las industrias culturales-comunicacionales así como una segmentación diferenciada en el consumo de éstos.

De esta suerte, el Estado venezolano mantiene una visión dentellada sobre los sub-dominios del **campo cultural industrial-masivo**; sin políticas, planes y proyectos para incorporarnos a una nueva estructura de circulación cultural, sin afectar nuestras identidades y diversidades. Las industrias culturales-comunicacionales han adquirido una enor-



FIGURA N° 2



me **centralidad** en el consumo cultural de las poblaciones urbanas de la Región Latinoamericana (Catalán, Carlos y Guillermo Sunkel, 1992); es de suponer, que esta tendencia ocurre en nuestro país. Más precisamente, esta inclinación indica, que el consumo cultural de las poblaciones urbanas se ha transformado en un equivalente al consumo de los bienes producidos por las industrias culturales-comunicacionales.

La productividad de la economía mundial descansa hoy en los procesos globales de información y en los sistemas de transmisión electrónicos. En la lógica de desarrollo de la moderna tecnología de comunicación e información podemos encontrar una articulación compleja en la que se integra, en una misma dinámica de interdependencias recíprocas, la innovación tecnológica, el desarrollo industrial de las economías avanzadas, la nueva expansión del capitalismo y la política de globalización, todo ello de manera conjunta e indisoluble hacia un **proceso de universalización de la información y la cultura**. El rápido desarrollo de esta mutación tecnológica ha: a) alterado radicalmente el significado económico y cultural de las cadenas de radio y televisión; b) modificado la producción de programas (expandiendo unos mercados internacionales crecientemente oligopólicos) y la industria cinematográfica (que se ha vuelto complementaria de la televisión y de la industria del video) y, c) alterado la estructura de las antiguas ramas de las industrias culturales (industria discográfica, editoriales) y generando nuevas ramas (producción de video y videoclips como los ejemplos más destacables).

Ahora bien, para tener una visión global de la diversificación del sector cultural industrial-masivo así como de los agentes que lo constituyen, basta ensayar un catálogo ejemplificativo del mismo, sin pretender ser exhaustivos, a partir del Derecho de Autor, ya que las industrias culturales y comunicacionales no pueden existir sin obras, ni éstas sin autores. Así tenemos (Guzmán

Cárdenas, Carlos, 1993):

De las Diferentes categorías de autores cuyas obras sirven de sustento indispensable para las Industrias Culturales y Comunicacionales, aparecen:

- Autores Literarios (en sus diversas categorías: de ficción, de obras científicas, ilustrativas y de enseñanza, etc.) y musicales (estos últimos por la edición gráfica de sus composiciones), en relación con la Industria Editorial.
- Autores de obras de arte en relación con las industrias gráficas y plásticas.
- Diseñadores y dibujantes en la industria gráfica.
- Escultores, dibujantes, diseñadores y artesanos en las industrias de artes aplicadas.
- Autores, compositores y arreglistas musicales, en sus relaciones con las editoras de música y la industria fonográfica.
- Argumentistas, adaptadores, guionistas, compositores, arreglistas, escenógrafos, coreógrafos, autores de dibujos animados y de efectos especiales, realizadores y directores, en las industrias de obras audiovisuales y en los medios radio-televisivos.
- Analistas de sistemas y demás creadores informáticos, en la industria del «software» y de las bases de datos.
- Arquitectos y decoradores en su vinculación con la industria de la construcción.
- Autores literarios, fotógrafos, dibujantes y caricaturistas, en los medios impresos de comunicación.

Este tipo de agentes del sector, se conocen en términos de un Circuito Cultural, según José Joaquín Brunner (1987), como **productores profesionales**.

De las «Industrias Primarias» del Derecho de Autor (Hummel, Marlies, 1990) que de acuerdo a cada legislación nacional, tienen la titularidad, de los derechos de explotación sobre la obra. Podemos identificar:

- La Industria editorial, respecto

de las obras sobre las cuales han adquirido los derechos de edición.

- La Industria editorial musical, en relación con las obras de las cuales es cesionaria.
- La Industria fonográfica, respecto de los derechos adquiridos mediante contratos de inclusión de obras en fonogramas. En el caso de Venezuela, la industria fonográfica nacional, que existe desde 1958, genera más de un billón de Bs. de venta anual además de mantener en funcionamiento inversiones superiores a los mil seiscientos millones de bolívares (Conapri, 1992).
- La Industria cinematográfica sobre sus obras de cine.
- La Industria de otras obras audiovisuales y radiofónicas (p.ej. telenovelas, radionovelas) sobre las respectivas producciones.
- La Industria publicitaria, según el régimen aplicable, sobre las contribuciones realizadas por encargo o bajo relación de empleo, y sobre la obra en colaboración resultante.
- La Industria del Diseño y otras artes aplicadas.
- La Industria del «software» y de las «bases de datos» sobre los programas de computación o las bases, según el caso.
- La Industria de la radiodifusión (radio, televisión) sobre las producciones realizadas bajo su coordinación y responsabilidad (p.ej. informativos, reportajes y documentales).

De las «Industrias Secundarias» relacionadas con el Derecho de Autor y que son productoras de bienes de capital (Hummel, Marlies, 1990):

- Industrias productoras de equipos de impresión, reproducción y encuadernación.
- Industrias fabricantes de la materia prima para la fijación en soportes materiales (p.ej. papel



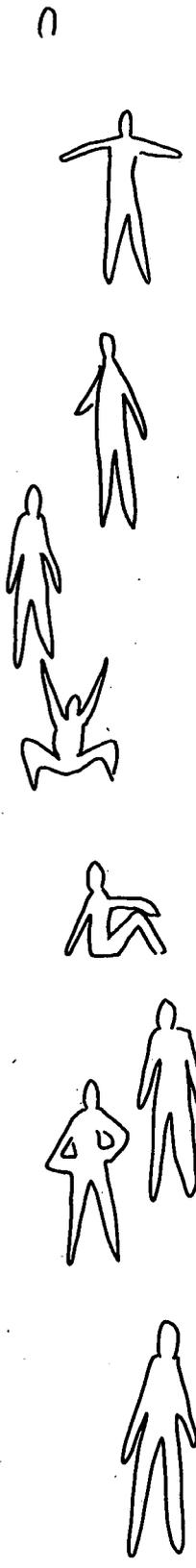
para la impresión, pasta para los discos fonográficos, películas en «celuloide» para los filmes).

- Industrias productoras de equipos de grabación y reproducción sonora.
- Industrias fabricantes de equipos de filmación, grabación y reproducción visual-audiovisual.
- Industrias productoras de equipos reprográficos.
- Industrias del «hardware» de computación.
- Industrias fabricantes de soportes «vírgenes» (audiocassettes, videocassettes, diskettes).

Si bien es cierto, que estos bienes no son propiamente culturales, dichos soportes son empleados directa o indirectamente para la fijación, reproducción o difusión de bienes intelectuales objeto de protección autorial. Por esto, están incluidos en el sector de las Industrias culturales, nuevas tecnologías informáticas y comunicacionales.

De las «Industrias Auxiliares» que enlazan la actividad del sector creativo y de las industrias primarias con la labor de fijación, reproducción o difusión de los bienes intelectuales.

- Imprentas, litografías y encuadernadoras de soportes gráficos, tanto de obras literarias como de material escrito relacionado con otras obras (p.ej. carátulas de discos, de audiocassettes y videocassettes, manuales de uso de programas de computación, etc.).
- Empresas diseñadoras de portadas de libros, de carátulas de discos, audiocassettes y videocassettes, y de afiches divulgativos de las obras cinematográficas, etc.
- Estudios de grabación y montaje de fijaciones sonoras.
- Estudios de filmación, montaje y edición de obras audiovisuales.
- Laboratorios de copiado de películas y de reproducción de obras en videogramas, particularmente audiovisuales.



- Fábricas de los soportes que contienen las artes aplicadas (p.ej. telares, fábricas de muebles, tapices y cerámicas, fundidoras, etc).

- Empresas reproductoras bajo licencia de los soportes de programas de computación.

De la actividad comercial directa, a manera de ejemplos:

- Distribuidoras de libros y librerías.
- Distribuidoras fonográficas y discotiendas.
- Licenciatarias, distribuidoras y vendedoras de videogramas.
- Distribuidores y exhibidores de películas cinematográficas.
- Museos y Galerías de Arte.
- Salas de Teatro.
- Licenciatarias, distribuidoras y vendedoras de programas de computación.

Otros servicios que no tienen como objeto principal la explotación de las obras protegidas, pero su utilización forma parte del objeto comercial.

- Los organismos de radiodifusión (radio y televisión), no en su condición de productoras de obras audiovisuales (industrias primarias), sino en su condición de usuarias de obras pre-existentes.
- El comercio de aparatos eléctricos y electrónicos, destinados al uso de soportes materiales contentivos de obras protegidas (aparatos reproductores de sonido, videograbadoras, equipos de computación).
- La actividad publicitaria no como productoras de bienes intelectuales (industrias primarias) sino como empresas comerciales a quienes se contratan los servicios para la promoción de obras protegidas, es decir, tuteladas.
- La actividad comercial, formal e informal, que se genera alrededor de la industria del espectáculo.

Frente a tal expansión y diversidad de los mercados culturales, tomando como ejemplo la Propiedad Intelectual, resulta evidente el lugar estratégico que deberían ocupar en una agenda de prioridades de la Ac-

ción Cultural Pública Nacional.

En consecuencia, el Estado Venezolano está obligado en el campo comunicacional y de las industrias culturales a tratar de definir los grandes parámetros de una política cultural democrática que pueda asegurar la existencia y la reproducción de una **diversidad de circuitos culturales** (Brunner, José Joaquín. 1987) con sus variadas formas de operación a nivel de los agentes e instancias institucionales de organización de la acción cultural.

Sin embargo, la situación predominante en la Venezuela de los noventa, es totalmente contraria al espíritu de estos señalamientos. El pronunciamiento por la existencia y la reproducción de diversos circuitos culturales en la producción, difusión/distribución y uso/consumo de mensajes, bienes y servicios culturales, se realiza en el imaginario colectivo de los diversos sectores como un discurso «simulado», que oculta una clara repartición de los campos, funciones y dominios entre el Estado Venezolano y el sector privado empresarial (HERNANDEZ, Tulio. 1987); es decir, entre los agentes públicos y el capital, pero con ausencias reales de verdaderas políticas culturales y comunicacionales que respondan a la crisis societal de nuestro país más allá del coto protegido de las «bellas artes».

Al respecto, una vez más, al igual que en los anteriores Planes de la Nación, el Estado intenta en el IX Plan definir y asumir un papel más activo en la imbricación cultural y comunicación; añosos problemas, antañanas soluciones, pero cometiendo el mismo error de siempre: no concebir que en lo tocante a los bienes culturales, el desarrollo industrial ha incorporado al sector de las Industrias Culturales –los materiales impresos y la literatura, la música, las artes visuales, el cine y la fotografía, la radio y la televisión, la computación, y la artesanía– tanto en lo que concierne a la **producción en sí del producto físico o mensaje**, en lo relacionado a los **bienes e insumos necesarios para su producción como el grado de apropiación**

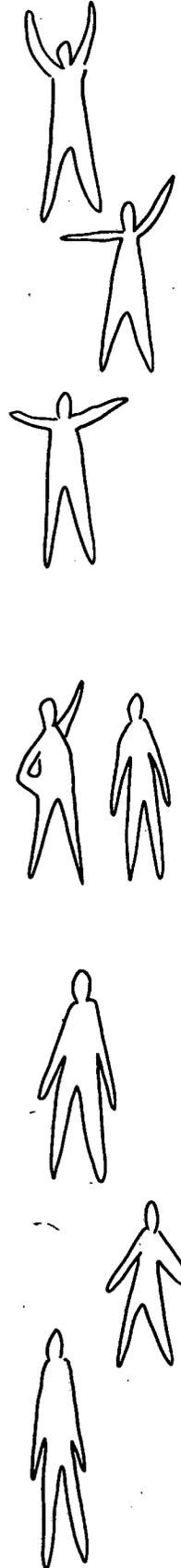
simbólica que se realiza en el acto de sus consumos.

Obviamente, aunque existen equívocos o sesgos sobre el tipo de actividades que abarcan las Industrias Culturales, los medios de comunicación y las telecomunicaciones, lo cual hace que tengan mayor o menor importancia, o se manejen cifras económicas y estadísticas muy disímiles (algunos incorporan desde todos los materiales y equipos para la producción y difusión de mensajes, hasta el turismo y el mercadeo; otros se limitan estrictamente al producto en sí, el libro, p.ej.), cada uno de los tipos de medios electrónicos y bienes de consumo intermedio tienen, además de sus propias características tecnológicas y de producción, **distintas formas de composición de costos, de necesidad de insumos y equipos, de requerimientos de divisas o dependencia externa—no ponderados por las políticas culturales de la acción pública—**, los cuales determinan distintos cursos de acción a la hora de tomar decisiones sobre el tipo de apoyo que debe dársele a su producción, orientación de mercados, actualización tecnológica y desarrollo cultural. Por otra parte, el peso tan importante que han adquirido para las economías nacionales la producción industrial de bienes y servicios culturales en la constitución de su Producto Interno Bruto (PIB), originado fundamentalmente en el sector privado empresarial con escasa participación de la agencia pública, como en nuestro país, y sobre todo, regulada por el mercado, señalan **una reorientación del enfoque político-cultural hacia un enfoque económico-cultural** (Portales, Diego. 1985), en donde desde la perspectiva de los límites de la presencia del Estado en lo cultural, una fuerte propensión intenta reducirlo a funciones estrictamente de carácter subsidiario. Sin embargo, desde este enfoque, el problema de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil en su sentido más amplio, adquiere una dimensión más amplia ante la necesidad y aspiración de una Democracia Cultural Plural, Sustantiva, Integral y Participativa.

No obstante, si bien el Consejo

Nacional de la Cultura (CONAC) ha reiterado su apoyo oficial al desarrollo de las Industrias Culturales y Comunicacionales a través del IX Plan de la Nación, particularmente en los dominios de la Artesanía, el Libro, Radio y Televisión, Cine y Fotografía, no cuenta con información sobre bienes e industrias culturales que pudiesen orientar o facilitar el diseño de una Política Cultural en ese sentido. No dispone de un sistema de indicadores estratégicos de carácter prospectivo, que le permitan identificar los elementos y las relaciones que componen **la estructura de consumo científico-tecnológico del Sistema de Comunicaciones** que se está desarrollando en el país, mediante la cual se asocian o disocian los destinatarios/beneficiarios/usuarios de la oferta tecnológica—tanto nacional como extranjera—en calidad de bienes y servicios, de acuerdo a sus capacidades de asimilación-negociación y según la tipología de equipamiento. Indicadores que actualizarían la información sobre los procesos comunicacionales en sus variables tecno-económicas y culturales, donde la más reciente investigación de carácter holístico tiene una data de unos quince años. Tampoco cuenta con una propuesta de inversión o con una cartera de proyectos que pudiesen incidir en los planes o programas económicos del país desde la acción pública en materia cultural. Y lo peor del caso, es que desconocemos cómo se apropian de estos bienes culturales y lo resimbolizan la mayoría de los venezolanos.

La competencia del CONAC a través de sus políticas culturales disminuye a medida que transita de los circuitos socioculturales **histórico-territorial** (que se manifiesta sobre todo en el patrimonio histórico y la cultura popular tradicional) y el de la **cultura de élites** (abarca las obras representativas de las clases altas y medias con mayor nivel edu-



cativo; constituido por la producción simbólica escrita y visual) al circuito de la **comunicación masiva**. A la inversa, los estudios sobre consumo cultural muestran que cuanto más jóvenes son los habitantes sus comportamientos dependen más de los circuitos dedicados a los grandes espectáculos de entretenimiento (radio, cine, televisión, video, etc.). Mientras no se llegue a estas definiciones, el Organismo rector de la cultura, difícilmente podrá adelantar estratégicamente, políticas, planes y proyectos tanto de inversión como de gestión cultural para los subdominios de este sector.

Estas inclinaciones que parecen determinar la ubicación económica, política y cultural de las sociedades contemporáneas, hacen evidente el nivel de tensiones y desajustes que se van a producir a nivel internacional y regional, pero con igual intensidad a los cambios, obligan a las naciones latinoamericanas y en referencia especial a Venezuela, a desarrollar herramientas más flexibles de análisis para interpretar en las incertidumbres de estas novedades y, pensar el futuro a largo plazo. Paralelamente, escapando de las realidades presupuestarias y de inversión en donde los conceptos de Industrias Culturales y Nuevas Tecnologías Informáticas-Telemáticas son casi unos desconocidos y la relación entre cultura-desarrollo comunicacional está limitada a encuentros esporádicos de algunos Ministros de Educación y la Cultura.

En efecto, las orientaciones y las características de la acción cultural pública venezolana indican no solamente la persistencia de un modelo de gestión inspirado en el paradigma difusionista-extensionista, sino que además, ha operado igualmente, **la falta de una mirada prospectiva así como la desarticulación entre los problemas comunicacionales y culturales y, finalmente, una relativa inmutabilidad del sector en su conjunto frente a los cambios que sería preciso operar en su seno como en el contenido de su acción.**

Aunado encontramos tres tipos de procesos complejos dada la diver-

sidad de medios, bienes y prácticas que concurren a la constitución del mercado cultural y, definen los contornos del campo cultural en años recientes:

1. La centralidad de los medios electrónicos (especialmente la televisión y la radio) en el consumo cultural de las poblaciones urbanas.

Para 1989 existían en América Latina y el Caribe 516 estaciones de TV (VHF y UHF), excluyendo el servicio de televisión por cable, de cuyo total Venezuela poseía 11 estaciones (ALFONSO, Alejandro. CIESPAL.1989). El número de receptores de televisión en América Latina se apreciaba para 1988 en 71 millones de unidades, lo cual permite calcular que -en teoría- unos 350 millones de latinoamericanos tienen posibilidades de su uso; de ese total se estimaba para Venezuela 2.760.000 receptores (CIESPAL, 1989). Al calcular la presencia de receptores por cada mil habitantes, nuestra país representaba 151.0 p/mil hab. Y el mercado potencial de las antenas parabólicas se estimaba para Venezuela en 15.000 mil unidades. El informe mundial de la UNESCO sobre la Educación (1991), indica que en Venezuela hay 428 radio-receptores y 147 televisores por cada mil habitantes.

2. La escasa significación en los niveles de asistencia a los eventos de alta cultura y cultura local-popular.

3. La constitución de un sector de las industrias culturales que ocupa un espacio intermedio; menor al consumo de los bienes electrónicos y mayor al consumo de los eventos de alta cultura y cultura local-popular.

Este proceso significa que, desde el punto de vista del consumo, la industria cultural no puede ser considerada como un sector homogéneo. A lo menos es necesario distinguir entre la rama de los medios electrónicos (radio y televisión) y las restantes ramas que incluyen a la editorial (diarios, revista, libros), cinematográfica, discográfica y el circuito de videocassettes. Asimismo, el In-

forme Regional de los mercados de Video (1990) de la Federación Latinoamericana de Video arroja un volumen de ventas de copias legítimas de obras cinematográficas en video para Venezuela de 306 mil y el estimado de videograbadoras en poder del público era de 401.000. Otro dato estadístico interesante se refiere al mercado mundial de grabaciones de música que alcanzó según la *International Federation of Producers of Phonograms and Videograms* (IFPI-1989) a 22.600 millones de dólares, de los cuales Venezuela aportó 27,2 millones.

De lo que si podemos estar seguros, para discernir sobre la problemática actual de los campos culturales venezolanos y sus relaciones con otros dominios, es que las industrias culturales y las nuevas tecnologías comunicacionales e informáticas productoras de bienes de capital y, aquellas en relación directa con actividades comerciales, se han transformado en los principales agentes de mensajes, bienes y servicios del desarrollo cultural, pero con una característica esencial, conectan con dos conceptos claves: **la fragmentación y el desplazamiento del intercambio de experiencias por el flujo (red) de información**, que ordenan las nuevas formas de socialidad (Martín-Barbero, Jesús. 1994), es decir, los diversos modos de comunicar y habitar que hacen posibles e imposibles la valoración de la memoria, de los lugares propios. Vivimos entre gente que consume en escenarios diferentes y con lógicas distintas, desde la tienda de la esquina y el mercado barrial hasta los macrocentros comerciales y la televisión. Sin embargo, como las interacciones pequeñas y personales, se vuelve necesario pensarlas en relación. Las organizaciones multitudinarias de la cultura no llevan a la uniformidad. El problema principal con que nos confrontamos es la masificación de los consumos, no es de homogeneización, sino por

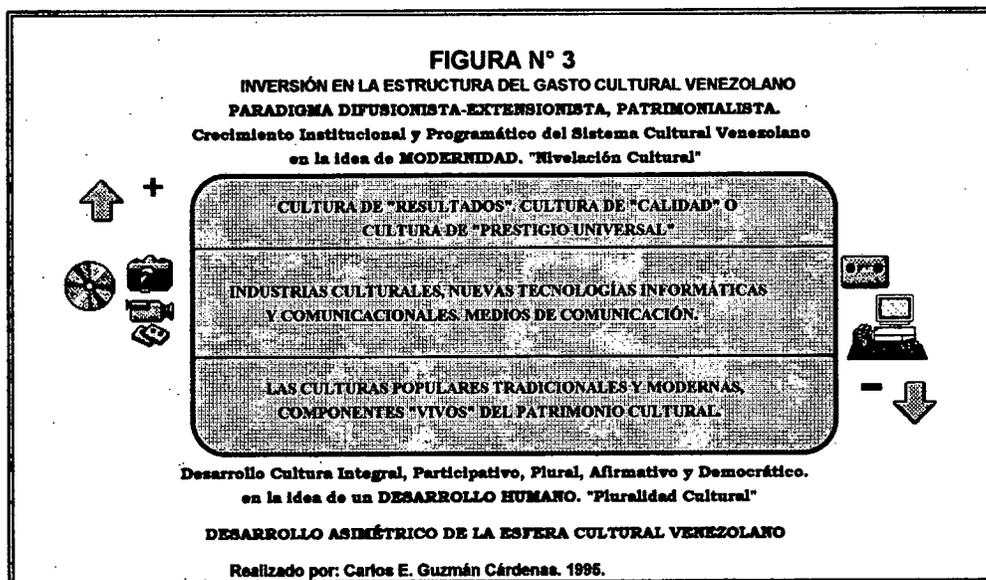
el contrario, el de las interacciones entre grupos sociales distantes en medio de una trama comunicacional muy segmentada.

Estudios realizados en España, México, Argentina, Chile, Brasil y Colombia sobre el consumo cultural¹² nos señalan que las grandes redes de comercialización presentan ofertas heterogéneas que se relacionan con hábitos y gustos diversos.

Como experiencia concreta de análisis del consumo cultural venezolano, la Oficina Central de Estadística e Informática (OCEI) aceptó crear a mediados del año 1990, a instancias de la Comisión Permanente de Cultura de la Cámara de Diputados el **Sub-Sistema de Estadísticas Culturales**¹³. Por el comité coordinador se encontraban: OCEI, José del Valle Rodríguez y Luisa Alcalá; COPRE, María Jimenez; CONAC, Miriam Carnevale y la Comisión de Cultura, Carlos Guzmán Cárdenas. En su primera fase, el sub-sistema tenía como finalidad general, obtener información periódica sobre los recursos, el consumo y la participación de los hogares venezolanos a los mensajes, bienes y servicios culturales que se puedan cuantificar y utilizar en los procesos de planificación y de toma de decisiones para la gestión cultural. En este sentido, se inició el proyecto, diseñando una encuesta de muestreo sobre equipamiento cultural, que fue administrada con las Encuestas de Hogares de la OCEI para el segundo semestre de 1990. Sin embargo, esta experiencia no fue legitimada por el organismo rector por falta de voluntad política. Entre tanto Venezuela, particularmente el CONAC, no ha realizado una investigación de este tipo que le permita determinar las preferencias culturales de los venezolanos y así diseñar estrategias culturales más confiables que superen el paradigma difusionista.

Sin eludir, ni mucho menos dejar de destacar la acción cultural pública estatal en garantizar el acceso a los códigos de las bellas artes, el escenario de la Venezuela actual muestra un fuerte desequilibrio asimétrico de sus campos



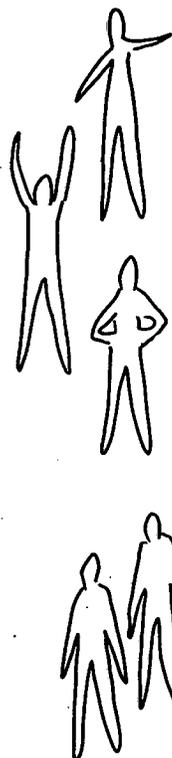


culturales (ver Figura N° 3). Mientras la demanda de bienes culturales relacionados con al difusión del campo cultural académico-culto se mantiene inelástica, por otro lado, se expande la oferta de un mercado nacional de bienes de consumo intermedio y, de medios electrónicos, con ciertas incursiones débiles del Estado venezolano; pero sobre todo, dejando la problemática de la identidad territorial patrimonial y las culturas populares a una valoración nostálgica y resignada del pasado (Guzmán C., Carlos, 1994). Veamos en qué consiste esta fuerte oscilación cultural.

Mientras los medios electrónicos (radio y televisión) no generan discriminación entre los públicos, (es decir, son consumidores por personas de distinto sexo, edad, ocupación, nivel de ingreso, escolaridad, etc.) algunos factores discriminantes comienzan a operar en el nivel de consumo intermedio (diarios, revistas, libros, cine, videos, discos, etc.) y se acentúan notoriamente en el consumo de lo «culto-académico». En el nivel de consumo intermedio, ello supone que segmentos significativos de público no tienen acceso al consumo de este tipo de bienes culturales relacionado directamente a factores como la escolaridad e ingresos, lo que constituye una suerte de denominador común: **mayor ni-**

vel de escolaridad y de ingresos, mayor frecuencia de consumo de bienes intermedios. Los «indicadores de condiciones de vida» elaborados por FUNDACREDESA¹⁴ en su Resumen Nacional y Metropolitano (15 Enero 1992) reafirman esta apreciación. Así tenemos, que en los estratos poblacionales IV y V, el porcentaje de no asistencia de los Jefes de Hogar al cine en los últimos seis meses de 1992 eran 95,7% y 95,5% y, para la mayoría de ellos tenían un porcentaje apreciable de primaria completa, incompleta, media incompleta y alfabetas.

Llegamos así a la llamada «culto-académica» ó «alta cultura» que presenta niveles de consumo más restringidos, manteniendo una oferta inelástica. Este perfil debe ser relacionado con el hecho de que los eventos de este campo son «exigentes» con el público en el sentido de que requieren cierto tipo de conocimiento (y de formación) para establecer contacto con ellos. Es decir, generan un tipo de discriminación que opera en gran parte por la vía de los géneros. No se trata, como sucede en el caso de la lectura de diarios, que se requiere un capital mínimo (sabe leer) para acceder a este tipo de bienes. Los eventos de «alta cultura» requieren códigos de lectura especializados, que no se encuentran distribuidos equitativamente en nuestra



sociedad. Adicionalmente, cabe destacar que este tipo de eventos también generan discriminación desde el punto de vista económico. A manera de ejemplo, vale la pena señalar, que el porcentaje de no asistencia de los Jefes de Hogar a obras teatrales y/o conciertos en los últimos seis meses de 1992, en todos los estratos poblacionales superan el 75%; el estrato V es de 94,2%. (FundacredeSA, 1992).

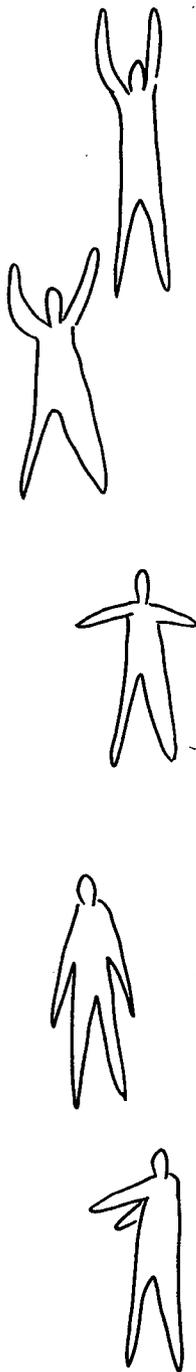
Por último, una observación a propósito del consumo de la cultura local-popular. Es importante destacar, que elementos de ésta han sido incorporados y refundidos en los géneros propios de la cultura de masas, lo cual supone una redefinición de los «públicos» originales de estas formas culturales. Así se observa una «mediatización de lo popular» y un «movimiento hacia arriba» (Catalán, Carlos y Guillermo Sunkel, 1992) de ciertos géneros, que ahora se presentan bajo la forma del folklore readaptados para un consumo masivo y, en ciertos casos, para un consumo de élite. La mediatización de lo popular implica una transformación de los géneros tradicionales que se produce en términos de las reglas propias de los medios masivos, lo que provoca cambios de forma y de contenido. Al respecto el sociólogo chileno Carlos Catalán (1992) nos apunta: «En suma, es posible sostener que la línea divisoria entre lo culto y lo popular no es de carácter inmutable. Sin duda, lo culto tradicional mantiene una identidad de forma y de contenido en las nuevas condiciones de la cultura de masas. Pero crecientemente se producen desplazamientos de públicos que implican un movimiento 'hacia abajo', redefiniendo por tanto el carácter elitario de este tipo de consumo. Por su parte, lo popular tradicional es incorporado y modificado por los medios masivos, si bien es posible reconocer la existencia de elementos tradicionales. Ello también provocará, en este caso movimientos 'hacia arriba', redefiniendo las características tradicionales de este tipo de consumo»¹⁵.

Ahora bien, es evidente, próxi-

mos al fin del milenio, que estas delimitaciones paradigmáticas, son particularmente insostenibles en los escenarios culturales de la Venezuela de los noventa y, particularmente en el tratamiento estructural y de concreción del Patrimonio Cultural como de las Culturas Populares.

El antiguo debate entre *ilustrados y popular; tradición y modernidad*, ya no configuran bloques compactos, homogéneos, con contornos definitivos. ¿Por qué?. Las tradicionales formas de producción, circulación y consumo de bienes simbólicos, que agrupamos bajo los índices de **lo popular y lo culto**, son procesos dinámicos que están sufriendo cambios radicales. Las regularidades y distinciones que hasta no hace mucho facilitaban su interpretación ideológica desde la antropología, la sociología y la historia del arte, se volvieron desconfiables. Por supuesto, no se trata de ignorar la singularidad categórica de los campos culturales culto-académico, industrial-masivo y residencial popular (tradicional y moderno). Pero, lo que intentamos de señalar es que las realidades socio-culturales de hoy día, enmarcadas en el debate globalización-economía mundo-comunicación mundo-pluralidad cultural, exigen discutir las bases culturales de la sociedad venezolana y sus productos.

Una explicación posible sobre la escasa significación en los niveles de asistencia a los eventos de cultura local-popular, aunque presentan niveles superiores a la «alta cultura» pero muy inferiores a las diversas ramas de la industria cultural, es el hecho de que están siendo incorporados a los medios masivos suprimiendo a través de éstos la necesidad de asistencia a los eventos en vivo, lo que implica un cierto repliegue al espacio privado y al menor uso de los espacios públicos. La ciudad que tenemos ya no está formada por un tipo de tejido estable, fijo, monoteísta; la ciudad de los noventa es una **multiplidad de tribus efímeras** con una trama urbana poli-centrada y en una constante interacción entre ellos, en donde la función espacial no se elimina pero el territorio desaparece (Martín-Barbero, Jesús. 1993).



El espacio público será una extensión temporal, una red de datos de referentes de identidad privados. Y esta es la nueva identidad cultural de la ciudad: **la identidad del pasajero y del anonimato: «el espacio virtual»** y en consecuencia, ¿Cómo valorar lo anónimo? Podemos decir entonces que aún prevalece una concepción mecenal-sustancialista; tradicional y monumentalista; de la acción cultural estatal, reducida por una parte, al fomento de determinados códigos elitistas-académicos cuyo objetivo tácito es **la «formación cultural» de las mayorías** y, por el otro lado, refiere al Patrimonio Cultural Venezolano sólo a partir del pasado.

Una visión interesada, metafísica, ahistórica del «ser nacional» (García, Néstor. 1987), cuyas manifestaciones superiores se habrían dado en un pasado desvanecido —preferiblemente el s. XIX— y sobrevivirían hoy sólo en los bienes que lo rememoran, una especie de patrimonio común de la nacionalidad venezolana, independientemente de uso actual —el tiempo extensivo de la historia en el intensivo de la instantánea— sin conflictos sociales en su aprobación simbólica. Y, sobre las culturas populares, al respecto, agrega el Soc. Fausto Fernández en un Informe elaborado en 1991 para el PNUD sobre los adelantos realizados en Venezuela en materia de descentralización cultural: **«La creación popular en Venezuela ha sido relegada a un segundo plano, y su ámbito parece limitarse a la evocación del pasado, cuando en realidad se trata del sustrato que haría activamente posibles una variedad infinita de realizaciones (Castoriades, 1987). Desmantelado los soportes básicos de la creación popular se están echando las bases de una peligrosa situación, en la que el país perderá su identidad sin haberse redimencionado previamente, es decir, sin haber creado las condiciones que lo situen dentro de parámetros culturales diferentes»**¹⁶.

La posición de los campos culturales populares en Venezuela, es mucho más grave de lo que pensamos si tomamos en consideración que el **Informe de Gestión, Año Fiscal 1993**

del CONAC, destaca como logro significativo en este sentido «la celebración del I Festival Nacional de Cultura Popular y la creación de tres escuelas de Animación Cultural» de un presupuesto total de gastos asignado al sector por el orden de 6.380.416.000 Millones de bolívares.

No se trata de elaborar una defensa «tradicionalista» por sus componentes criollos y étnicos. Lo que está en juego son procesos de identificación colectiva: **identidad, reconocimiento, valoración del «uno mismo»**; comportamientos concretos que producen resultados que afectan a individuos o al sistema social.

Las razones explicativas de este fuerte desequilibrio asimétrico podrían ser muchas, pero lo que si es innegable, es que están muy estrechamente ligadas a la idea que se tiene de la cultura por parte de los agentes responsables de la gestión del Desarrollo Cultural Venezolano.

Noción paradigmática que ha sido advertida en diferentes momentos y en distintos documentos normativos y oficiales del Estado Venezolano. En 1981, siendo Luis Pastori, Ministro de Estado para la Cultura, se realizó un estudio titulado: **«Desarrollo Económico y Cultura. Proposiciones sobre Política Cultural»**; señalando: «Si bien es cierto que el Estado venezolano ha invertido muy poco en cultura, el hecho más dramático que debe destacarse es el siguiente: **menos del 1% (tal vez el 0,5%) de la población asiste como expectador pasivo a los espectáculos que organiza o promueve el Estado.** Es fácil constatar este hecho. Los conciertos, exposiciones en museos, obras de teatro en una ciudad como Caracas donde se efectúa más del 80% del gasto público en Cultura solamente se ven concurridos por una minoría. Todas las salas llenas en un día como el domingo no atraen con conjunto 30.000 personas que vienen siendo el 1% de la población caraqueña. La situación de los dos canales de Radio Nacional no alcanza el 0,5% (0,2% para el canal clásico). Esta situación es inmodificable aun cuando se continúen formando nuevas organizaciones musi-

cales, teatrales, etc, a menos que se produzca un cambio en los programas, en los criterios, en las prácticas que se vienen siguiendo en las manifestaciones culturales.(...) Por ello, la primera orientación fundamental de una política cultural democrática es promover el acceso del mayor número de personas a las manifestaciones culturales. Pero este acceso democrático a la cultura tiene que empezar por estimular **las expresiones auténticas de la cultura popular**, llevar el espectáculo al barrio, a la comunidad, mejorar los contactos humanos, facilitar el intercambio, propiciar la movilización de los recursos culturales auténticos y, a partir de ellos, suscitar una toma de conciencia para provocar un desarrollo interior en el plano estético y en el plano de la expresión creativa»¹⁷.

Hay que tener en cuenta, entonces, que si la perspectiva políticamente manejada en estas últimas décadas es la «cultura de calidad» o «de prestigio internacional», ésto es, la percibida sólo en el nivel de los resultados, se hace excluyente de los niveles estructurales, las áreas estratégicas y los campos de planificación de la cultura en los que están más presentes los factores de identificación y especificidad territorial.

«Ciertamente, **la noción de cultura para el Estado se identifica con la creación y difusión de bellas artes**. Este concepto tradicional y elitesco debe ser superado para adoptar un concepto social que envuelva la multiplicidad de expresiones y manifestaciones de todos los grupos sociales sin establecer juicios de valor en torno a la jerarquización de las creaciones, bien en el plano individual como en el colectivo. (...) El museo, la biblioteca, el teatro han sido por mucho tiempo simples conservatorios, o sea instituciones cuya función era de preservar la integridad de unos contenidos, de un patrimonio que era preciso conservar. La asistencia del público para observar este patrimonio era un aspecto secundario, pero en todo caso reducido a un círculo de la élite política y económica. Aún quedan vestigios de esta concepción elitesca de la cultura»¹⁸.

En realidad, existe otra versión muy relacionada con esta apreciación: el desarrollismo incrementalista: **el desarrollo cultural como crecimiento institucional y programático**; como un proceso de nivelación cultural: «más cultura para todos» (Cáceres, Jorge.1988), cuya variable motriz es la Modernización. Desde el ámbito de las bellas artes, de la creación y difusión de sus productos, así como de la conservación y fomento de un patrimonio cultural nacionalista, las políticas culturales han suscrito a identificar aquellos valores que podían ser obstáculos para la modernización del país por ser tradicionales (Guzmán, Carlos. 1993).

Se trata, entonces, de interpretar el Desarrollo Cultural en los términos de su capacidad de apreciación, goce, disfrute y valoración de la cultura nacional de «alta significación» estética y contrastada con la cultura universal, por tanto, en el caso de la gestión patrimonial¹⁹, se favorecerá el enriquecimiento selectivo del Patrimonio Histórico y Artístico, cuyos principios rectores serán: la calidad, la universalidad y representatividad. Pero lo más grave es que el reconocimiento de los componentes *vivos* del Patrimonio pueden terminar absorbidos por **la hipótesis ilustrada de la «satisfacción estandarizada de las necesidades»**.

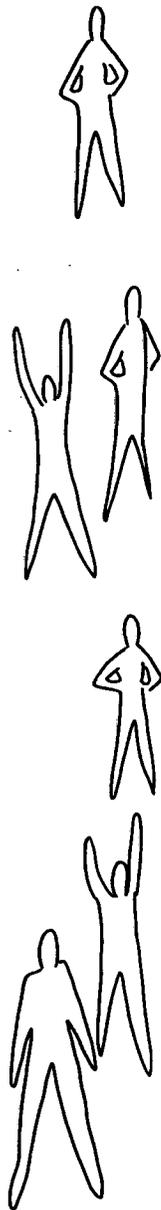
Esta visión crítica al modelo difusionista de la trama cultural venezolana, se hace presente una vez más, nueve años después, en el equipo de coordinadores y asesores de la COPRE que realizaron el documento «**La Cultura en un Proyecto de Reforma del Estado**».

«Al hacer un análisis de la gestión cultural llevada a la práctica por los distintos gobiernos, encontramos que la concepción que hasta ahora ha regido las actividades del Estado en relación al sector es limitada, por cuanto en la mayoría de los casos se **restringe la cultura a las «bellas artes»**, tendiendo así a **homogeneizar** con este punto de vista las diversas manifestaciones culturales que coexisten en el ámbito social. El Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA) y luego el Con-

sejo Nacional de la Cultura (CONAC), se desarrollaron en torno a esta concepción desfasada en relación a lo que abarca la cultura. En consecuencia **el desarrollo cultural venezolano presenta hoy día mercados déficit y desequilibrios en los procesos de creación, circulación y disfrute de los bienes, servicios y valores culturales**. En la actualidad la gestión cultural es diseñada por un pequeño equipo de personalidades pertenecientes a una élite, que no incorpora a los principales actores en la toma de decisiones y los limita al papel pasivo de espectadores. Una concepción de esta naturaleza es la que explica la construcción de infraestructura privilegiando la opción de grandes y costosas edificaciones en detrimento de una dotación mejor distribuida territorialmente y más accesibles a todos los públicos»²⁰.

La emergencia de estas preocupaciones, si bien, no son de recientes fechas, no obstante, su extensión como un espacio de reflexión y debate, tiene mucho que ver con importantes innovaciones societales que han venido operando en las últimas décadas entre el capital, el Estado y la comunidad cultural en su sentido más amplio, pero también, por el desarrollo de hábitos y prácticas culturales asociadas al surgimiento de **nuevos referentes identitarios de experimentar la pertenencia al territorio**.

Signos sociales y económicos fuertemente contradictorios; la constitución de una nueva heterogeneidad estructural y la re-elaboración de formas tradicionales de organización del campo cultural, demostrando que lo culto y lo popular pueden sintetizarse en lo masivo (García, Néstor. 1990); las relaciones cada vez más complejas entre la «esfera privada» en su sentido más amplio y el Estado; la acentuación de las demandas y reivindicaciones de los grupos, organizaciones e instituciones culturalmente diferenciadas como constatación tendencial hacia una diversidad cultural; la ofensiva político-cultural de la economía del mercado: privatización, transnacionalización y transfronterizas de las prácti-



cas culturales, de la cultura cotidiana y la masificación del consumo; la apuesta por el cambio tecnológico y la presencia de una «oralidad secundaria» gramaticalizada no por la sintaxis del libro, de la escritura, sino por la sintaxis audiovisual, (Martín-Barbero, Jesús. 1992), del mundo iconográfico de la publicidad; los altos índices de deserción escolar; los procesos de descentralización y regionalización de la acción cultural pública y, otros factores que están incidiendo a ritmos precipitados en el universo constitutivo de lo cultural que nos exigen explorar los futuros posibles así como la complejidad reconocida de los dominios culturales, son argumentaciones contemporáneas, que obligan a plantearse el debate sobre el Desarrollo Cultural Venezolano y sus políticas en otros terrenos como respuestas a lo colectivo, lo manifiesto y lo abierto.

NOTAS

1. Guzmán Cárdenas, Carlos (1989). *La postmodernidad se asume como el grito de la desesperación*. Diario de Caracas, Gufa de Lectores. Año I. N° 39. Caracas, Venezuela. 2 de Abril de 1989. pp. 4-5.
2. Martín Barbero, Jesús (1992). *Modernidad, postmodernidad, modernidades. Discursos sobre la crisis y la diferencia*. Revista Praxis Filosófica. Nueva Serie, N°2. Universidad del Valle. Cali, Colombia. Marzo, pp.59. Véase García Canclini Néstor: *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Colección Los Noveventa. Edit. Grijalbo, S.A. 1ra. Edición. México. 1990, 360 págs.
3. Martín-Barbero, Jesús (1987). *Procesos de Comunicación y Matrices de Cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. Ediciones G. Gili/Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social. México. pp. 195-196
4. Hopenhayn, Martín (1987). *El debate postmoderno y la dimensión cultural del desarrollo. (Un esquema descriptivo)*, en *Imágenes Desconocidas. La Modernidad en la encrucijada postmoderna*. CLACSO. Buenos Aires, Argentina. Octubre. p.63. Véase Guzmán, Carlos: *La Modernidad como crítica y cambio abierto al futuro (Ira. Parte)*. El Nuevo País. Sección Cultura, El Ojo y la Idea. Caracas, Venezuela. 25 de Noviembre de 1991. p.23.
5. En el caso de Venezuela, es en el *VIII Plan de la Nación (1989-1993)* en donde se aprecia una tendencia económica-cultural hacia la privatización neoconservadora. La tesis es que el poder central comienza a transferir responsabilidades, funciones y capacidades al sector privado y, privilegia la competencia



como factor dinámico idóneo de los procesos económicos y sociales. Se persigue sustituir un régimen «regulador y orientador» por uno, en el cual se estimule la competencia entre los sujetos productores de bienes y servicios. Esta tendencia se ve claramente expresada en la concepción cultural del VIII Plan que busca reorganizar el sector cultura bajo los seis grandes lineamientos estratégicos que constituyen el **Hexágono del «Gran Viraje»**: el compromiso social; crecimiento sin inflación; competitividad internacional; conservación del ambiente y ordenamiento del territorio; el cambio institucional; y la capitalización de los recursos humanos.

6. García Canclini, Néstor (1992) «**Un debate entre tradición y modernidad**». En: Revista Fin de Siglo. N° 2. Cali, Colombia. Marzo-Abril. p.38.

7. Ver Guzmán Cárdenas, Carlos (coord.): **Una Imagen Cultural de Venezuela. Anuario Ateneísta 1992-1993**. Centro de Investigación y Formación Ateneísta. Federación de Ateneos de Venezuela. Caracas, Venezuela. 1992. 414 págs. Los Ateneos son instituciones culturales polivalentes o multidisciplinarias no gubernamentales que están diseminados por toda Venezuela desde 1931 en un número considerable de crecimiento y que llenan el vacío institucional de la oferta cultural del Estado realizando actividades de diversas funciones, tales como: promoción y difusión, fomento, conservación, investigación, apoyo a las artes, formación, etc. y, en distintas áreas como: escénicas, auditivas, museos, culturas populares, entre otras. El movimiento ateneísta es único en su tipo en América Latina que se distingue fundamentalmente de las Casas y Centros Culturales.

8. Subercaseaux, Bernardo (1991). «**Política y Cultura. Desencuentros y aproximaciones**». En: Revista Nueva Sociedad. N° 116. Venezuela. Noviembre-Diciembre. pp. 144-145.

9. García canclini, Néstor (et al): **Políticas Culturales en América Latina**. Colección Enlace, Editorial Grijalbo, S.A. 1ra. Edic. México, 1987. p. 51. Al respecto García Canclini, presenta seis paradigmas políticos de la Acción Cultural en América Latina en correspondencia a los agentes sociales que los sustentan, con sus modos de estructurar la relación política y cultura, y con su concepción del Desarrollo Cultural, así tenemos: a) el **Mecenazgo Liberal**; b) el **Tradicionalismo Patrimonialista**; c) el **Estatismo Populista**; d) la **Privatización Neoconservadora**; e) la **Democratización Cultural** y, por último f) la **Democracia Participativa**.

En Venezuela, el Dr. Jorge Cáceres Soto (1989), planificador cultural, sostiene que han existido tres paradigmas acerca del Desarrollo Cultural. En primer lugar, el **Desarrollismo-Incrementalista**, cuya tesis es el

desarrollo cultural como un proceso de crecimiento institucional y programático; en segundo lugar, la **Nivelación Socio-Cultural-Difusionista** que entiende al desarrollo cultural como un proceso de nivelación cultural, bajo el lema: «**más cultura para todos**». Por último, tenemos la **Auto-afirmación Pluralista y Democrática**. Su tesis es el desarrollo cultural como un proceso de construcción colectiva divergente y convergente en un Proyecto Global de desarrollo endógeno. Se caracteriza por el reconocimiento a la unidad compleja y contradictoria del proceso de desarrollo de la cultura en cualquiera de sus dimensiones o aspectos: a) políticas y acciones referidas al fortalecimiento de los procesos y las dinámicas culturales propias de las comunidades, grupos, sectores sociales, espacio y coordenada histórico-espaciales de las existencias sociales; b) políticas y acciones a los efectos de facilitar verdaderos procesos de recuperación y reactivación de la diversidad de sistemas de identidades culturales, así como de enriquecimiento dinámico y puesta en valor de los patrimonios culturales en su sentido más amplio; c) políticas y acciones concebidas con la finalidad de reforzar el carácter histórico y social de los sujetos sociales en su condición de auténticos creadores, portadores y transmisores de diversidades culturales; d) políticas y acciones a los efectos de robustecer la comunicación intercultural, entre sectores y grupos de población, comunidades, regiones, países y categorías artísticas-culturales.

Los principios rectores claves de esta conceptualización son: la legitimidad y valor social de todas las culturas; el pluralismo y la diversidad cultural; los sistemas de identidades y patrimonios culturales; las contribuciones de la variedad cultural al proyecto global de cambio social; el acceso a otras culturas; el reconocimiento a los protagonismos culturales; las comunicaciones e intercambios culturales; los nuevos espacios de inserción de las actividades culturales y la Democracia Cultural Participativa. Las dimensiones particulares del desarrollo cultural serían: a) la democratización para la democracia cultural; b) la armonización de las prioridades de acción en proyectos integrados de desarrollo; c) la incorporación de las auténticas necesidades y aspiraciones culturales de la población; d) las estrategias diferenciadas social y espacialmente de los satisfactores culturales; e) el conocimiento adecuado, el enriquecimiento constante y la puesta en valor de los patrimonios culturales en sus dimensiones: objetivas, subjetivas y concientizadoras; f) la democratización efectiva de los poderes culturales y la transferencia de recursos a los sujetos sociales en la perspectiva autogestionaria; g) la indispensable armonía entre lo tradicional y lo moderno; h) la necesidad de operacionalizar la interacción dinámica de lo cultural con las restantes dimensiones constitutivas de lo real social.

Las tesis básicas son: a) lo cultural como factor, condición objetivo, medio, fin y cualidad distintiva del proceso de desarrollo y de la transformación social deseada para las sociedades; b) el desarrollo de la cultura como un proyecto social colectivo, deseado y querido

por los más íntimo de las fuerzas vivas del país, la región o las comunidades y, c) el Hombre como destinatario y centro del desarrollo. Véase, Cáceres Soto, Jorge: **Los Paradigmas del Desarrollo Cultural y sus implicaciones para la Gestión y Gerencia Culturales**. s.n. Barquisimeto, Estado Lara, Venezuela. Noviembre de 1989. 5 págs. Mimeo-grafiado.

10. A propósito de los estudios sobre el Desarrollo Cultural, la Dra. Evangelina García Prince, señala que...»a pesar de que en América Latina y el Caribe existe una relevante tradición investigadora en la materia, son escasos los estudios orientados a servir de soporte o apoyar las acciones en materia de políticas y administración culturales (...)No hay claridad o conocimiento del importante papel que cumple la investigación en la formulación de las políticas y en la planificación (...), la región presenta una importante actividad investigativa de carácter cultural, no vinculada a las decisiones que exige la planificación o la administración culturales (...)»Así, al hablar de necesidades de investigación para el Desarrollo Cultural, nos referimos a los estudios, análisis y exploraciones de la realidad que permitirían sistematizar, elevar la calidad y brindar mayor eficiencia a la gestión cultural, trátase de iniciativas públicas o privadas». Ver García Prince, Evangelina: **Necesidades y prioridades de la investigación cultural en América Latina y el Caribe**. Cuadernos CLACDEC. N° 2. Centro Latinoamericano y del Caribe para el Desarrollo Cultural. Caracas, Venezuela. Enero 1992. pp. 1-13.

Ahora bien, al margen de los enfrentamientos teóricos e ideológicos sobre la noción de Desarrollo Cultural, los planteamientos expuestos por García Prince, aluden a nuevas orientaciones vinculadas más directamente a la acción de las políticas culturales. La puesta en práctica de una prospectiva del Desarrollo Cultural Venezolano, como la que intentamos abordar, se ubica en este mismo interés. En tal sentido, se hace apremiante emprender investigaciones de variada naturaleza sociotécnica y de propósitos concretamente definidos para decisiones específicas, tales como: a) sobre políticas culturales y sobre formas y modalidades de gestión cultural; b) dirigidas a conocer las necesidades, intereses, objetivos y aspiraciones de los públicos, usuarios y destinatarios de la acción cultural; c) encauzadas a la elaboración de indicadores culturales que permitan determinar acciones de mediano y largo plazo; d) que permitan conocer los grupos de interés que intervienen en la vida cultural, en sus características principales; e) orientadas a determinar sistemáticamente las riquezas del patrimonio cultural; f) los recursos para la acción cultural; g) la regionalidad de las manifestaciones y acciones culturales; h) evaluar los impactos culturales de los proyectos de intervención social, económica, política, comunicacional, tecnológica o aún de origen cultural.

11. Existen pocos pero interesantes estudios culturales realizados en fechas anteriores a la de esta investigación. Pero todos han concluido en la exigua estimación y valoración estratégica de la función investigativa como un

elemento clave en la formulación, ejecución y evaluación de las Políticas Culturales. Haciendo un recorrido en la evolución de estos estudios, podemos cronológicamente señalar las más importantes. Así tenemos, los informes: 1) **Política Cultural de Venezuela** (UNESCO-Silva Cáceres. 1971); 2) **El Hecho Cultural en Venezuela. El INCIBA y la Difusión de la Cultura**. (INCIBA. 1972); 3) **Informe Sectorial de la Comisión de Administración Pública** (1972); 4) **La Planificación Cultural en Venezuela** (UNESCO-M. Marie. 1972); y 5) **1er. Informe sobre el Sector Cultura** (Noviembre 1972-Noviembre 1973) encargado por el Despacho del Ministro de Estado para la Juventud, la Ciencia y la Cultura Dr. Rodolfo José Cárdenas. Este Informe fue realizado por: Jean Zune, Florinda Pena Miret y Alvaro Matos Córdova (INCIBA), en el primer período de Gobierno del Dr. Rafael Caldera en el marco del **IV Plan de la Nación**. Comprende ocho volúmenes: Vol. I Descripción del Sector, Vol. II. Análisis y Recomendaciones, Vol. III. Inventarios Regionales, Vol. IV. Bellas Artes, Letras y Folklore, Vol. V. Medios Tradicionales y Modernos, Vol. VI. Imagen y Proyección Internacional y Vol. VII. Entrevistas. En el marco general del **V Plan de la Nación**, correspondiente al primer período de Gobierno de Carlos Andrés Pérez, se realizó el **Diagnóstico «Estructuras Administrativas de las Políticas Culturales»** (1976-1977) a nivel nacional para la UNESCO, mediante encuestas a 236 instituciones culturales, tanto públicas como privadas, siendo el criterio para su selección la importancia de la actividad que desarrollaban. Emprendido por el Dr. Felipe A. Massiani, Director de Planificación del Consejo Nacional de la Cultura y con la colaboración del equipo de planificación del CONAC, especialmente Jorge Cáceres Soto, Mariadela Villanueva, Oscar Gámez y Gertudis Rojas. Publicado en la Colección Políticas Culturales: Estudios y Documentos, titulado: «La Política Cultural en Venezuela». Unesco. 1977.

En materia de Censos y Encuestas Nacionales, tenemos que en 1981, período de Gobierno del Dr. Luis Herrera Campins y en el contexto del **VI Plan de la Nación**, se realiza el **1er. Censo Nacional para el Sector Cultura** (1981) elaborado por el Ministerio de la Secretaría de la Presidencia y el Despacho del Ministro de Estado para la Cultura, Dr. Luis Pastori. Los Coordinadores -General y del Censo- fueron respectivamente Felipe Massiani y Clara Serfaty B. Los Tomos I y II contentivos de las conclusiones del Censo aparecieron a finales de 1983 y fue completamente ignorado por la gestión iniciada en el

CONAC a partir de 1984.

En 1987, en el período de gobierno del Dr. Jaime Lusinchi, se elabora la **Encuesta Nacional Estado y Cultura/ Encuesta Nacional para un Diagnóstico Prospectivo y la Formulación de una adecuada Política Cultural** (1987), por encargo de la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE) y bajo la Coordinación del Grupo Cultura y Reforma del Estado constituido por: Alfredo Coronil Hartmann, Maria E. Jimenez Fernández, Josefina Capdevielle de Mora, Myriam Molinos Abreu y Enrique Ali González Ordozgoiti. En este mismo período y en el marco del **VII Plan de la Nación** -no ejecutado-, se realiza la **Encuesta Cultural y Municipio. Encuesta Nacional para un Diagnóstico Prospectivo y la Formulación de una Política Cultural Municipal** por la COPRE y que venía a confirmar y complementar los datos que ya habían sido obtenidos en la Encuesta Nacional «Estado y Cultura». Se destacan los aspectos: Organización Cultural en los Concejos Municipales, Programación Cultural y Financiamiento de la Gestión Cultural. Coordinadores: Maria Jimenez Fernández y Clara Serfaty.

También aparece en el 2do. Semestre de 1987-1988, el **Proyecto «Museos de Venezuela»** emprendido por la Directora de Museos del CONAC, Ant. Isabel Cecilia Fuentes y coordinado por Tibisay Vera. Fueron publicados los resultados en Abril de 1990. A mediados del año 1990, en el segundo período de Gobierno de Carlos Andrés Pérez y en base al **VIII Plan de la Nación**, la Oficina Central de Estadística e Informática (OCEI) aceptó crear, a instancias de la Comisión Permanente de Cultura de la Cámara de Diputados, el **Sub-Sistema de Estadísticas Culturales**. Por el comité coordinador se encontraban: OCEI, José del Valle Rodríguez y Luisa Alcalá; COPRE, María Jimenez; CONAC, Miriam Carnevale y la Comisión de Cultura, Carlos Guzmán Cárdenas. En su primera fase, el sub-sistema tenía como finalidad general, obtener información periódica sobre los recursos, el consumo y la participación de los hogares venezolanos a los mensajes, bienes y servicios culturales que se puedan cuantificar y utilizar en los procesos de planificación y de toma de decisiones para la gestión cultural. En este sentido, se inició el proyecto, diseñando una encuesta de muestreo sobre **«Equipoamiento Cultural del Hogar»** Formulario OCEI-EHC-90, que fue administrada con las Encuestas de Hogares de la OCEI para el segundo semestre de 1990.

Sin embargo, esta experiencia no fue legitimada por el organismo rector por falta de voluntad política, tanto que los resultados no fueron codificados y tabulados por «insuficiencia» de presupuesto. El Sub-sistema que intentaba organizar los indicadores culturales del país fue abandonado y poco estimado por la gestión del entonces Presidente del CONAC, Dr. José Antonio Abreu. Para 1991, a propósito del proceso de descentralización político-administrativo iniciado en 1989 con las elecciones directas de Gobernadores y Alcaldes, se realizan dos estudios bajo la coordinación del Soc. Fausto Fernández, **«Consideracio-**



nes sobre la Descentralización del Sector Cultura» (1991) y el «Estudio de Transferencia de Competencias» (1992) emprendidos por CORDIPLAN-COPRE-PNUD en el marco del Proyecto VEN/89/501 «Desarrollo de las Capacidades Gerenciales del Estado». En 1992 aparece publicado los resultados del proyecto de investigación *Una Imagen Cultural de Venezuela. Anuario Ateneísta 1992-1993* del Centro de Investigación y Formación Ateneísta (C.I.F.A.) de la Federación de Ateneos de Venezuela, coordinado por el Soc. Carlos Guzmán Cárdenas.

Con esta investigación se intenta reconstruir uno de los movimientos culturales más importantes del país desde 1936, como lo son los Ateneos de Venezuela. Para Junio de 1992, bajo la coordinación de Soc. María Jimenez Fernández, se ejecuta el *Informe de Seguimiento al Proceso de Descentralización Cultural (Conac)*. Es de resaltar las investigaciones realizadas por el Soc. Enrique Alf González Ordosgoitti, sobre los campos culturales populares residenciales urbanos y publicadas por la Fundación para las Artes y la Cultura (FUNDARTE) de la Alcaldía del Municipio Libertador. Institucionalmente desde 1975 hasta la presente fecha, ha sido el Centro Latinoamericano y del Caribe para el Desarrollo Cultural (CLACDEC) el ente responsable de la misión de formación del personal para el Desarrollo Cultural en las áreas específicas de la Administración de los Servicios Culturales y Animación Socio-cultural en sus distintas especialidades: gerencia cultural, planificación y toma de decisiones, investigación, patrimonio cultural, comunicación y cultura, otras. En mayo de 1975 la oficina de Coordinación Educativa del INCIBA, realiza el Primer Curso Latinoamericano de Administración y Promoción Cultural, conjuntamente con la OEA y la Escuela Nacional de Administración Pública (ENAP). A partir de esa experiencia y en base a un trabajo final producto del curso antes mencionado sobre la creación de un Centro Nacional de Formación de Recursos Humanos y elaborado por la Soc. Isa Cisneros de Sapene, dicha Oficina de Coordinación, tiene como misión la evaluación del curso y la creación de ese Centro Nacional e Interamericano de Formación de Recursos Humanos para el Sector Cultura.

En Agosto de 1975 se crea el CONAC y las funciones de la Oficina de Coordinación Educativa se centran en el proyecto del Centro. En el año de 1976 comienza a funcionar adscrito al CONAC el Centro Interamericano para el Desarrollo Cultural (CIPADEC) que más tarde, en 1978, pasa a ser CLACDEC ya que se amplía el alcance hacia el Caribe. El 27 de Mayo de 1991, según oficio N° 089, en el proceso de Reforma Organizativa del CONAC, se ubica al CLACDEC como un programa adscrito directamente a la Dirección General. Han transcurrido veinte años desde su creación y dentro de sus objetivos que han guiado su acción se encuentra realizar investigaciones a escala nacional y regional, sobre nuevos criterios, métodos, técnicas y prácticas existentes vinculadas al Desarrollo Cultural. Desde 1989 hasta 1993 han publica-

do 3 libros, 7 folletos y 47 anteproyectos de investigaciones, productos de los cursos realizados por los participantes. En 1996, con motivo de los veinte años de fundado, se realizó el XX Curso Latinoamericano y del Caribe de Administración de los Servicios Culturales, Especialidad Investigación Cultural, para 30 participantes a nivel directivo y administrativo de Instituciones Culturales de 14 países Latinoamericanos y del Caribe.

12. Véanse, García Canclini, Néstor: *El Cine Mexicano y sus públicos*. IMCINE, México. 1994; García Canclini, Néstor (coord.): *El Consumo Cultural en México*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1992; García Canclini, Néstor: *Públicos de arte y políticas culturales: un estudio del II Festival de la ciudad de México*. México, UAM-ENAH-DDF. 1992.; Martín-Barbero, Jesús y Sonia Muñoz (coordinadores): *Televisión y Melodrama*. Colombia, Tercer Mundo Editores. Ira. Edición. 1992.; Catalán Carlos y G. Sunkel: «Consumo cultural en Chile: la élite, lo masivo y lo popular». Documento de trabajo FLACSO. N° 455. 1980.; Catalán Carlos y G. Sunkel: *Algunas tendencias en el consumo de Bienes Culturales en América Latina*. Documento de Trabajo FLACSO. Programa Chile. Serie: Educación y Cultura N° 27. Santiago, Septiembre de 1992.; Piñuel Raigada, José Luis; José Antonio Gaitán Moya y José Ignacio García-Lomas Taboada: *El Consumo Cultural*. Madrid, Editorial Fundamentos. 1987; Landi, Oscar: *Devórame otra vez (qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión)*. Argentina, Buenos Aires. Editorial Planeta Argentina SAIC. 1992; Quevedo, Luis Alberto: *La televisión desafía a la escuela*. Documento Cedes N° 70, 1991; Vachieri, Ariana: *La Educación y los consumos culturales*. Buenos Aires, CEDES, 1990; CIMET S., Esther, Martha Dujoune, Néstor García Canclini, Julio Gulco, Cristina Mendoza, Francisco Reyes Palma, Guadalupe Solter: *El Público como propuesta (cuatro estudios sociológicos en Museos de Arte)*. México, INBA, Ira. Edición. 1987; Landi, Oscar., A. Vacchieri y L.A. Quevedo: *Públicos y consumos culturales de Buenos Aires*. Documento Cedes, N° 32. 1990; Silvia Téllez, Armando Silva: *Imaginario Urbano. Bogotá y Sao Paulo: Cultura y Comunicación Urbana en América Latina*. Colombia, Tercer Mundo Editores. Ira. Edición. 1992.

13. Oficina Central de Estadística e Informática (OCEI) (1990). *Equipamiento Cultural del Hogar. Formulario OCEI-EHC-90*. OCEI. Presidencia de la República. Caracas, Venezuela. Véase ININCO: *Proyecto La Estructura del Sistema de Comunicaciones en Venezuela*. Universidad Central de Venezuela. ININCO. Caracas, Julio de 1994. págs 13. Mimeografiado.

14. Véase Fundación Centro de Estudios Sobre Crecimiento y Desarrollo de la Población Venezolana (Fundacredesa): *Indicadores de Condiciones de Vida. Primer Semestre 1990. Resumen Nacional y Área Metropolitana de Caracas*. Fundacredesa. Ministerio de la Secretaría de la Presidencia de la República. Venezuela. 22 de Agosto de 1992. 333 págs.;

Indicadores de Condiciones de Vida. Segundo Semestre 1990. Resumen Nacional y Área Metropolitana de Caracas. Fundacredesa. Ministerio de la Secretaría de la Presidencia de la República. Venezuela. 15 de Enero de 1992.

15. Catalán Carlos y G. Sunkel (1992) *Algunas tendencias en el consumo de Bienes Culturales en América Latina*. Documento de Trabajo FLACSO. Programa Chile. Serie: Educación y Cultura N° 27. Santiago. Véase, García Canclini, Néstor: *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Ed. Grijalbo. México. 1995. 198 págs; *Los desafíos de las Megaciudades a las Políticas Culturales*. Ponencia en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. Sección 260. History and Theory of Anthropology. Ciudad de México, México. 29 de Julio al 04 de Agosto de 1993.

16. Fernández, Fausto: *Consideraciones sobre la Descentralización del Sector Cultura*. Dirección General Sectorial de Planificación Regional y Ordenación del Territorio. Oficina Central de Coordinación y Planificación. CORDIPLAN. Presidencia de la República. Caracas, Venezuela. Septiembre de 1991. p.57. Ver, González Ordosgoitti, Enrique Alf: *Diez ensayos de Cultura Venezolana*. Fondo Editorial Tropykos. Asociación de Profesores de la U.C.V. Caracas, Venezuela. 1991.

17. Despacho del Ministro de Estado para la Cultura (1981). *Desarrollo Económico y Cultura. Proposiciones sobre Política Cultural*. SG Consultores. Tomo I. Caracas, Venezuela. p. 306.

18. Ibid., pp. 307-308. Cursivas nuestras. Véase Guzmán Cárdenas, Carlos E: *Imágenes de Futuros y Escenarios Culturales en Venezuela. (Situación actual y estrategias de desarrollo)*. Ponencia presentada en el XIX Congreso Latinoamericano de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Caracas, Distrito Federal, Venezuela. 30 de Mayo al 04 de Junio de 1993; Yero, Lourdes: *Cambios en el Campo Cultural en Venezuela. Privatización y Pluralidad*. Elaborado para el Proyecto RLA 86/001. Ciencias Sociales, Crisis y Requerimientos de Nuevos Paradigmas en la relación Estado/Sociedad/Economía. CLACSO/UNESCO/PNUD. Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES): Universidad Central de Venezuela. Caracas, Venezuela. Agosto 1988. Versión preliminar. 61 págs. Mimeografiado; Fernández, Fausto: *Sector Cultura. Estudio de Transferencia de Competencias*. Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE); Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Proyecto VEN/89/501, Desarrollo de las Capacidades Gerenciales del Estado. Caracas, Venezuela. 1992. 54 págs.

19. Véase Guzmán C., Carlos E: «¿Conservar para quién?. Hacia una valoración efectiva del Patrimonio Cultural». Revista Bigott. N° 29. Caracas, Venezuela. Ene-Feb-Mar 1994. pp.28-35.

20. COPRE (1987). *La Cultura en un proyecto de Reforma del Estado*. Volumen 10. Tomo I. COPRE. Venezuela. p.6. Cursivas nuestras.



I La cultura hispanoamericana es fundamentalmente híbrida. Sólo que esa hibridez se descompone, a su vez, en nutrientes culturales primigenias cuya combinación, en mayor o menor grado, configuran la apuesta civilizatoria del continente. Así no podríamos afirmar históricamente que la nutriente cultural del negro africano sea importante en México (adonde apenas llegó) ni que los antiguos taínos dejaron algún rastro perdurable en Cuba (donde desde el siglo XVI fueron acribillados). Al diálogo entre una hispanidad recién salida del Medioevo y la magnificencia del universo azteca que constituye el nódulo central de la génesis mexicana, podríamos comparar el otro diálogo que se dio en las Antillas entre los esclavos recién venidos de África y una mentalidad hispánica avasallante y contrapuesta al designio evangélico de la Reconquista. A diferencia de estos dos capítulos mayores, y más allá de genocidios e infortunios, la conquista de esta «tierra de gracia» se inicia en 1498, año que marca la primera llegada de Colón a tierra firme americana. A partir de allí, los «asientos civilizatorios» se hacen más o menos perdurables dependiendo de la mayor o menor hostilidad recíproca de indios y blancos. A la manera de un ejercicio arqueológico, las «entradas» en territorio venezolano conformaron capas sucesivas: a los iniciales asentamientos costeros —explotaciones perlíferas, fuertes de defensa—, sucede la fundación —tierra adentro para evitar el hostigamiento permanente de corsarios— de las primeras ciudades: la población de El Tocuyo, por ejemplo, es emblemática de cómo la imaginería de la talla colonial es intervenida por la mano del artesano indígena.

A diferencia, pues, de otros países hispanoamericanos donde la forja cultural reposaba en el diálogo de lo que hemos llamado las nutrientes lo indohispánico en México o lo afroamericano en Cuba), pareciera que en Venezuela se impone un concierto a tres voces, pues al diálogo inicial entre hispanos y aborígenes viene a sumarse la mano negra esclava que se importa para atender las planta-

ciones de los primeros colonos. Así, un equilibrio matizado, casi perfecto, comienza a animar todos los géneros expresivos. Ver, por ejemplo, la ejecución del tamunangue larense da cuenta de la fusión de esas nutrientes: el también llamado «son de negros» es intervenido por figuras de danza que recuerdan las jotas sevillanas y por cruces de varas de madera que remiten a ciertos juegos indígenas. Una voluntad sincrética va limando asperezas y rezumando el sentido unívoco del mestizaje.

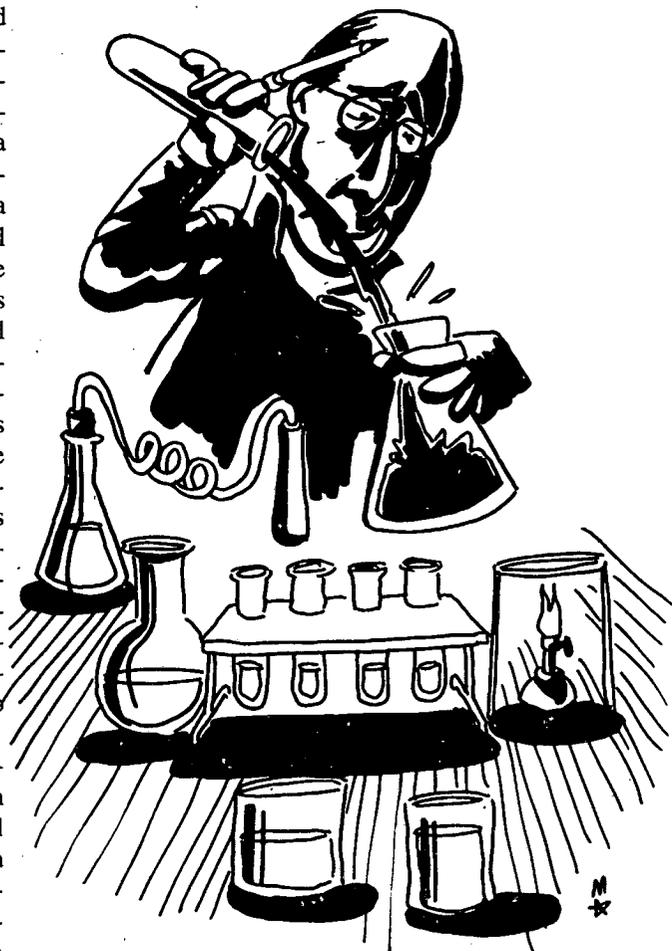
II. La cultura popular en Venezuela es tan variada como contrastante es su geografía. Ya Oviedo y Baños, un cronista español que visitaba Venezuela en pleno siglo XVIII, señalaba el carácter «portátil» de nuestras ciudades: mudables de un lado a otro por efecto de las condicionantes históricas. Sólo Santo Tomé de Guayana, que en este año de 1995 cumple cuatrocientos años de fundada, fue mudada siete veces de lugar antes de convertirse en lo que hoy es: Ciudad Bolívar. Parecería, pues, que las vicisitudes históricas reflejan una condicionante paisajística: no hay mayor variedad geográfica en América Latina que la de Venezuela. El costado occidental del país pertenece a la cordillera andina mientras que el costado oriental se desfigura frente al Océano Atlántico. Son bañados por el Mar Caribe los casi tres mil kilómetros nórdicos de playas tropicales y el sur amazónico sigue siendo uno de las mayores patrimonios ambientales de la humanidad. Entre esos cuatro límites encontramos desiertos, llanuras anegadizas, selvas húmedas, mesetas reseca, picos nevados y ríos que diseccionan la tierra. La variedad pareciera ser nuestra condicionante geográfica y el paisaje, tal como ocurriera con los cronistas de Indias, nos sigue sumiendo en la perplejidad más aguda.

Si buena parte de nuestra literatura, de nuestra plástica, de nuestra reflexión, ha estado imantada por el paisaje, ello se debe en gran medida a la gravitación que ejerce la tradición. Nuestras expresiones no terminarán de ganar para sí el aliento de la contemporaneidad mientras se sigan

ENTRADA

La cultura popular en la modernidad venezolana (apuntes de una lectura)

Antonio López Ortega



COMUNICACION

definiendo en función de la mayor o menor afinidad con el paisaje. Es lo que se ha querido definir bajo el rótulo de «literatura de inventario»: lejos de penetrar en el ser de una cultura, nos sigue subyugando el parecer de una cultura. Seguimos presos en la enumeración de la flora y de la fauna mientras somos incapaces de dar con nuestro signo colectivo. Somos por oposición a algo; nunca en función de nosotros mismos. Nuestro paisaje es nuestra celebración perpetua pero, también, nuestra condena: seguimos escondidos en los árboles.

III. Parecería que «lo popular» es uno de los grandes temas de nuestra llamada «crisis de valores». Y hablamos de «lo popular» para englobar a lo que va desde las tradiciones hasta los llamados (y muy recientes) brotes nacionalistas. El gran hallazgo de nuestros días es que nuestra modernidad nunca ha dialogado con la tradición: ha preferido hacerse de un discurso semimoderno que construido a retazos, a golpes, superponiendo modelos de desarrollo como quien acumula capas geológicas. Hemos insistido en construir un modelo de sociedad que, lamentablemente, ha querido ignorar, ha desconocido, la esencia de nuestro ser colectivo. Y pareciera, pues, que cuando el ensayo se muestra agotado, nos queremos replantear la orientación del camino.

IV. Como respuesta a la desazón de los discursos que han querido regir la modernidad, parecería que la reflexión cultural ha llegado a una encrucijada donde destaca una de las sendas posibles: descubrir «lo popular», releer «lo popular». Esta pulsión retoma sendas conscientes pero también equívocas. No basta el gesto de colocar el pabellón patrio en el lugar que deberían ocupar las placas de los carros para reconocer un cambio de actitud. La búsqueda de «lo popular» puede también responder a fanatismos (los mismos fanatismos que años atrás convertían a buena parte de nuestros coetáneos en consumidores compulsivos), fanatismos que pueden ser capitalizados por los elementos más retrógrados de la socie-

dad. No obstante, hay que saludar la disposición de establecer una relectura de «lo popular», pues mientras más avancemos en el descubrimiento de sus claves más dimensionaremos la magnitud de nuestros errores.

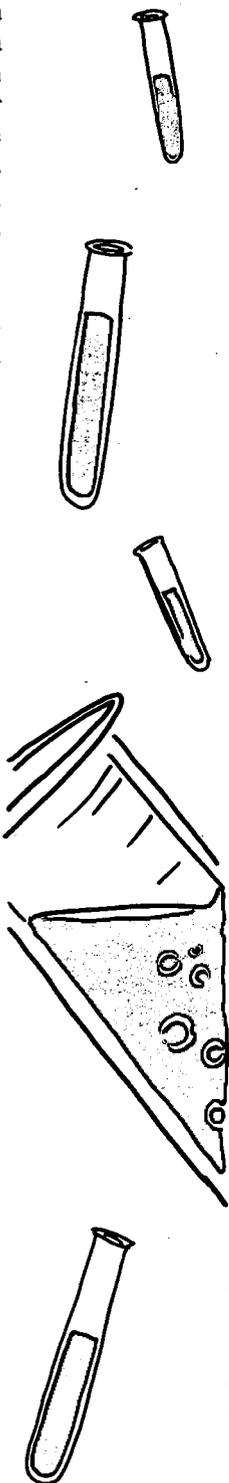
V. Decíamos que en nuestra «lectura de la crisis» (para robarle un feliz término al crítico peruano Julio Ortega) no debería escapar una relectura de la tradición. Es más, me atrevería a decir que un análisis de nuestra modernidad pasa forzosamente por una relectura de la tradición. En dos platos la siguiente afirmación: reencontrar la tradición nos demuestra que ya éramos lo que somos desde hace siglos. Y esto es algo que, para nuestra desgracia, hemos querido ignorar. A manera de ejemplo, visitar hasta hace pocos años cualquier ciudad mediana del interior de Venezuela era revivir la sensación de que allí la dinámica de lo social se había interrumpido, de que la esencia de la vida había sido perturbada, de que cada ciudadano respondía de manera inconsciente a los estímulos de la vida misma. Apenas empezamos a recuperar el sentido de continuidad, de historia. Y en ese ejercicio de recuperación el peso orientador de la tradición es determinante.

VI. Todos los modelos de desarrollo parecieran estallar en esta coyuntura específica que vivimos: desde los manuales de lectoescritura que inician a nuestros infantes en el logotipo dibujándoles manzanas que no tenemos y casas con chimeneas que tampoco tenemos hasta los acercamientos que nuestra pequeña y mediana industria ha hecho al universo de la artesanía para subvertirla y, en el fondo, traicionarla. Si algo nos ha enseñado la modernidad de los países desarrollados es que ésta se afianza precisamente en la especificidad cultural de cada quien. Allí reside desde siempre la fortaleza y perdurabilidad de sus gestos civilizatorios.

VII. Decíamos que la crisis cultural nos lleva forzosamente a una relectura de la tradición, de lo popular. Sólo que esa súbita pulsión (la que quiere rehallar lo popular) también

confronta problemas. En síntesis: no hallamos lo popular porque no hemos sabido comunicar lo popular. Los mecanismos de comunicación de lo popular arrastran también los errores de otros procesos. En primer lugar, desde el discurso hegemónico, lo popular se ve como una periferia, como una especie en vías de extinción. Se crea entonces por compensación el modelo de rescate de lo popular, de lo que he querido llamar el inventario de lo popular. En segundo lugar, en el punto de encuentro en el que se han topado los medios de comunicación y las formas de lo popular han surgido una serie de perturbaciones (la televisión, por ejemplo, nos ha querido convencer de que el meneo de faldas propio del jarabe tapatío mexicano es un gesto ritual de nuestra danza tradicional y así tenemos que, lamentablemente, hasta los bailes de tambor son interpretados por nuestras escolares con movimientos acompasados que baten las faldas). En síntesis, que las comunicaciones de lo popular constituyen generalmente otra barrera para acceder a lo popular. Nos queda, entonces, la investigación, la labor sistemática de nuestros museos nacionales, la fortaleza de las cofradías populares para mantener sus festividades.

VIII. Dentro de la historia reciente de las comunicaciones de lo popular destaca sobremedida un primer hito de 1948: me refiero al festival organizado por Juan Liscano en el Nuevo Circo de Caracas que logró reunir en sólo tres días todas las manifestaciones musicales del país. Desde entonces, para bien o para mal, lo popular ha estado signado por los medios de comunicación. Se trata ahora, desde esta coyuntura específica que vivimos, de retomar lo popular en su justa dimensión, de darle dignidad visual a lo popular. Y digo esto porque generalmente el tratamiento visual de lo popular ha sido pobre, marginal, decadente. Tenemos que sumar a lo popular la calidad de nuestra mejor fotografía, de nuestra mejor cinematografía, de nuestro mejor diseño. Estos son apenas algunos de los retos que tenemos por delante.



ENTRADA

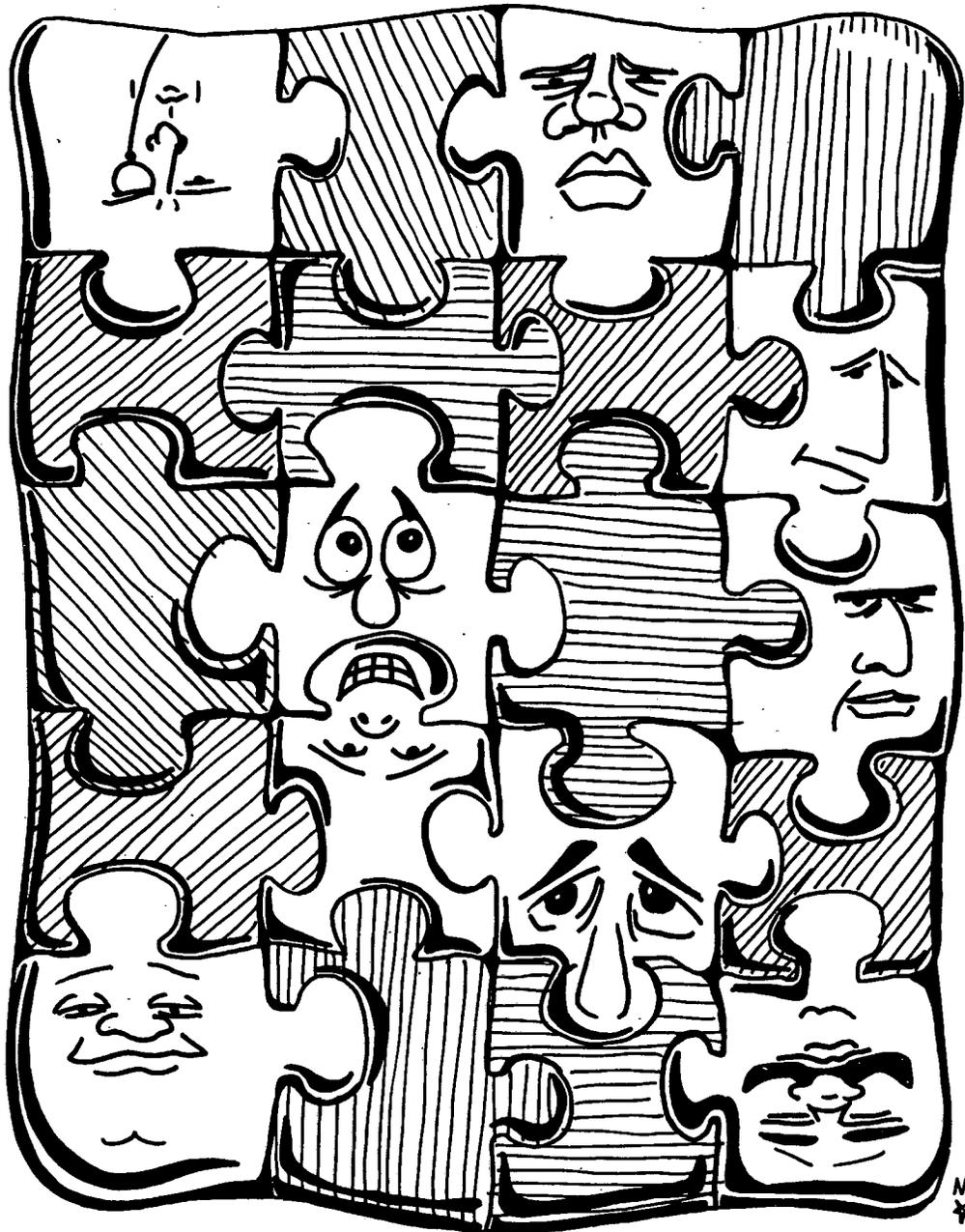
Pluriculturalismo

Agnes Heller

En el siglo XIX, los únicos precursores del pluriculturalismo en el mundo democrático fueron Suiza, con su sistema cultural trilingüe, y Estados Unidos, en donde coexistían libremente diversas confesiones religiosas. Fueron también las excepciones a la regla. El tipo de democracia que predominó hasta el final de la Segunda Guerra Mundial denegaba rígidamente cualquier proyecto de acuerdo multicultural; se apoyaba en la identificación del *demos* y el *ethnos*.

La entidad predominante en la geografía política europea, el Estado nacional, que entraña la unidad del *demos* y el *ethnos*, sólo puede entenderse por contraste con el panorama de fracasos de las preexistentes reglas universalistas o los intentos de instaurar tales órdenes. La primera oleada de esta naturaleza surgió con el protestantismo, que significó la muerte del *ordo sacra et universalis* del catolicismo. La segunda y corta oleada llegó con la Revolución Francesa, que ofrecía la promesa de universalizar el legado de la Ilustración. La tercera, el experimento comunista de crear un nuevo universalismo político, estaba basada en la promesa de la emancipación de las clases y en la utopía de la total homogeneización social. Su resultado fue la recreación del difunto Imperio Romano, con una enorme y dependiente periferia en torno suyo, en lugar de la creación de la "república del proletariado". Esta última oleada ha fracasado, precisamente, ante nuestros ojos. El resurgimiento del nacionalismo —cuando ya se le consideraba muerto— puede ser una consecuencia, muy mal recibida del gran cambio; pero el curso de los acontecimientos siguen un patrón histórico bien conocido.

Por tanto, la creación de un «espíritu nacional», que fue una reacción ante el fracaso de los precedentes órdenes—o experimentos—universalistas, da testimonio de una cosa: que el completo divorcio entre el *demos* y el *ethnos* casi nunca ha funcionado, o por lo menos no lo ha hecho en el caso de grupos humanos con una continua y bien conservada



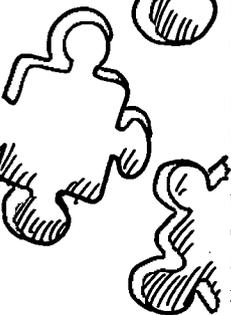
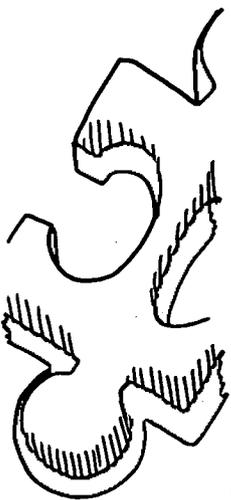
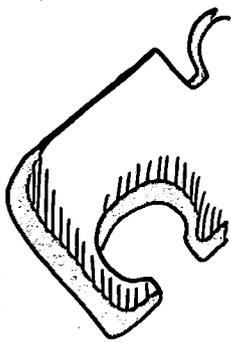
memoria e identidad. Siempre se ha buscado una nueva esencia que reemplazara a la del viejo cristianismo.

¿Pero qué clase de esencia puede ofrecer la nación? En la mayoría de los casos, el escurridizo término *cul-*

tura se ha convertido en la nueva esencia. La cultura, como esencia nacional, implica la idea de una autocreación artificial, en contraposición a la procreación *natural*. En la medida en que una cultura determinada se constituye en nuestra esen-

cia nacional ya no estamos ligados a orígenes místicos; podemos dirigir nuestros intereses hacia las obras de arte, costumbres, historias y emblemas que han conformado nuestra fantasía y acciones más típicas, nuestra total forma de ser. Al mismo tiempo, la cultura se convierte en una *segunda naturaleza*; uno lee los signos *naturales* de la afiliación nacional de otra persona y descubre a través de ellos la esencia del otro. La cultura, que es *instintiva* en nosotros y al mismo tiempo asimilable por el extranjero, es, por tanto, natural y artificial a la vez. La *cultura* se inventa al mismo tiempo que la *civilización* y mientras que la civilización está enraizada en objetos y normas, la cultura se basa en el lenguaje; el lenguaje es, simultáneamente, naturaleza (esencia) y artificio (función). Mientras que el hecho de manejar las cosas y obedecer las reglas adecuadamente es, al menos en principio, una habilidad universal, el completo dominio del lenguaje y la participación en su vida está reservado a un grupo en particular. Esta es la razón de que el asimilacionismo lingüístico sea inseparable del nacionalismo. La cultura es también equivalente a la memoria colectiva. El historicismo y el nacionalismo están intrínsecamente ligados el uno al otro. Aunque la memoria, por definición, tiene límites -está determinada por el espacio y el tiempo-, la memoria colectiva está *deliberadamente* condicionada a ser limitada. Se supone que uno debe recordar las historias colectivas de su propia *comunidad*, y no las de los otros; de aquí el premeditado egocentrismo de la memoria nacional. Si no podemos recordar ninguna otra historia excepto la de nuestra colectividad, nuestro vínculo con el único pasado que poseemos colectivamente será tan indisoluble como nuestra unión con nuestro pasado personal, vía memoria.

Inherente a todos estos aspectos de la cultura como esencia nacional, está la fórmula «una nación-una cultura», ecuación inevitable, dadas las tareas asignadas a la cultura como esencia de la nueva identidad colectiva. Pero la actual aparición de mo-



vimientos que piden el pluriculturalismo como un derecho dentro de la comunidad nacional va en contra de esta tradición -tan fuertemente atrincherada- de identificación entre cultura y nación. Tienen diferentes procedencias y aspiraciones. Los primeros de esta larga lista serían las víctimas supervivientes de la colonización interna, así como los herederos de la colonización externa y los esclavos de una civilización libertaria (los indios nativos de América del Norte y del Sur, los negros, y los descendientes de antiguos esclavos y nativos de las colonias de Estados Unidos, Francia y Reino Unido) que presentan sus reivindicaciones. Un grupo especial es el constituido por la comunidad religiosa judía. Su caso explica por qué el reconocimiento de la libertad religiosa no es necesariamente idéntico al pluriculturalismo: los judíos han conseguido libertad religiosa en diversos países, en un momento en el que sin embargo, estaba lejos de ser reconocida su diferencia cultural como un *ethos* que llevaba implícita una religión en particular. Un tercer grupo de demandantes está constituido por las víctimas (vascos, catalanes, galeses, escoceses, bávaros, lombardos, bretones, etcétera) de una centralización excesiva, primero a cargo del Estado absolutista y más tarde del Estado nacional. Considerar la unidad y homogeneidad del Estado nacional como una institución concedida por Dios fue un peligroso escorzo de nuestra perspectiva histórica europea. De hecho, la homogeneidad nacional -tal como existe hoy- tiene un pasado muy corto, y alguno de los esfuerzos particularmente brutales para crear tal homogeneidad están registrados en la memoria viviente. Finalmente está el grupo de los *residentes* (temporales o permanentes). En este caso, tanto la *diferencia cultural* como la intención de mantener su disparidad mientras dure su estancia -que normalmente se plantea por el tiempo de una generación - son evidentes por sí mismas.

Es poco sorprendente, por tanto, que los hombres y mujeres occiden-

tales -que ayer mismo consideraban su mundo como algo establecido para siempre- sientan ahora un temor más complejo que el que sienten los europeos ante sus propios asuntos. Están asustados ante una masiva pérdida de su propia identidad a causa de la aceptación del pluriculturalismo y por el abandono de la idea y la práctica de un lenguaje dominante. Su pesadilla consiste en verse invadidos intramuros por los bárbaros. Sin embargo, aunque estos temores no son enteramente infundados, hay un hecho -así como una perspectiva prometedora- que los asimilacionistas occidentales deben considerar. El hecho es que el carácter monolítico de las culturas nacionales de Occidente ha sido erosionado de un tiempo a esta parte. La condición posmoderna en la vivimos se distingue por la fragmentación en microdiscursos del -en otro tiempo forzosamente homogéneo- discurso universalista, humanista y racionalista. Para bien o para mal, todas las *diferencias* políticas, culturales, sexuales y raciales) tienen, cada vez más, su propio microdiscurso, mientras que lo que Occidente ha denominado tradicionalmente como *cultura* ha prosperado con la universalidad del discurso: éste ha creado sus propios cánones, normas y valores universales. Los peligros implícitos de este cambio son enormes; al mismo tiempo, la situación tiene también un enorme potencial emancipador: la perspectiva de la posible creación de un nuevo discurso global, en el que toda diferencia pueda encontrar su contrapartida y su alma gemela en otro discurso, quizá muy distante geográficamente.

La modernidad occidental se encuentra ahora en una encrucijada. Tiene que reconsiderar mucho de sus mecanismos tradicionales, so pena de perder su identidad como institución libre, siendo uno de ellos la homogeneidad y monocentrismo de la cultura nacional. Puede alimentar algunas esperanzas moderadas, aunque realistas, sobre su proceso de autoapertura. También se enfrenta a los peligros de la invasión y la erosión. Este no es un mundo seguro.

Cultura latina y comunicación en Estados Unidos

Francisco Tremonti



En los últimos dos o tres años ha hecho eclosión un fenómeno que se venía preparando hace algún tiempo: el mercado latino. Tanto los industriales, como los publicistas y editoriales, se están dando cuenta de que el «hispano» es un comprador potencial muy bueno, con una capacidad de inversión de unos 205.000 millones de dólares, un consumidor que puede producir ganancias a los distintos tipos de empresarios del país. Es el caso de que, a unos individuos que anteriormente pasaban casi desapercibidos oficialmente, ahora se les habla en su idioma, se toca su música y hasta se publican libros en español. Este fenómeno se deriva del extraordinario crecimiento demográfico, cultural y político, del pueblo cuyos orígenes se remontan al Caribe y Latinoamérica fundamentalmente.

LOS LATINOS SE HACEN NOTAR

Antes que nada, conviene señalar que el término «latino» es uno de los varios que se utilizan para categorizar a los residentes en EE.UU., pero cuya herencia cultural proviene de algún país de Latinoamérica. Sin embargo, el término, que desde 1978 fue escogido como el *ethnic label* oficial para estos grupos por las Agencias Gubernamentales Norteamericanas, es el de «hispano». Según la definición gubernamental, el término «hispanic» incluye a personas cuyo origen o cultura provienen de México, Puerto Rico, Cuba, Centroamérica o Sudamérica, inde-

pendientemente de su raza, blanca o negra. Esta definición incluye a los españoles, pero excluye a los portugueses y brasileños, junto a todos aquellos cuya identificación primordial sea como miembro de las culturas indígenas de Centro o Sudamérica. En cambio, la definición de «latino» incluye a los brasileños, pero excluye a los portugueses, españoles y sus descendientes.

No hay acuerdo, por el momento, en los círculos académicos y gubernamentales sobre qué término usar para identificar a estos grupos minoritarios, aumentando la polémica en los meses previos a la realización del censo nacional, cada diez años¹. La opinión pública también está dividida a este respecto. Para muchas personas, la mejor designación es la de origen nacional, es decir, cubano, puertorriqueño, mexicano..., etc. Otras muchas prefieren que les denominen simplemente «americanos», a pesar de su origen, dando así paso a una profunda brecha en su identificación cultural y racial. No quieren ser latinos, pero tampoco son admitidos como americanos. Mientras este debate gira primordialmente en torno a categorías nominales² para la clasificación de personas, dado su origen nacional o regional, otros debates y análisis surgen cuando se consideran factores generacionales, de clase social y de orientación psicológica, que afectan la diversidad cultural y la identificación étnica de los latinos. Sin embargo, por razones obvias, nos centraremos más en el contexto que afecta a la comunicación y sus consecuencias inmediatas.

Según el último censo de 1993³, el número de personas en EE.UU., cuyo origen y herencia cultural provienen de países de América Latina, sobrepasa ya los 25 millones de individuos. Esta cifra hace meritoria la inclusión de toda esta población en estudios sobre la diversidad cultural y la construcción de identidades en este país. Si la población norteamericana ha crecido un 71%, desde 1950, para llegar a una cifra que se aproxima a los 260 millones de personas, la población latina ha crecido

en un 500% en el mismo período. EE.UU. ocupa en la actualidad el quinto lugar entre los países con más población hispana, después de México (81 millones), España (39), Colombia (34) y Argentina (33). Según el Bureau del Censo, la población hispana en ese país habrá sobrepasado con creces los 30 millones para el año 2000⁴. Esto último, también, ha levantado la atención de los sectores productivos de la nación, como un mercado emergente de grandes perspectivas.

Hasta hace poco, las compañías norteamericanas habían tratado el mercado hispano como un lujo innecesario, un desaguadero de preciados recursos en unos presupuestos publicitarios ávidos de fondos⁵. Normalmente, cuando una campaña publicitaria era financiada, se producían una serie única de comerciales, dirigidos por igual a todos los sectores de la población, ya fueran angloparlantes, hispanoamericanos, u otros grupos étnicos. Para los hispanos, simplemente se doblaba literalmente el comercial inglés al español.

Pero las cosas están cambiando, debido principalmente al hecho de que el segmento de habitantes de origen hispanoamericano, dentro de la pirámide demográfica de Estados Unidos, está creciendo a un ritmo cinco veces mayor que el promedio nacional. En este momento, casi representan el 10% de la población estadounidense. Para el año 2020, según predice Gary Berman, presidente de Market Segment Research, una firma de investigación demográfica radicada en Miami, la cifra de hispanos en EE.UU. podría subir a 51 millones, o un 16% de la población total⁶.

Ahora nos encontramos que, con esta tasa de crecimiento, los anunciantes comienzan a cortejar el mercado hispano, cada vez con mayor vigorosidad y sofisticación. En 1994, los anunciantes gastaron más de 950 millones de dólares en publicidad orientada única y exclusivamente al mercado hispano, lo que constituyó un sorprendente incremento del 29%, en comparación a las cifras invertidas dos años antes. Si miramos como

ejemplo al gigante de las telecomunicaciones, AT&T, esta empresa invirtió 6,7 millones de dólares, en 1993, en publicidad dirigida exclusivamente al mercado hispano. En 1994, el monto casi se triplicó, llegando a los 19,2 millones de dólares⁷.

PERO...

¿QUÉ ES SER «HISPANO»?

Esta es la pregunta a la que todos los publicistas de EE.UU. quisieran que se les respondiera, ahora que el mercado hispano, o latino, está siendo objeto de una mayor atención por parte de los anunciantes. No están seguros de cómo los hispanos quieren verse a sí mismos en los anuncios. No quieren el «estereotipo: sangre indígena, tez oscura, ojos oscuros..., de corta estatura», dice Adrian Pulido⁸, de Sosa Bromley Aguilar Noble and Associates, la Agencia de Publicidad de dueños hispanos más grande del país. Los individuos de origen hispano, quizás por ser una minoría relegada y menospreciada por los estratos culturales, políticos y económicos dominantes, prefieren con frecuencia una imagen diferente a la que pueden observar de sí mismos en un espejo, aunque sigue habiendo una diferencia entre ser hispano y ser blanco.

En las estadísticas del Bureau of the Census, citado anteriormente, que permite a los hispanos describir su raza y su origen cultural por separado, más del 50% se calificaron a sí mismos como blancos, o dieron respuestas en ese sentido; más del 40% se calificaron como «otro», en el renglón de la raza, y solamente un 3% dijo que era negro. Este es, también, el resultado de la mezcla de sangres; se pueden encontrar muchos latinos tan blancos como cualquiera, tan indios como Cantinflas, o tan negros como Pelé. Sin embargo, para las Agencias de Publicidad estadounidenses, los Hispanos constituyen una raza particular, que se caracteriza por hablar español y por una combinación de atributos culturales, nacionales, geográficos y raciales⁹. Pero no creamos que las cosas





son tan fáciles a la hora de llegar a un público determinado.

Prescindiendo de las diversas etiquetas que se pueden colocar a los latinos, blancos, negros, indios o mestizos, es difícil superar la brecha cultural y regional que existe hoy día en los diferentes estados del país. La Agencia de Publicidad Sosa Bromley, radicada en San Antonio, Texas, tratando de anunciar por televisión la cerveza Bud Light, ofreció a los cubanos, puertorriqueños y sudamericanos de New York un anuncio "caribeño", con música de salsa y un entorno tropical. Un segundo anuncio mostraba hombres con sombreros vaqueros, en un ambiente más parecido a un bar, con música ranchera de fondo¹⁰, obviamente dirigido hacia un consumidor mexicano. Los actores del aviso caribeño tenían un acento más cubano y su tez era un poco más blanca que la de los actores del aviso mexicano.

Esta estrategia responde a la idea de que es francamente imposible conseguir una definición de hispano, en la todos los miembros de ese origen se vieran reflejados e incluidos. Más bien, se ha generalizado la opinión de que mexicano, cubano o puertorriqueño, son atributos raciales, independientemente de su raza. Por este motivo, se trata de distinguir a los hispanos más bien por sus nacionalidades, atendiendo a los rasgos culturales propios, o regionales, como lenguaje, costumbres, etc. En New York, por ejemplo, debido a su mayoritaria población caribeña, suena la salsa y se comen pasteles puertorriqueños, mientras que en Los Angeles, con predominio mexicano,

se pueden degustar unas enchiladas al son de las rancheras.

Sin embargo, algunas de las agencias publicitarias más sofisticadas del país están tratando de presentar una especie de «hispano genérico». No es fácil encontrar a un individuo de color algo obscuro, pelo negro y liso, de ojos también negros y pómulos algo prominentes, que hable un español neutro. Se busca al tipo de hispano que, aunque no se le identifique con el grupo particular de cada quien, se note que es hispano¹¹. Es tan difícil, que muchas agencias han vuelto a plantear sus estrategias de publicidad en base a los diversos valores culturales, en vez de fijarse tanto en la raza como tal. Llegando a este punto, hay que tomar en cuenta que la programación importada a EE.UU. desde México y otros países latinoamericanos, principalmente telenovelas, presentan casi siempre a sus personajes de color blanco y, a poder ser, de pelo rubio, lo que viene a constituir un punto de discordancia con la realidad de los hispanos que viven y trabajan allí. Sin embargo, podríamos decir que hasta la relevancia cultural tiene sus limitaciones, por lo que el problema de las identidades, en el fondo, es un problema puramente humano y hay que tratarlo como tal.

AHORA TAMBIÉN TENEMOS PUBLICACIONES LOCALES EN ESPAÑOL

Tomémoslo como lo que es, un negocio, en primer lugar, pero también fijémonos que este fenómeno sobrepasa lo puramente comercial: el hispano se está haciendo notar, en Estados Unidos, por su cultura, no solamente por su capacidad de consumo. El primer toque de atención para la editoriales norteamericanas fue más bien un toque coyuntural. Cuando la Editorial Doubleday publicó hace dos años la edición inglesa de *Como Agua para Chocolate*, los lectores estadounidenses quedaron cautivados por la mezcla de erotismo místico y las aromáticas recetas mexicanas de la novela¹². La sorpresa, que sedujo a la industria edito-

rial del país, fue que se vendieron más de 70.000 copias de pasta dura, en español, de una edición inicial de 5.000 ejemplares. Recordemos, sin embargo, que estas cifras de ventas tuvieron un fuerte apoyo en la exhibición, por las mismas fechas, de la película homónima, que fue todo un éxito de taquilla.

Esta sorpresa, junto a las buenas ventas del libro del Papa Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, publicado por Alfred A. Knopf, ha alentado a las editoriales a crear, inclusive, nuevas empresas para atender las necesidades culturales o de información del público hispano. El pasado mes de junio, Simon & Schuster Inc., filial de Viacom Inc., lanzó la Simon & Schuster-Aguilar-Libros en Español, una nueva empresa que tendrá en su catálogo títulos que van desde psicología infantil, medicina general, etc., hasta traducciones al español de best-sellers en inglés. Lo mismo sucede con Harper Collins Publishers Inc. y la división editorial de News Corp. Juntos han formado la Harper Libros, una editorial que sacará antes de las próximas navidades varios títulos en español, desde ficción hasta novelas de exitosos escritores. Además, Vintage Books, perteneciente a Random House, se ha unido al poderoso grupo Santillana para fundar Alaguara/Vintage Español, que ya ha sacado al mercado sus primeros títulos¹³.

En realidad, las editoriales norteamericanas, al igual que los publicistas, no saben todavía cómo reaccionarán los hispanos ante la literatura en español. Famosas por su falta de investigación de mercado no saben todavía cual será el mercado real. La explosión demográfica hispana ha suscitado un gran interés. Sabemos que el 92% de los hispanos encuestados en último censo (1993) respondieron que hablaban español en casa. Quizás los hispanos lean más si se les facilita libros en su idioma de origen, incluidas las personas que hablan los dos idiomas. Es por ello que la estrategia actual de las editoriales es publicar una variedad de títulos y temas, tanto literarios como



para personas sin inquietudes intelectuales, esperando que algunos de ellos tengan un éxito parecido a Como Agua para Chocolate.

Sin embargo, el punto clave, la ayuda esencial que necesitan los anunciantes, publicistas y editoriales, es la consolidación de los medios masivos en español, que cuentan con la audiencia masiva necesaria para promover libros y productos a nivel nacional. Al igual que otras empresas, Simon & Schuster espera utilizar los medios de comunicación hispanos para promover su línea Aguilar-Libros. Con esta medida, la editorial espera un gran impulso a la literatura en español, incluyendo títulos novedosos como Always running, sobre las memorias del expandillero Luis Rodríguez, un personaje promocionable como invitado de los diversos programas de la radio y televisión hispanas.

LA INFLUENCIA, PARA BIEN O PARA MAL, DE LOS MEDIOS MASIVOS

El encontrar la serie de mecanismos que facilitan la interacción entre los integrantes de un grupo étnico es uno de los factores indispensables para la construcción de la identidad étnica y su mantenimiento como tal¹⁴. Si aceptamos la premisa de que el conocimiento del idioma español es uno de los factores que más puede contribuir a la formación e identificación cultural de los hispanos como miembros de dicho grupo étnico, los medios de comunicación son entonces agentes importantes del mantenimiento de dicha identidad.

Actualmente se publican con regularidad en EE.UU. unos cinco periódicos diarios en español en tres ciudades: *El Nuevo Herald y Diario Las Américas*, en Miami; *El Diario La Prensa y Noticias del Mundo*, en New York; y *La Opinión*, en Los Angeles. También se publican en varias ciudades más de 350 periódicos, con circulación semanal o mensual, y decenas de revistas cuyo mercado principal son los lectores hispanoparlantes del país¹⁵. Incluso se publican algunas revistas en inglés

para los hispanos, como pueden ser *Hispanic, Vista, Hispanic Link y Hispanic business*, esta última especializada en negocios y personalidades financieras del mundo hispano.

La radio y la televisión también son accesibles a la inmensa mayoría de los hispanos en Estados Unidos. En el espectro radioeléctrico nos encontramos con más de 233 emisoras de radio, unas 177 en AM y por lo menos 56 en FM, que transmiten a tiempo completo en español. Habría que añadir otras 300 más, cuya programación se transmite parcialmente en español e inglés, lo que hace que todos los hispanos o latinos del país tengan la oportunidad de sintonizar por lo menos una emisora de radio en su propio idioma. En las grandes ciudades, con gran concentración de hispanos, se pueden localizar dos, tres y hasta doce emisoras en español, como sucede en Miami.

Tampoco podemos olvidar a las dos cadenas de televisión a nivel nacional: Telemundo y Univisión. Estas televisoras, a través de sus emisoras propias, filiales y centros de retransmisión, pueden llegar a la inmensa mayoría de los hispanos que habitan aquí. Tendríamos que añadir en este renglón los circuitos de televisión por cable, como por ejemplo, Galavisión de Mexico, la venezolana Gems y otras varias localizadas en Miami y Los Angeles. Todos estos circuitos transmiten novelas, noticias y diversos tipos de programación traídos directamente de sus países de origen, como de toda Latinoamérica.

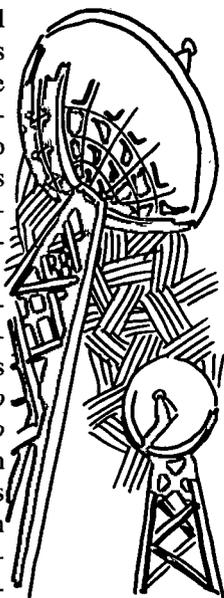
Como decíamos anteriormente, una de las funciones de estos medios es la de conservar la vigencia del idioma español entre los miembros de su audiencia, no sólo entre los inmigrantes latinoamericanos, sino entre aquellos cuyo segundo idioma es el español o que están interesados en la temática y cultura hispanas. Tenemos como ejemplo los diversos informativos, tanto en radio, televisión, periódicos y revistas, que transmiten diariamente gran cantidad de noticias sobre temas y eventos, incluyendo las deportivas, que suceden en América Latina y el Caribe.



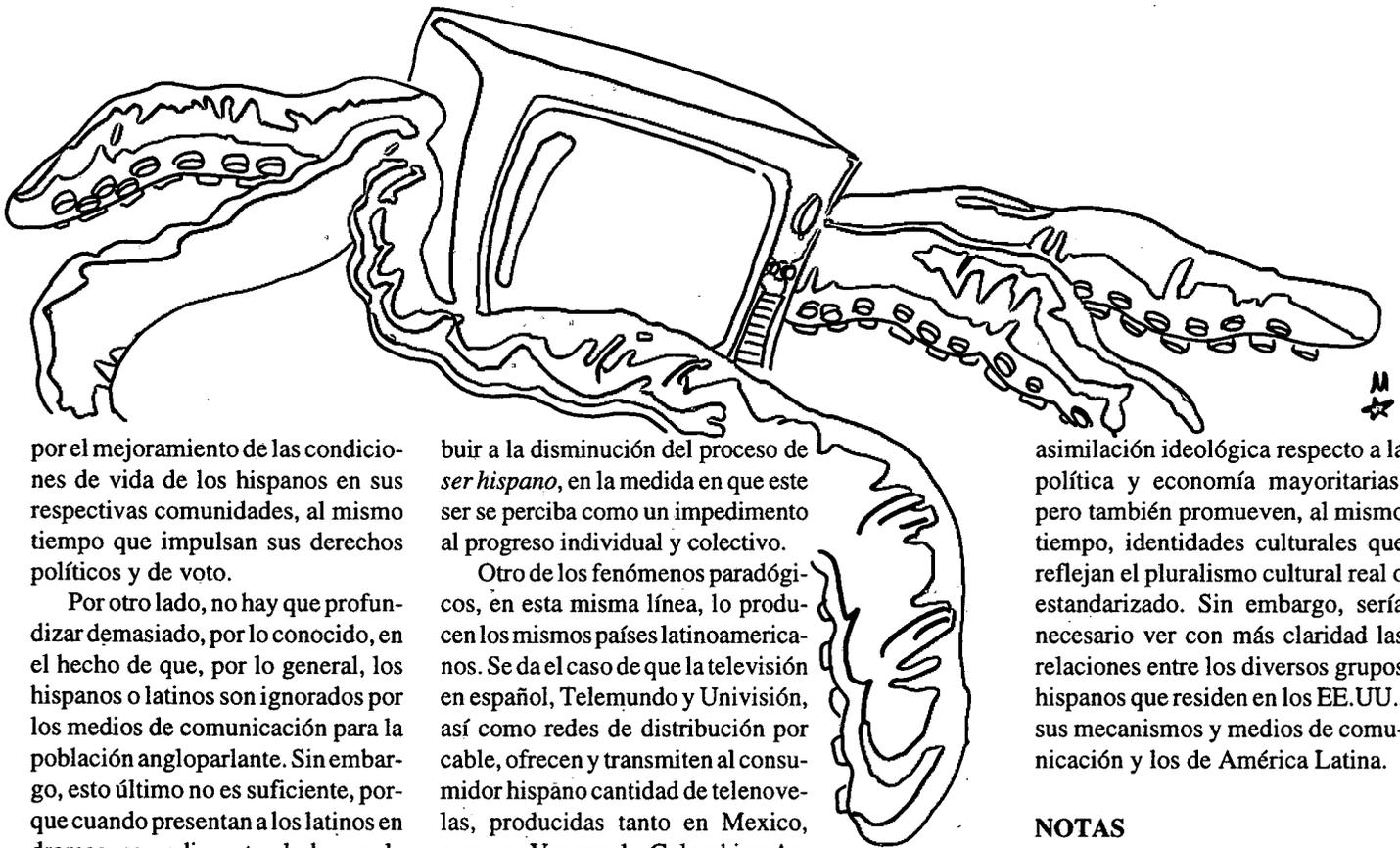
Presentan frecuentemente la música, artistas, personalidades, costumbres, tradiciones, etc., de un país en particular o de una región en general, que mantienen las relaciones de los hispanos con su país de origen, o el de sus padres y abuelos.

En general, los principales medios de comunicación en inglés tienden a ignorar todo lo relativo a Latinoamérica, de la misma manera que ignoran los logros, la cultura, los intereses, la política, las perspectivas, los problemas y las necesidades de los latinos que viven en ese país¹⁶. En este sentido, los medios masivos en español cumplen con la función de establecer vínculos entre los propios hispanos de EE.UU. No solamente algunos programas de Univisión y Telemundo, sino también la prensa local y las revistas, como *Temas, Más y Réplica*, dan amplia cobertura a los latinos en todas sus variantes.

Esto último ayuda a crear vínculos entre los mismos hispanos dentro del país. Así los puertorriqueños de New York pueden saber de los logros y problemas de los puertorriqueños en Chicago u otras grandes ciudades, cómo trabaja la comunidad mexicana en Los Angeles, o los cubanos en Miami. Es bueno que los hispanos de cada una de las regiones del país se puedan informar sobre los problemas educativos, sociales, económicos, políticos, de discriminación, inmigración, etc., que padecen los hispanos de la región en un momento dado. Estos medios de comunicación, tanto hablados como escritos, sobre todo, a nivel local, son generalmente los que más luchan



COMUNICACION



por el mejoramiento de las condiciones de vida de los hispanos en sus respectivas comunidades, al mismo tiempo que impulsan sus derechos políticos y de voto.

Por otro lado, no hay que profundizar demasiado, por lo conocido, en el hecho de que, por lo general, los hispanos o latinos son ignorados por los medios de comunicación para la población angloparlante. Sin embargo, esto último no es suficiente, porque cuando presentan a los latinos en dramas, comedias, etc., lo hacen de forma totalmente estereotipada, o como personas que tienen o causan problemas sociales y económicos¹⁷. Parece paradójico, pero no sólo los medios de comunicación en inglés, sino también los medios en español pueden perjudicar al sentimiento hispano en el país.

Puede sonar mal, pero me parece lógico que los medios de comunicación, como medio de ayudar al hispano a progresar en una sociedad distinta y sofisticada, traten de ayudar al inmigrante, hispano/étnico, a adaptarse a la sociedad del país donde se encuentran. Sin embargo, pueden hacer daño, en el sentido de que los valores humanos que fomentan no sólo son distintos, sino que pueden estar deformados. Por lo tanto, los medios informativos, así como los de entretenimiento, suelen difundir cuantiosa información, claramente expresa o de forma subliminal, sobre cuáles son las reglas de la sociedad mayoritaria. Nos muestran, además, cuáles son los valores anglos en las relaciones financieras, culturales, sociales y políticas¹⁸. Es lógico suponer que toda esta práctica puede contri-

buir a la disminución del proceso de *ser hispano*, en la medida en que este ser se perciba como un impedimento al progreso individual y colectivo.

Otro de los fenómenos paradójicos, en esta misma línea, lo producen los mismos países latinoamericanos. Se da el caso de que la televisión en español, Telemundo y Univisión, así como redes de distribución por cable, ofrecen y transmiten al consumidor hispano cantidad de telenovelas, producidas tanto en México, como en Venezuela, Colombia y Argentina. Todas estas producciones se caracterizan por el uso desproporcionado de actores blancos, de clase media, con historias que pueden ir desde el más rancio romanticismo hasta la moderna crítica social. Hablan con un acento a poder ser neutro, promueven un estilo conspicuo de consumismo y muestran el machismo latino en forma integral. En este sentido, es de esperarse que lo que promueve la televisión hispana en EE.UU. sea lo mismo que se promueve en casi todo el continente: una sociedad altamente clasista, alienada y hasta racista.

La ausencia de encuestas confiables o estudios serios al respecto limita el conocimiento de hasta qué punto la diversidad cultural latina se ve afectada por los medios de comunicación en Estados Unidos. Por otro lado, es necesario mejorar el entendimiento de las características de la diversidad cultural latina, así como de los diversos grupos étnicos que constituyen la población hispana en el país. Es posible que los medios masivos en español promuevan políticas y mecanismos que reflejen la

asimilación ideológica respecto a la política y economía mayoritarias, pero también promueven, al mismo tiempo, identidades culturales que reflejan el pluralismo cultural real o estandarizado. Sin embargo, sería necesario ver con más claridad las relaciones entre los diversos grupos hispanos que residen en los EE.UU., sus mecanismos y medios de comunicación y los de América Latina.

NOTAS

1. De la Garza, R. et. Al: *Latin American perspectives* (1992). Número especial dedicado a «The politics of ethnic construction: Hispanic, Chicano, Latino» 19 (fall) pp. 3-78
2. Subervi-Vélez: *El papel de los medios de comunicación colectiva en la diversidad cultural...* Unesco, primera edición, 1994.
3. US Bureau of the Census (1993) «Hispanic Americans Today», pp.23-183. US Government Printing Office. Washington DC.
4. Ibid.
5. Villano, David. *El Nacional*, cuerpo E, 23/04/95
6. Ibid.
7. Ibid.
8. Winter, Leon E. *The Wall Street Journal*. *El Nacional*, cuerpo E, 16/02/95
9. Ibid.
10. Ibid.
11. Ibid.
12. Reilly, Patric M. *El Nacional*, cuerpo E, 5/01/95
13. Ibid.
14. Ver T., Shibutani; L., Kwan. *Ethnic stratification. A comparative approach*. McMillan. N.Y.
15. Subervi-Vélez, Federico. *El papel de los medios de comunicación colectiva*. Unesco, 1994.
16. C., Wilson; F. Gutiérrez. *Minorities and media*. Sage. Beverly Hills, 1985.
17. Subervi-Vélez, Federico. et Al.: *Media*, en Kanellos/Esteva-Fabregat (eds): *Hispanic Almanac*. Gale Research. Detroit.
18. Subervi-Vélez, Federico. *El papel de los medios de comunicación colectiva*. Unesco, 1994.

EL CONCEPTO DE REGIÓN

La noción de región es de las más confusas y ambiguas que maneja la geografía humana, como lo demuestra la multiplicidad de calificativos que suelen acompañarla: región natural, región económica, región polarizada, región histórica, región sociocultural, etcétera.

El denominador común de todas estas expresiones sólo puede formularse en términos muy abstractos: se trata siempre de «una porción organizada por un sistema y que se inscribe en un conjunto más vasto»¹.

Lo que aquí nos interesa es la llamada *región sociocultural*, que en algunos casos puede tener por substrato la «región natural» de los geógrafos y hasta la «región económica» de los economistas, pero no necesariamente.

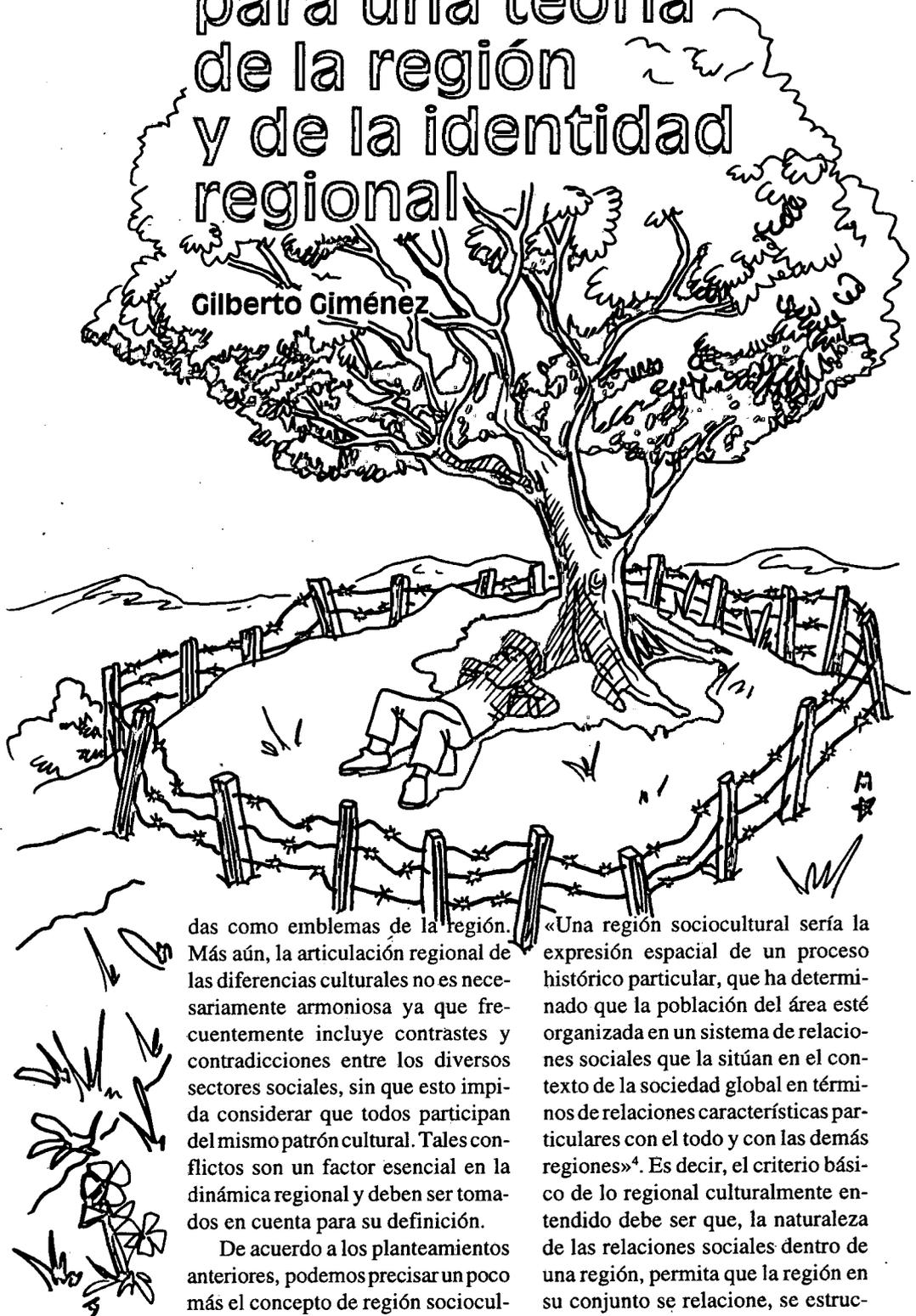
Para acercarnos a la idea de región sociocultural, diremos que ésta nace de la historia, es decir, de un pasado vivido en común por una colectividad asentada en una porción de territorio. La región cultural es «la expresión espacial, en un momento dado, de un proceso histórico»². Durante varias generaciones los pobladores de una determinada área territorial experimentaron las mismas vicisitudes históricas, afrontaron los mismos desafíos, tuvieron los mismos líderes y se guiaron por modelos de valores semejantes; de aquí el surgimiento de un estilo de vida peculiar y, a veces, de una voluntad de vivir colectiva que confiere su identidad a la colectividad considerada.

Cabe precisar, sin embargo, que la homogeneidad—sobre todo en sociedades complejas y pluriculturales que no han conocido un proceso homogéneo de desarrollo histórico—no es el criterio principal para definir lo regional en términos culturales, sino la articulación de diferencias (micro) culturales frecuentemente complementarias, aunque internamente jerarquizadas³, dentro de una unidad expresada por cierto estilo de vida y por ciertas formas simbólicas—sociolectos, canciones, fiestas, hábitos alimentarios, etcétera—difundidas por toda el área regional y considera-

ENTRADA

Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional

Gilberto Giménez



das como emblemas de la región. Más aún, la articulación regional de las diferencias culturales no es necesariamente armoniosa ya que frecuentemente incluye contrastes y contradicciones entre los diversos sectores sociales, sin que esto impida considerar que todos participan del mismo patrón cultural. Tales conflictos son un factor esencial en la dinámica regional y deben ser tomados en cuenta para su definición.

De acuerdo a los planteamientos anteriores, podemos precisar un poco más el concepto de región sociocultural en términos de la antropología social, siguiendo a Guillermo Bonfil:

«Una región sociocultural sería la expresión espacial de un proceso histórico particular, que ha determinado que la población del área esté organizada en un sistema de relaciones sociales que la sitúan en el contexto de la sociedad global en términos de relaciones características particulares con el todo y con las demás regiones»⁴. Es decir, el criterio básico de lo regional culturalmente entendido debe ser que, la naturaleza de las relaciones sociales dentro de una región, permita que la región en su conjunto se relacione, se estructure, dentro del contexto global en forma unitaria y diferencial.

COMUNICACION

LA REGIÓN COMO HAZ DE MICRO-REGIONES

Nos hemos referido más arriba a las «diferencias culturales» dentro de una misma región. Quizás sea el momento de precisar la naturaleza y la escala de las mismas. Podemos afirmar, a modo de hipótesis, que toda región articula una diversidad de micro-regiones definidas a escala comunal o municipal. Se trataría de los «pequeños mundos municipales» o de minisociedades pueblerinas llamadas también localidades, terruños, tierrucas, tierra natal, parroquias o «patrias chicas».

El historiador mexicano Luis González ha forjado el término *matria* para designar a estas micro-regiones culturales de fuerte sabor localista, «al pequeño mundo que nos nutre, nos envuelve y nos cuida de los exabruptos patrióticos, al orbe minúsculo que en alguna forma recuerda el seno de la madre cuyo amparo, como es bien sabido, se prolonga después del nacimiento»⁵.

En términos descriptivos, las «matrias» serían espacios cortos, en promedio diez veces más cortos que una región. «El radio de cada una de estas minisociedades se puede abarcar de una sola mirada y recorrer a pie de punta a punta en un solo día»⁶. Los nichos ecológicos de una matria pueden ser un valle estrecho, una meseta compartida, parte de una llanura, parte de un litoral marítimo, etc. Su población se reparte, por lo general, en uno o varios pueblecitos con su periferia de rancherías. En todos los casos se trata de «sociedades de interconocimiento» con débil estratificación social. Por eso los conflictos interfamiliares suelen ser más visibles en ellas que la lucha de clases.

Hay matrias indígenas (las más estudiadas por los antropólogos) y matrias criollas o mestizas. Cada una de ellas exhiben matices culturales propios dentro de lo regional.

El área de una región o de una micro-región cultural carece, por lo general, de límites precisos y no coincide necesariamente con las delimitaciones políticoadministrativas. En todo caso, sus límites son «fran-

jas» de transición donde lo regional o lo micro-regional se va diluyendo gradualmente. «Se manejan aquí fenómenos sociales complejos y dinámicos, para los que no es dable esperar una expresión territorial exactamente delimitada; tal circunstancia de ninguna manera les resta pertinencia como tema de investigación»⁷.

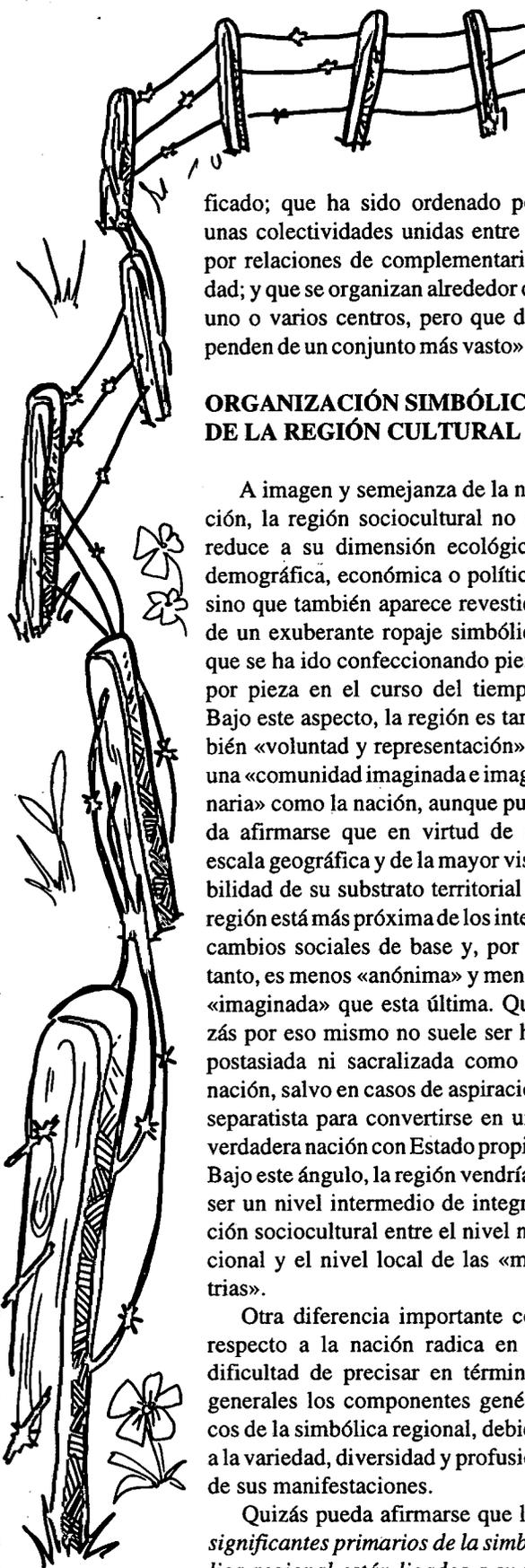
LA REGIÓN: UN ESPACIO POLARIZADO

Toda región cultural —juntamente con su mosaico de micro-regiones— tiende a ser polarizada por un centro urbano que generalmente suele ser una ciudad mercado. «En tanto que espacio animado por acciones y relaciones promovidas por el hombre, la región es un espacio dominado por un centro de gestión y de dirección que es una ciudad»⁸.

En la mayor parte de los países del mundo, la organización del espacio habituado depende cada vez más de las relaciones que se establecen partiendo de las ciudades. Las regiones viven gracias a su centro y a su sistema de pueblos-cabeceras. Y esta polarización regional sólo es posible si existe una red convergente y diversificada de vías de comunicación y de telecomunicaciones⁹. En términos culturales, el centro regional es el lugar de una cultura dominante representada por la «Gran Tradición», es decir, la religión oficial, el poder y la ciencia¹⁰, mientras que su periferia pueblerina y rural es la sede de las culturas populares representadas por las «pequeñas tradiciones» de Redfield (1965).

Las regiones culturales polarizadas no constituyen sistemas cerrados; aunque frecuentemente se nutren de la pujanza económica de uno o varios centros, sólo se comprenden, como ya ha sido señalado, en función de las relaciones que mantienen con otras regiones polarizadas y con el conjunto nacional o plurinacional más vasto del que forman parte.

En resumen: «La región es una fracción de la superficie terrestre que se inscribe en un marco natural que puede ser homogéneo o bien diversi-



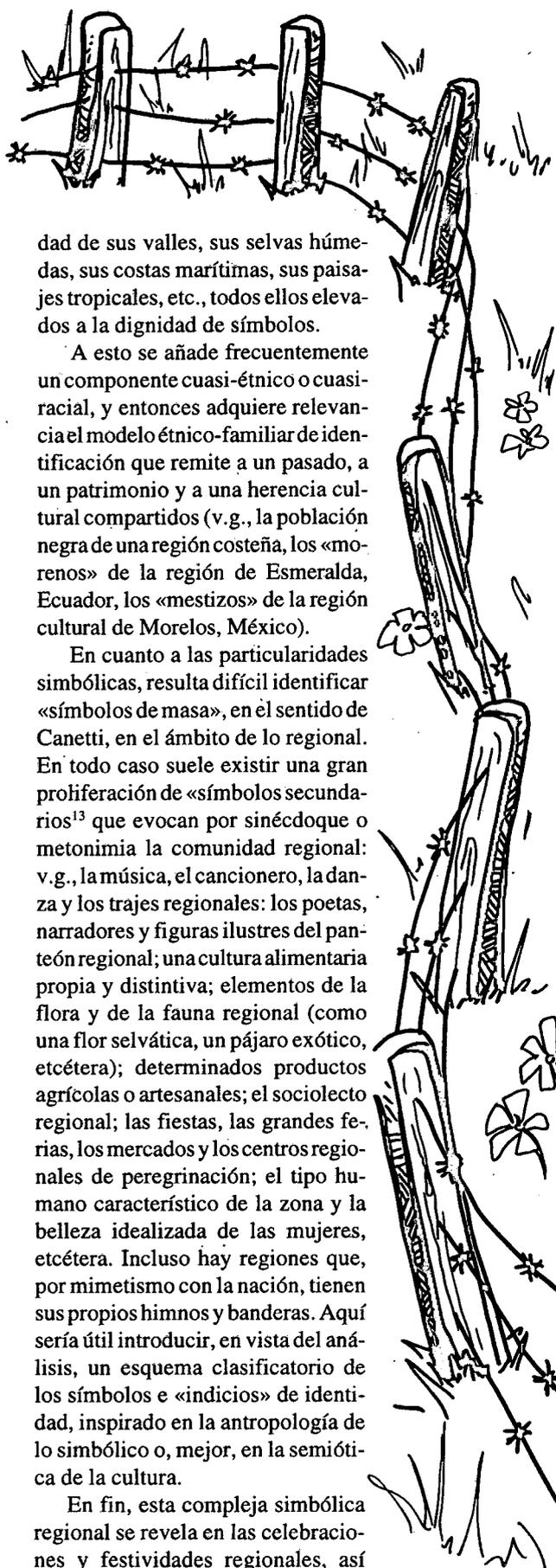
ficado; que ha sido ordenado por unas colectividades unidas entre sí por relaciones de complementariedad; y que se organizan alrededor de uno o varios centros, pero que dependen de un conjunto más vasto»¹¹.

ORGANIZACIÓN SIMBÓLICA DE LA REGIÓN CULTURAL

A imagen y semejanza de la nación, la región sociocultural no se reduce a su dimensión ecológica, demográfica, económica o política, sino que también aparece revestida de un exuberante ropaje simbólico que se ha ido confeccionando pieza por pieza en el curso del tiempo. Bajo este aspecto, la región es también «voluntad y representación»¹², una «comunidad imaginada e imaginaria» como la nación, aunque pueda afirmarse que en virtud de su escala geográfica y de la mayor visibilidad de su substrato territorial la región está más próxima de los intercambios sociales de base y, por lo tanto, es menos «anónima» y menos «imaginada» que esta última. Quizás por eso mismo no suele ser hipostasiada ni sacralizada como la nación, salvo en casos de aspiración separatista para convertirse en una verdadera nación con Estado propio. Bajo este ángulo, la región vendría a ser un nivel intermedio de integración sociocultural entre el nivel nacional y el nivel local de las «matrias».

Otra diferencia importante con respecto a la nación radica en la dificultad de precisar en términos generales los componentes genéricos de la simbólica regional, debido a la variedad, diversidad y profusión de sus manifestaciones.

Quizás pueda afirmarse que los *significantes primarios de la simbólica regional están ligados a su territorialidad*, como podrían ser el relieve de sus montañas, la profundi-



dad de sus valles, sus selvas húmedas, sus costas marítimas, sus paisajes tropicales, etc., todos ellos elevados a la dignidad de símbolos.

A esto se añade frecuentemente un componente cuasi-étnico o cuasi-racial, y entonces adquiere relevancia el modelo étnico-familiar de identificación que remite a un pasado, a un patrimonio y a una herencia cultural compartidos (v.g., la población negra de una región costeña, los «morenos» de la región de Esmeralda, Ecuador, los «mestizos» de la región cultural de Morelos, México).

En cuanto a las particularidades simbólicas, resulta difícil identificar «símbolos de masa», en el sentido de Canetti, en el ámbito de lo regional. En todo caso suele existir una gran proliferación de «símbolos secundarios»¹³ que evocan por sinécdoque o metonimia la comunidad regional: v.g., la música, el cancionero, la danza y los trajes regionales; los poetas, narradores y figuras ilustres del panteón regional; una cultura alimentaria propia y distintiva; elementos de la flora y de la fauna regional (como una flor selvática, un pájaro exótico, etcétera); determinados productos agrícolas o artesanales; el sociolecto regional; las fiestas, las grandes ferias, los mercados y los centros regionales de peregrinación; el tipo humano característico de la zona y la belleza idealizada de las mujeres, etcétera. Incluso hay regiones que, por mimetismo con la nación, tienen sus propios himnos y banderas. Aquí sería útil introducir, en vista del análisis, un esquema clasificatorio de los símbolos e «indicios» de identidad, inspirado en la antropología de lo simbólico o, mejor, en la semiótica de la cultura.

En fin, esta compleja simbólica regional se revela en las celebraciones y festividades regionales, así como también en el discurso social común, en el discurso de la lírica, de

la narrativa y de la historia regionalista, en el periodismo local, en el discurso político, etcétera.

LA IDENTIFICACIÓN REGIONAL

Una vez analizado los componentes simbólicos de una región —que funcionan como «pre-construidos culturales» o «sociogramas» de lo regional—, se plantea el problema de cómo los habitantes de la región considerada se relacionan subjetivamente con ellos. Es lo que llamaremos *identificación socioregional*, es decir, el proceso subjetivo que genera un sentido de pertenencia y cierto grado de lealtad con la región.

En otro trabajo¹⁴ hemos distinguido dos tipos de identificación con entidades colectivas: por pertenencia y por referencia. En el caso de la región sociocultural, que se caracteriza por su mayor «visibilidad» y por su proximidad a los circuitos cotidianos de interacción social, hay que partir de la hipótesis de que se dan, en forma combinada, ambos tipos de identificación, dependiendo de la extensión y de la escala geográfica en que se define lo regional.

Para entender mejor la naturaleza de la pertenencia y/o referencia al colectivo regional, pediremos prestado a los teóricos de la ecología¹⁵ un esquema que distingue analíticamente cuatro modos de presencia de los individuos en un determinado contexto de relaciones sociales territorializadas: a) localización territorial; b) participación ecológica; c) pertenencia social; d) conformidad normativa.

La *localización territorial* connota sólo la copresencia de los individuos de una población en una determinada área territorial, y por sí misma no comporta grado alguno de solidaridad o de compromiso entre los mismos.

La *participación ecológica* añade a lo anterior la conciencia de relaciones de interdependencia recíproca (simbiosis) entre los individuos de una población asentada en una misma área temporal. Ejemplos: los clientes de una empresa comer-

cial, los participantes de un mercado, la red de amistades puramente personales, los antagonistas de una lucha los habitantes de una colonia, de un barrio, de un vecindario, etcétera. Pero esta «conciencia de interdependencia ecológica» todavía no implica la constitución de una identidad colectiva ni genera sentimientos de solidaridad o compromiso.

En términos generales, la *pertenencia social* implica la inclusión del individuo, mediante la asunción de un rol o de cierto tipo de compromisos, en una colectividad con respecto a la cual experimenta sentimientos de solidaridad y lealtad.

En sentido propio, el status de pertenencia compete sólo a la dimensión simbólico-cultural de las relaciones y de las interacciones sociales. En el caso de la pertenencia a una identidad colectiva territorializada hablaremos de *pertenencia socioterritorial*.

A diferencia de la mera «localización» y de la «participación ecológica», la pertenencia socioterritorial implica la solidaridad y el compromiso recíproco entre los individuos pertenecientes a la colectividad considerada. Pero la lealtad de los individuos con respecto a ésta *no anula la posibilidad de la oposición y del diseño*.

La *conformidad normativa*, en cambio, presupone que el individuo asume y comparte tan plenamente los modelos valorativos de un determinado complejo cultural, que se desliza hacia actitudes de consenso y conformismo. Podríamos decir que la conformidad normativa representa una modalidad conformista y acrítica de la pertenencia social.

El modo de presencia que aquí nos interesa particularmente es la pertenencia sociocultural, que supone como condición previa la «localización» y la «participación ecológica», aunque estas últimas puedan existir autónomamente. Es decir, la pertenencia social a una colectividad territorial no puede concebirse sin la presencia del individuo en el territorio considerado y sin conciencia del sistema de interdependencias recíprocas que lo constituyen y defi-

nen En cambio, la simple localización y la «conciencia ecológica» pueden existir independientemente de todo sentido de pertenencia.

Concluamos, entonces, que se entiende por pertenencia socioterritorial «el status de pertenencia a una colectividad, generalmente de tipo *Gemeinschaft*, caracterizada prevalentemente en sentido territorial, o sea, en el sentido de que la dimensión territorial asume relevancia predominante para la caracterización de la estructura misma de la colectividad y de los roles asumidos por los actores». ¹⁶ En otros términos, la pertenencia socioterritorial se distingue de la pertenencia social genéricamente considerada por el hecho de que en su caso el *territorio* desempeña un papel *simbólico relevante* en el contexto de la acción y de la relación humana y no simplemente un papel de «condicionamiento» o de «recurso instrumental». Y tan es así, que llega a caracterizar la estructura misma de la colectividad considerada a través del simbolismo expresivo.

Tratándose de la identificación regional (o micro-regional), la pertenencia (y/o referencia) debe caracterizarse, entonces, como socioterritorial.

Este tipo de pertenencia, a su vez, está lejos de ser unívoco. Así, por ejemplo, se puede tener el sentimiento de pertenecer a una región sociocultural por nacimiento o habitación prolongada, por integración social, por radicación generacional, por actividad profesional, por la calidad del medio ambiente, etcétera ¹⁷.

Además, se puede distinguir grados de pertenencia socioterritorial, según el grado de involucramiento o de compromiso que pueden ir del simple reconocimiento (awareness) del propio «status de pertenencia», al compromiso ideológico activo y militante. En este último caso hablaremos de *regionalismo* o de *movimiento regionalista*. Debe ser posible, entonces, construir escalas psicosociales para medir el grado de intensidad de la pertenencia socioterritorial o socioregional.

APRENDIZAJE DE LA IDENTIDAD REGIONAL

Entre las identidades colectivas humanas que definen, por acumulación o intersección de pertenencias múltiples, la identidad de un individuo determinado ¹⁸, hay algunas que por la estructura peculiar de la colectividad de referencia se definen como *pertenencias socioterritoriales*. Tal sería el caso de la identidad regional.

¿Pero cómo se aprende este tipo de identidad? Mediante el proceso de socialización primaria, que puede ser reforzado (o debilitado) por los procesos de socialización secundaria y por la pedagogía difusa del discurso social común y del discurso ideológico regionalista, si lo hay.

En efecto, mediante el proceso de socialización primaria el individuo interioriza gradualmente una variedad de elementos simbólicos hasta adquirir, incluso subjetivamente y desde el punto de vista de su autoconciencia, el status de pertenencia socioregional, atribuyendo significación a la propia localización territorial y a la propia participación en redes de relaciones ecológicas. De aquí la importancia de variables como el grado de homogeneidad de valores y costumbres, la intensidad de los vínculos familiares, amicales y asociativos, y el grado de integración y de solidaridad de la *Gemeinschaft*, a propósito de la pertenencia socioterritorial.

Los símbolos territoriales así interiorizados representan, por sinécdoque o metonimia, sea la identidad regional colectiva, sea la identidad del individuo (en el caso de que la dimensión territorial sea relevante para la misma).

Uno de los problemas que aquí se plantean es la relación de los inmigrantes provenientes de otras áreas regionales con la simbólica regional local. El problema puede formularse así: ¿hasta qué punto y bajo qué condiciones los «centros simbólicos» o los «complejos culturales» regionales pueden suscitar algún sentimiento de pertenencia socioterritorial en los «newcomers» todavía ligados

simbólicamente a sus comunidades territoriales de proveniencia?

NOTAS

1. Olivier Dollfus: 101.
2. Bonfil, 1973: 171.
3. Lomnitz, 1987.
4. Bonfil, 1973: 177.
5. González, 1988: 52.
6. Ibid.
7. Bonfil, 1973: 178.
8. George, 1976: 176.
9. Bataillon 1971 y 1982.
10. Molino, 1978: 633.
11. B. Kayser, citado por Dollfus: 107.
12. Bourdieu, 1982: 135 ss.
13. Turner, 1980.
14. Giménez, 1993.
15. Pollini 1990: 186 ss.
16. Pollini, 1990: 190.
17. Capraro. 1987.
18. Devereux, 1972: 131 ss.

BIBLIOGRAFIA

- Bataillon, Claude. (1971) *Ville et campagnes dans la région de Mexico*, París: Editions Anthropos.
- (1982) *Las regiones geográficas en México*, México: Siglo XXI.
- Bonfil Batalla, Guillermo. (1973) «La regionalización cultural de México: problemas y criterios». En: Guillermo Bonfil Batalla et al, *Seminario sobre regiones y desarrollo en México*, México: Instituto de Investigaciones Sociales.
- Bourdieu, P. (1982) *Ce que parler veut dire*, París, Fayard.
- Capraro, G. (1987) «Luogo d'origine, zona di abitazione e appartenenza territoriale nelle loro varie dimensioni». En: R. Gubert y L. Struffi (a cura di), *Structure sociali del territorio montano*, Milan: Angeli.
- Devereux, George. (1972) *Ethnopsychanalyse complémentaire*, París, Flammarion.
- Dollfus, Olivier. s.f. *Espacio geográfico*, México: Ediciones Geográficas.
- George, Pierre. (1976) *La acción del hombre y el medio geográfico*, Barcelona: Ediciones Península.
- Giménez, Gilberto. *Apuntes para una teoría de la nación*, México, inédito.
- González, Luis. (1988) «Suave patria». En: *Nexos*, núm. 108, pp. 51-59.
- Lomnitz, Claudio. (1987) *Cultural relations in Regional Spaces. An Exploration in Theory and Method for Study of National Culture in Mexico*, Tesis de Filosofía, Stanford, California.
- Molino, J. (1978) «Combien de cultures?». En: Autores varios, *Les intermédiaires culturels*, París: Librairie Honoré Champion.
- Pollini, G. (1990) «Appartenenza sodo-territoriale e mutamento culturale». En: Vincenzo Cesareo (a cura di), *La cultura dell'Italia contemporanea*, Turín: Edizioni della Fondazione Giovanni Agnelli.
- Redfield, R., 1965, *The little Community. Peasant, Society and Culture*, Chicago: University of Chicago Press.
- Turner, Víctor. (1980) *La selva de los símbolos*, España: Siglo XXI.



Comunicación, gobierno y ciudadanía

Josep Rota

Este texto parte de la siguiente premisa: la forma de mejorar la eficacia y la eficiencia de la administración pública, reducir su costo y optimizar las estrategias de solución de los grandes problemas económicos, sociales, políticos, administrativos y culturales que enfrentan, sin excepción, las grandes ciudades de América Latina es propiciando, cultivando y estimulando la *participación popular*. A su vez, los programas participativos constituyen, fundamentalmente, *procesos de comunicación*.

En contraste con esta posición, la norma actual que caracteriza la administración pública, no obstante algunas excepciones, es la de un gobierno no participativo. Las *principales características actuales* de la administración pública incluyen la centralización, el control, la ausencia de distribución de categorías enteras de información y la erección de barreras al acceso y la participación ciudadana en la administración pública. En síntesis podemos afirmar que la voz de la sociedad civil es escuchada poco por los administradores públicos y su enorme energía potencial al servicio de la solución de los problemas que la afectan, y que constituye gran parte de la razón de ser del gobierno, es desperdiciada.

Tal estructura y funcionamiento de la administración pública actual determina la naturaleza de la relación gobierno-ciudadanos que en la

actualidad se distingue, entre otras, por las siguientes atribuciones, todas ellas disfuncionales.

1. *Falta de participación* de los ciudadanos en la administración pública.
2. *Ausencia de contribución* de la población en la solución de problemas y, por consiguiente, desarrollo de pasividad como una característica ciudadana.
3. *Pérdida de solidaridad* en la comunidad.
4. *Sentido de impotencia* y alienación entre los ciudadanos.
5. *Resistencia y evasión*, lo mismo al pago de impuestos y cuotas por servicios públicos que al involucramiento en actividades colectivas o a la disposición a asumir una actitud de responsabilidad cívica.
6. *Creciente pérdida de credibilidad y confianza* en el gobierno.
7. *Desarrollo de una relación antagónica* entre el gobierno y la ciudadanía, la cual considera su relación con el gobierno y los servidores públicos como «nosotros contra ellos» en lugar de «nosotros y ellos colaborando conjuntamente en la solución de los problemas que nos afectan».
8. *Desperdicio de la energía potencial* de millones de ciudadanos en la solución de los problemas mismos que la administración pública debe contribuir a resolver.

Evidentemente es necesario cambiar radicalmente este tipo de relación entre gobierno y ciudadanos. Para ello es imprescindible cambiar

primero la estructura y el funcionamiento de la administración pública que determinan esa relación conflictiva. Tal cambio involucra tres componentes:

El primero es el de proceder a realizar un análisis crítico de la estructura, el funcionamiento general y las actividades específicas de la administración pública con el propósito de establecer todos y cada uno de los cambios necesarios para hacerla más abierta, participativa, democrática y eficiente.

El segundo es modificar los sistemas y procesos de información y comunicación entre el gobierno y la ciudadanía.

Específicamente, si la información en la actualidad es vista como un objeto a controlar porque da poder, en el futuro deberá ser vista como un *recurso a utilizar* porque habilita la participación ciudadana, racionaliza los recursos y facilita la mejor solución de problemas y necesidades colectivas. (En este sentido, el servidor público que se ha persuadido del apotegma de que «la información es poder» y se rehusa a perderlo, deberá entender que en todos los casos y bajo todos los modelos la información puede conferir poder. El cambio propuesto supone solamente transformar la relación entre información y poder de una concepción autoritaria, que es la vigente, a una concepción democrática, que es la que proponemos. Por consiguiente, la pregunta real no es qué tipo de



control sobre la información queremos ejercer sino que tipo de sociedad queremos tener; una sociedad autoritaria o una sociedad democrática).

Si en la actualidad la información está centralizada, en el futuro deberá estar *descentralizada*. Si hoy es restringida, mañana deberá ser abierta. Si ahora se la concibe como una propiedad burocrática y administrativa, a partir de ahora deberá ser entendida como de *propiedad social y pública*. Si la recopilación, almacenamiento, acceso y utilización de la información obedece a un modelo autoritario, en el futuro deberá corresponder a un modelo *democrático*.

Con respecto a la comunicación, si en la actualidad es de una vía, del gobierno a la ciudadanía, en el futuro deberá ser por lo menos de *doble vía*; es decir, una comunicación dialógica que fluye tanto del gobierno a los ciudadanos como de los ciudadanos al gobierno, vinculando a ambos. Idealmente, sin embargo, la comunicación será de *múltiples vías*, vinculando dialógicamente no solo al gobierno y la ciudadanía sino también a los diversos grupos, sectores y organizaciones sociales entre sí.

Si la comunicación ahora es vertical, obedeciendo a un modelo jerárquico y relacionado con nociones de control, a partir de ahora deberá ser horizontal, reflejando un modelo con equilibrio de funciones, respeto a diferentes niveles y relacionado con nociones de acceso, participación y responsabilidad. Si la comunicación es meramente informativa deberá transformarse en una *comunicación participativa y dialógica*. Si se da a través de canales cerrados, tales como medios de difusión gubernamentales o comerciales con-

trolados, boletines de prensa, declaraciones de funcionarios o mediatización por conducto de periodistas favoritos y con prácticas que fácilmente se prestan a la corrupción, la comunicación del futuro *deberá incluir también canales abiertos*. La inclusión de canales abiertos no pretende eliminar medios tradicionales tales como los medios comerciales o gubernamentales de difusión o los boletines oficiales y las declaraciones de funcionarios. Lo que hace es añadir medios tales como líneas de teléfono abiertas, foros públicos de discusión, asambleas populares, canales alternativos de televisión (mucho más accesibles y económicos en la era de televisión por cable) y el uso apropiado de nuevas tecnologías, especialmente de comunicación mediatizada por computadora.

Igualmente, si la comunicación es restringida, anunciativa y técnica, deberá modificarse para que sea abierta, basada en el diálogo y accesible. Y por último, si la comunicación es percibida hoy en día por los administradores públicos como un mecanismo de control, en el futuro deberá ser concebida, si se me permite emplear un neologismo, como un *mecanismo de «empoderamiento»* que le de voz la ciudadanía, que la habilite para participar en actividades apropiadas de la administración pública y del gobierno y que facilite la organización de la sociedad civil.

El tercer componente del cambio propuesto en la estructura y funcionamiento de la administración pública es propiciar, desarrollar, estimular y facilitar la *participación ciudadana*. Al respecto propondremos más adelante algunas estrategias que se pueden seguir para lograrlo.

FUNCIONES DE LA ADMINISTRACION PUBLICA

‘A grosso modo,’ podemos intentar resumir las funciones de la administración pública en cuatro principales: proporcionar servicios, resolver problemas, satisfacer necesidades y propiciar el progreso y el desarrollo. A continuación las definire-

mos brevemente, indicando sus implicaciones para la comunicación.

1. Proporcionar servicios. Desde servicios de agua, drenaje y recolección de basura, hasta servicios administrativos como entregar certificados de nacimiento o de propiedad. Aun cuando algunos de estos servicios puedan ser privatizados, el gobierno conserva la facultad de legislar y controlar. En cualquier caso, la optimización de la prestación de estos servicios requiere *determinar* qué servicios se necesitan, cuándo y en dónde; evaluar la forma como se prestan dichos servicios y obtener *retroinformación* de la ciudadanía sobre los mismos. Cada una de estas tres actividades supone intercambio de información entre la administración pública y la ciudadanía. Un aspecto adicional de este tipo de información es la realización de *investigación social aplicada* como una herramienta metodológica para la obtención de información estratégica.

2. Resolver problemas. La lista de problemas que debe resolver la administración pública es muy grande. Ejemplos incluyen la delincuencia, la inseguridad, la falta de recursos, la corrupción, la contaminación de aire o agua, la falta de transportación confiable, la ausencia de infraestructura, la falta de acceso a servicios de educación, cultura o esparcimiento, las desigualdades sociales, etc. La resolución de todos los problemas a corto plazo es imposible; por consiguiente, es necesario otorgar prioridades a distintos problemas. Esto supone, preferiblemente, *determinar la importancia* de los diversos problemas en función de su impacto en la población e *involucrar*, en la medida de lo posible, a la población en la solución de los problemas. Tal objetivo sólo se puede lograr mediante el intercambio de información, la estimulación de la participación ciudadana, la comunicación entre el gobierno y los ciudadanos (tanto colectivamente como a través de sus organizaciones) y la obtención de datos válidos y confiables por medio de la investigación social aplicada.

3. Satisfacer necesidades. Mu-



chas de las necesidades de la población están implícitas en los dos rubros anteriores. Otras seguramente no. Estas pueden incluir necesidades culturales o espirituales, o la forma específica en que se pueden resolver problemas tales como los de vivienda o salud en forma tal que respondan a los valores y expectativas de los diversos grupos de ciudadanos. En cualquier caso, para satisfacer mejor las necesidades de la población, el gobierno necesita *determinar* cuáles son, cómo se sienten y se expresan y cómo se pueden satisfacer mejor. Tal determinación supone la realización de investigación social aplicada, la obtención de información adicional de la ciudadanía por otras vías (tales como asambleas, foros, buzones de sugerencias, etc.) y el mantenimiento de enlaces de comunicación entre la administración pública y la ciudadanía.

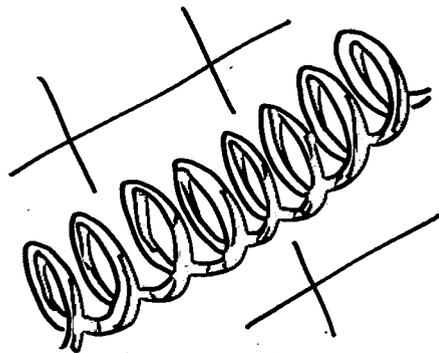
4. Propiciar el progreso y el desarrollo. Todos los países de América Latina están clasificados como «en vías de desarrollo». Todos ellos, en mayor o menor medida, exhiben grandes carencias y desigualdades. Por lo mismo, es posible argumentar que ninguna función del gobierno es más importante que la de propiciar el progreso y el desarrollo en su esfera de acción, ya sea nacional, regional, provincial o comunitaria (urbana o rural).

En este sentido conviene recordar las tres conclusiones más importantes derivadas de los últimos 50 años de experiencia en la formulación de programas de desarrollo nacional y cambio social, a partir de la fundación del Banco Mundial y, posteriormente, del establecimiento de numerosas agencias internacionales, multilaterales, bilaterales, gubernamentales, no gubernamentales y privadas dedicadas al desarrollo nacional. La primera conclusión es que los programas de desarrollo de más éxito se han caracterizado (a) por fundamentarse en políticas de desarrollo que expresan los valores que sirven de base y los fines que se persiguen, (b) por contar con planes y programas de acción rigurosamente diseñados, (c) por poseer una gran

capacidad organizacional y administrativa y (d) por apearse a principios de ética profesional que, en general, han tendido a minimizar la corrupción, a guiarse por principios de solidaridad social y a reducir la desigualdad social.

La segunda conclusión se refiere a la importancia fundamental de la participación popular. En particular, documentos recientes publicados por el Banco Mundial y por otros organismos importantes en el financiamiento del desarrollo establecen la alta correlación que existe entre el grado de participación ciudadana en proyectos de desarrollo y su éxito medido por indicadores tales como su costo, sostenibilidad y permanencia a mediano y largo plazo (en lugar de la simple consecución de objetivos parciales a corto plazo) y su capacidad de resolución de problemas.

La tercera conclusión es que el uso efectivo de la información y la comunicación es indispensable para el éxito de cualquier programa de desarrollo. Aun cuando la mayoría de programas en sí no corresponden a problemas que la comunicación y la información puedan resolver directamente, sin su concurso las demás actividades típicamente van a incrementar enormemente su costo en relación a su beneficio o, inclusive, van a fracasar. La reducción de las tasas de fertilidad mediante campañas de planificación familiar son un ejemplo de ello. La información y la comunicación por sí solas no van a reducir la fertilidad. Para ello se requieren anticonceptivos, clínicas, personal médico y paramédico, sistemas de transporte y distribución de anticonceptivos y proveedores confiables de los anticonceptivos que se utilicen, entre otros factores. Sin embargo, si se tienen todos esos elementos técnicos hará falta todavía una campaña eficaz de información y comunicación para que surtan efecto. Esta campaña es la que definirá la agenda y la percepción pública sobre el problema de un crecimiento demasiado rápido de la población, informará a la población sobre alternativas, motivará a la acción, educará a la población, sustentará la campaña

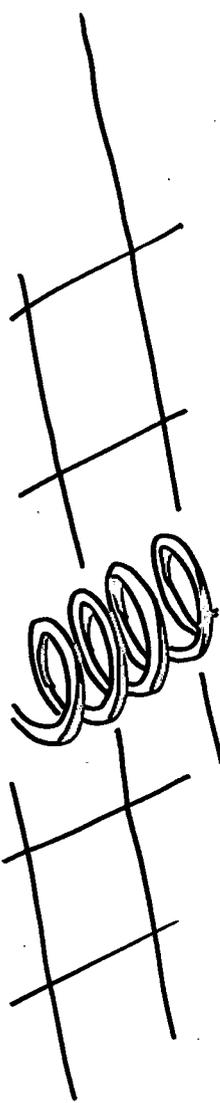


de planificación familiar y proporcionará reforzamiento de las conductas que se deseen modificar.

ALGUNAS LECCIONES DE LOS PROGRAMAS DE DESARROLLO

Extendiendo las ideas recién expresadas, presentaré a continuación una síntesis de los resultados de una encuesta realizada recientemente por este autor entre expertos en desarrollo internacional, limitando la síntesis a los aspectos relevantes para la administración pública. La encuesta consistió en un cuestionario abierto enviado a reconocidos expertos en desarrollo, incluyendo vicepresidentes del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, ejecutivos de fundaciones y agencias gubernamentales y no gubernamentales, consultores, catedráticos y otros. Un total de 87 expertos contestaron el cuestionario. La encuesta fue presentada en el contexto de los profundos cambios experimentados a partir del año de 1989 en geopolítica, estructuración internacional del poder, relaciones internacionales, políticas de desarrollo y cambios gubernamentales tales como los experimentados por casi todos los países de América Latina en los últimos años. Las principales conclusiones son:

1. El campo del desarrollo (y, por extensión, el de la administración pública) se encuentra en un estado de flujo y transición. Es evidente la necesidad de profundos cambios políticos y administrativos. La forma vertical, jerárquica, centralizada y de control que frecuentemente se siguió en el pasado ya no es viable y hay que suplantarla. La corrupción y la ineficiencia que han sido tan comunes hasta ahora deben ser extirpadas.



2. La experiencia acumulada durante los últimos 50 años nos enseña que hay cinco factores que constituyen lo que mejor ha funcionado hasta ahora en el diseño e implementación de programas de desarrollo. Los cinco «secretos» del desarrollo, por así decirlo, son:

- Proyectos pequeños, en lugar de macro-proyectos.
- La participación popular o comunitaria; el involucrar a la gente.
- Proyectos diseñados específicamente para satisfacer las necesidades y expectativas de la población.
- Planificación detallada y cuidadosa.
- Capacitación, entrenamiento y educación.

3. Por contraste, lo que la experiencia acumulada demuestra que no ha funcionado en el campo del desarrollo, y lo que más consistentemente ha explicado los fracasos que han ocurrido, incluye:

- Los grandes proyectos, caracterizados por su gran envergadura y complejidad.
- Los proyectos a largo plazo
- La falta de investigación adecuada entre los miembros de las poblaciones afectadas que revele sus necesidades, valores, prioridades, actitudes, etc.
- La corrupción.
- Las aproximaciones verticales, «desde arriba» y carentes de participación popular.
- La ausencia de información; el instrumentar decisiones sin explicar a la población afectada lo que se hace; la falta de comunicación entre el gobierno y la ciudadanía y la exclusión de la población de los procesos de formulación de políticas y programas y de la toma de decisiones.

4. La información y la comunicación son esenciales en todos los programas y proyectos de desarrollo. Para ello es necesario sustentar todas las estrategias de información y comunicación en la investigación social aplicada, incluyendo investigación formativa, de base, de monitoreo y evaluativa. Asimismo, se requiere involucrar tanto a los benefi-

ciarios de los programas desarrollo como a los profesionales de la comunicación en el diseño e implementación de las campañas de información y comunicación. Se precisa también la concurrencia de múltiples medios de comunicación, incluyendo masivos, institucionales, interpersonales y alternativos; configurando una estrategia integrada de medios y mensajes cuya selección se haga en función de los receptores. Por último, hace falta también que todos los mensajes estén cifrados para subgrupos específicos de la población en lugar de un solo mensaje general que se destine a la población entera.

5. Los programas de desarrollo más eficaces en general han sido los que parten de la base, de la comunidad misma (en lugar de desprenderse de decisiones tomadas desde la cúpula) y que fomentan la participación popular o comunitaria en todas las etapas de los programas de desarrollo. Estos también son los programas que han logrado sostener sus acciones a lo largo del tiempo, mientras que los programas iniciados desde la cúpula o desde afuera generalmente sólo duran mientras la agencia externa los sostiene. Tan pronto «la ayuda» termina, tal vez porque se ha alcanzado un objetivo específico o porque se ha terminado el presupuesto o el calendario programático, el proyecto termina también. Para que exista auténtico desarrollo es necesario que los proyectos se conviertan en auto-sostenibles. Lo que la experiencia demuestra es que los proyectos auto-sostenibles tienden a ser sólo los que se originan en la comunidad, o por lo menos en necesidades y expectativas específicas expresadas por la comunidad, y que involucran la participación ciudadana. Estos son también los programas que logran crear el «empoderamiento» de la comunidad. Este «empoderamiento» le da a la comunidad una mayor capacidad de organización y de acción, mayor control de su destino, mayor involucramiento no sólo en la solución del problema que originalmente se quería solucionar sino también en la solución de muchos otros problemas. Por consiguiente,

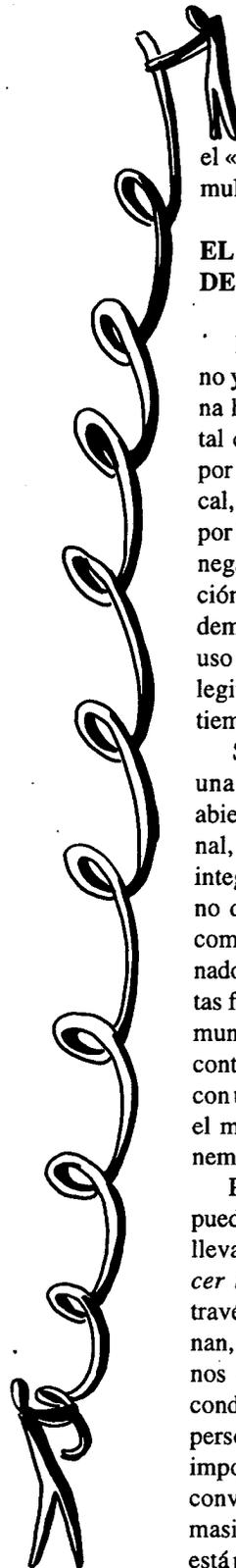
el «empoderamiento» se transforma multiplicativamente en sinergia.

EL PAPEL DE LA COMUNICACION

La comunicación entre el gobierno y la ciudadanía en América Latina hasta ahora se ha caracterizado, tal como señalamos anteriormente, por su flujo unidireccional y vertical, por la obsesión por el control, por la exclusión de la comunidad y la negación del acceso y la participación de la ciudadanía, por la falta de democratización y también por su uso como instrumento de poder y de legitimación del "status quo". Es tiempo de cambiar esta filosofía.

Sin embargo, el cambio hacia una comunicación participativa, abierta, democrática, multidireccional, horizontal, descentralizada e integradora no supone que el gobierno debe abandonar su papel como comunicador activo y como diseminador de información. De hecho, ciertas funciones tradicionales de la comunicación administrativa deberán continuarse realizando, aun cuando con una filosofía distinta, acorde con el modelo democrático que proponemos.

Por una parte, la comunicación puede y debe seguirse utilizando para llevar a cabo su función de *establecer la agenda* política o social. A través de la información que diseminan, los medios masivos tal vez no nos digan qué pensar pero sí nos condicionan sobre qué pensar. Las personas tendemos a percibir como importante y a integrar en nuestras conversaciones lo que los medios masivos diseminan. Si una noticia está presente en los medios, luego es signo de su importancia. Si una noticia se oculta, es como si el evento



vas tecnologías de información para dar acceso a la información a la ciudadanía y para estimular la participación ciudadana.

1. Creación de bases de datos accesibles por computadora donde se deposite toda la información pública salvo la que legítimamente puede justificarse como confidencial. Muchos países, sobre todo los más industrializados, han puesto ya en práctica esta política con resultados por demás favorables. Sin embargo, en el caso de América Latina hay que tomar en cuenta la menor infraestructura informática y de telecomunicaciones y el mayor costo relativo al ingreso per cápita de computadoras, módems y conexiones por teléfono a las bases remotas de datos. Sin embargo, tales barreras estructurales pueden superarse fácilmente si existe la voluntad política para hacerlo. Por ejemplo, el gobierno puede instalar computadoras de acceso, de uso gratuito, en sitios clave tales como las propias oficinas de gobierno, bibliotecas públicas, universidades, escuelas y otros centros públicos. Para su mayor utilización, es también necesario proporcionar asesoría y capacitación, tomando en cuenta que, a pesar del costo inicial en el que se incurrirá, los beneficios colaterales generalmente superan los costos de instalación y operación.

2. Utilización de la infraestructura de telecomunicaciones ya existente para utilizar el correo electrónico y la red del Internet para establecer foros electrónicos de discusión, buzones electrónicos de preguntas o sugerencias y otras muchas actividades de información y comunicación mediatizadas por computadoras.

3. En las localidades en que existe cablevisión, utilización exclusiva de uno o dos canales para fines de información y comunicación pública. De hecho, en algunos países se condiciona el otorgamiento de la concesión del servicio de cablevisión a una empresa particular al que ésta mantenga uno o dos canales «de acceso» o «de servicio» público. Un canal puede destinarse exclusivamente a «acceso público» para que

diversos grupos de la comunidad puedan tener acceso a los medios electrónicos de difusión. Otro canal puede destinarse a «servicios gubernamentales» por el que pueden transmitirse en vivo desde reuniones del cabildo o consejo municipal, a debates públicos entre funcionarios y ciudadanos, a reportajes simples sobre diversos programas de gobierno y actividades de la comunidad. El costo de tales servicios es mínimo ya que emplea gratuitamente canales inutilizados del sistema de cablevisión. El único costo es el de equipar un estudio simple de televisión típicamente con dos o tres cámaras, y tal vez una unidad portátil primitiva. La calidad visual o auditiva no competirá con las más sofisticadas producciones comerciales, pero a partir de un mínimo de capacitación se podrá lograr una calidad aceptable aunque sencilla.

FACTORES QUE INFLUYEN EN LA PARTICIPACION CIUDADANA

Habiendo enfatizado a lo largo de esta presentación la importancia de la participación ciudadana, creo que es pertinente analizar cuáles son los factores que influyen en ella y cómo se la puede estimular.

El primer elemento que influye es el *costo*. Lógicamente, existe una relación lineal monotónica negativa entre costo y participación: si todos los demás factores se mantienen constantes, a mayor costo habrá menor participación y la reducción en los niveles de participación se dará como función directa de los incrementos en el costo de participación.

A su vez, el costo se determina por diversos elementos. Obviamente, uno de ellos es el *dinero*. Mientras mayor proporción de su ingreso le cueste a una persona o a una comunidad el participar en política o en administración pública, menos probable será que lo haga. Tal relación inversa entre ingreso y participación favorece a las élites y, en general, a personas, comunidades, instituciones u organizaciones de mayores

que la origina jamás hubiera ocurrido. La capacidad de *establecimiento de la agenda* por conducto de los medios de difusión debe seguirse aprovechando para contribuir a establecer la dirección y las prioridades de la sociedad y crear la necesaria percepción de la importancia de los programas que se quieran implementar. *Lo que hay que cambiar es la forma de determinar la agenda*. En lugar de definirla central, autoritaria y unilateralmente por la cúpula de la administración pública, es preciso darle voz a la sociedad civil. Esto se puede lograr de diversas maneras. Ejemplos incluyen la creación de consejos consultivos descentralizados y populares; la búsqueda propositiva de información a través de foros de consulta y la investigación social aplicada, entre otros mecanismos.

Por otra parte, el gobierno continúa siendo rector y líder. Es también el que posee, o el que con mayor facilidad puede recopilar la información que la sociedad civil necesita para desarrollar su potencial participativo. Por consiguiente, el gobierno debe (a) determinar mediante la utilización de la investigación social aplicada, cuáles son las *necesidades de información* de la ciudadanía y de los diversos grupos representativos que la constituyen, (b) *diseminar* toda la información necesaria por canales apropiados y (c) instaurar una *política de «puertas abiertas»* que de fácil acceso a la información a todos los que la requieran.

Dicha política de puertas abiertas es tecnológicamente más fácil de implementar hoy que nunca antes en la historia. El desarrollo de las nuevas tecnologías de información lo hacen posible. Veamos algunos ejemplos ilustrativos del uso de nue-

ingresos. Por consiguiente, y desde un punto de vista de solidaridad social, justicia distributiva y ecualización de oportunidades, compete al gobierno subvencionar los costos de participación a los sectores de menos recursos.

Un segundo elemento es el *esfuerzo* que requiere la participación, el cual también se correlaciona con clase social. Por ejemplo, los niveles de analfabetismo, incluyendo el analfabetismo funcional, tienden a ser mayores en las clases sociales bajas. El analfabetismo, incluyendo el funcional, dificultan severamente, y aun imposibilitan, el acceso a muchas fuentes de información y bancos de datos. Mientras menor sea el nivel educativo, o el tiempo disponible, o la experiencia en acceder fuentes de información u otros elementos facilitadores de dicho acceso, mayor será el esfuerzo que suponga el accederlos. Y mientras mayor sea el esfuerzo, menor será la tendencia a hacerlo. En consecuencia, le corresponde también el gobierno el implementar mecanismos diseñados para reducir el esfuerzo necesario de acceso y participación a los sectores sociales menos privilegiados.

Un tercer elemento de costo es el conjunto de *barreras burocráticas* que los gobiernos de América Latina típicamente han erigido contra el acceso y la participación, incluyendo la falta de acceso a funcionarios. La práctica de acceder a información u oficinas de gobierno mediante «gestores», sobornos, tarifas arbitrarias y otras restricciones estructurales debe cesar. Tales prácticas podrán tener explicación en las tradiciones administrativas pasadas, incluso coloniales, pero resultan antitéticas con respecto a las actuales orientaciones modernizadoras y democratizadoras de la administración pública.

Un segundo elemento que influye en la participación ciudadana son

los *recursos* disponibles para dicha participación. La lógica de este principio es la misma, pero en sentido inverso, que la correspondiente a los costos. Por consiguiente, bastará con anotar que una función de toda administración pública moderna deberá ser la de facilitar la distribución de recursos necesarios para el acceso y la participación en la sociedad.

Un tercer elemento son los *beneficios* que se obtengan del acceso y la participación. El acceso o la participación que se ejerzan por el solo «placer» de hacerlo, o solamente por un espíritu de responsabilidad cívica, curiosidad o ganas de involucrarse, durará muy poco; pronto perderá sentido. Es necesario que los individuos, los grupos sociales y la sociedad en general obtengan beneficios como consecuencia de ejercer su derecho de acceso y participación.

Por su tipo, los beneficios pueden ser de tres clases. Pueden ser beneficios *materiales*, que son los que resultan en objetos o satisfactores concretos como consecuencia de la participación. Por ejemplo, la comunidad que aporta su fuerza de trabajo como contraparte de recursos materiales y económicos aportados por el gobierno para construir una obra de alcantarillado o una escuela, obtiene el beneficio material de dicho alcantarillado o escuela al terminar el proyecto. Pueden ser también beneficios de *solidaridad*, que son los que se derivan del sentido de pertenencia, hermandad, comunidad, contribución al progreso de la comunidad, cumplimiento de obligaciones cívicas o morales percibidas u otros sentimientos similares derivados del acto de participación. O pueden ser beneficios *propositivos*, representados por la consecución de objetivos pre-determinados como resultado de la participación, tales como el alcance de objetivos políticos, logro de control sobre recursos o procesos sociales, desarrollo de instituciones sociales, avance de los intereses del grupo al que uno pertenece, etc.

Por su alcance, los beneficios pueden ubicarse en dos categorías. Una de ellas pertenece a los *beneficios colectivos*, que son los que favo-

recen a toda una comunidad o grupo. La otra categoría corresponde a los *beneficios selectivos*, que benefician directamente a los individuos que participan

Tal vez de mayor importancia que los costos, los recursos y los beneficios son las *condiciones que posibilitan la participación* ciudadana. En particular, existen cinco condiciones que la posibilitan.

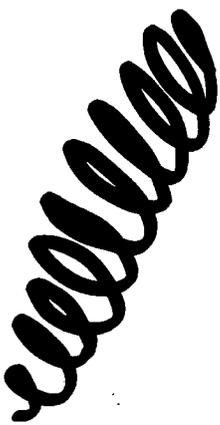
1. Capacidad de movilización.

Corresponde al gobierno eliminar todos los impedimentos estructurales que puedan existir en su esfera de acción que limitan la capacidad de movilización de la sociedad civil. En ausencia de barreras, la movilización podrá darse si los ciudadanos o grupos de la sociedad perciben un *objetivo* claro que les pueda interesar alcanzar *en función de su interés o beneficio* y si la oportunidad (o el "timing", según la expresión inglesa) es adecuado.

2. Información. Para ejercer los derechos de acceso y de participación se necesita información. Es necesario saber dónde están los recursos, cuáles son los mecanismos y protocolos de acceso, donde se encuentran otros participantes, etc. Parte de la información necesaria la debe proporcionar el gobierno, pero éste no es la única fuente. Otras fuentes de información pueden ser organismos privados, instituciones educativas, fundaciones, sindicatos y otras. El gobierno, sin embargo, es quien tiene que establecer la agenda, legitimar la distribución de la información dentro de un sistema abierto, promover reglas, definir responsabilidades y promover una cultura democrática en la sociedad.

3. Recursos. Hemos hecho referencia anteriormente a este punto: si los recursos necesarios para ello no existen, la participación no se dará. Corresponde al gobierno asegurar que los recursos necesarios para el acceso y la participación ciudadanos existan. Algunos los proporcionará el gobierno y otros provendrán de otras fuentes, pero corresponde al gobierno tomar la iniciativa y asumir una política pro-activa.

4. Organización. La participa-



ción y el acceso sin organización equivalen a caos. Corresponde también el gobierno establecer las bases que hagan posible la organización para la participación. Esto supone la existencia de bases jurídicas y legales, la facilitación de recursos logísticos y otros estímulos para la organización.

5. Entrenamiento y capacitación. De nada servirán los recursos anteriores si la ciudadanía, o por lo menos los individuos y grupos interesados, carecen del entrenamiento y la capacitación necesarios para actuar adecuadamente en una sociedad democrática, abierta al acceso y a la participación ciudadanas. La necesidad de entrenamiento y capacitación para futuras generaciones puede sugerir revisiones en los currícula escolares desde los niveles más elementales. Para la ciudadanía actual, se requieren centros y recursos de entrenamiento y capacitación. Algunos de ellos los podrá proporcionar el gobierno. Otros provendrán de otras instituciones pero es responsabilidad del gobierno el crear los incentivos para ello.

EN CONCLUSION: QUE ES LO QUE DEBEN HACER INMEDIATAMENTE LOS GOBIERNOS DE AMÉRICA LATINA

Con base en lo expuesto en las páginas anteriores propondremos sintéticamente seis líneas de acción prioritarias.

1. Reforma administrativa. Analizar y evaluar críticamente la estructura y el funcionamiento actuales de la administración pública y diseñar e implementar lo más pronto posible las reformas modernizadoras y democratizadoras que sean necesarias, acordes con las bases jurídicas y la cultura propia de cada país

2. Investigación social aplicada. Diseñar y llevar a cabo estudios sociales entre la ciudadanía para determinar sus necesidades reales y sus expectativas, sus prioridades, sus preferencias entre opciones alternativas, sus niveles de conocimiento y actitud, sus valores y sus prácticas

ciudadanas actuales. Utilizar de inmediato la investigación válida y confiable como un mecanismo para darle voz a la ciudadanía y para incorporar sus preferencias en la formulación de políticas y las tomas de decisiones.

3. Desarrollo de la infraestructura. Se requieren los recursos administrativos, mecánicos y tecnológicos necesarios para facilitar el acceso y la participación, mismos que deben crearse tan rápidamente como sea posible. Hemos mencionado algunos ejemplos de nuevas tecnologías de costo relativamente bajo, tales como bancos electrónicos de datos, el correo electrónico y los sistemas existentes de cablevisión. Existen otros recursos, incluso los tradicionales como centros de documentación y bibliotecas. Pero más importante que la infraestructura misma es la voluntad política de desarrollarla y de crear un sistema de información abierto, descentralizado y democrático.

4. Capacitación. Tan importante como la infraestructura técnica, o tal vez más aún, es el desarrollo del capital humano. Deben empezarse a diseñar e implementar los sistemas de capacitación y de entrenamiento que permitan a la ciudadanía realmente acceder a los servicios y participar.

5. Organización. Se requiere, en primer lugar, revisar críticamente la actual legislación y otros elementos estructurales que puedan impedir o facilitar la capacidad de organización de la sociedad civil para modificar los que lo impidan y reforzar los que lo faciliten. Asimismo, hay que estimular el desarrollo organizacional sobre el que se construirán las capacidades reales de acceso y participación ciudadanas.

6. Uso de medios de comunicación para establecer la nueva agenda. Con base en los resultados de una revisión o reforma administrativa, utilizando los resultados de investigaciones formativas entre muestras y grupos representativos de la opinión pública de manera que su voz sea escuchada y ejerza influencia, e imbuidos por un espíritu moderni-

zador y democrático, los gobiernos de la región (desde niveles municipales hasta nacionales) deben utilizar la capacidad de los medios de difusión y otras formas de comunicación pública para establecer una agenda pública, informar y orientar a la ciudadanía, establecer objetivos, coordinar acciones y, en general, facilitar la transición modernizadora y democratizadora y sentar las bases para una mayor capacidad de acceso y participación ciudadanas.

BIBLIOGRAFIA

- Cipiti, Chad y Josep Rota (1995). *Introduction to the Internet*. Athens, Ohio: Ohio University, School of Telecommunications. (Una versión en español está en preparación para ser publicada en México por la Universidad Iberoamericana).
- Deming, Caren J. y Samuekl L. Becker (1988). *Media in Society: Readings in Mass Communication*. Glenview, Illinois: Scott, Foresman.
- DeSario, Jack y Stuart Langton (1987). *Citizen Participation in Public Decision Making*. Nueva York: Greenwood Press.
- Ganley, Gladys D. (1992). *The Exploding Political Power of Personal Media*. Norwood, Nueva Jersey: Ablex.
- Langton, Stuart (1978). *Citizen Participation in America*. Lexington y Toronto: D. C. Heath.
- Rosenstone, Steven J. y John Mark Hansen (1993). *Mobilization, Participation and Democracy*. Nueva York: Macmillan.
- Rota, Josep y Suruchi Sood (1994). *A Survey of Development Experts and Practitioners: What Have We Learned and What We Should be Doing Next*. Athens, Ohio: Center for International Studies. (Trabajo también presentado a la International Communication Association, Sydney, Australia).
- Rota, Josep (1994). *Nuevas Tecnologías de Información y Telecomunicaciones: Apuntes Introductorios*. México: presentación ante la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (Ciudad Juárez).
- Rota, Josep (1995). *Readings in Communication and National Development*. Athens, Ohio: School of Telecommunications, Ohio University.
- Rota, Josep, Ruma Sen y Ernest Pobe (1995). *An Internet Manual*. Athens, Ohio: Ohio University, Center for International Studies.
- Servaes, Jan (en prensa). *Communication for Development: One World, Multiple Cultures*. Norwood, Nueva Jersey: Hampton Press.

La prensa de las comunidades españolas en Iberoamérica. Una visión cuantitativa

Desde la independencia hasta nuestros días, casi dos siglos, han aparecido en Iberoamérica centenares de periódicos promovidos por los núcleos españoles en esa veintena de repúblicas. Muchos títulos, sin duda —calculamos que se acercan a los 800— y muy diferentes etapas, además de rasgos peculiares en cada país. La evolución del periodismo español en Iberoamérica en esos años puede sintetizarse así:

1. Desde la independencia hasta el inicio de la emigración masiva, 1821-1880

Etapa poco activa. Se crean, con muchas dificultades, periódicos en algunas repúblicas, caso de Argentina, México y Uruguay. Son periódicos genéricamente españoles, aunque al final de la etapa asoman ya los primeros títulos promovidos por las comunidades regionales en aquellas repúblicas donde comienza la inmigración.

2. La Edad de oro de la emigración a América y del periodismo español en Iberoamérica, 1880-1930

Medio siglo de intensa emigración desde España a América. Brota, como consecuencia, una prensa muy caudalosa en los países de más intensa inmigración, a la cabeza Argentina y Uruguay, también Cuba y México, que configuran el cuarteto de naciones con más prensa de lo que en términos de la época se conoce como «la colonia española». En Argentina es vivísima la prensa de todo tipo que se crea en estos años, tanto la que se dirige indiscriminadamente a todos los núcleos de origen español como la emanada de las asociaciones y centros de las regiones españolas que dispondrán allí de numerosos títulos, sobre todo las comunidades gallegas y asturianas; lo mismo puede decirse de Uruguay, pues se trata de dos procesos muy similares. En Cuba, ya antes de la independen-

Antonio Checa Godoy



cia, ha brotado una rica prensa de las comunidades españolas, especialmente gallega, asturiana, montañesa, vasca y canaria, que se mantendrá tras la guerra de 1898.

Este apogeo se traduce incluso en la aparición de diarios, de los cuales van a conocer larga duración. Diarios españoles —con frecuencia el título es el mismo, *El Diario Español*— nacen en la Habana, Buenos Aires, Montevideo, Sao Paulo y México. El fin de siglo y los primeros años de nuestra centuria configuran el periodo de máxima creatividad. Casi todos estos diarios se mantienen hasta los años treinta, cuando la crisis económica y su consecuencia, la disminución del caudal migratorio, lleva a su paulatina extinción. Con todo hasta nuestros días se ha mantenido uno de ellos, *El Diario Español* —de Montevideo, y hasta los años cuarenta se mantendría *El Diario Español* de Buenos Aires.

Además de esos cuatro países con máxima afluencia de españoles, y por ello con prensa de la colonia española más numerosa, casi todos los demás países verán nacer periódicos de este carácter. Es el caso de Chile, donde brotan diarios de la colonia española en Santiago y Valparaíso y a principios de siglo llega a surgir un estable periódico de la colonia catalana (que allí supera a la

tradicionalmente más nutrida, la gallega), «*Germanor*», que superará el medio siglo de vida. En Paraguay, en algunos países centroamericanos, como Costa Rica y Panamá, en la República Dominicana, y desde luego en Brasil, con Sao Paulo y Santos como grandes núcleos, nacen muchos títulos, aunque aquí serán habitualmente periódicos españoles sin más y no aparecerá una prensa específicamente regional.

3. La guerra civil española y el exilio republicano, 1936-1960

La guerra civil en España, vivida intensamente al otro lado del Atlántico, lleva a la creación de periódicos favorables a uno y otro bando en casi todas las repúblicas iberoamericanas. Luego, el fin del conflicto y la emigración a América de muchos miles de republicanos españoles lleva a la creación de muchos periódicos, usualmente de fuerte contenido político. Se destacarán sobre todo México y Argentina, y en menor grado Cuba, Uruguay y Chile, o sea en general los países con más desarrollo y más consolidada libertad de expresión. Pero el proceso afecta a casi todas las repúblicas, siendo muy raras —Bolivia, Nicaragua— las que parecen haber quedado al margen del mismo. El número de periódicos de los republicanos españoles, que se unen a los muchos que subsisten de las colonias anteriores a la guerra, es especialmente intenso en los años cuarenta. Luego van decayendo. No obstante, habrá países con renovada actividad, como Venezuela, donde cobra auge la prensa de la inmigración canaria e incluso se edita algún duradero periódico de otras minorías —*Euzkadi*, órgano del Centro Vasco caraqueño—.

4. El Presente

Aunque se mantienen algunos grandes títulos, la prensa creada por españoles en Iberoamérica y con España o sus comunidades como principal tema de sus páginas va decayendo cuantitativamente. La vuelta de la democracia a España aunque facilita una pequeña recuperación, se siente poco en el terreno de la

prensa, pero facilita un proceso sin apenas precedentes: la presencia en España de crecientes núcleos de exiliados e inmigrantes iberoamericanos, que crean una numerosa, aunque muy poco estable, prensa afín, en Madrid y Barcelona especialmente.

Puede, pues, configurarse una «geografía» de esta prensa, que está ausente o sólo contabiliza algunos títulos aislados en la América Andina, excepto Chile, y contabiliza asimismo pocas publicaciones en Centroamérica, pero que es francamente caudalosa en Argentina, Cuba y México. En cada uno de estos tres países se acercan a los dos centenares los periódicos aparecidos bien para los núcleos españoles, bien orientado a la defensa y cohesión de algunas de sus comunidades. Muy numerosa también la prensa uruguaya.

En un segundo nivel, Venezuela, Chile, Brasil y Puerto Rico (aunque aquí disminuirá muy pronto la prensa española, al cesar la inmigración con la independencia y la anexión de la isla por EE.UU.).

Finalmente, en el resto los periódicos españoles son más escasos, en muchos de ellos sólo se editan algunos números en la coyuntura de la guerra civil, o conocen alguna breve etapa —como Panamá en los años de consecución de la independencia y construcción del Canal—.

Si la perspectiva la realizamos desde el punto de vista de las comunidades, destacaremos los siguientes rasgos:

La Prensa más numerosa es, con mucho, la gallega. También la más temprana y la más duradera. Son varios cientos de periódicos los creados por periodistas gallegos y por las asociaciones y centros gallegos. Se destaca su presencia en Argentina y Cuba, y en menor grado Uruguay. Más escasa y tardía en México, y más aún en Venezuela, Puerto Rico y algún otro país.

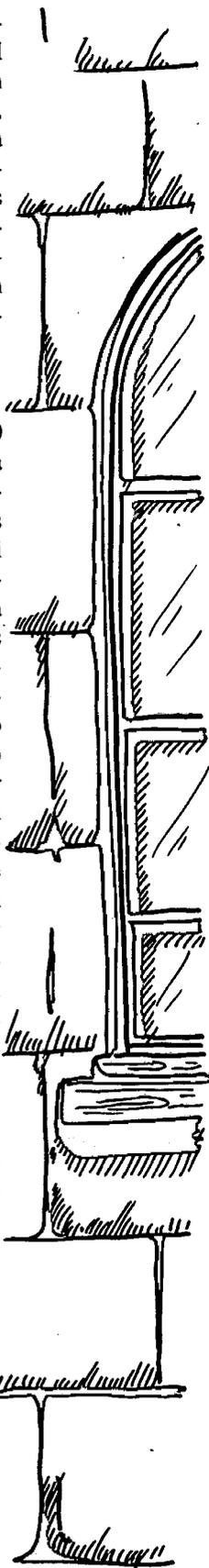
Tras la gallega, la prensa más numerosa es la asturiana, que tiene muy similares puntos de destino, pero que es algo más numerosa en México. Cantabros y canarios configuran otras colonias pródigas en prensa. La canaria está presente en Argenti-

na y Uruguay, pero sobre todo en Cuba y, desde los años cuarenta, en Venezuela. Los santanderinos están presentes especialmente en Cuba, pero también en Argentina y en México.

Catalanes, vascos, andaluces y castellanos-leoneses tienen menor presencia. Los castellanos, más exactamente leoneses, lanzan algunos periódicos en Argentina, y lo mismo ocurre a los andaluces —Vascos y catalanes tienen una presencia algo más diversificada, y —al contrario que andaluces o leoneses— títulos muy estables. Los vascos en Cuba, México, Venezuela y Argentina; los catalanes en Chile, Argentina, Cuba, Uruguay. Vascos y catalanes crearán tras 1939 una rica prensa nacionalista en diversos países, los vascos en Venezuela, Chile, México y Argentina preferentemente; los catalanes en México, Argentina, Chile, Cuba y República Dominicana.

Las demás comunidades españolas tienen una presencia muy escasa. La importancia histórica de Extremadura en América no guarda relación con la modestia de su prensa —apenas dos periódicos en Buenos Aires—. Uno sólo hemos localizado de la Rioja, dos de Aragón y parecen estar ausentes regiones enteras como Murcia, Valencia o la Mancha, que apenas tuvieron migraciones hacia América.

De las ciudades iberoamericanas, Buenos Aires es con mucho la que más prensa española edita. Fuera de la capital argentina, son pocas las localidades de aquel país con periódicos españoles o de sus comunidades. Bahía Blanca llega a tener incluso un diario, y también Rosario y Santa Fe ven editarse algún título aislado, pero será sobre todo esa Buenos Aires la ciudad asombrosamente pródiga en esta prensa. Tras el Sexenio Revolucionario serán muchos los republicanos españoles que emigren a Argentina y creen en su capital una prensa republicana española, incluso más adelante la ciudad se convertirá en curioso foco de prensa carlista española, con numerosos títulos que abarcan desde finales del XIX hasta después de la guerra civil.



La ciudad llegará a tener más de un diario a un tiempo para la colonia española y verá surgir prensa de la mayoría de las actuales comunidades autónomas de España, al mismo tiempo serán muchos los españoles que enriquecen el periodismo argentino, desde los que crean periódicos obreros -sobre todo de signo libertario- hasta los que intervienen en la creación de algunos de los grandes diarios bonaerenses.

Caso curioso es el del Paraguay, donde si bien aparecen algunos periódicos de la colonia española en la coyuntura del fin de siglo, lo que llama la atención es la relevante presencia de periodistas españoles en el país. La guerra de 1865-1870, que diezma la población paraguaya, tiene sin duda mucha influencia en ello, periodistas de varios países, pero sobre todo españoles y argentinos, enriquecen el periodismo nacional desde 1880 a 1930, medio siglo; crean periódicos y revistas y están presentes en todos los avatares del periodismo paraguayo. También en el fomento de la modesta prensa obrera paraguaya.

Esa presencia española en el periodismo iberoamericano es igualmente intensa en Uruguay (muy centrada inevitablemente en Montevideo) y, sobre todo, en Cuba. La Habana es otra de las grandes ciudades emisoras de prensa española, sin contar, obviamente, la aparecida antes de 1898; pero también una ciudad en la que los españoles estarán presentes en todo tipo de periodismo nacional hasta bien avanzado el siglo.

Hacia 1930, final del periodo de emigración intensa desde España, Buenos Aires ofrece periódicos de una decena de regiones españolas y media docena de títulos más para toda la colonia hispana. Y lo mismo cabe decir de la Habana. La República Dominicana conoce una cierta floración de prensa española tras la guerra civil, pero la dictadura de Trujillo no es propicia a los exiliados españoles. Tras la guerra civil languidece en ciudades como Montevideo, México, Santiago de Chile, Sao Paulo o la Habana la prensa de las

comunidades, compensada por la de los republicanos, que además crearán una prensa literaria con escasos precedentes antes de 1936.

La prensa de los núcleos españoles en Iberoamérica es la más numerosa junto con la italiana. Esta por lo general no muestra esa riqueza geográfica de la española; con algunas excepciones, tiende a representar por lo general a toda la comunidad italiana, y consigue editar diarios estables en ciudades como Lima o Caracas donde no lo consigue la colonia hispana. Que en cualquier caso, al no tener el handicap del idioma, entre otras razones, ofrece menor cohesión nacional que la italiana.

La relación que a continuación ofrecemos es un primer intento de censo de estas publicaciones españolas en Iberoamérica, no contabilizando por ello las aparecidas en EE.UU. y tampoco las que se editaron en Cuba y Puerto Rico durante la dominación española, excepción hecha de la que en ambas naciones se crean para aglutinar los inmigrantes de determinada región. En conjunto se acercan a los 500 títulos, si bien estimamos que prosiguiendo la investigación ese número puede bordear al menos los 800 títulos, cifra ya de por sí suficientemente explícita.

VENEZUELA

Archipiélago Canario, Caracas, 1968. Canarias

Cámara (Boletín de la Cámara de Comercio venezolano-española), Caracas, 1975.

Canarias (s), Caracas, 1954-1955, 1960. Canarias

Canarias de Venezuela, Caracas, 1963, Canarias.

Canarias Gráficas (m), Caracas, 1971-s. 1975. Canarias.

Denuncia, Caracas, 1965. Galicia.

España, Caracas, 1959-1960.

Euzkadi (m), Caracas, 1942-a. 1958, 1968-1973. País Vasco.

El Guancho, Caracas, 1898. Canarias.

El Heraldo Español, Caracas, 1903.

Hogar Canario-Venezolano, Caracas, 1974-1975. Canarias.

Siete Islas, Caracas, 1978. Canarias.

Abreviaturas tras los títulos:

d, diario; **s**, semanario; **de**, decenal; **q**, quincenal; **m**, mensual; **bm**, bimestral, **tm**, trimestral.

Abreviaturas tras la ciudad:

s, sigue editándose en la fecha indicada, última referencia obtenida; **a**, fecha aproximada de aparición o extinción.

Se indica tras las fechas si los títulos los edita alguna comunidad regional española o bien pertenecen a algún partido o sindicato español.

BIBLIOGRAFIA

Abellán, José Luis, y otros (1976). El exilio español de 1939. Taurus, Madrid (6 tomos). Anuarios Bibliográficos de Perú (consultado el periodo 1943-1970), Puerto Rico (años 1948 a 1970), República Dominicana (1946-1947), Uruguay (años 1940 a 1968) y Venezuela (periodo 1942-1975).

Asociación de la Prensa de Madrid (1986). Catálogo de la Exposición Conmemorativa del 90º aniversario. Madrid.

Cabrera Deniz, Gregorio J. (1991). «Prensa Canaria en América». En: VIII Coloquio de Historia canario-americana, Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas.

Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España, 1936-1939, serie 2, Periódicos (1967). Universidad Complutense, Madrid.

Checa Godoy, Antonio (1991). Historia de la Prensa Andaluza. Fundación Blas Infante, Sevilla.

Checa Godoy, Antonio (1993). Historia de la Prensa en Iberoamérica. Alfar, Sevilla.

Eiras Roel, Antonio, y Rey Castelao, Ofelia (1992). Los gallegos y América. Fundación Mapfre América, Madrid.

Marfa y Campos, Armando de (1960). Reseña histórica del periodismo español en México, 1821- 1932. Cía editora y distribuidora de Ediciones, México.

Neira Vilas, Xosé (1983). A prensa gallega de Cuba. Ediciones do Castro, La Coruña.

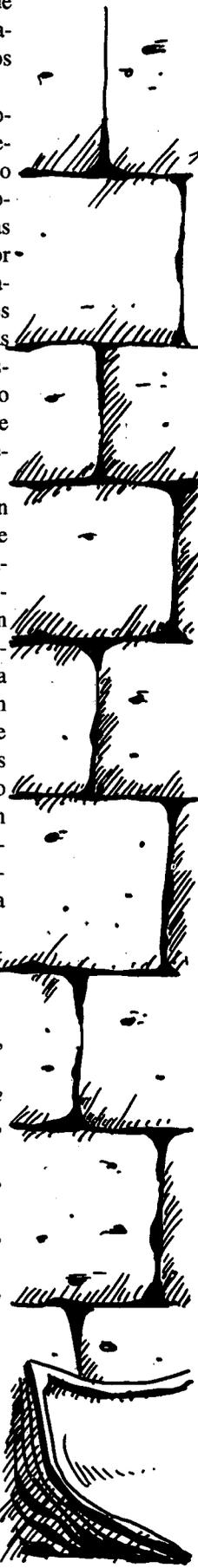
Pulido Cordero, Mercedes, y Nogales Flores, Tomás (1989). Publicaciones periódicas extremeñas. Diputación, Badajoz.

Rodríguez González, Jesús Jerónimo (1992). Asturias y América. Fundación Mapfre América, Madrid.

Sánchez Albormoz, Nicolás y otros (1988). Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930. Alianza América, Madrid. Santos Gayoso, Enrique (1990). Historia de la Prensa gallega, 1800-1936. Edición do Castro, La Coruña.

Torrent, Joan y Tasis, Rafael (1966). Historia de la Prensa Catalana. Bruguera. Barcelona (2 tomos).

VV AA, (1989). Presencia de España en América: aportación gallega. Diputación de la Coruña/ Universidad Complutense, La Coruña.



Comunicación y cultura: para pensar lo Massmediático

Marcelino Bisbal

RESUMEN

El ensayo del Profesor Bisbal intenta establecer la relación entre Cultura y Comunicación y, más precisamente, entre la Cultura con mayúsculas (Ilustrada) y Cultura Massmediática, como el producto generado por los mass-media o grandes medios de comunicación. Se trata de un texto realmente optimista, en términos culturales, acerca de esa cultura massmediática. Para ello, nos recorre el camino de la Escuela de Frankfort y su "pesimismo cultural" frente a la cultura de masas. Centra su atención, en un intento por recuperarlo para entender esta cultura, en Walter Benjamin y su propuestas acerca de "la reproductibilidad técnica de la obra de arte" y, lo que es más resaltante en este pensador, el "establecimiento de otra praxis" en el proceso de percepción-consumo de la obra de arte como cultura. Al final, el autor concluye que es posible encontrar en la cultura massmediática "productos culturales promisorios".

The professor Bisbal's essay tries to establish the relationship between Culture and Communication. More precisely, he establishes the relationship between the Culture, with Capitals (Illustrated) and the Massmediatic Culture, as a product generated by the communication big media. The text is really optimistic, in cultural terms, about this massmediatic culture. To reach that, he goes over the road of the Frankfort School and its "Cultural pessimism" in front of the mass culture. In the intent to recover it to understand this culture, he places his attention on Walter Benjamin and his proposals about the "technical reproductiveness of the art work" and (what is more evident in this thinker) in "the establishment of a different praxis" in the process of the perception-consumption of the art work as culture. At the end, the author concludes that it is possible, to find "promissory cultural products" in the massmediatic culture.

Frente a una cultura urbana que toma la forma de procesos móviles, uniendo simbologías disímiles, confrontando sistemas axiológicos, condensando imaginarios y percepciones, están los medios masivos de comunicación. Como agentes socializadores no cesan de hacer propuestas aunque probablemente su poder esté en contribuir a la generación de pautas de lectura, de formas y maneras de ver e interpretar. De esta manera se unen a los instrumentos que en nuestros días conforman nuevas hermenéuticas» (Sub. nuestro).

Germán Rey

«Cuando lo real ya no es lo que era, la nostalgia cobra todo su sentido»

Jean Baudrillard

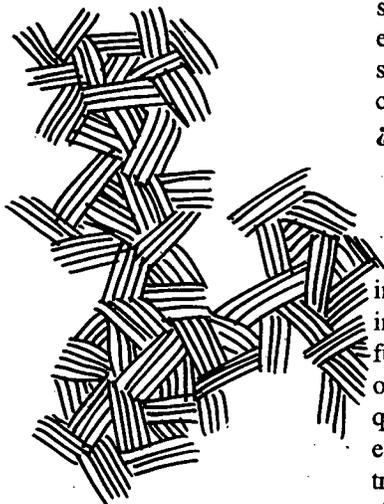
...pero pensarlo de manera diferente. Tratando de entender qué signos de esta época de «fin de modernidad» la están atravesando para darle sentido en términos culturales y estéticos, en claves de vida cotidiana de eso que han llamado la «sociología de lo vivido». Esto significa que debemos hacer un doble esfuerzo intelectual, por lo tanto de pensamiento y conocimiento, para lograr



captar y reflexionar por un lado qué tipo de cultura está siendo asumida-producida/reproducida-transmitida por los «mass media» de la modernidad y lograr comprender, sin juicios de valor tan próximos a veces al entendimiento del «que se sabe con la verdad», el por qué a la gente le gusta con tanto sentimiento y placer las «fantasías» construidas a través de los televisores, de las pantallas de cine, de los receptores de radio, o de las cintas de video, o quizás de las páginas de los suplementos o de los espacios masivos de consumo cultural.

Ese es el plano de nuestro pensamiento. El uso del conocimiento, el levantar la tesis de la «racionalidad ilustrada», para pensar con libertad y poder avanzar en la reflexión de lo «massmediático». Porque como decía Kant en relación al «atrévete a conocer» («sapere aude») sin ningún tipo de prejuicios de entrada: «La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad (minoría de edad). La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro(...) Sapere aude! (atrévete a conocer) ¡ten el valor de servirte de tu propia razón!: he aquí el lema de la ilustración.

(...) ¡es tan cómodo no estar emancipado! Tengo a mi disposición un libro que me presta su inteligencia, un cura de almas que me ofrece su conciencia, un médico que me prescribió las dietas, etc., etc.; así que no necesito molestarme (...) Los tuto-



res, que tan bondadosamente se han arrogado este oficio, cuidan muy bien de que la gran mayoría de los hombres (por no hablar del sexo bello) considere el paso de la emancipación, además de muy difícil, en extremo peligroso.

(...) Para esta ilustración no se requiere más que una cosa: **libertad**; y la más inocente entre todas las que llevan ese nombre, a saber: libertad de hacer **uso público** de su razón íntegramente¹.

Quizás damos la apariencia de cierta soberbia académica, seguramente se diga que filosófica y sociológica, y hasta antropológica, al dejar de lado todos aquellos «estudios» que dieron cuenta en su momento del carácter supuestamente «cultural» de los nuevos medios de comunicación masiva, es decir de los aparatos masivos de difusión. No se trata de obviarlos, ni siquiera de arrinconarlos. La idea es conocer bajo qué límites se movieron esas reflexiones y en qué circunstancias culturales y políticas (por supuesto que económicas) fueron arrojados. Lo que hoy estamos sintiendo acerca de la cultura y los medios masivos (comunicación masiva) parte de la base de cómo los perceptores catalizan sus contenidos desde sus propias experiencias de vida, desde los lugares en que esos contenidos son percibidos e incluso transmitidos, desde qué cosmovisiones se comparten y se reconocen los mensajes, en fin desde el espacio cultural y estético que está ocupando la comunicación masiva y sus instrumentos de difusión y desde el lugar que debe ocupar. En síntesis, se trata de percibir la comunicación-cultural masiva de otra manera. **¿Cuál es esa otra manera?**

I

Para ello recorreremos el camino iniciado por las reflexiones de los integrantes de la Escuela de Frankfurt, las cuales creemos nosotros ocultaron más de la realidad cultural que se había iniciado y nos dejaron, en términos de «dialéctica de la ilustración», todo un componente de «pesimismo cultural» frente a la nueva

forma de producir la cultura que «optimismo» ante las posibilidades de producción/reproducción que nos ofrecían y nos ofrecen los nuevos dispositivos tecnológicos de transformación cultural. Y nos iniciaremos por aquí, porque fueron los «frankfurtianos» los primeros que comenzaron a centrar la crítica cultural en términos filosóficos. Ellos apuntan, especialmente T. W. Adorno y M. Horkheimer, sus ideas hacia el fenómeno de la industria cultural y a la «degradación» por parte de ésta de la estética ilustrada de la obra de arte.

La **industria cultural**, en palabras de Adorno constituyó y si estuviera presente lo seguiría afirmando con más fuerza que antes, una **ambigüedad cultural** de la ilustración, una de tantas, pero la fundamental para poner en grave peligro el «proceso de la civilización» que es al mismo tiempo «un proceso de ilustración». Para estos pensadores, que tanta determinación analítica tuvieron en América Latina y especialmente en Venezuela en lo que respecta al análisis cultural de eso que hemos llamado comunicación-cultural masiva, el juicio acerca de ella es devastador por la incapacidad de interrelacionar bajo ciertos parámetros los cánones de la estética ilustrada a las formas de producción de la industria cultural e inclusive del llamado hoy día arte popular. Es tan arraigado todavía este «pensamiento negativo» que autores contemporáneos en nuestro contexto llegan a afirmar, como para deslindar los límites entre arte y algo que no atinan a designar, las palabras del músico Arnold Schoenberg (1897) quien llegó a expresar: «Si es arte, no es para las masas y si es para las masas, no es arte»². De Adorno se ha llegado a decir, sin desconocer los aportes de su «Dialéctica de la Ilustración» («Dialektik der Aufklärung»), que «mide los productos del nuevo arte de masas con un rasero frente al cual no pueden aparecer sino primitivos, céntricos o majaderos»³.

II

Partiendo de la idea de un «caos

cultural» —la pérdida del centro, la dispersión y diversificación de los niveles culturales— los fundadores de la Escuela de Frankfurt afirmaron la existencia de un sistema que regula y produce esa dispersión. Allí aparece el término **industria cultural**, término de uso común hoy día, que sirve de sustento al complejo sistema comunicacional masivo en su totalidad para lograr la adhesión e integración necesaria según formulaciones de Adorno y Horkheimer. Porque no fue casual que los de Frankfurt convirtieran en axioma de la Escuela el pensamiento o la constatación kantiana de que «un sólo camino queda abierto a la filosofía, el de la crítica». Por eso sus formulaciones no fueron más que una «teoría crítica de la modernidad». Y uno de los signos más significativos y repleto de referentes «culturales», y para algunos «subculturales», es el tema de la industria cultural.

Las lecciones de un T. W. Adorno y Max Horkheimer y sus juicios a la industria cultural fueron determinantes en nuestras enseñanzas del pensar e investigar comunicacional en y de la región, especialmente a partir de 1963 cuando en nuestro país se publica el libro del profesor Antonio Pasquali **Comunicación y Cultura de Masas** y sus planteamientos, que orientaron un cambio del análisis comunicacional de lo pragmático a lo estructural, llegaban en un momento en que los moldes estadounidenses (valga decir el funcionalismo) eran dominantes y «acríticos» en sus reflexiones y resultados. Porque para los teóricos norteamericanos de los años '40 y '50 la cultura de masas representa la afirmación y la apuesta por la sociedad de la plena democracia. Así, Martín Barbero lo expondrá claramente al decir que «fue necesaria toda la fuerza económica del nuevo imperio y todo el optimismo del país que había derrotado al facismo y toda la fe en la democracia de ese pueblo, para que fuera posible la inversión- de capital y de sentido- que permitió a los teóricos norteamericanos asumir como la cultura de ese pueblo la producida en los medios masivos: la cultura de

masas»⁴. Uno de esos teóricos norteamericanos, Daniel Bell, lo dirá tajantemente al indicar que lo que empezaba a cambiar no se situaba en el ámbito de la política, sino de la cultura, y no entendida en forma elitista y aristocráticamente sino como «los códigos de conducta de un grupo o de un pueblo». Aunque después este mismo autor, bastante más recientemente, llegará a afirmar que esta cultura de masas transforma al individuo moderno en un «peregrino cultural, sin hogar al que volver» y será más extremo al considerar una «pérdida de coherencia en la cultura y la expansión, en particular, de una actitud antinómica frente a las normas morales e incluso la idea del juicio cultural en sí mismo». Según Bell, esta cultura difundida y expandida globalmente «supone la ruptura de la cosmología racional»⁵.

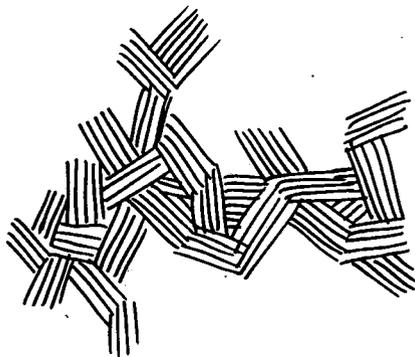
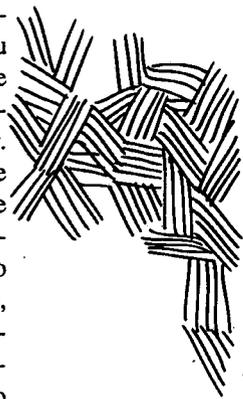
El profesor Pasquali nos introducía, de segunda mano, en el pensamiento frankfurtiano para entender lo cultural en lo mass-mediático, para intentar comprender «la cultura como manipulación», porque la obra de un T. W. Adorno especialmente fue rica en la atención que el autor le brindó al tema. Y el mismo Antonio Pasquali afirma en su libro que «un reacondicionamiento audaz en el uso de los grandes canales de información, aunque resulte de escasa eficacia para elevar el bajo coeficiente de comunicabilidad por ellos espontáneamente engendrado, constituiría para colectividades tan masificadas como la venezolana un factor de progreso social y cultural más poderoso que muchas poses revolucionarias, que el exceso de formalismo democrático, que el desplante objetivo y el inoperante sermonear de tantos inútiles patriarcas de la cultura»⁶.

El propio Pasquali, a principios de la década de los setenta, en otro texto —**Comprender la Comunicación**—, señalará que pocas escuelas de pensamiento, han sido tan apresuradamente redescubiertas, editadas, criticadas y tiradas al cesto de lo obsoleto como la de Frankfurt. Y hoy en los noventa se vuelve a preguntar: «¿De la Escuela de Frankfurt? Creo que hay que volver a ella. El

hecho de que una escuela filosófica pareciera que ha pasado de moda hace quince años no indica, en absoluto, que ha pasado de moda. Eso es lo que nos están haciendo creer, pero a lo mejor hay que volver a ella porque sigue llena de enseñanza»⁷.

Otros autores venezolanos, en el ámbito del tema comunicacional, seguirán las marcas de Frankfurt, especialmente el filósofo Ludovico Silva con su **Plusvalía Ideológica** (1970) y **Teoría y Práctica de la Ideología** (1974). No se trató de un analista dedicado específicamente al estudio de los medios masivos, pero replanteó todo un marco teórico en donde introduce los planteamientos adornianos para insertar el análisis de los medios dentro del fenómeno de la dominación y dependencia cultural. En uno de esos libros el autor llega a afirmar que «Adorno habló de la televisión norteamericana y fijó una serie de categorías analíticas de gran utilidad para cualquier estudio sobre la televisión. ¿No es el mejor homenaje que podemos rendirle, a un año de su muerte, aplicar sus categorías, inventar otras ad hoc, para el estudio de nuestra propia realidad y la incidencia de la televisión y la **industria cultural** en general sobre esta peculiar formación capitalista dependiente que es el subdesarrollo»⁸.

Hasta tal punto el pensamiento frankfurtiano, nos referimos particularmente al de Adorno y Horkheimer, fue parada obligada de reflexión para los interesados en el estudio del



fenómeno comunicacional masivo industrial, que una revisión rápida sobre el tipo de investigación que se hizo en la región durante las décadas del sesenta, setenta y parte de los ochenta nos dirá que la misma estuvo referida en su mayoría al tema de las industrias culturales y la determinación de ellas sobre el contenido medial. Se trataba de una investigación más centrada en la inserción de los medios como elementos o piezas supraestructurales, que desde otro punto de vista. Este hecho hizo que su particular visión sobre la cultura, que era la visión de Adorno, les ocultara otros aspectos que hoy día tienen que ver más con el ámbito de la crítica cultural que con el de la crítica política. Y simplemente porque estamos en presencia de lo que hemos denominado en otros textos nuestros «un paisaje cultural distinto».

Pero los planteamientos de Adorno y su inseparable amigo de vicitudes académicas y de existencia, Max Horkheimer, fueron durante mucho tiempo «el mensaje en la botella» como el propio Theodor Adorno gustaba de decir, o por lo menos así lo creíamos nosotros. Ante una prédica de excesivo optimismo frente a la naciente cultura, o pseudocultura como Adorno bautizara a esa «cultura de masas», ellos representaron una piedra en el zapato ante esa posición. Un par de citas de Adorno nos recordarán muy rápidamente esa posición:

- «En nuestros borradores hablábamos de «cultura de masas». Reemplazamos tal expresión por la de «industria de la cultura» con el fin de excluir desde el principio la interpretación aceptable para sus defensores: que se trata de algo parecido a una cultura que surge espontáneamente de las propias masas, la forma contemporánea del arte popular. La industria de la cultura debe ser totalmente distinguida de este último»⁹.

- «Bajo los monopolios, toda cultura de masas es idéntica, y las líneas de su entramado artificial comienzan a traslucirse. Las personas situadas en la cúspide no están ya tan interesadas en disimular el monopo-



lio: cuanto más ostensible se hace su violencia, más crece su poder. Ya no es necesario que el cine y la radio tengan pretensiones artísticas. El postulado de que no son sino negocios se convierte en ideología con el fin de justificar la muralla que deliberadamente producen. Ambos se titulan industrias; y cuando se publican los ingresos de sus directores, se disipa cualquier duda sobre la utilidad social de los productos terminados»¹⁰.

Sin caer en las posiciones apocalípticas e integradas, resueltas por Umberto Eco en su momento, hay que reconocer los aportes teóricos que nos brindaron los de Frankfurt, y particularmente Adorno con su «crítica cultural» enfilada hacia la cultura dominante elaborada industrialmente y en donde la pantalla televisiva se convertía en el principal canal propagador. Por eso que Adorno al referirse a la televisión lo hará duramente al expresar que «la meta, la de poder repetir en una imagen suficiente, captable por todos los órganos, la totalidad del mundo sensible, este sueño insomne, se ha aproximado mediante la televisión y permite, de consumo, introducir en este duplicado del mundo, y sin que lo advierta, lo que considere adecuado para reemplazar al real»¹¹.

Con T. W. Adorno y M. Horkheimer llegamos a comprender, desde su punto de vista por supuesto, bajo la marca de sus análisis centrados en la industria cultural, aspectos característicos de ese «producto cultural» que es lo masivo-industrial:

- «Cómo actúan los monopolios culturales-pseudoculturales o «cultura de la manipulación»- a partir del

sistema de las leyes del mercado o «sistema de los beneficios».

- «Cómo es la fragmentación cultural o pseudocultural de los contenidos. Es la presentación-representación de «lo real» como ideología fragmentada.

- La uniformidad de los mensajes. A pesar de la multiplicidad de contenidos, siempre volvemos al esquema de lo «idéntico».

- Y entender la homogeneización de los perceptores, como consumidores pasivos. Lograrla a partir de la identificación colectiva con los contenidos, con sus valores transmitidos, con su «ética», en fin con la «ideología» allí presentada/representada.

Todos esos aspectos, compartidos unos y otros no, sirvieron para adentrarnos en una **crítica cultural** de la realidad obviamente fragmentada que nos ofrecían y nos ofrece lo masivo industrial de lo mass-medfático. Pero no nos sirvió para entender, nos lo ocultó más bien, en el terreno de la teoría de la modernidad-posmodernidad lo que está pasando con la producción cultural actual atravesada estéticamente, productivamente y sógnicamente por la cultura técnico-industrial de los medios, y especialmente de los radio-eléctricos. Mucho menos vamos a entender como la «sociología de lo vivido» en la cotidianidad se encuentra atravesada por esa misma cotidianidad construída y reconstruída a partir y desde el escenario de esa cultura profundamente mass-mediativa.

El análisis «dialéctico crítico» que llevó especialmente Theodor Adorno hacia la cultura masiva lo condujo a un «callejón sin salida» por no entender lo que estaba pasando a su alrededor, en la vida, en la calle y quizás por estar demasiado encerrado en una «vanguardia intelectual» o en un apartheid culturalmente distinto.

Quizás alguno de ustedes estarán pensando que nos hemos desviado del tema propuesto para esta conferencia. Todo lo contrario. Se trataba de perfilar cómo la «filosofía radical» interpuesta por por la mayoría

de los representantes de la Escuela Filosófica de Frankfurt, tan implicada en la reflexión latinoamericana sobre lo comunicacional masivo, nos impidió pensar a nosotros a partir de nuestras propias realidades no pensadas desde aquí. Por ello el juicio de un Jesús Martín Barbero será un intento de llegar a fondo en el debate sobre la relación comunicación-cultura en América Latina. Nos dirá: «(...) paradójicamente fuimos descubriendo todo lo que el pensamiento de Frankfurt nos impedía pensar a nosotros, todo lo que de nuestra realidad social y cultural no cabía ni en su sistematización ni en su dialéctica»¹². Y continuará diciendo críticamente en ese mismo discurso, «que lo que sigue tenga un innegable sabor a ajuste de cuentas, sobre todo con el pensamiento de Adorno, que es el que ha tenido entre nosotros mayor penetración y continuidad»¹³.

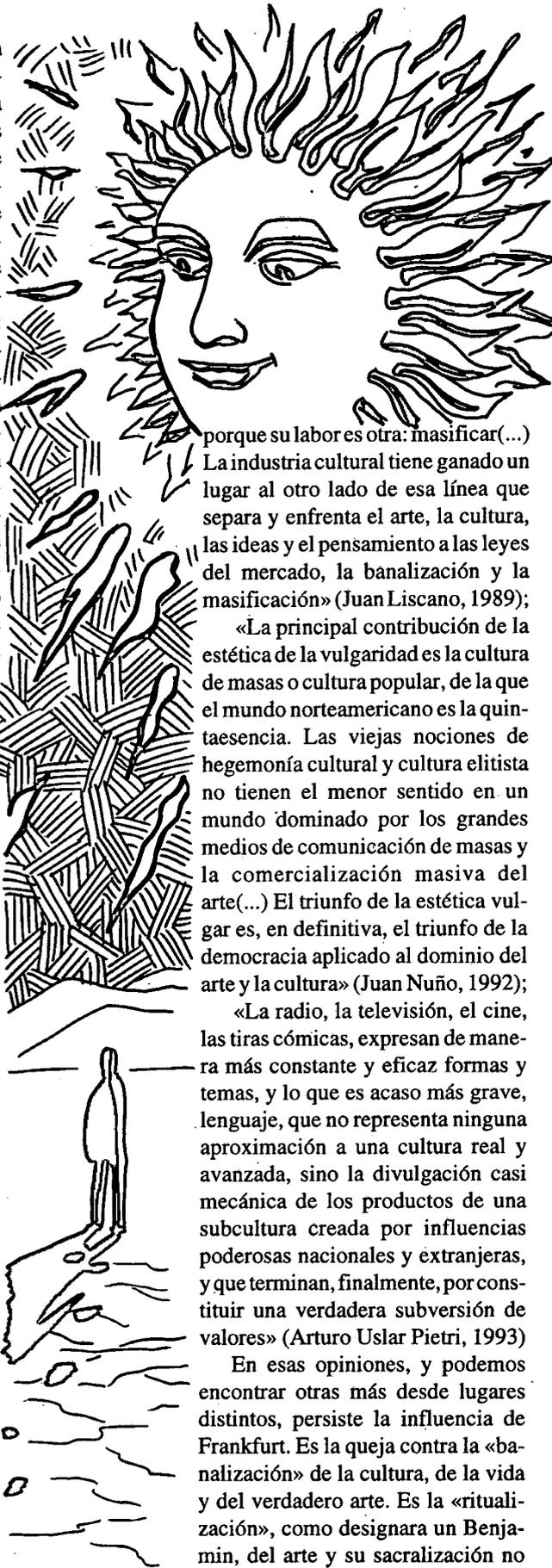
III

Leamos cualquier texto de Adorno y Horkheimer en torno a la cultura de masas, a la que ellos llaman Industria Cultural, y veremos en el fondo el terrible pesimismo cultural¹⁴ del que estuvieron impregnadas sus reflexiones en torno a una forma-industrial y técnica-de «hacer» cultura. Y después de ellos se siguió interpelando a esa cultura para pedirle aspectos que de por sí no podía y no puede cumplir.

En nuestro ámbito académico y entorno más cercano, es común leer textos como los que siguen:

«Esa es la razón por la cual la novela, el cine y la televisión poco a poco, pero ininterrumpidamente, han ido reemplazando al sermón y al tratado como principales vehículos del cambio y del progreso moral» (Richard Rorty, 1991);

«Hay una manera de integrar la esencia folklórica, como es el caso del Ballet de Antonio Gades, en España, o el ballet folklórico de Rusia, o los grandes músicos y compositores populares, pero no me digan que la industria cultural es capaz de emprender un verdadero apoyo a estos valores y manifestaciones culturales



COMUNICACION

porque su labor es otra: masificar(...) La industria cultural tiene ganado un lugar al otro lado de esa línea que separa y enfrenta el arte, la cultura, las ideas y el pensamiento a las leyes del mercado, la banalización y la masificación» (Juan Liscano, 1989);

«La principal contribución de la estética de la vulgaridad es la cultura de masas o cultura popular, de la que el mundo norteamericano es la quintaesencia. Las viejas nociones de hegemonía cultural y cultura elitista no tienen el menor sentido en un mundo dominado por los grandes medios de comunicación de masas y la comercialización masiva del arte(...) El triunfo de la estética vulgar es, en definitiva, el triunfo de la democracia aplicado al dominio del arte y la cultura» (Juan Nuño, 1992);

«La radio, la televisión, el cine, las tiras cómicas, expresan de manera más constante y eficaz formas y temas, y lo que es acaso más grave, lenguaje, que no representa ninguna aproximación a una cultura real y avanzada, sino la divulgación casi mecánica de los productos de una subcultura creada por influencias poderosas nacionales y extranjeras, y que terminan, finalmente, por constituir una verdadera subversión de valores» (Arturo Uslar Pietri, 1993)

En esas opiniones, y podemos encontrar otras más desde lugares distintos, persiste la influencia de Frankfurt. Es la queja contra la «banalización» de la cultura, de la vida y del verdadero arte. Es la «ritualización», como designara un Benjamin, del arte y su sacralización no masiva, es la crítica contra la secularización de lo cultural transformado

en mercancía. Dirán, siguiendo la herencia de Adorno, que esa subcultura se hace «accesible al pueblo como los parques», ofrecida al disfrute de todos, introducida en la vida como un objeto/mercancía más, desublimada. Es la «caída de la cultura, del arte... y una vez que la cultura ha sido degradada a bien cultural, con su expresión filosófica de valor cultural, se ha degradado su razón de ser»¹⁵. Con razón Adorno llegará a decirle a Horkheimer, en una vieja conversación recogida en algún texto, que «¡Hay que salvar la Ilustración!».

El recientemente desaparecido Karl Popper, en diálogo con otros filósofos como Marcuse, Lubasz, Alfred Schmidt, Rudi Dutschke y Ralf Dahrendorf, se plantea hacia la Teoría Crítica la crítica despiadada al decir que «La verdad es que todavía entonces seguían considerando la profecía histórica como el núcleo de la teoría social, pero **desconfiaban del futuro. Desconfiaban de la humanidad**(...) La llamada Teoría Crítica carece de contenidos, no ofrece ninguna crítica sistemática. Tan sólo genera quejas u oscuros gritos de Casandra acerca de los malos tiempos en que vivimos y acerca de la perversión de la cultura burguesa» (Sub. nuestro)¹⁶.

IV

Lo que es poco usual, aún todavía, es descubrir un párrafo tan luminoso y clarividente como el que sigue: «Cuando una obra artística se transforma en mercancía, el concepto de obra de arte no resulta ya sostenible en cuanto a la cosa que surge. Tenemos entonces cuidadosa y prudentemente, pero sin ningún miedo, que dejar de lado dicho concepto, si es que no queremos liquidar esa cosa. Hay que atravesar esa fase y sin reticencias. **No se trata de una desviación gratuita del camino recto, sino que lo que en este caso ocurre con la cosa la modifica fundamentalmente y borra su pasado hasta tal punto que, si se aceptase de nuevo el antiguo concepto (y se le aceptará, ¿por qué no?), ya no**

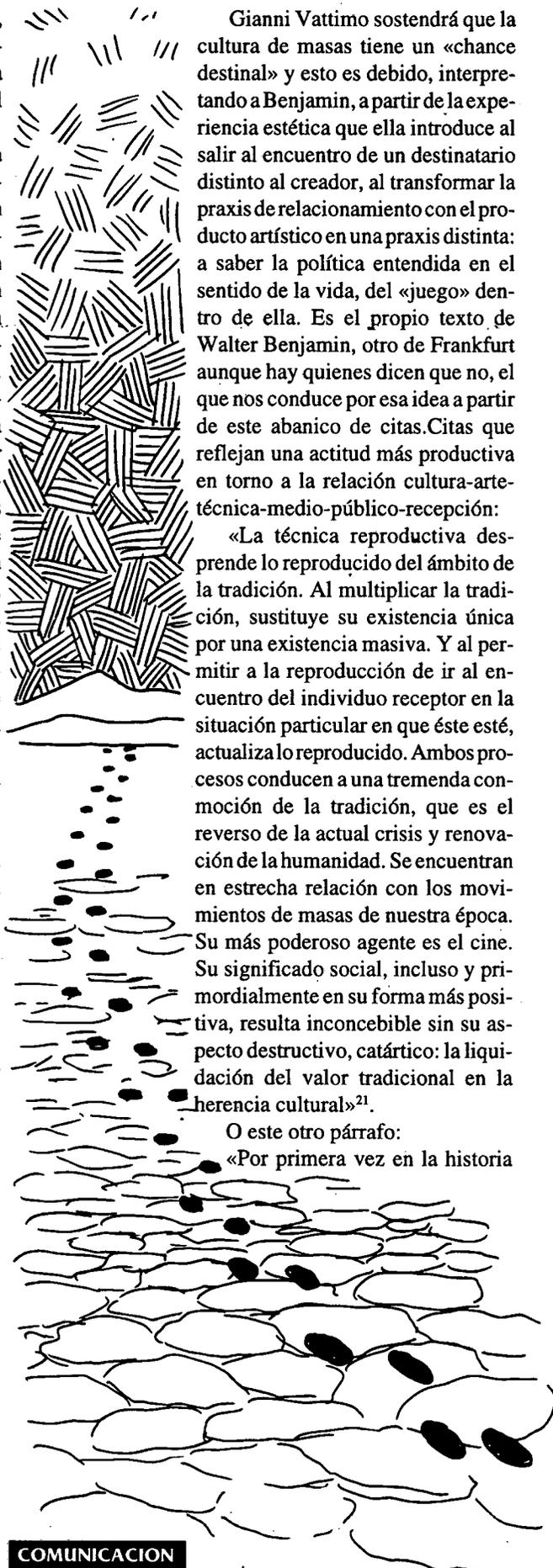
provocaría ningún recuerdo de aquella cosa que antaño designa- ra» (Sub. nuestro)¹⁷.

El texto, que por supuesto representa una postura diferente a los anteriores, procura reflexionar —en palabras de W. Benjamin (1936)— el surgimiento de una forma de hacer cultura que hace que ella sea asumida perceptivamente de manera distinta a otras formas culturales, y que además, «procura(n) entender determinadas formas artísticas, especialmente al cine (N. de la R: podemos asumir, y lo debemos hacer, a los otros medios de difusión masiva), desde el cambio de funciones a que el arte en general está sometido en los tiempos de la evolución social»¹⁸. El problema es que unos autores lo entienden desde la óptica del pesimismo cultural y la «degradación» que están sufriendo las producciones culturales actuales, y el otro trata de interpretar la irrupción de esas formaciones culturales en los tiempos de la aparición del mercado/consumo como uno de los poderes organizativos de la vida actual. Y el mercado trajo consigo los procesos de reproducción, y este hecho modificó sustancialmente muchas concepciones dentro de la vida y reflexión artística, por tanto cultural.

En el fondo de las posturas subyace la confrontación entre la cultura elitista, la «alta cultura»,... y en fin el «auténtico arte»; y la cultura de masas que despuntó en la mitad del siglo XIX y que hoy día tiene a los «medios de comunicación» como sus más modernos seguidores y propagadores. Al punto que son esos mismos medios de cultura masiva los que están definiendo una nueva etapa de la humanidad que algunos han dado en llamar posmodernismo porque representan, en términos culturales y en otros órdenes, un **paradigma estético diferente**. De ahí entonces la insuficiencia adorniana para entender ese paradigma. Nos está pidiendo además otro tipo de reflexiones para poderle entrar en óptica perceptiva (o lo que algunos han denominado «estética de la recepción»), cognoscitiva y ¡vaya usted a saber...! Porque a lo mejor como

bien llega a decir el propio Benjamin, en referencia al cine cómico americano, esa nueva estética tecnicificada «produce un efecto terapéutico al hacer explotar lo inconsciente»¹⁹.

Se trata de eso: un **paradigma estético diferente** que está sumergido en la vida misma actual, y en especial en la de las nuevas generaciones que, sin entrar a valorar con parámetros moralistas, se mueven cada vez más con una estética que en nada recuerda a aquel disfrute interior y en soledad de tiempos atrás. Un disfrute, un placer que está ligado a cualquiera de las escenas de la cotidianidad que podemos observar a diario. Y entonces la pregunta angustiante que en los últimos años nos venimos formulando: ¿tenemos que negar disfrute y placer por ser este, a lo mejor, un tiempo del «desgaste», «del simulacro», «del desencanto», «de la violencia», «del bullicio», «del desarreglo»...? ¿Es que acaso lo estético, la poesía, la belleza, el arte tienen que estar ligados solamente a una concepción artística de la cultura, y por ende de la vida y de la muerte? Y si bien es realmente cierto, terriblemente cierto, no sé si ¿frustrantemente cierto que «cincuenta millones de familias aisladas cada una en su casa y mirando la televisión representan a la vez la socialización «externa» más avanzada que se haya conocido jamás y de la desocialización «interna», la privatización más extrema»²⁰, con qué derecho nos atrevemos a decir que allí hay «pérdida de identidad», de «solidaridad» y a lo mejor de «comunidad», e inclusive llegar a afirmar que se trata de «un placer miserable» porque noche tras noche asistimos a una cultura del espectáculo que nos aproxima a un mundo simbólico —dentro de un «mercado simbólico»— en donde podemos encontrar de todo en términos de estética y cultura, en el orden de la producción artística e inclusive del gusto y del propio placer, y a lo mejor podemos hallar signos culturales promisorios producto de espacios simbólicos de producción-recepción diferentes a lo que la razón ilustrada y académica impuso y nos acostumbró.



Gianni Vattimo sostendrá que la cultura de masas tiene un «chance destinal» y esto es debido, interpretando a Benjamin, a partir de la experiencia estética que ella introduce al salir al encuentro de un destinatario distinto al creador, al transformar la praxis de relacionamiento con el producto artístico en una praxis distinta: a saber la política entendida en el sentido de la vida, del «juego» dentro de ella. Es el propio texto de Walter Benjamin, otro de Frankfurt aunque hay quienes dicen que no, el que nos conduce por esa idea a partir de este abanico de citas. Citas que reflejan una actitud más productiva en torno a la relación cultura-arte-técnica-medio-público-recepción:

«La técnica reproductiva desprende lo reproducido del ámbito de la tradición. Al multiplicar la tradición, sustituye su existencia única por una existencia masiva. Y al permitir a la reproducción de ir al encuentro del individuo receptor en la situación particular en que éste esté, actualiza lo reproducido. Ambos procesos conducen a una tremenda conmoción de la tradición, que es el reverso de la actual crisis y renovación de la humanidad. Se encuentran en estrecha relación con los movimientos de masas de nuestra época. Su más poderoso agente es el cine. Su significado social, incluso y primordialmente en su forma más positiva, resulta inconcebible sin su aspecto destructivo, catártico: la liquidación del valor tradicional en la herencia cultural»²¹.

O este otro párrafo:

«Por primera vez en la historia

del mundo, la posibilidad de la reproducción técnica de la obra de arte emancipa a éste de su dependencia parasitaria de ritual. La obra de arte reproducida es cada vez más la reproducción de una obra de arte concebida para su reproducción(...) Pero en el instante en que deja de ser válida la norma de autenticidad aplicable a la producción artística, también queda transformada por completo la función total del arte. Su fundamentación en el ritual es sustituida por la fundamentación en otra praxis: la fundamentación en la política»²².

Como vemos, es el discurso benjaminiano el que empezaba a intuir lo que pasaría en el futuro contemporáneo con la producción artística. Fueron esas predicciones de tono filosófico, hoy convertidas en una realidad palpable a cada instante, las que no quisieron admitir sus compañeros de Frankfurt. La producción cultural masiva se sitúa hoy día, cosa que ya admitió Benjamin, en los modos de percepción y asimilación de esta por el público.

Es la presencia de lo cotidiano, como conocimiento y experiencia de la vida, lo que Walter Benjamin toma para decirnos que «penetramos el misterio sólo en el grado en que lo encontramos en lo cotidiano por virtud de una obra dialéctica que concibe lo cotidiano como impenetrable y lo impenetrable como cotidiano». Y será la cultura de masas, que irrumpía significativamente con la nueva tecnología que se llamaría de comunicación, la que «hizo visible la erosión de lo real de las culturas de clase

y el relativismo cultural adquirió verdadero impulso cultural» como nos dirá Agnes Heller.

Lo cotidiano es diverso, por lo tanto la cultura de masas está impregnada de esa misma diversidad. Y solamente comprendiendo esa diversidad, y entendiendo que la vida se juega en lo cotidiano, es que seremos capaces de comprender la significación de las culturas masivas para la gente. No como aquella otra cultura de vanguardia que era sólo para una gente «capaz» de (¿?) disfrutarla aunque sólo fuera por pura moda. Hoy las industrias culturales han democratizado la participación cultural con todo lo «bueno» y lo «malo» de sus productos culturales/simbólicos... pero al final la gente siente que les pertenece y los hace populares por el puro placer de diversión, del olvido, de ocupar el tiempo, de llorar junto con las estrellas o «para transformar —como dice Monsivais— lo que ven en otra cosa y para vivirlo de otra manera». O como ironiza el también mexicano y sociólogo Jorge A. González: «¿Qué otra cosa queda por hacer? ¿Cómo conseguir mejor niñera que Robocop o Lola la Trailera? ¿Cómo invitar a comer a Rambo o a Schwarzenegger y la India María? ¿Por qué no echarse un sueñito con Magnum o con Brooke Shields? ¿Pos si nó, enton's qué?»²³.

V

Lo que temió siempre el «viejo círculo de Frankfurt» no fue más que la sustitución del proyecto modernizador ilustrado por un tipo de modernización que rompió con el mismo proyecto, y dió paso a otro «proyecto» (no sabemos si podemos seguir hablando a estas alturas en términos de planificación que es lo que implica todo plan/proyecto) que estaría centrado en la posmodernidad o en el debate que suscita la agonía de la modernidad ilustrada.

Hoy día tenemos que aceptar que la comunicación masiva y la cultura que se deriva de ella, una fracción de la cultura de masas pero la que más copa el espacio del tiempo libre de la gente²⁴, «crea la nueva sensibilidad

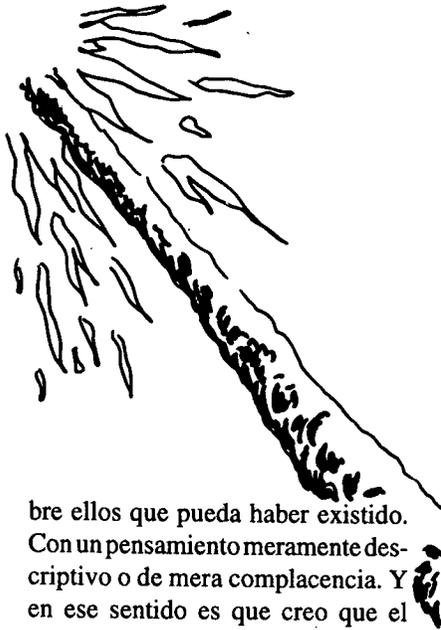
posmoderna» ¿Y qué significado tiene para la gente esa cultura?

Se trata de llegar a una comprensión lo menos mediada posible, y a tal efecto partimos, para tratar de explicar tímidamente la significación de ese campo cultural, no tanto desde la antropología cultural sino más bien desde el frente de la sociología de la cultura. Porque en las interrelaciones que se fraguan en los espacios de convivencia de la gente de distintos lugares tanto nacionales como extranjeros y tiempos, en las identificaciones y reconocimientos que allí se dan, en la proximidad con los medios de comunicación y especialmente los radioeléctricos y en las comuniones que se configuran en todos esos encuentros se van conformando las «nuevas identidades» que no sabemos si son modernas o que cosa son, pero estamos claros hoy día que constituyen en el tiempo nuevas hermenéuticas que deberán ser leídas de manera distinta para entender nuestras propias vidas y sus desarrollos.

Eso significa, al menos desde nuestro punto de vista, que debemos meditar tranquilamente y sin prejuicios la concepción teórica de la cultura en contraste con su práctica cotidiana y su relación —ya sea de mestizaje o «hibridación»— con la comunicación massmediática. Y en este aspecto tomamos el planteamiento de la investigadora argentina María C. Mata al decir «que en el mundo de las comunicaciones, uno empieza a advertir que tras lo que suele mostrarse o aparecer como pensamiento crítico —tratando de comprender la cultura de masas, la hibridez cultural, las relaciones que sujetos diferenciados entablan con ella, etc.— en realidad lo que existe es un pensamiento tranquilizador. Un pensamiento que se complace en describir una serie de nuevos fenómenos, sin advertir que ellos no son sino manifestaciones de la misma cultura que uno pretende cuestionar. Diría que justamente en un momento en que sentimos que los medios son tan constitutivos de lo que somos y de lo que nos está pasando, nos encontramos con el pensamiento más liviano so-



COMUNICACION



bre ellos que pueda haber existido. Con un pensamiento meramente descriptivo o de mera complacencia. Y en ese sentido es que creo que el problema no estriba en saber si podemos saber más acerca de los medios, sino si podemos saber de otro modo»²⁵.

Nuestras reflexiones académicas sobre el tema de la cultura masiva en y a través de los medios de comunicación han estado atravesadas por un «pesimismo cultural» o por un excesivo «optimismo» producto de las corrientes teóricas que determinaron los estudios de la Teoría y la Sociología de la Comunicación durante mucho tiempo, y todavía, al interior de las Escuelas de Comunicación Social, Sociología, Educación y hasta en Psicología.

Y hoy día, «las preguntas son otras. Y son precisamente esas preguntas, las que horadando el empirismo y la seguridad que da la tautología, han puesto al descubierto las trampas: la falsa autonomía de que se dota a la problemática de la comunicación tanto en la versión científica como en la culturalista(...)»²⁶.

Es que la comunicación no actúa sola, en forma independiente y autónoma como veníamos creyendo. La cultura y sus procesos son un espacio de representación de la realidad cotidiana y una de esas expresiones son los medios de comunicación que se expresan dentro de una cultura sectorializada que es la llamada cultura de masas. Así la cultura de masas, siguiendo al autor Franco Rositi²⁷, se define como una estructura y no sólo como un conjunto de objetos

culturales, sino también como un conjunto de comportamientos operantes. Y nos dice también Rositi que el análisis de ella sólo es posible partiendo del análisis de su relación con la estructura social concreta.

Esto significa abrirse desenfadamente para entender «que los procesos de comunicación masiva han sido profundamente desconocidos, desvalorizados a la vez que temidos, tanto desde el mundo de la cultura, como desde el mundo de la política. La mirada hacia el mundo de los medios es una mirada con mezcla de asco y fascinación. Lo que pasa en los medios sería la negación de la política en el sentido serio (N. de la R.: también sería la negación de la cultura), allí lo de menos son las ideas, los proyectos, lo de menos son las propuestas políticas, lo de más es la capacidad de seducción, de fascinación (...) Del lado de la cultura lo mismo, los medios serían el espacio de la degradación o a lo menos de la vulgarización, de la simplificación. La cultura es lo complejo, lo matizado, y los medios sólo serían estrategias de simplificación, de estereotipación»²⁸.

Hemos dicho en diversas oportunidades, y en esto no debemos ser reduccionistas, que hoy día no se puede seguir hablando de la cultura masiva como todo aquello que transcurre a través y solamente de los medios de comunicación, sino que la cultura de masas está presente en la cultura (entendida esta bajo diversas acepciones que van desde la semiótica, la antropología, la sociología y hasta lo que la misma UNESCO ha dicho con un sentido de totalidad)²⁹ y en todos los procesos de relacionamiento social. Que los medios, como canales de comunicación, lo que han hecho es hegemonizar la representación de esa forma cultural (el nuevo campo para el estudio de la cultura «es el que han abierto las comunicaciones de masa y las formas simbólicas que segregan, es decir una cultura oscilante entre la cultura culta por su dimensión de espectáculo y de esteticismo— y la cultura en su acepción antropológica, en la medida que ya no se define a nivel de una

élite, sino al nivel de la sociedad global») ³⁰.

Fijémonos que hemos dicho «hegemonizar» y no «dominación». Los teóricos de la comunicación ya no podemos seguir hablando de «imposición de la comunicación», sino más bien de «seducción de la comunicación», de «convencimiento» o de «utilidad de la comunicación», en el sentido de como lo expresa la investigadora María Cristina Mata siguiendo el planteamiento que hiciera el antropólogo Néstor García Canclini al decirnos que:

«Sabemos que la burguesía, como propietaria de los medios de producción y circulación, tiene un papel decisivo en la organización material e ideológica de la vida popular. Pero si pretende ejercer su hegemonía, desde el momento de la producción debe incluir en los productos (en el número y el diseño, en la función y el sentido) no sólo sus intereses sectoriales sino aquella parte de la cultura subalterna que vuelva a esos productos útiles y significativos para la mayoría: Para entender la eficacia persuasiva de las acciones hegemónicas, hay que reconocer, según la expresión de Godelier, lo que en ellas existe de servicio hacia las clases populares.

Si no pensamos al pueblo como una masa sumisa que se deja ilusionar siempre sobre lo que quiere, admitiremos que su dependencia deriva, en parte, de que encuentra en la acción hegemónica una cierta utilidad para sus necesidades. Debido a que este servicio no es meramente ilusorio, las clases populares prestan su consenso, conceden a la hegemonía una cierta legitimidad. Al tratarse de hegemonía y no de dominación, el vínculo entre ambas se apoya menos en la violencia que en el contrato: una alianza en la que los hegemónicos y subalternos pactan prestaciones recíprocas. La importancia objetiva y subjetiva de este intercambio explica por qué la explotación no aparece todo el tiempo como el aspecto central de sus relaciones. Explica también el éxito del populismo —político y comunicacional— no por ser una operación mani-



puladora, sino por su capacidad de comprender este enlace, esta necesidad recíproca, entre clases opuestas(...)»³¹.

Y hoy día, la televisión por mencionar el medio radioléctrico que más determinación tiene en la gente, se ha convertido en el «canal cultural» por excelencia, y algunos llegan a decir que la cotidianidad se «juega» en y a través de la pantalla televisiva. ¿Es bueno o malo este fenómeno? No se trata de analizar y reflexionar en términos moralistas esa pregunta, el hecho indiscutible es que es así. Se trata de pensar qué pasa con la cotidianidad y nuestros «modos de vivir» cuando la televisión la y los atraviesa semióticamente, cuando la televisión convierte a la cultura masiva industrial de los grandes medios en la hegemonía signífica de la vida, por vicaria que ella resulte (la vida) y no de dominación signífica solamente. Porque, aún siendo de hegemonía y dominación al mismo tiempo, es así porque el usuario/perceptor quiere que sea así, porque se apropia de esa «realidad», hace transacciones con ella y participa de ella. Ya no es sólo, como sospechábamos antes, un proceso unidimensional y unidireccional, sino en los dos sentidos.

En el análisis e interpretación de la cultura masiva debemos hacer el esfuerzo intelectual y de comprensión para entender el fenómeno de lo massmediático como el más influyente y determinante, como un «signo de los tiempos». Debemos dejar de lado las concepciones prejuiciadas frente al medio, concepciones que anatematizan de antemano cualquier propuesta que de allí provenga. Es entender lo que dice el psicólogo colombiano German Rey al apuntar que los medios actuales, como agentes socializadores, están conformando nuevas hermenéuticas, «porque los medios **constituyen** también, constituyen unos nuevos modos de representación de las identidades, de las expectativas de los miedos, de las esperanzas, de las ilusiones. La palabra ilusión en castellano, habla tanto de la esperanza como de lo ilusorio y engañoso. Creo que no

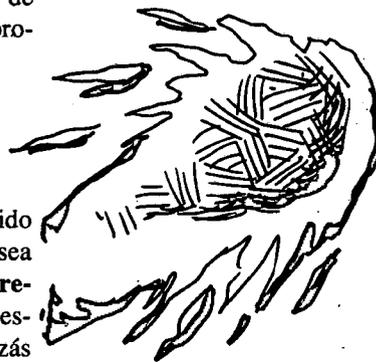
podemos comprender los medios sin ligarlos a aquellas ausencias, pero creo que los medios hoy le están proporcionando algunas formas de identidad, de identificación, de proyección y de sublimación»³².

VI ...y punto final

Y para finalizar, nos ha parecido importante esbozar, aún cuando sea esquemáticamente, una serie de retos o propuestas de reflexión e investigación en relación al tema, quizás al final resulten una serie de preguntas. Esas propuestas comportan también «retos metodológicos» que es necesario encarar.

• El estudiar hoy día el tema de la **cultura** y su relación con la **comunicación**, comparte el punto en común de lo que se denomina «la mirada comunicacional» de lo masivo industrial. De no hacer esa interrelación de seguro entraremos en respuestas que no corresponden con la realidad de la modernidad no sólo en América Latina, sino en el mundo. Decimos esto por el «lugar estratégico» que están ocupando hoy día los procesos comunicativos masivos y los mismos medios que sirven de conducto a una gran parte de esos procesos comunicacionales. Héctor Schmucler y Patricia Terrero (Argentina, 1992) llegan a decir que la cultura urbana, paradigmática de la civilización contemporánea, remite a la cultura mediática: «Por más de una razón —dicen textualmente— podríamos sugerir que el mundo urbano actual tiene, a su vez,, un núcleo central de significación en la llamada comunicación masiva. Más precisamente, en los medios masivos de comunicación cuya presencia es tan determinante que caracteriza al conjunto de la vigente. No resultaría demasiado caprichoso pensar que hoy, hablar de la cultura urbana —es decir, de la cultura que cubre buena parte del planeta— es referirse a la cultura mediática».

• Pero asumir esa interrelación, como premisa de arrancada, implica deslastrarse de los juicios valorativos a priori que se tengan acerca de



la cultura masiva industrial de los grandes medios, o simplemente de la cultura masiva. Esto es de significativa importancia porque ya sea que se asuma la tendencia culturalista en cualquiera de sus acepciones, o cualquier otra tendencia, sino somos capaces de ver que los medios y sus construcciones mediáticas no son más que mediaciones de diversidad de procesos entre los sujetos sociales y sus realidades, no podremos dar cuenta cabal de lo que realmente los medios están haciendo con la gente y lo que la gente está haciendo con los medios.

• Dicho está entonces, que la cultura masiva de los medios es la «cultura hegemónica» por cuanto copa mayoritariamente el espacio del tiempo libre de la gente. Desde ahí habría que preguntarse por los nuevos imaginarios culturales que se están fabricando en términos de relación recíproca entre los medios-emisores-productores y los perceptores, en las dos direcciones, y nunca en una sólo.

En ese sentido reproducimos un texto del sociólogo Jorge A. González (1993) de México cuando afirma que «las implicaciones entre productores y públicos conforman precisamente lo que es un género: una estrategia de comunicabilidad que se comparte y en la que es posible reconocerse. Por ahí también hay una constante menos mundial que clasista y sexual. De estas dos primeras cuestiones y sus modos de aterrizaje en las localidades vivas, con nombre y apellido, casi nada sabemos. Las puras cifras de ganancias

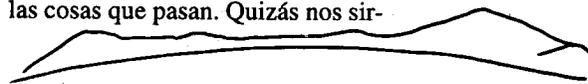
de las transnacionales del ensueño, difícilmente nos permitirán comprender lo que en el coloquio llamamos las repercusiones locales de la crisis (¿Cuál crisis?) ¿Por dónde empezamos? La formación de un público apto para soplarse cualquier cosa que se parezca a lo ya visto, con un poquito de inventiva, sobre todo en los efectos especiales o en las mutilaciones corporales, no es cosa despreciable. **Pero ¿ese público que en realidad son muchos, se defiende? ¿Hace algo con lo que ve? ¿O se lo traga para pedir después más de lo mismo?»** (Sub. nuestro).

• La otra cuestión relevante tiene que ver con el tema de moda en las reflexiones actuales: la **modernidad**. ¿Cómo entender, desde la vertiente comunicacional masiva de los grandes medios y su cultura de masas, la modernidad desde la periferia que es América Latina? Y volvemos a interrogarnos, junto con Jorge A. González (México, 1993), al formularnos las siguientes preguntas: «¿Cómo se realiza la gestión pueblerina de la «modernidad»? ¿Qué pedazo de ella nos estamos refinando cotidianamente? ¿De qué manera hacemos las cuentas con ella? ¿Rechazamos todo para permanecer aislados? ¿Acabamos las fachadas de las casas y llevamos serenata con el radio a todo volumen? ¿Nos soplamos la densidad densa del aburrimiento decantada, de la soledad en compañía? O mejor nos aventamos de clavado en el sueño de la modernidad?».

• Habría que preguntarse por la confluencia de signos culturales, pero predominantemente masivos, en nuestras cotidianidades, en nuestra «sociología de lo vivido». Es más, las nuevas generaciones se identifican mayormente en términos de identidad con esos signos que con aquellos que le han dicho hasta el cansancio que les pertenecen por herencia patria o de nacimiento. Aquí entramos en el problema de la identidad como discurso cargado de cierta nostalgia, por lo que perdimos, pero hay otra lectura de la identidad que surge de las realidades culturales mezcladas y entremezcladas, mestizadas o hibridadas, semantizadas y resemantizadas en lo cotidiano y en donde los medios nos hacen percibir de otra manera. Si se quiere fragmentada de culturas distintas y de campos culturales distintos, como a retazos.

• Todas estas ideas fraccionadas y a lo mejor poco hilvanadas, nos llevan a plantearnos lo que Martín Barbero (Perú, 1992) afirma acerca de «los nuevos modos de abordar el estudio de la comunicación en América Latina. Los nuevos lugares desde los cuales estamos tratando de interrogar a los procesos de comunicación masiva. La pregunta básica sería ésta, ¿qué origina la fuerza social de los medios de comunicación?, ¿qué es lo que hace la fuerza de los medios? (...).» O quizás, desde una perspectiva de formulación de políticas, el autor se pregunta: «¿Pueden llamarse políticas de comunicación, aquellas limitadas a reglamentar los medios y a controlar sus efectos sin que nada en ellas apunte a la atomización ciudadana, a contrarrestar la segregación y el empobrecimiento del tejido social?, ¿y pueden llamarse políticas culturales, a aquellas que se limitan a contrarrestar el pernicioso influjo de los medios masivos con la difusión de obras de la auténtica cultura, sin que nada en esas políticas active la experiencia de las comunidades, su utopía, su propia cultura política, es decir su reconocimiento como sujeto social?».

Hoy día nos cuesta imaginar y seguimos repitiendo viejas prédicas, que por muy ilustradas que ellas resulten, suenan a vacías y poco imaginativas ante los tiempos que corren y las cosas que pasan. Quizás nos sir-



van de «pensamiento tranquilizador», como a manera de cierta nostalgia ante lo que fue la cultura y no lo es más, ante lo que pudiera ser la Comunicación y no es. Y los remordimientos nos aquejan en este «Fin de Siglo». El problema no es ni de la Cultura ni de la Comunicación, es nuestro y solamente nuestro, porque no hemos sido capaces de entender lo que una mujer sencilla y común le expresaba al intelectual:

...un escritor de ensayos y novelista, le explicaba acerca de las «operaciones de manipulación y alienación de las que está siendo objeto» a la «pobre mujer» aficionada a la telenovela, a los «teleculebrones» como los propios intelectuales las llaman, que además la ve llorar y sufrir con los actores-personajes. Que siente que se angustia profundamente con lo que a hombres y mujeres que transitan frecuentemente frente a la pantalla televisiva les pasa: primero a las 12 m., luego a la 1.00 p.m y después a las 3.00 p.m... vuelven a las 9.00 p.m y se repiten (a veces) a las 10.00 p.m, inclusive los sábados. Le dice que todo es truculencia, que esos lloros y escenas de tragedia son pura ficción... Y la mujer, ya no tan pobre, se le voltea sería y con el ceño fruncido lo interpela: «Usted no se da cuenta, y no parece inteligente, que esta es mi hora de llorar, que es el momento para llorar y angustiarme, y para sufrir...».

Es algo más complejo que la alienación y la manipulación de las conciencias...

NOTAS Y REFERENCIAS

- (1) Kant, Emannuel. «¿Qué es la ilustración», en *Filosofía de la historia*. Fondo de Cultura Económica. España, Madrid, 1978. Página 25-28.
- (2) Citado por Nuño, Juan. «¿Cultura popular o enlatada?», en el *Suplemento cultural de Economía Hoy (Domingo Hoy)* del 17 de abril de 1974. Página 23.
- (3) Wellmer, Albrecht. *Sobre la dialéctica de modernidad y postmodernidad*. Editorial Visor. España, 1993. Página 47 y ss.
- (4) Martín Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones*. Ediciones Gustavo Gili, S.A.. México, Barcelona, 1987. Página 43.
- (5) Citado fragmentariamente por Mardones, José María. *Capitalismo y religión*. Editorial Sal Terrae. España, 1991. Páginas 171 a 176. El autor trabaja los siguientes texto de Bell,

Daniel: 1) «Modernismo y Capitalismo», en *Partisan Review* 2 (1978) y, 2) *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza Editorial. España, Madrid, 1977.

(6) Pasquali, Antonio. *Comunicación y cultura de masas*. Ediciones de la Biblioteca de la UCV. Venezuela, 1963. Hay una edición, a su vez reeditada, de Monte Avila Editores. Caracas, 1972. Citado por Aguirre, Jesús María y Bisbal E., Marcelino en *La ideología como mensaje y masaje*. Monte Avila Editores. Venezuela, Caracas, 1981.

(7) Entrevista al Profesor Antonio Pasquali realizada por un grupo de alumnos de la Escuela de Comunicación Social de la UCV. Reproducida en los Cuadernos **APUNTES, Cuadernos de la Escuela de Comunicación Social de la UCV** N° 22. «Antonio Pasquali: los desafíos de la comunicación». Página 47 a 56. Venezuela, 1991.

(8) Silva, Ludovico. *Teoría y práctica de la ideología*. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1974. Especialmente las páginas 152 a 222. Citado por Aguirre, Jesús María y Bisbal E., Marcelino. *La ideología como mensaje y masaje*. Op. cit. en (6).

(9) Adorno, Theodor. *La industria cultural*. Editorial Galerna. Buenos Aires, 1967. Página 9.

(10) Adorno, Theodor y Horkheimer, M. «La industria cultural: ilustración como engaño de las masas», en *Sociedad y comunicación de masas* (Varios Autores). Fondo de Cultura Económica. México, 1977. Páginas 393 y 394.

(11) Adorno, Theodor. «Prólogo a la televisión», en *Intervenciones. Nuevo modelos de crítica*. Monte Avila Editores. Caracas, 1969. Página 63.

(12) y (13) Martín Barbero, Jesús. *De los Medios a las mediaciones*. Op. cit. en (4). Páginas 49 y ss.

(14) El filósofo Ralf Dahrendorf en un diálogo con otros filósofos y pensadores (recogido en el texto Habermas, Jürgen y Otros. *Herbert Marcuse*. Editorial Gedisa (Serie Conversaciones). España, 1980) llega a apuntar que «a mis ojos Adorno era un moderno pesimista de la cultura, muy alemán en toda su orientación, muy antiindustrial y antimoderno, un soñador de un mundo incorrupto».

(15) Ver el ensayo de Adorno y Horkheimer. «La industria cultural: ilustración como engaño de las masas». Op. cit. en (10): Acaba de aparecer una excelente versión, revisada y recreada lingüísticamente y filosóficamente por Juan José Sánchez, en la Editorial Trotta. España, 1994.

(16) Habermas, Jürgen y Otros. *Herbert Marcuse*. Op. cit. en (14). Páginas 159 y 160.

(17) Citado a pié de página por Benjamin, Walter. «El arte en la época de su reproducción mecánica». Este ensayo breve, pero extraordinario por su lucidez al adelantarse a los tiempos, lo podemos encontrar en nuestro medio en dos fuentes: **Discursos interrumpidos**. Editorial Taurus. Madrid, 1974. O también en *Sociedad y comunicación de masas* (Varios Autores). Op. cit. en (10). Páginas 433 a 459. La cita en particular la hemos tomado de esta última fuente. Página 442.

(18) *Ibid.* Página 459.

(19) Citado por Wellmer, Albrecht. *Sobre la dialéctica de modernidad y postmodernidad*. Op. cit. en (3). Página 47.

(20) Castoriadis, Cornelius. «Transformación social y creación cultural», en la *Revista Comunicación* N° 81. Primer Trimestre de 1993. Editada por el Centro Gumilla. Caracas, 1993. Página 22.

(21) y (22) Benjamin, Walter. «El arte en la época de su reproducción mecánica». Op. cit. en (17). Páginas 437 y 439.

(23) Gnzález, Jorge. «Video-Tecnología y modernidad», en la *Revista DIA-LOGOS de la comunicación*, N° 36. FELAFACS. Perú, 1993. Página 72.

(24) Se han hecho diversas investigaciones sobre lo que hace la gente en su tiempo libre. Una de las últimas investigaciones reseñada por nosotros mismos en otro ensayo nos dice lo siguiente: la actividad de tiempo libre con relativa mayor preferencia de la gente, entre lunes y viernes y el fin de semana, es ver televisión. Diversas encuestas afirman exactamente lo mismo, lo único que varía es la muestra y la empresa investigadora que la hace, pero el resultado final es idéntico. Una síntesis promedio de esas encuestas llevadas a cabo entre 1987, 1991 y 1992 nos arroja los siguientes resultados:

1. La televisión tiene un lugar privilegiado en cuanto al uso que hace la audiencia de ella. Un total de 43.8 por ciento de la gente dice que después de un día de trabajo lo que prefiere hacer es ver televisión, y este porcentaje se eleva hasta el 60 por ciento en las clases más desposeídas de la población.

2. A renglón seguido encontramos que un 23.2 por ciento prefiere el esparcimiento de leer, aunque no se nos indique qué tipo de lectura. Ese porcentaje desciende en la población de menor nivel socioeconómico y se ubica en un 28.6 por ciento en los sectores de clase media alta.

3. En cuanto a las recreaciones predilectas para los fines de semana, nuevamente la televisión se lleva el primer lugar: el 30 por ciento en relación a un 23.8 por ciento que prefiere pasear y muy por encima de ir al cine, conversar, asistir a fiestas, ir a la playa, oír música, estudiar, etc. Y leer el periódico apenas un 0.7 por ciento y simplemente leer un 9.2 por ciento.

(25) Schmucler, Héctor y Mata, María Cristina (coordinadores). **Política y comunica-**

ción. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática? Universidad Nacional de Córdoba. Catálogos Editora. Buenos Aires, 1992. Página 189 y 190.

(26) Martín Barbero, Jesús. *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. Editorial Gustavo Gili- FELAFACS. México, 1987. Página 18.

(27) Rositi, Franco. *Historia y teoría de la cultura de masas*. Editorial Gustavo Gili. España, Barcelona, 1980. Página 37 y ss.

(28) Martín Barbero, Jesús. «Culturas populares e identidades políticas», en *Entre públicos y ciudadanos* (Varios Autores). Calandria, Asociación de comunicadores sociales. Perú, 1992. Página 32.

(29) G. Balandier nos indica «que todavía no existe ni definición ni teoría de la cultura a la que se pueda adherir sin ninguna clase de reticencias. De hecho, un famoso censo ha mostrado que al menos se han formulado 250 definiciones de cultura» (Citado por Jean Duvignaud en *La Sociología*, 1972).

—En su acepción antropológica podemos afirmar «que la cultura o civilización en sentido etnográfico amplio es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y otros aprendizajes» (E. Taylor, 1871).

—Desde una óptica semiótica o semiológica podemos decir que la cultura «es una unidad de varios sistemas organizados jerárquicamente: es organizada, sistemática y portadora de información y contiene tanto los elementos simbólicos como los materiales del quehacer humano».

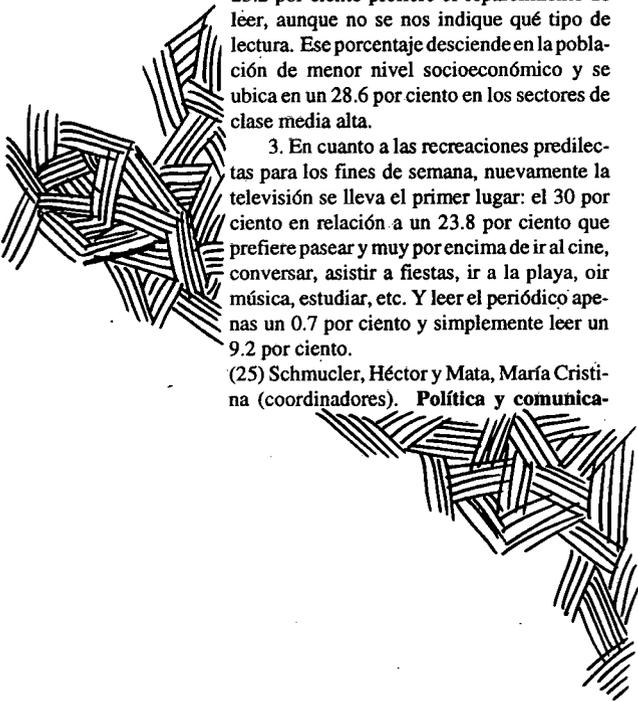
—Desde una óptica sociocultural, podremos indicar que la cultura es «el proceso de producción simbólica».

—Y para la UNESCO, «la cultura, en su sentido más amplio, puede considerarse hoy como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o a un grupo social. Engloba no sólo las artes y las letras, sino también los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias. La cultura da al hombre la capacidad de reflexión sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. Por ella es como discernimos los valores y realizamos nuestras opciones. Por ella es como el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevos significados y crea obras que lo trascienden».

(30) Del Diccionario *La Sociología* bajo la dirección de Duvignaud, Jean. Editorial Anagrama. España, Barcelona, 1972. Página 139.

(31) García Canclino, Néstor. «¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?», en el texto *Comunicación y culturas populares en Latinoamérica*. Editorial Gustavo Gili-FELAFACS. México, 1987. Páginas 30 y ss.

(32) Martín Barbero, Jesús. «Culturas populares e identidades políticas», en *Entre públicos y ciudadanos* (Varios Autores). Op. cit. en (28). Página 28.



Identidad y Postmodernidad en América Latina

Julio Ortega

RESUMEN

Reconstruir la noción postmoderna de la identidad pasa por observarla desde su narrativa, desde su relato de construcción y autoreflexión. El autor nos dice que lo que interesa analizar es la definición paradójica de la identidad: identidad pluralizada, que designa la semejanza no como homogénea sino como analógica. La palabra de la literatura, expresada en la voz de sus poetas, narradores y ensayistas forma un cuerpo simbólico, imágenes y discursos de nuestras culturas, que en esta época, donde la política y las ciencias económicas y sociales pretenden saberlo todo, aporta una forma de conocer alterna, procesal e incompletable, como la naturaleza misma de la identidad.

To rebuild the postmodern notion of the identity goes through its narrative, through its account of construction and selfreflexion. The author tells us that what is really interesting to analyze is the paradoxical definition of the identity, the pluralized identity, which appoints the resemblance not as homogeneous, but as analogous. The word of the literature, that is expressed in the voice of its poets, in its narrators and in its essay writers, shapes a symbolic body, the images and discourses of our cultures. They bring an alternate form of knowledge, incomplete and pertaining to a process, as is the same nature of the identity. It happens in one time where the politics and the economic and social sciences pretend to know everything.

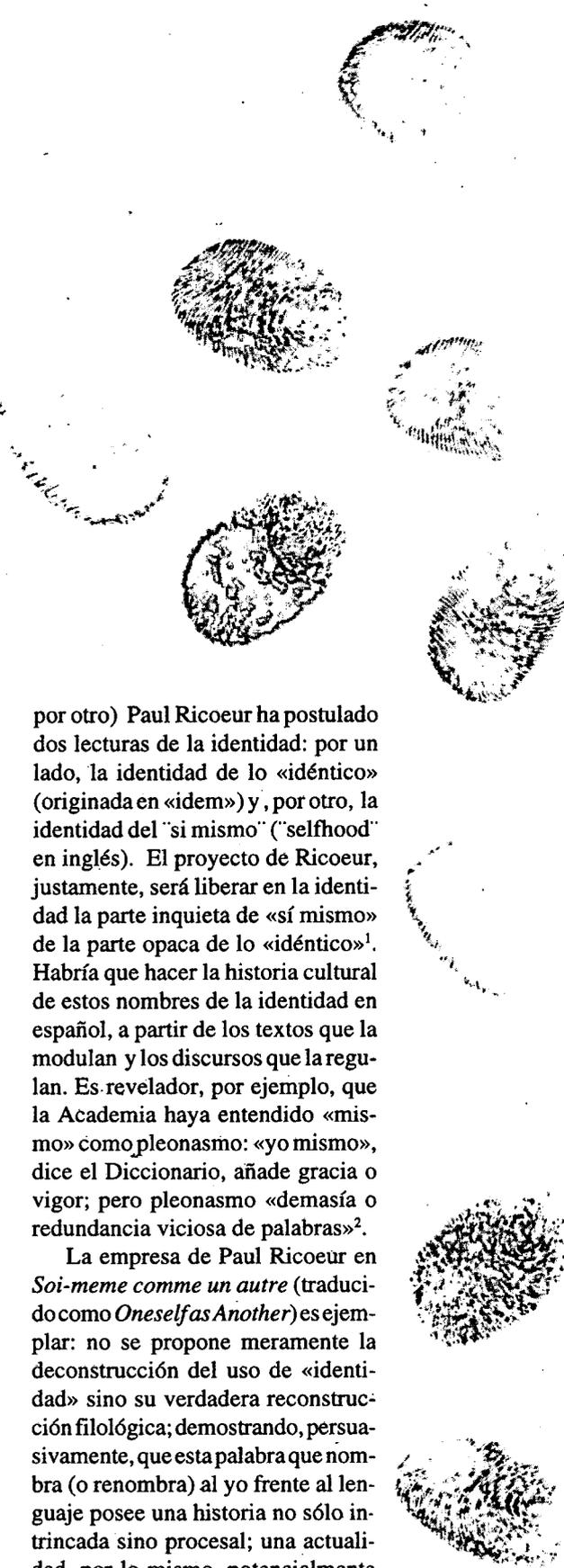
El Diccionario español consigna que «identidad» viene del latín «idem», que significa «lo mismo», y se refiere a la «calidad de idéntico». En su *Enciclopedia del Idioma* Martín Alonso añade otro significado: «la unidad de lo múltiple», que se opone, dice, a «distinción, diversidad». Lo idéntico se nombra a sí mismo con un pronombre de la enumeración: la serie de las equivalencias se definen por una suerte de redundancia atributiva, a nombre de la unidad; y, en consecuencia, tanto frente a lo distinto, que sería lo diferente, como a lo diverso, que sería lo indistinto. Quizá por ello el discurso forense entendió «identidad» como una ficción: la identidad se establece cuando una persona resulta ser aquella que se supone que sea, es decir, el sujeto es la representación de su imagen, un subtema favorecido por la literatura y el cine; pero identidad es también una «ficción de derecho», dicen ambos diccionarios, según la cual el heredero y el causante (el hijo y el padre, digamos) son tenidos por la misma persona, «salvo beneficio de inventario». Tal vez César Vallejo se detuvo en estas mismas entradas del Diccionario cuando en *Trilce* escribió:

*¿Qué se llama cuanto eriza nos?
Se llama Lomismo, que padece
nombre nombre nombre nombre.*

Esto es, la identidad presupone una pregunta por sí misma donde el yo se torna dramáticamente plural. Pero la respuesta es una tautología: «Lomismo» es otro nombre de lo idéntico, el espesor repetido de la otredad que agoniza en su propia nominación. Ante lo específico de la experiencia, el nombre resulta insuficiente para designarla.

Explorar la subjetividad del sujeto descentrado de la modernidad fue para Vallejo buscar otras respuestas a la moderna insuficiencia del lenguaje, confirmada en la remisión tautológica del Diccionario. Porque si la lógica del principio de identidad define a la cosa como idéntica a sí misma, nuestra experiencia excéntrica sugiere una lógica de la contradicción. Porque si la subjetividad construye la hipótesis de un sujeto alterno, descentrado y heterogéneo, su definición sólo puede estar fuera de los diccionarios. Es una definición por hacerse, procesal y provisoria; esto es, temporal, o sea tan histórica como hipotética.

A partir de las raíces etimológicas de «identidad» (que suponen «lo mismo», por un lado, y «sí mismo»



por otro) Paul Ricoeur ha postulado dos lecturas de la identidad: por un lado, la identidad de lo «idéntico» (originada en «idem») y, por otro, la identidad del «si mismo» («selfhood» en inglés). El proyecto de Ricoeur, justamente, será liberar en la identidad la parte inquieta de «sí mismo» de la parte opaca de lo «idéntico»¹. Habría que hacer la historia cultural de estos nombres de la identidad en español, a partir de los textos que la modulan y los discursos que la regulan. Es revelador, por ejemplo, que la Academia haya entendido «mismo» como pleonasma: «yo mismo», dice el Diccionario, añade gracia o vigor; pero pleonasma «demasiado redundancia viciosa de palabras»².

La empresa de Paul Ricoeur en *Soi-meme comme un autre* (traducido como *Oneselfas Another*) es ejemplar: no se propone meramente la deconstrucción del uso de «identidad» sino su verdadera reconstrucción filológica; demostrando, persuasivamente, que esta palabra que nombra (o renombra) al yo frente al lenguaje posee una historia no sólo intrincada sino procesal; una actualidad, por lo mismo, potencialmente abierta. Sólo se puede pensar la identidad, nos dice, desde su narrativa, esto es, desde su relato de construc-

ción y autoreflexión. Como bien sabemos, en América Latina no hemos hecho otra cosa que disputar las funciones del sujeto (personal, social, nacional, histórico, político, cultural) en los discursos de la identidad, tan diversos que incluyen su propia refutación (la idea de que la identidad es un falso problema). Un discurso que hoy nos convoca a explorar la textura (la textualidad) y el habla (la discursividad) es ese sujeto heteróclito más allá de los marcos restrictivos, en la intrasubjetividad que lo desplaza y reconduce. Esta es, claro, una pregunta por el lugar que ocupamos en el recomienzo constante del relato que nos constituye.

Se trata, para recomenzar, de seguir precisamente la fuerza del desecho de identidad, esa ruptura de los cánones normativos que el sujeto debe proponerse para hacer su camino de autoidentificación, que sólo puede hacer interactivamente frente a los otros. Porque si la identidad del yo es autoreflexiva, una imagen (como había previsto Lacan) formada en los espejos, su proceso de identificación sólo puede darse como uno de interlocución (en este caso en el espejo del habla); según el cual el yo, al enunciarse, se descubre en otro. En la noción actual de identidad habita también la parte del otro, que no es meramente el portador de otra identidad sino la pregunta por nuestra identidad, por la noción de identidad que nos construye mutuamente. Sin esa mutua autorevelación (en cuya consecuencia actual lo diferente es lo que sostiene la comunidad) el yo sería pura repetición neurótica o mera disgregación sicótica. Como había adelantado Bakhtin, el otro ocupa el lado del «mismo» cuando hablo de «mí mismo».

De modo que al reconstruir la noción postmoderna de identidad, para que sea capaz de expresar no lo meramente idéntico sino la inclusividad del «si mismo» desde el Otro, nos encontramos con este espacio abierto por la indeterminación del yo. Por eso, y a propósito de la narrativa de Alfredo Bryce Echenique, he propuesto que escribamos en español esta palabra como yo/o; porque el

yo opera como este y aquel, o como este o aquel, siendo un yo ilativo, desiderativo, rearticulatorio. Esta fuerza de la subjetividad de un signo concurrente, siempre abierto al entrecruzamiento con todos los otros signos, nos permite pensar la identidad fuera de las codificaciones previstas por los discursos disciplinarios del malancólico archivo de Foucault. Por mucho que la identidad sea un archivo en sí misma, esto es, una matriz de discursos de todo orden, la sección latinoamericana de este profuso oratorio pone en duda, cuando no en crisis, las nociones tradicionales, restrictivas y sancionadoras, de la identidad como homogeneidad, semejanza y valoración.

Un análisis histórico de las definiciones de identidad en el discurso cultural latinoamericano nos daría un primer balance de perspectivas. Justamente, en varios momentos esas nociones coincidirían en ampliar el carácter fronterizo, limitante, del Diccionario y del Archivo, porque postulan un campo semántico curiosamente rebasado: la identidad se ha enunciado, cuando ha sido creativa y no meramente discriminatoria, como inclusiva, y hasta como heterogénea. Esta es la definición paradójica que hoy nos interesa analizar: la identidad pluralizada, que designa la semejanza no como homogénea sino como analógica (descubre lo similar en dos cosas distintas). Para consolar a Vallejo cabría decir que en lugar de «Lomismo» se nos impone hoy «Lo diferente,» que ya no padece sino que celebra todos sus nombres, al punto que podemos explorar analogías entre las diferencias que no se borran pero que tampoco meramente se listan, ya que del nivelador pluralismo (o multiculturalismo liberal), es preciso avanzar hacia la revisión de los órdenes normativos naturalizados por las políticas del poder mediador. Esas analogías y antagonías son la trama de una práctica teórica latinoamericana que ha buscado exceder los cánones de la percepción clásica, de la representación naturalista, del logocentrismo patriarcal, de la dominación etnocéntrica, de la modernización com-

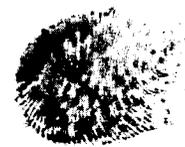
pulsiva. Práctica que ocurre desde la interperie del sujeto alterno, desde la celebración del diálogo carnavalesco, desde la utópica transparencia del habla mutua, desde el barroco hiperbólico que reafirma la capacidad de habitar este mundo en sus márgenes. Algunos han propuesto incluso otro nombre para la identidad postmoderna: el de «des-identidad», postulando de paso lo que Nelly Richard ha llamado la «disidencia de identidad», esto es, el cuestionamiento de la cultura masculino-paterna por la subjetividad fluída y no codificada de lo femenino³. Por mi parte, creo que es preferible conservar (reapropiado) el nombre de identidad para subvertir desde dentro su codificación autoritaria, y redefinir su relativismo, fuera no sólo del esencialismo y la metafísica sino también de las restricciones culturalistas que legitiman imágenes unívocas de nación y de ciudadanía. Quizá en América Latina, por una larga, probada capacidad de resistencia y redefinición, podamos incluso abrir un espacio discursivo alterno (el discurso otro, no sólo otro discurso) sobre las identidades de la postmodernidad periférica. Esta «identigrafía» vendría a ser un lugar privilegiado de la discursividad nuestra. Por lo pronto, en el Perú contamos hace tiempo con el primer diplomado en la intradisciplinariedad americana, el cronista andino Felipe Guamán Poma de Ayala, quien al declarar que no era «ni autor ni letrado ni latino» definió la identidad otra del escritor sub-alterno como una suma hipotética.

Todavía hasta ayer algunos teóricos modernistas y postmodernistas (o estructuralistas y posestructuralistas, de acuerdo a la identidad que asuman), creyeron que la identidad era poco menos que irrelevante. Unos por depender de la supuesta universalidad del cartesianismo, otros por creer que la subjetividad es un mito. Ambos, así, por responder a las sobrecodificaciones positivistas o a las disoluciones irracionalistas, según el caso de sus propias posiciones en el discurso como si determinaran la naturaleza misma un sujeto universal. Siempre he creído que si Roland

Barthes hubiese leído a José María Arguedas o a Juan Rulfo no habría decretado la «muerte del autor», pues hubiese encontrado que la autoría era otro signo de la subjetividad deseante y subvertora. Si Foucault hubiese seguido su exploración de Borges más allá de la arbitrariedad de toda clasificación, podría haber visto que el sujeto no es sólo creado por su posición en el discurso sino desde los cortes de la intradiscursividad, allí donde la identidad borgiana es un proyecto de reescritura radical del «mundo» sobrecodificado. Y, en fin, si Lyotard se hubiese encontrado con José Lezama Lima (o, con igual suerte, con el Inca Garcilaso de la Vega) no se habría resignado a la idea de que el sujeto carece de sustancia. Esa «sustancia» está formada de muchos saberes y sabores, hecha y rehecha por el deseo de la pertenencia, de la reapropiación, de la virtualidad; la sustancia es aquí lo que sostiene; y el tiempo se mide por los alimentos como sabía muy bien Guamán Poma. La identidad que despliegan los sujetos que se desplazan en los textos de estos grandes exploradores americanos es una de exuberancia y de proliferación, según la cual cada uno de ellos se hace nacer sobre la página como una promesa del nuevo discurso; no otra cosa han hecho, en una práctica reformuladora postmoderna, Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes, Luis Rafael Sánchez y Alfredo Bryce Echenique, Diamela Eltit y Carmen Boullosa, Edgardo Rodríguez Juliá y José Balza. Esta es la sustancia del porvenir; que la letra adelanta como su primera arborescencia.

Hasta un crítico menos provinciano como Umberto Eco en su reciente *Interpretation and overinterpretation* (1992) cita como fuente de la famosa historia de los melones, que cuenta el Inca Garcilaso, el *Mercury* (1641) del inglés John Wilkins, quien glosa la historia aunque no habla de melones sino de higos. Si Eco hubiese encontrado la versión del Inca habría descubierto la pista del sabor, ya que los frutos son mejores porque nacen en tierra americana de semilla europea, de modo

que crecen en el discurso de la alteridad, donde la naturaleza es el modelo de la abundancia cultural. Y aun si el precio de la letra lleva el nombre de la ley, los indios de la fábula del primer sabor y la primera letra resultan ser los primeros sujetos de la otra modernidad, aquella que recomienza el proyecto de lo humano como la promesa de la crítica; lo cual deduce no la lección de una dominante universalidad racional sino la liberadora diferencia americana, hecha de todas las sumas. Por lo mismo, las postulaciones teóricas sobre la muerte del sujeto, la muerte del yo, la muerte del autor, terminan confirmando tanto las demandas de nuestra propia modernidad heteróclita como las exploraciones de una postmodernidad propia. Ambas se dan primero en América Latina, hay que decirlo, ya en el inicial sistema industrial-colonial y en el actual fracaso del fundamentalismo neoliberal, desmentido punto por punto en estos países. Y terminan reafirmando las reapropiaciones y diferencias de lo latinoamericano dentro de las homologías compulsivas de lo mismo. Ocurre como si la modernidad fuera nuestra identidad antagónica, no porque meramente nos nieguen los sucesivos centros, lo que sería un derroche, sino porque nos contradicen desde nuestro propio discurso, ya que estamos hechos de las modernizaciones que nos dan nacimiento y muerte una y otra vez. De estas restas sale la suma de esta postmodernidad híbrida, de la cual el discurso sobre la identidad crítica es otro camino hacia lo nuevo adelantado. Es por



ello que la actual reaparición del debate de la identidad en Europa y los Estados Unidos tendría que ser parte de nuestra propia reflexión y diálogo. Después de todo, pocos sujetos históricos han vivido la conflictividad de lo moderno como agentes de sus laboratorios, actores de sus crisis y prueba de sus contradicciones. No tenía sentido, por eso, preguntarse si existe o no postmodernidad latinoamericana, cuando basta la obra de Borges para adelantar la noción latinoamericana de un vasto desbasamiento relativista del Archivo Occidental, cánón de cánones, centro normativo y autoridad autorial. Hoy se afirma que «la muerte del sujeto ha muerto», y nos alegra saber que la noticia se difunde⁴. No es casual que sea así ya que la emergencia de los movimientos étnicos, feministas y ecologistas, han cambiando los mapas de la sociedad civil, reinstaurando la moral de la comunidad como una política de la identidad actual. Nos falta, claro, estudiar cómo ante las prácticas postmodernas de una identidad experimental, escogida entre los nuevos roles individuales en la sociedad civil movilizadas, se levantan otras mediaciones discursivas con su propia dinámica exploratoria del repertorio de las identidades. Desde el mapa de las organizaciones no-gubernamentales, por ejemplo, se verifica que las identidades no sólo construidas sino optativas, verdaderas reformulaciones de una negociación de los sujetos. Por eso, todavía nos falta articular mejor el discurso crítico descen-

trador con las prácticas cotidianas de resistencia; pero en esta etapa de redefinición cultural de la política, la discusión sobre los espacios abiertos por y para la diferencia (identidad ya no de lo homogéneo sino de la hibridez) promete ser un diálogo inclusivo y fecundo.

Pues bien, lo primero que quisiera proponer para este diálogo crítico es que no entendiéramos la identidad como un problema. Se puede discutir la problemática de la identidad, incluso su carácter problemático, pero en sí misma no tiene que ser un problema. Primero por su propia solución de continuidad: un proceso histórico que no está registrado por la historia (no hay una historia de la identidad, todavía) sino marcado por la historicidad; ya no en la organicidad de los hechos sino en sus relatos, en su lección. Nuestros mejores historiadores han levantado los hechos del pasado en el proceso abierto del presente, y han requerido, por ello, postular imágenes de identificación y diferencia. Es el caso de la utopía republicana que propuso Jorge Basadre al hablar de la "promesa de la vida peruana," una hermosa convicción de que la historia tiene sentido como virtualidad. Este formidable problema de recontar los hechos más allá de los hechos mismos (porque en sí mismo lo episódico sería un mero documento sin discurso social, y sólo refrendaría la autoridad del estado y lo oficial), lo vivieron, otra vez, Garcilaso y Guamán; el primero resolvió ceder los hechos al lector virtual, al futuro de las sumas que él llamó mestizaje; el segundo, a la restitución de la comunalidad, que imaginó como una emblemática plaza pública, donde todos los hombres podrían comer juntos en una redistribución, tradicional, cristiana, pero también moderna y popular del bien común; lo que reordenaría el mundo erosionado por la violencia colonial. Pero, por otra parte, la identidad es una resolución, no simplemente un origen. Si se la representa sólo como el origen se corre el peligro del esencialismo (según lo cual habría una identidad originaria y todo lo que sigue sería una

pérdida), lo que deduce una política conservadora y, al final, discriminatoria. Se corre también el riesgo del determinismo, que impone una versión traumática. Es lo que ocurre el México con el relato de la Malinche, que supone a los hijos de la conquista como producto de una violación, y perpetúa la denegación de la madre y la arbitrariedad del padre. Claro que ese mito es más bien moderno y normativo, y que hoy es revisado, pero es un buen ejemplo de las imágenes de la identidad del menoscabo, que corresponden, en mi perspectiva, a la representación de la experiencia americana como carencia.

Esto me lleva a una segunda propuesta, la necesidad de una crítica dialéctica de las versiones de la carencia que en América Latina han sido modeladoras de una buena parte del discurso de la identidad. No se trata ahora de poner en duda la racionalidad de este discurso (según el cual la experiencia latinoamericana está señalada por la defectibilidad, definida por la frustración y el fracaso, y limitada por la inautenticidad y la sustitución) sino, más bien, de discutir sus límites, que están dados por el carácter genérico y mecánico de sus tesis; y de señalar su tendencia maniquea, de orden reduccionista.

Una versión peruana de la carencia latinoamericana es la tesis de la «cultura de la dominación» propuesta, entre otros pensadores y científicos sociales de inspiración marxista sería, por Augusto Salazar Bondy, la que se inscribe en la teoría de la dependencia, característica de los años '60. De inmediato hay que decir que la documentación sobre la dependencia todavía explica una parte de los hechos económicos, y que la noción de dominación (externa o interna) describe bien la naturaleza del poder intermediario. Tampoco es difícil demostrar que el destino social de los discursos, disciplinares y de la esfera pública, reproducen formas de poder dominante y de control ideológico estatal. Más difícil, y creo que más interesante, sería, en cambio pasar de la concepción del individuo como una víctima de los sistemas de control y coerción (lo

que corresponde a la sociedad disciplinaria de Foucault y al sujeto desustantivado por el estado de Althusser) a la visión cultural del sujeto como agente de su propia constitución (lo que el último Foucault llamó el sujeto de las «prácticas de libertad»). En esta perspectiva, aun si la carencia ilustra mucho de nuestra historia no explica la historicidad, esto es, la resistencia que oponemos, la capacidad de vida que demostramos, y la humanización que hacemos incluso de la violencia. Y habría que insistir en el dinamismo de la sociedad civil (en países como México y Perú) que se expresa en sus nuevos agentes de socialización del estado, reorientación del mercado, y democratización de lo cotidiano. Esta orientación pondría en duda, entonces, los grandes relatos totalizadores desde lo específico y tangible, desde la temporalidad abierta y procesal. Lo cual no es un mero voluntarismo, ya que no se trata tampoco de sustituir una agenda con otra sino de diversificar la experiencia más allá de su propia explicación disciplinaria, incluso en su parte no legible, no contabilizable, donde la vida concreta sigue poniendo en duda las sobrecodificaciones de lo real. Así, la identidad sería más grande que nuestra identidad personal, social, histórica y cultural. Sería un proyecto elaborado en la interacción con los otros, y definido por la búsqueda de igualdad y justicia, de la autorealización adulta y moral de la comunidad radical democrática. Me parece que en el mismo sentido en que Toni Morrison afirma que son los negros los que han dado su identidad a los norteamericanos (como un espejo inverso); se podría demostrar que lo étnico, en su diversa presencia, ausencia y refracción social, nos la ha dado a nosotros; y que, dada la violencia, el racismo y la discriminación naturalizados, esta parte de la identidad (prenacional, digamos) es vulnerable, precaria, porque se basa en una automutilación. Eduardo Subirats ha sostenido que la subjetividad moderna española se funda en la violencia de la conquista, y otro tanto cabe decir de la experiencia colonial nues-

tra. Estas hipérboles críticas de la identidad son, sin embargo, no simples condenas sino figuras morales, que disputan el ordenamiento de los hechos, su sentido crítico y su definición política.

Bien visto, no tiene sentido ético hablar de la identidad derogativamente; y creer que nuestra identidad nos condena a la autonegación supone un discurso esquizoide. Por eso, me parece lamentable que la pregunta autoderogativa con que se abre una novela de Mario Vargas Llosa («¿En qué momento se jodió el Perú?») haya sido tomada literalmente. En la novela es una pregunta retórica: afirma lo que demuestra; esto es, forma parte del agonismo moral del protagonista, y su autorecusación es más dramática que analítica. Hay que decir que en las novelas de Vargas Llosa la representación de la sociedad pasa por su recusación: la asociación humana es vista como improbable, la imposibilidad comunitaria convierte a la convivencia en inauténtica, y todo orden es coercitivo. Esto es una excelente versión razonada del país de las dominaciones (se explica sobre el fondo de las ideas de la Ilustración como programa de la modernidad desmentida); y siendo una alegoría del malestar y el desencanto no tiene otra obligación que su propia coherencia. Sin embargo, esa alegoría se nos a vuelto limitada: no da cuenta de la vida ni de la muerte de quienes excedieron la mediocridad de su medio con la pasión y la fe, con la comunicación personalizadora y el diálogo creador. Como dice bien el historiador Benedict Anderson, «peruano» «Año Uno» son equivalentes: la ciudadanía es el nacimiento comunitario de la identi-

dad⁵. Cabría distinguir como identidad histórica a un momento realizado de la construcción comunitaria, que sólo puede concebirse procesalmente, y que no siempre genera imágenes de su propio auto-reconocimiento. Por eso, en lugar de las preguntas de la denegación, que no producen respuestas creativas sino complacencia en la irrisión, debemos generar las preguntas por la autorealización, por los signos donde esa identidad se renueva en una restauración de vida. Es inquietante que uno de los escritores que mejor produjo imágenes de identidad comunitaria, José María Arguedas, se quitara la vida, pero su trabajo no se ha hecho, por ello, menos sino más cierto. Su muerte, me atrevo a decir, es una parte no menos interrogante de su vida creadora.

Me detendré en una película peruana reciente para hacer más explícitos estos comentarios. Me refiero a «Alias La Gringa», de Alberto Durand, cuyo guión se debe al excelente poeta José Watanabe. Esta es una de las obras que hoy buscan representar la violencia, lo cual, por definición, pone en crisis a los medios mismos de representación. El cine, a pesar de todo, no es el mejor vehículo para ello, pero sí el más explícito, y de allí que los varios intentos de fabular la violencia hayan producido obras de ambigüedad interesante. En este caso, la película se remonta al mundo heroico de la delincuencia; exacto revés social de la violencia política, la delincuencia ilustra el extravío de la vida cotidiana entre la ilegalidad y la matanza. El héroe (o contra-héroe) tiene el sobrenombre ambiguo de «Gringa» porque una vez escapó de la cárcel disfrazándose de extranjera para parecer inocente; se trata de un pequeño delincuente pero de un gran fugitivo, de un travestista social cuyo registro de máscara le permite elegir entre distintas identidades; es un héroe postmoderno, capaz de jugar y burlar los códigos autoritarios de la identificación. Pero, al mismo tiempo, es un héroe romántico porque la delincuencia es su modo de ser marginal, de sobrevivir en contra de la sociedad,

como una persona auténtica y noble. Pero si el primer gesto (el disfraz) sugiere una representación actual; el segundo (el delincuente decente) delata la dificultad de pensar en los términos dados el país de estos años de violencia. Porque el delincuente forma parte de la mitología urbana del «criollismo literario» (como en los cuentos de José Diez Canseco), y su heroísmo sugiere que cuando las clases dominantes han perdido la fidelidad a la palabra empeñada en los códigos (han perdido su legitimidad social), la nobleza encarna en los delincuentes, cuyo sentido del honor, en una sociedad al revés, resulta caballeresco y moral. Por eso, este personaje pone en juego su vida a nombre de la palabra empeñada (de su identidad) y demuestra que la mitología es más coherente que la realidad. Pero como todo el espacio social está vaciado de sentido, a este simpático antihéroe no le queda sino huir al Ecuador; lo que sugiere que un peruano sólo puede ser auténtico fuera del Perú. Llevadas a sus últimas consecuencias, en efecto, las representaciones de la carencia terminan en el contrasentido⁶.

Una tercera propuesta para redefinir la identidad abierta tiene que ver con el levantamiento del discurso antitraumático. Aun si todas las razones aparentes promueven el desconsuelo, la cultura popular ha sido una fuente extraordinaria del procesamiento de información conflictiva y de la reapropiación creativa de nuevas formas y técnicas. Paralela, homológamente, las mismas formaciones discursivas de la cultura latinoamericana dan cuenta de instancias privilegiadas donde cuajan grandes respuestas a la crisis, el deterioro y la denegación. Nuestras culturas no son sólo subproductos coloniales de la metrópolis dominantes, son también sistemas semióticos de reapropiación y transcodificación, dentro de los cuales el tejido de la vida cultural es una red más resistente, muchas veces, que la misma trama social. Desde esta perspectiva, se nos impone la recuperación de las plenitudes celebrantes y las pulsiones deseantes. En el Perú van de la abun-



dancia entrevista por el Inca Garcilaso a la memoria salvada por Guamán Poma; y que igualmente informan la emotividad de Vallejo como la vehemencia del habla sumaria de Arguedas. En el escenario del relativismo y la fragmentación postmoderna, las demandas del deseo que animan la poesía de Carlos Germán Belli y las convocaciones elegíacas que informan la de Pablo Guevara suscitan las voces del sujeto pluralizado, que confronta el menoscabo de la vida cotidiana. Por su parte, la poesía de Javier Sologuren, Jorge Eduardo Eielson, Blanca Varela, Francisco Bendejú, construyen el margen reflexivo de una identidad imaginaria, allí donde el poder de la lírica rehace la utopía literaria de un conocimiento fragmentario pero cierto del mundo en las palabras. Más inmediata a los lenguajes de la cotidianidad, como un registro de la subjetividad conflictiva del sujeto en este fin de siglo, la poesía de Antonio Cisneros, Rodolfo Hinostroza, Marco Martos, Mirko Lauer, Cesáreo Martínez, Jorge Pimentel, Carmen Ollé y Giovanna Pollarolo, configura un extraordinario conjunto de exploración y reafirmación de una humanidad salvada de todas las muertes por la interlocución. Aun si en periodos de mayor violencia y peor crisis la vida cotidiana parece fragmentarse y extraviarse, la poderosa convocación de estos poetas sería suficiente para reconstruir el cuerpo simbólico de la identidad, esto es, el valor moral del habla dialógica. La palabra autobiográfica de Alfredo Bryce Echenique, que contradice la normatividad burguesa con la hipérbole del derroche vital y de la digresión oral, es otra versión antiautoritaria, capaz de ha-

cer de la comunicación un espacio de revelación y sobrevida. Y más que hablar de autores, se podría hacerlo de las fuerzas que atraviesan sus textos, anudando ya fuera de ellos, la nueva sintaxis de un habla de la sobrevivencia común. Narradores como Miguel Gutiérrez y Edgardo Rivera Martínez, y ansayistas como Aníbal Quijano, Max Hernández, Luis Millones y Carlos Franco parecen empeñados en la tarea de reconstruir la objetividad del escenario peruano, mezclando los "herbales" que nombró Arguedas, como esos artesanos que componen retablos de la actualidad mezclando la papa y la cal, la sustancia del imaginario populoso. Pero no quiero dejar de mencionar el trabajo de Enrique Verástegui, cuya afirmación del eros en medio de la crisis de estos años es una lección de abundancia creadora y fidelidad poética; la pareja, la poesía, el diálogo vivo con la cultura en el poema, constituyen, en sus libros exorbitados, un exuberante territorio sensitivo del Perú alterno⁷.

Se impone la recuperación de nuestros artistas y escritores en sus propios términos y en su textualidad cultural, como la demostración más clara de una identificación del otro, de los otros, de la otredad que han sido capaces de imaginar y verbalizar, aun si están libres de la referencialidad de lo inmediato y, como su exacto revés contradictorio, optan por el juego, la exploración y el placer de las formas. En estos tiempos de universalización del mercado, cuando se intenta desvalorar, por malas razones políticas, el significado de los intelectuales y los escritores, es bueno recordar que entre lo más valioso que tienen estos países están los hombres y mujeres que han elaborado las imágenes y los discursos de una libertad sin precio, humanizando, de paso, este plazo compartido como memoria y futuro. En este proceso de respuestas, es imposible dejar de reconocer la importancia de una de las fuerzas más democratizadoras que han irrumpido en la cotidianidad latinoamericana, el feminismo, que es una verdadera apertura emancipatoria de nuestra identidad.

Después de las teorías restrictivas de la integración nacional vía el estado dominante; de las propuestas de modernización compulsiva vía el mercado homogenizador; del faccionalismo de una política disgregadora de las sumas culturales; de las tesis del mestizaje, que nivelan ilusamente la diferencia en un pluralismo pacificado; y después de cierto indigenismo esencialista, que soñó con un horizonte étnico autárquico; nos encontramos en un periodo más inclusivo y comprensivo de la experiencia nacional, en el cual las derivaciones autoritarias y antidemocráticas (como las pestes del machismo y el racismo) no cesan de operar pero donde las respuestas populares y las reelaboraciones culturales parecen desplazarse fuera de los espacios cartografiados, hacia un horizonte de concurrencias y autorevelaciones. Y este proceso de diferenciación horizontal (democratizadora) sólo podrá cumplirse como uno de reconfiguración política (antiautoritario).

La identidad, al final de cuentas, no es sólo otra de las promesas incumplidas de la modernidad. Desde la perspectiva actual, ya no se trata de una pregunta especulativa por el sujeto azaroso en los espejismos del discurso. A la retórica pregunta ¿cuál es nuestra identidad? Carlos Fuentes ha respondido: la que tenemos ahora mismo; porque no se trata de una búsqueda de origen, que es ilusorio, ni una apuesta por el futuro, que restaría sustancia al presente. La identidad es procesal pero su contenido es actual. Borges, Rulfo, Lezama Lima, Cortázar, Arguedas, Fuentes, García Márquez, Sarduy, han elaborado las representaciones de la identidad latinoamericana como alteridad, heterogeneidad y descentramiento. La literatura, en buena cuenta, reafirma el saber de la historicidad como previo a su explicación didáctica, disciplinaria y formal. Porque sostiene un conocer no institucionalizado, más próximo a la subjetividad, a las pulsiones del deseo y a la zozobra de la comunicación. En una época en que los discursos de las ciencias sociales, de la economía y

de la política pretenden saberlo todo y decirlo todo sobre nuestro destino, presuponiendo incluso la pérdida y el sinsentido de la experiencia histórica; la posibilidad de una palabra que sostenga una forma de conocer alterna, procesal e incompletable, es del todo necesaria. Esta puede ser una "palabra del mudo," como dice, con paradoja irónica, Julio Ramón Ribeyro, esto es, un balbuceo al final de los grandes relatos que explicaban nuestro mundo como parte del suyo; pero también la voz destrabada de un autodescubrimiento. La fábula, se diría, que enciende la promesa de la tribu (el sueño comunitario) con la inteligencia (crítica, celebratoria) del habla en que desnombramos y renombramos.

NOTAS

1. Ricoeur, Paul.: *Oneself as Another*, The University of Chicago Press, 1992. Originalmente publicado como *Soi-meme comme un autre*, De Seui, 1990. Escribe: «Let me recall the terms of the confrontation: on one side, identity as *sameness* (Latin *ipse*, German *Gleichheit*, French *ipséité*). Selfhood, I have repeatedly affirmed, is not recognized...the solutions offered to the problem of personal identity which do not consider the narrative dimension fail». (116)

2. Sobre el «yo» en inglés y francés, comenta Barbara Johnson lo siguiente: «While de Anglo-American («liberal») tradition tends to speak about the «self», the French tradition tends to speak about the «subject», ... The concept of «self» is closely tied to the notion of property. I speak of «my» self. In the English tradition, the notions of «self» and «property» are inseparable from the notions of «rights»: «Though the Earth, and all inferior Creatures be common to all Men, yet every Man has a *Property* in his own *Person*. This no Body has any Right to but himself» (John Locke, *The Second Treatise of Government*). The French tradition, derived most importantly from Descartes's «I think, therefore I am», centers on the importance of reason or thought as the foundation of (human) being. Where the «self», as property, resembles a thing, the «subject», as reason, resembles a grammatical function. The «subject» of a sentence is contrasted with the «object». The «subject» is that to which the predicate applies. In the sentence «I am», what is predicated is that the subject has being, as though «being» were something additional, something not redundant to what is already implicit in the use of the word «I». And in the sentence «I think, therefore I am» what is posited is that it is *thinking* that gives the subject being». (Introducción to *Freedom and Interpretation*, The Oxford Amnesty Lectures 1992, New York, 1993).

3. Sobre la crítica del discurso de la identidad en México pueden verse los libros de Roger Bartra, especialmente *La jaula de la melancolía, Identidad y metamorfosis del mexicano* (Grijalbo, 1989). Nelly Richard discute el tema desde la perspectiva del feminismo postmoderno en *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática* (Santiago de Chile, Francisco Zegers, 1992). Stefano Varese, a partir de su trabajo antropológico en Oaxaca, ha hecho planteamientos del todo pertinente; en su ensayo «El espejo incierto: la dialéctica de la identidad» (*Oaxaca, Población y Futuro*, Oaxaca, Año 2, No. 6, junio 1991) explica que ésta es siempre situacional. Es decir, que se configura y expresa en función del «otro» alterno y diferente. Una sociedad indígena es un grupo étnico en la medida en que se piensa (o imagina) a sí misma, no como una cultura totalmente separada de su entorno social sino como parte integral del mismo y por tanto producto y «subcultura» resultante del proceso de interacción con los otros sectores de la sociedad». Y concluye: «Hay, más bien, identidades en permanente reformulación en las que la frontera entre *identidad atribuida* (por la sociedad no indígena) e *identidad asumida* (por el grupo), es nebulosa, incierta y fluida. Una frontera que por estas mismas características puede ser cruzada múltiples veces según lo dice la necesidad estratégica del entorno socio-político».

4. Para seguir la actualidad del debate sobre la identidad desde nuevas perspectivas teóricas, véase especialmente el número de la revista *October* (No. 61, dedicado a «The Identity in Question», MIT Press, Summer 1992). Para una perspectiva interdisciplinaria desde la nueva antropología, véase Scott Lash y Jonathan Friedman, eds. *Modernity & Identity* (Blackwell Publishers, 1992). En este trabajo se han tenido en cuenta las discusiones y propuestas debatidas en ambos textos.

5. Benedict, Anderson, *Imagined Communities* (London, Verso, 1983).

6. He discutido la representación del delincuente como revés social en mi libro *Cultura y modernización en la Lima del 900* (Lima, CEDEP, 1986).

7. Una crítica del modernismo desde la perspectiva de la persona barroca puede encontrarse en el capítulo «The Rise of Hermeneutics and the Crisis of Ocularcentrism», en Martín Jay, *Force Fields, Between Intellectual History and Cultural Critique* (Routledge, 1993).

8. En mi libro *El discurso de la abundancia* (Caracas, Monte Ávila, 1992) he analizado la problemática del sujeto cultural en relación a los discursos de la representación americana.

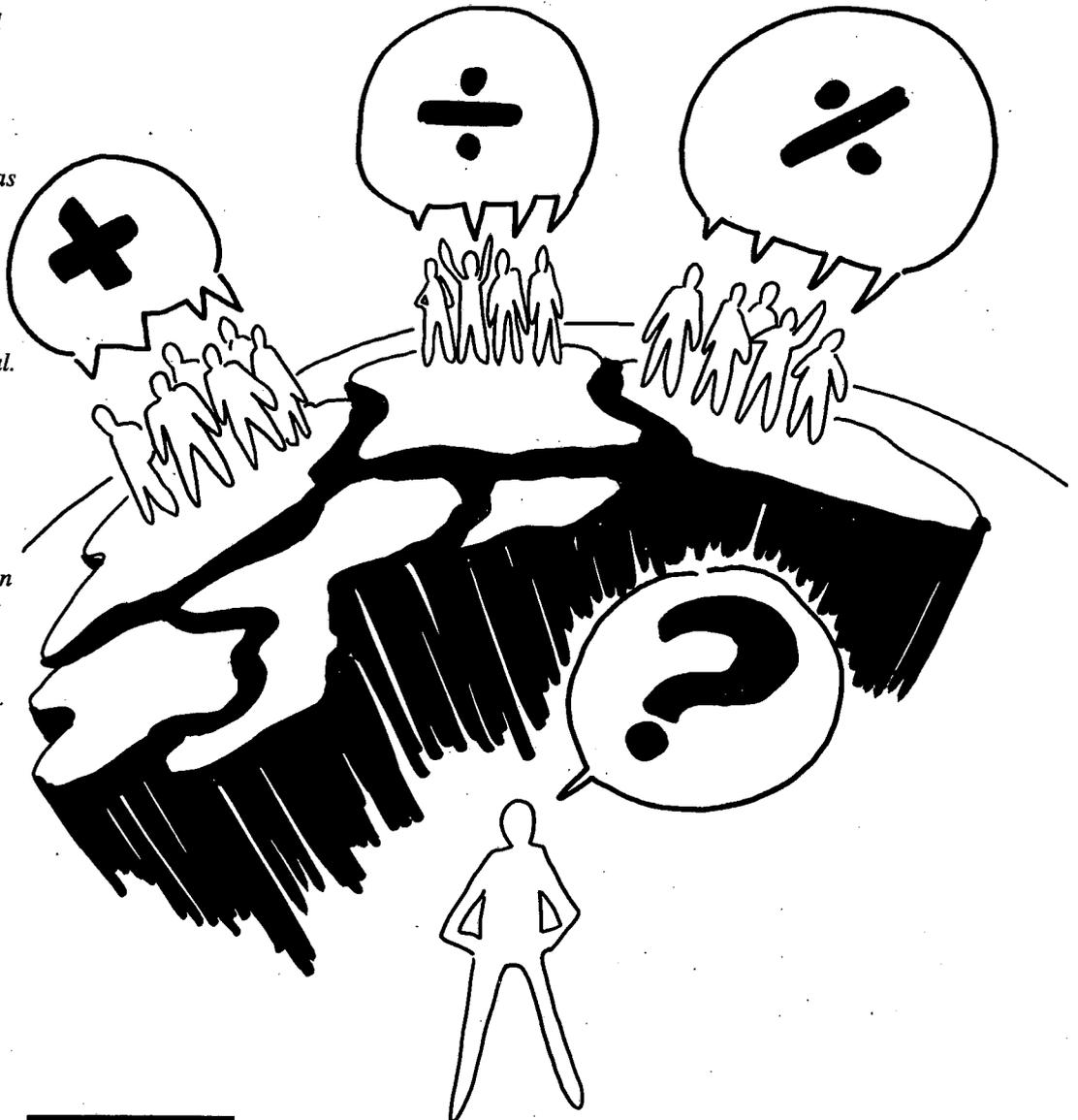
La región como ámbito de identificación con el grupo básico y su exigencia de proyección internacional

Santiago Petschen

RESUMEN

El artículo plantea la diversidad de ópticas existentes en Europa para establecer las políticas culturales y los programas de seguridad y cooperación. La diferencia entre las propuestas de los "Estados participantes" y las "Minorías Nacionales" radica en que éstas acentúan más los aspectos comunitarios de carácter concreto, con una mayor operatividad internacional.

In order to establish the cultural policies and the cooperation and security programmes, the essay states the diversity of points of view about the theme in Europe. The difference between the proposals of the "Participant States" and the "National Minorities" settles the problem in the fact that the national minorities emphasize more the concrete community aspects with a bigger international operativity.



Los documentos de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa tienen, por su propia naturaleza, un carácter programático y están elaborados desde arriba, es decir, desde «los Estados participantes». Si estuvieran redactados desde las «minorías nacionales» acentuarían, evidentemente, rasgos diversos, por una parte más concretos, siendo al mismo tiempo más comunitarios y menos individualistas, más políticos que jurídicos y también más operativos en su dimensión internacional.

En ciertas acciones de las regiones que albergan a tales «minorías nacionales» hallamos unas aspiraciones compatibles con las de la citada Conferencia, pero originadas desde una situación diversa. Puede ser útil recogerlas y sacar algunas consecuencias deducibles de las mismas.

LA VALORACIÓN ACTUAL DE LA REGIÓN

La valoración de la entidad subestatal de la región es una característica muy propia de nuestro tiempo. Dejemos ahora de lado cuáles son las motivaciones profundas que han llevado a ello, de lo que ya he tenido ocasión de hablar en otro lugar¹.

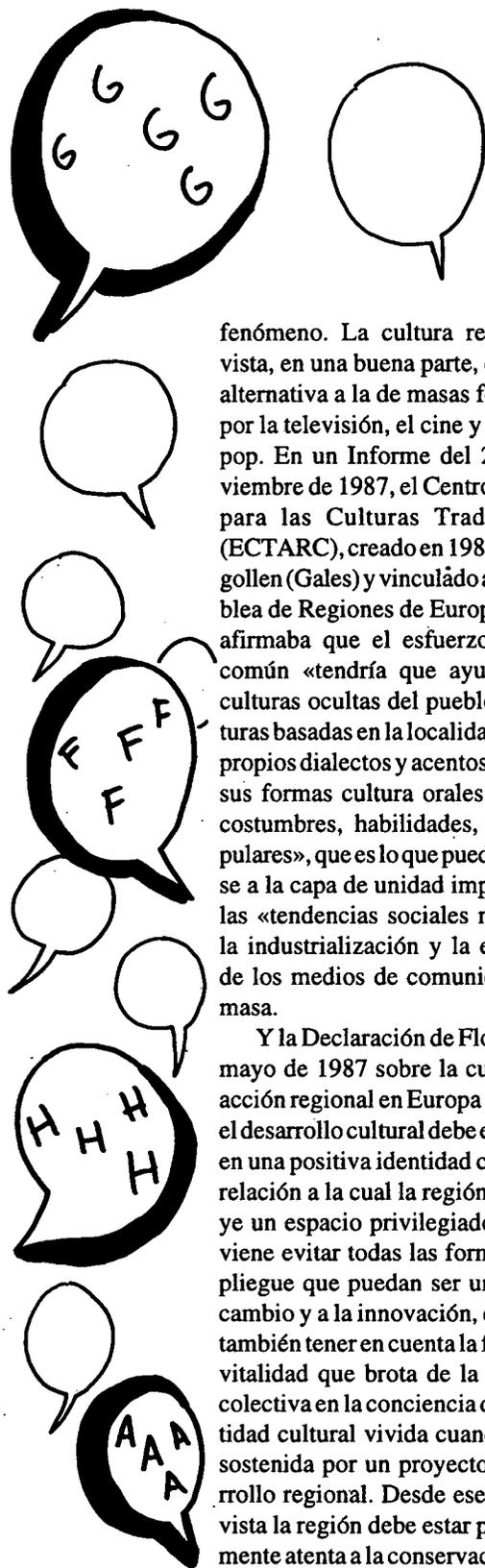
Existe, por una parte un notable interés por conocer la naturaleza de las regiones. Muchas de las veces dicho conocimiento se realiza a partir de la historia. Basta ver el enriquecimiento originado por la producción historiográfica regional aún limitándonos exclusivamente al caso español. Entre las historias regionales más destacadas se encuentran la de Aragón de Fernández Clemente, la de Andalucía de Cuenca Toribio y la de varios autores dirigidos por Bernal; la de Asturias de David Ruiz y otros, las de Castilla-León, La Rioja y Murcia en diversos tomos, la de Navarra de Andrés Gallego; la del País Valenciano dirigida por Ruiz Torres, y la de Cataluña por Pierre Vilar, así como la *Història dels Països Catalans* de Ardit, Balcells y Sales. Varias, asimismo, sobre el País Vasco como el *Diccionario de Historia* de García de Cortázar y

Montero y sobre Galicia de Villares, Barreiro Fernández y alguna otra². Todo un gran interés para un ámbito de cultura que hasta hace relativamente poco, no contaba en muchas regiones con suficiente atractivo para ser tenido en cuenta. Una notable investigación en la línea de la afirmación de Petrella: «la historia se ha vuelto, sobre todo en estos últimos años, una acción de recuperación de perspectivas de historia perdidas»³.

La tendencia de la que hablamos se potencia todavía más en cuanto que a las regiones se les ha reconocido y se les sigue reconociendo atribuciones propias para desarrollar su personalidad como son las que modernamente han recibido en materia de enseñanza. Así como cuando el Estado ha querido fomentar un tipo de patriotismo se ha valido en gran parte de la escuela para conseguirlo, la región que cuenta ahora con dicha competencia es la que fomenta hacia sí la devoción que considera más adecuada. De acuerdo con la expresión azoriniana de que «la base del patriotismo es la geografía», el aprendizaje escolar de la misma en todos sus aspectos (de historia, de lengua de producciones artísticas) fomenta sin duda la nueva fidelidad patriótica hacia la región.

Marcelino Oreja, en su libro *Europa, ¿para qué?*, nos da unos datos de los que se pueden sacar importantes consecuencias en la reflexión que nos ocupa. En la República Federal de Alemania, el 98 % de los gastos dedicados a la cultura están en manos de las regiones y de los municipios; en la Confederación Helvética, el 90 %. Ello quiere decir que los órganos centrales del Estado cuentan en cada país citado con sólo el 2 y el 10 por ciento respectivamente del presupuesto cultural global. Este porcentaje es del 60 % en Suecia y del 70 % en los Países Bajos, en favor de las entidades subestatales⁴. Así, de cara al futuro, con una competencia tan desigual, la balanza se inclina en favor de la potenciación de la región como entidad gestora de una parte importante de la cultura.

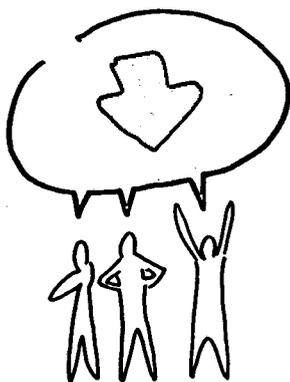
Numerosos son los documentos europeos que hacen referencia a este



fenómeno. La cultura regional es vista, en una buena parte, como una alternativa a la de masas fomentada por la televisión, el cine y la música pop. En un Informe del 20 de noviembre de 1987, el Centro Europeo para las Culturas Tradicionales (ECTARC), creado en 1983 en Llangollen (Gales) y vinculado a la Asamblea de Regiones de Europa (ARE), afirmaba que el esfuerzo europeo común «tendría que ayudar a las culturas ocultas del pueblo, las culturas basadas en la localidad, con sus propios dialectos y acentos, y apoyar sus formas cultura orales, lenguas, costumbres, habilidades, artes populares», que es lo que puede oponerse a la capa de unidad impuesta por las «tendencias sociales modernas, la industrialización y la expansión de los medios de comunicación de masa.

Y la Declaración de Florencia de mayo de 1987 sobre la cultura y la acción regional en Europa afirmaba: el desarrollo cultural debe enraizarse en una positiva identidad cultural en relación a la cual la región constituye un espacio privilegiado. Si conviene evitar todas las formas de repliegue que puedan ser un freno al cambio y a la innovación, es preciso también tener en cuenta la fuerza y la vitalidad que brota de la iniciativa colectiva en la conciencia de la identidad cultural vivida cuando ella es sostenida por un proyecto de desarrollo regional. Desde ese punto de vista la región debe estar particularmente atenta a la conservación de las tradiciones populares que constituyen muy a menudo la memoria viva en la que se alimenta la conciencia colectiva»⁵.

Identidad que tiene particular

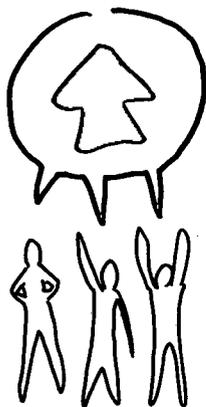


vigor cuando se encuentra en regiones de lengua y de cultura propias.

LAS REGIONES DE LENGUA Y CULTURA PROPIAS

Esta potenciación cultural de las regiones, tan importante como para servir de fundamento a la identificación de la persona con el grupo, adquiere particular significación en aquellas regiones de cultura propia. Se trata de una realidad cada vez más reconocida en las Constituciones. No hay más que ver la evolución producida en su articulado y en la aplicación del mismo. Por citar solamente un ejemplo entre los varios existentes, la Constitución de Noruega, en la reforma de 1988 incluyó este nuevo texto: «Se impone a las autoridades del Estado que faciliten las condiciones para que el grupo étnico sami pueda asegurar el desarrollo de su idioma, su cultura y su vida social»⁶. En otros Estados como Gran Bretaña, Francia o Austria, la protección no se realiza desde la Constitución sino por medio de la ley ordinaria. La legislación francesa intenta, en un proyecto de ley, reconocer a los corsos el carácter de pueblo, lo que en algunos ha originado una cierta preocupación.

La tónica europea que estamos constatando, aun sin hacer referencia al caso español, aparece aún con más fuerza en los estatutos jurídicos regionales como los de Groenlandia o de las islas Feroe que prescriben al groenlandés y al feroés respectivamente como lenguas principales de la región. Todavía llega a más el de las islas Aland, que establece como único idioma oficial el sueco a pesar de estar integradas en Finlandia.



COMUNICACION

Otros estatutos legales de Regiones de varios Estados de Europa Occidental (Trentino-Alto Adige (Tirol del Sur), Gales, Escocia, Schleswig-Holstein, Carintia Burgenland) marcan normativas con distintas modalidades. Algunos, como la Constitución del Jura o el Estatuto del Piamonte, hacen referencia al *patois* jurasiano y al piamontés como formas dialectales propias de sus respectivos territorios.

Y para sobrepassar los marcos jurídicos hagamos referencia a la gran efervescencia sociológica producida en torno a algunas lenguas y dialectos. En Gales, el 20 % de las escuelas primarias utiliza la lengua secundaria⁷. En los cantones suizos de habla alemana, la forma dialectal va ganando terreno rápidamente en las aulas de la Universidad y en los órganos de comunicación social. «Las radios locales –afirma Jakob West refiriéndose a dicha parte de la Confederación Helvética– no conceden, fenómeno reciente, ningún espacio a la lengua standard»⁸. Más sorprendente resulta todavía que el cornoico –totalmente perdido desde fines del siglo XIX– haya sido resucitado por un grupo de entusiastas⁹ y que, en los Programas de la *Lega Lombarda* se pondere el valor de la identidad de la Lombardia fundamentada en la propia historia, cultura y lengua (aunque no es más que un dialecto). Una entidad a la que se da en los manifiestos electorales rango de «identidad nacional» y que se simboliza en la histórica bandera de cruz roja sobre fondo blanco¹⁰.

Una cuestión, por último, de tipo organizativo: una de las formas halladas para proteger las diversas culturas, especialmente aquellas que están en peligro de desaparición, ha sido su potenciación por medio de la delimitación geográfica. Los irlandeses del Eire, para salvaguardar más eficazmente el *gaelic* crearon las *Gaeltacht* o zonas donde se habla intensamente el irlandés. Así se pudieron tomar disposiciones más positivas en favor de su conservación. Algo parecido exigió la protección del sueco en Finlandia. Sueco y finés se respetan así por medio de las sub-

divisiones geográficas que crean ámbitos diferenciados en favor de una u otra lengua o del bilingüismo.

Lo dicho hasta aquí nos muestra que en Europa Occidental son numerosas las lenguas regionales. Con frecuencia, además, otras estatales se hacen regionales al estar situadas en un medio de idioma distinto como son el francés de Valonia o del Valle de Aosta y el italiano del Ticino o, algunas, por tener importantes particularidades dialectales, como el luxemburgués o el alsaciano.

LA IDENTIFICACIÓN CON EL GRUPO BÁSICO

Todo ese despertar lingüístico y cultural origina repercusiones dignas de que se les preste atención. La Europa del siglo XIX, especialmente en el Este fue enormemente pródiga en ejemplos de aspiraciones políticas producidas como consecuencia del renacimiento literario. La lengua, muchas veces en sustitución de la religión, se fue convirtiendo en factor principal de identificación nacional.

El problema que esta cuestión origina, tanto entonces como ahora el siguiente: si la identificación nacional se basa en la lengua y en la cultura –en lo que parecen estar de acuerdo los Documentos de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE) que utilizan siempre la expresión de «minoría nacional»–, ¿es posible mantener una doble fidelidad al grupo étnico (parte y a un Estado de distinta lengua por otra? Los Documentos de la CSCE por supuesto pero el problema no es en manera alguna simple ni la historia demuestra que haya sido de fácil solución. En la hipótesis contraria de que sólo fuera posible la fidelidad única, o bien habría que modificar las fronteras o bien vivir en una constante contradicción e incomodidad. ¿Qué modelos encontramos en el intento de hallar una solución a este problema?

1. Coudenhove-Kalergi, en su libro Pan-Europa, publicado en 1923 tras el nacimiento de numerosos Estados ocasionado por el rompimien-

to del imperio Austro-Húngaro, de-
seó el florecimiento de la identidad
nacional siendo además enemigo
acérrimo de las modificaciones fron-
terizas. «Las malas fronteras —escri-
bió— son siempre preferibles a una
guerra victoriosa». Para solventar la
contradicción tuvo que acudir a una
fórmula muy ideal, casi podríamos
decir mágica: la de la separación
entre el Estado como a la Nación.
«Debe intentar ser al mismo tiempo
un buen checoslovaco en tanto que
ciudadano y un buen alemán en tanto
que hombre»¹². Solución ciertamen-
te muy difícil de aplicar en la prácti-
ca dada la inseparabilidad de mu-
chas cuestiones pertenecientes tanto
al Estado como a la Nación. Se trata
ésta de una distinción profundamen-
te inadecuada, imposible de adecuar
por mucho que se quiera. Dificultad
que no ha impedido algún esbozo de
solución algo parecido al de Couden-
hove-Kalergi, como la situación flamen-
cos que, perteneciendo al Esta-
do belga, cuentan con una *Taalunie*
lingüística para los Países Bajos y
para Flandes) que engloba un ámbito
cultural diverso del estatal.

2. Otro tipo de solución es la de
aquellos autores que al hablar de la
identificación de la persona con el
grupo básico optan exclusivamente
por una sola fundamental pertenen-
cia, Joan F. Mira lo afirma con estas
palabras: «Solamente en algunos
casos y solamente a fuerza de racio-
nalización permanente —y no sin po-
sible real incomodidad—, puede fun-
cionar una doble adscripción a gru-
pos básicos de identidad»¹³.

Mira une a su condición de antro-
pólogo riguroso una clara tendencia
nacionalista. Este autor acepta, sin
embargo, la posibilidad de la doble
lealtad cuando existe una diversidad
de nivel y jerarquía, como sería —por
poner el ejemplo más claro que pode-
mos encontrar— la fidelidad a la pro-
pia nación y a la Comunidad Econó-
mica Europea o incluso a una unión
más avanzada e íntima como sería la
de Europa de acuerdo con los diver-
sos proyectos que se han gestado.

3. De forma opuesta, sin embar-
go, otros autores optan por la ad-
scripción plural. Denis de Rougemont

nos destaca la diversidad de las iden-
tificaciones básicas del siguiente
modo: «Permitaseme un ejemplo per-
sonal para ir de prisa y no salir de lo
concreto. Yo soy neuchatelés de na-
cimiento y de tradición: a ese cantón
va pues mi fidelidad patriótica. Neu-
chatel forma parte de la federación
suiza: mi pasaporte y mi fidelidad
nacional son pues suizas. Yo soy
también un escritor francés: la franco-
fonía europea, es decir, alrededor de
tres cuartas partes de la Francia ac-
tual, Valonia, el Valle de Aosta y la
Suiza romande constituye pues, mi
fidelidad cultural. Pero yo soy tam-
bién protestante, lo que representa
una fidelidad mundial (lo que sería
igual si yo fuera comunista o ca-
tólico, evidentemente). Y yo partici-
po de un número muy grande de
redes de relaciones parentales, pro-
fesionales, intelectuales, espiritua-
les o afectivas que no sólo no tienen
fronteras comunes sino que frecuen-
tamente ni siquiera las tienen»¹⁴.

Rougemont, en cambio, es un
idealista que, cautivado con la idea
de ver realizada la Unión Europea,
quiere superar los nacionalismos,
particularmente los del Estado-na-
ción. Está en la línea de la relativiza-
ción de los mismos en la que destan-
can también otros autores europeístas
como Henri Brugmans.

4. Jordi Pujol, claro defensor de
los valores del nacionalismo, opta
por vivirlos integrados jerarquiza-
damente en el marco de unas realida-
des estatal y europea más amplias,
en manera alguna opuestas: «Yo he
dicho siempre —manifestó en el Club
Siglo XXI de Madrid— que, perso-
nalmente, tenía tres capitales: Bar-
celona, Madrid, Aquisgrán. Siempre
lo he dicho así, entendiendo que aque-
lla capital de la primera formulación
de una Europa Unida después del
Imperio Romano, la Europa carolin-
gia, era todo un símbolo. En todo
caso, lo repito: mis tres capitales
eran y son Barcelona, Madrid y
Aquisgrán-Bruselas»¹⁵.

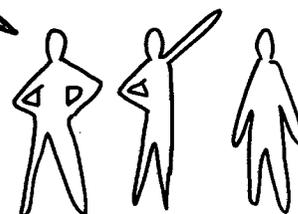
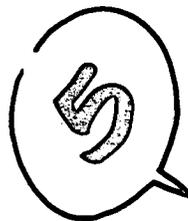
Como puede verse en los textos
aducidos, los autores citados difie-
ren en algunos aspectos aunque ten-
gan otros comunes. Lo que verdade-
ramente resulta más práctico desde

el punto de vista de la incidencia
política parece ser la relativización y
la jerarquización. Entre ambas exis-
te una cierta relación pues la jerar-
quización no es posible si no se acep-
ta al menos relativizar principios que
en otras épocas de la historia fueron
considerados absolutos.

EL PRINCIPIO DE SUBSIDIARIEDAD

La jerarquización de todas esas
tendencias culturales que solicitan la
identificación de los individuos con
el grupo y que florecen en los ámbi-
tos de las regiones dentro de los
diversos estados está resultando pa-
ralela a la formación paulatina de
una unidad superior europea. Es una
jerarquización que no puede ser
meramente mecánica sino que debe
poseer un espíritu que la informe.
Ese espíritu parece haberse encon-
trado de forma equilibrada y fecunda
en el principio de subsidiariedad.

Se trata éste de un principio que
se está abriendo paso paulatinamen-
te en la construcción de la unidad
europea. Se enuncia claramente en
el Acta Única al referirse al medio
ambiente, y se formula de forma
bastante completa en alguno de los
Proyectos de Tratado de la Unión
Europea. Sobre él se va a reflexionar
y a profundizar mucho de ahora en
adelante. Hace poco la Comisión de
Asuntos Institucionales del Parla-
mento Europeo dio a conocer un
Documento de Trabajo sobre la sub-
sidiariedad cuyo ponente fue el dipu-
tado francés Valery Giscard d'Esta-
ing. El Documento muestra porme-
norizadamente cómo dicho princi-
pio existe ya en la Comunidad Euro-
pea y exige una consagración del
mismo para fundamentar la Unión
Política. Pide también que se den



«pruebas de creatividad y de imaginación instituyendo un método de nueva repartición» entre las competencias de la comunidad y las de los Estados miembros¹⁶.

Que este principio no es una fórmula para simples esquemas organizativos sino algo bastante más profundo nos lo muestra una reflexión acerca de la historia del mismo. No puede olvidarse que no fue puesto en circulación por la técnica sino por el humanismo. Apareció en los documentos de la doctrina social y política de la Iglesia Católica. Su formulación explícita la hizo Pío XI en su encíclica *Quadragesimo anno*. Integra, por una parte, una dimensión orgánica propia de la escolástica y, por otra, una dimensión liberal propia de la modernidad.

Desde esa concepción humana no puede menos que aplicarse no sólo a los Estados sino también a las Regiones aunque puedan producirse diferencias a la hora de determinar las consecuencias concretas de él derivadas. Pero no hay que olvidar que, en tales casos, la presunción de competencia la tiene el grupo más pequeño o menos complejo. En el caso de la «Comunidad Europea-Estado-Región», la tendría la región debiendo tener que probarse, en las competencias negadas a la región, que ésta no está a la altura o que la instancia superior —el Estado o la Comunidad Europea— es más eficaz y más adecuada para organizarlas y gestionarlas.

Un caso de ejecución práctica de la subsidiariedad la hallamos —aunque no se formulase explícitamente como tal principio— en el nacimiento de la Suiza moderna. Los Cantones sólo cedieron aquella parte de la soberanía necesaria para que la Federación se formase y funcionase ade-

cuadamente como tal.

LAS DIMENSIONES INTERNACIONALES DE LA CUESTIÓN

Esta cuestión de las minorías y la de sus marcos geográficos, que normalmente son las Regiones de cultura propia, tiene una considerable dimensión internacional como problema objetivo. Son numerosas las Organizaciones y las Conferencias Internacionales que consagran amplia dedicación al estudio de estas cuestiones. El Consejo de Europa preparó un Proyecto de Carta de las Lenguas Regionales o Minoritarias con la intención de asegurar su personalidad y de garantizar sus manifestaciones. Numerosos textos del Parlamento Europeo hacen referencia constante a su protección bajando a situaciones concretas de las distintas lenguas utilizadas en el ámbito comunitario. La Comisión de la Comunidad Económica Europea financia un Buró de las Lenguas menos difundidas, con sede en Dublín que realiza estudios sobre la situación de las mismas. La Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa impone y exige en numerosos textos el respeto a las minorías nacionales. En la reunión celebrada en Copenhague en junio de 1990 se concluyó que «las personas pertenecientes a minorías nacionales tienen el derecho de expresar, preservar y desarrollar libremente su identidad étnica, cultural, lingüística o religiosa y de mantener y desarrollar su cultura en todos sus aspectos, libres de cualquier tentativa de asimilación contra su voluntad»¹⁷.

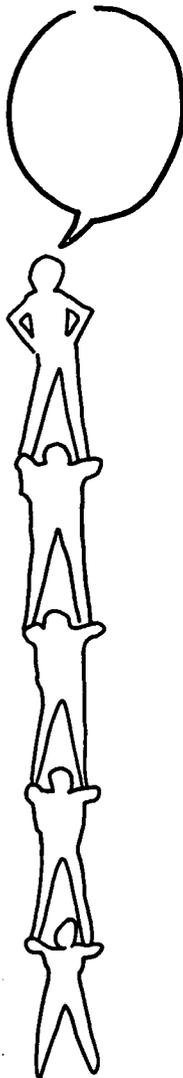
Estos datos, tan someramente resumidos, nos llevan a constatar que el problema, tan intensamente vivido en el seno de las minorías y de su marco institucional como pueden ser las regiones, es considerado como algo fundamental en las organizaciones y en las conferencias internacionales. Pero, sin embargo —y esto debe ser visto como una anomalía—, casi no existe relación alguna entre las dos áreas: la básica, (minoritaria o regional) y la internacional o supra-

estatal. La conexión se realiza, casi de forma total, por medio del Estado. ¿No resulta esta desconexión, dado lo avanzadas que se encuentran las realizaciones en el campo del derecho y de las relaciones internacionales, un tanto antinatural?

En el Consejo de Europa los representantes de los Estados que forman el Comité de Ministros no dieron paso a la Carta de las Lenguas Regionales o Minoritarias, que se halla ahora en manos de una Comisión que pretende su reestructuración. La Comisión de la CEE escucha a los representantes de las regiones y de los municipios a partir de una decisión que fue considerada espectacular, del 24 de junio de 1988,¹⁸ pero que se refiere fundamentalmente a cuestiones de fondos estructurales y no da salida especial a las regiones en lo que respecta al problema de su identificación básica. En el Parlamento Europeo sí que existen tales representantes. Se trata de una brecha nada despreciable. Los grupos étnicos minoritarios representados en el actual Parlamento de Estrasburgo son: Convergència i Unió, Volksunie, Vlaams Block, Südtiroler Volkspartei, U. Valdostaine-Partito Sardo d'Azione, Scottish National Party, Herri Batasuna, Por la Europa de los Pueblos, Izquierda de los Pueblos, Coalición Nacionalista¹⁹. Unos cuantos partidos y uniones de partidos de toda la gama geográfica europea, que impulsa decididamente a tener en cuenta la cuestión de los grupos étnicos nacionales minoritarios hallándose presentes y participando en la toma de decisiones.

Por último, con respecto a la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, la ARE, reunida en sus III Estados Generales en Viena en noviembre de 1989, solicitó participar en la II Conferencia de Helsinki que se iniciará en 1992. Desconocemos, sin embargo, que dicha solicitud haya sido aceptada.

La desconexión a la que nos referimos debe, evidentemente, ser superada. Y para relacionar a los grupos étnicos básicos con el ámbito internacional no sería necesario inventar fórmulas excesivamente nue-



COMUNICACION



vas sino que bastaría con generalizar algunas de las realizaciones hechas a título particular aplicándolas a realidades semejantes. Para ello debería tenerse en cuenta la distinción de Yann Fouéré sobre dos tipos de Regiones que él llama de primera y de segunda categoría. Las de primera categoría son identidades nacionales históricas, identidades nacionales, culturales o ambas a la vez. Unas tuvieron antaño el rango de Estado, como Escocia, Bretaña y Córcega. Otras han deseado ser Estados pero no lo han conseguido. Ha ocurrido así con Flandes, Cataluña, Gales, el País Vasco, etc. A todas ellas suele llamárseles «naciones sin Estado»²⁰. Algún autor las conoce también con el nombre de «naciones prohibidas»²¹. Muchos de los ciudadanos que en ellas habitan se identifican con dichas regiones como con el grupo nacional básico. Por ello tienen derecho de una u otra forma a acceder a la esfera internacional a partir de su propia cultura.

Las experiencias que se tienen a este respecto son las siguientes:

a) El reconocimiento, por parte del propio Estado, de atribuciones que faciliten sus contactos con los medios internacionales. Este es el caso de las Comunidades de Bélgica que en virtud de la modificación de la Constitución de 1988 han aumentado sus competencias reconociéndoseles capacidad incluso para la cooperación internacional comprendida la conclusión de tratados»²². Con ello se mejora la situación heredada del pasado. Por una parte, facilitando las relaciones internacionales fundamentadas en la propia cultura. Unas relaciones que la Constitución privilegia con respecto a las de las Regiones que son principalmente de carácter económico, lo que significa que los aspectos culturales

son considerados más fundamentales que los otros. Por otra, siguiendo con la tendencia de las Comunidades a relacionarse principalmente a partir de la identidad de la lengua: la Comunidad neerlandesa ya había formado desde el 9 de septiembre de 1980, con los Países Bajos, la Taalunie o Unión lingüística, y la francesa, firmado acuerdos preferentemente con países de lengua y cultura francesas como: Quebec, Louisiana, Nord-Pas de Calais, Congo-Brazzaville, Benin,... Se constata así que el acercamiento interregional resulta más factible y solidario cuando existe una identidad cultural. Así, mientras se ha observado entre Flandes y Valonia la tendencia al distanciamiento por tratarse de grupos de identificación nacional diversa (si el Estado no se ha roto ha sido por la fortísima imbricación contrapuesta que supone Bruselas), se ha producido incluso un acercamiento hacia la formación de otro tipo de unidades (la Taalunie por ej.), basadas en la cultura. Aspecto que en manera alguna puede ser olvidado en la reflexión que nos ocupa.

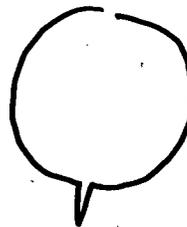
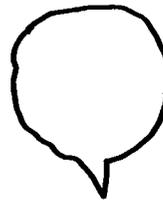
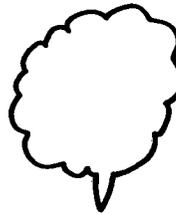
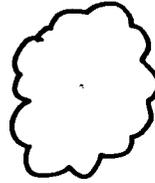
b) La potenciación de las organizaciones interregionales y la capacidad para ser consultadas por las gubernamentales. Es lo que ocurre con la Asamblea de Regiones de Europa (ARE), que dedica esfuerzos para potenciar los aspectos culturales de sus relaciones por encima de las fronteras. Dichas organizaciones aspiran a ser tenidas en cuenta y a ser consultadas por las organizaciones y por las conferencias intergubernamentales. De ahí su petición para tener cierto grado de participación en la II Conferencia de Helsinki, de lo que ya hicimos mención. Dada la insistencia de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa en hacer referencia a las «minorías nacionales» parece que deberían ofrecer a las regiones que las albergan como entidades institucionales, en muchos casos con capacidad de autogobierno, la posibilidad de ser consultadas al igual que en terrenos más técnicos de lo que hace la Comisión de la Comunidad Económica Europea.

c) La participación, a título de excepción, en las organizaciones internacionales gubernamentales. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en el reconocimiento que reciben Quebec, Nueva Brunswick (la provincia canadiense de los acadios) y la comunidad francesa de Bélgica como personas jurídicas reconocidas en el marco de la francofonía, es decir, en la organización internacional llamada Agencia de Cooperación Cultural y Técnica (ACCT), que agrupa a 39 Estados de lengua francesa. Las regiones y las comunidades citadas gozan en ella del estatuto de «gobierno participante» e incluso en las cumbres está garantizada su presencia.

La realidad parcelada de la sociedad internacional por medio de las organizaciones internacionales puede ser un buen campo para llevar a la práctica una participación de ciertas regiones semejante a las anteriormente citadas. Las virtualidades que Ucrania y Bielorrusia —una vez se haya dado en la URSS una aplicación más completa de la perestroika—, pueden hallar en la Organización de las Naciones Unidas son importantes y novedosas. El modelo, tal vez, podría extenderse a otros casos y sobre todo ser imitado por otras organizaciones internacionales.

CONSECUENCIAS

Marcel Merle, teniendo presente la experiencia que nos da la historia acerca de la oposición visceral e irreconciliable de los Estados a modificar las fronteras que consideran propias, hace una reflexión de tipo práctico a la doctrina de Juan Pablo II de la vinculación de la soberanía a las comunidades humanas en virtud de su cultura. Para el internacionalista francés, la puesta en práctica de dicho principio —con la lógica reducción del Estado a su condición de instrumento—, originaría un grave desorden mundial haciendo surgir numerosos conflictos y guerras en diversas y amplias partes del planeta²³. Se trata, evidentemente de uno de los efectos de la condición del ser



humano. El antropólogo Joan F. Mira, al que antes nos referimos, del examen de la historia de las fronteras estatales, deduce las siguientes regularidades: 1.a. «La frontera engendra identidad». 2.a. «La frontera es más sagrada que los que viven dentro de ella». 3.a. «El Estado-frontera tiene vocación de eternidad»²⁴. Es la base antropológica que explica la defensa que realiza la CSCE de salvaguardar «el principio de la integridad territorial de los Estados»²⁵. Por ello resulta totalmente explicable que se busquen otros medios distintos a la modificación de las fronteras para lograr la mayor libertad y expansión posible de los grupos humanos, en concreto, de los grupos étnicos.

Con la valoración de la tendencia que hemos expuesto en estas páginas creemos que se consiguen los siguientes resultados:

- Conseguir una mayor flexibilización de las fronteras estatales.
- Ayudar a superar el monopolio del Estado-nación en la sociedad internacional.
- Fomentar nuevas formas de soberanía compartida.

La tendencia expuesta es, en la inmensa mayoría de las ocasiones, la que se puede aspirar y parece tener eficacia para ir convirtiendo con el paso del tiempo a las unidades políticas en más humanas y naturales. No olvidemos que, con mucha frecuencia se ha solido decir que el Estado tiene ciertos elementos demoníacos²⁶. Un hombre tan de la cultura española como Gregorio Marañón escribió en cierta ocasión refiriéndose a lo que, en las décadas del nacimiento del Estado fue conocido con el nombre de «razón de Estado»: «Se erigió en norte de la vida pública, entre los mismos príncipes cristianos e incluso en Roma, a la nefasta razón de Estado, radicalmente anticristiana de la cual han nacido tantos males para la vida de los pueblos»²⁷.

En efecto. El Estado ha operado fuertemente sobre los grupos humanos en los que se ha asentado. A pesar de ser una construcción artificial ha utilizado elementos propios de la nación, revistiendo de un carác-

ter natural algo que no tenía por que ser más que una fabricación humana. Para conseguirlo ha tenido que reducir lenguas, modificar religiones, imponer fidelidades, exigir dependencias, distorsionar identidades. Numerosos seres humanos se han visto desposeídos de su grupo natural de pertenencia y han tenido que optar por otro, el que el Estado les ha dictado.

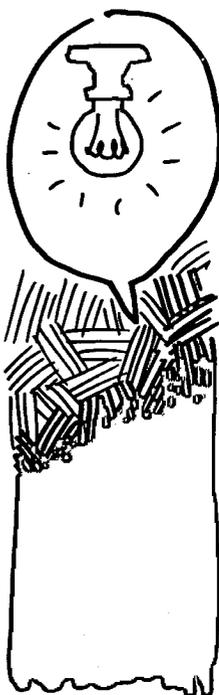
El Estado ha demostrado también una notabilísima capacidad de adaptación. A las modificaciones que ha integrado a lo largo de la historia puede añadir otras que sea conveniente asimilar en el futuro. Las directrices que hemos esbozado vienen a coincidir, en líneas generales, con la aspiración de algunos, considerados como muy idealistas, de caminar hacia lo que se ha dado en llamar la Europa de los pueblos. Se trata de un proceso por el que el Estado se hace más parecido a la región como parte de unidades políticas superiores y la región más parecida al Estado al ganar competencia internacional y compartir, en cierto modo, la soberanía. Son las líneas que, sin forzar, se deducen de los datos que hemos aportado desde el cambio de la Constitución belga hasta la tendencia evolutiva de algunas organizaciones internacionales, pasando por el cambio de la ley francesa con respecto a Córcega.

NOTAS

1. Petschen, Santiago (1988). «La Política Exterior de la Comunidad Autónoma de Cataluña». En: Política Exterior. Vol. 11. n.º 5 pp. 222-238.
2. Javier Tusell, en la bibliografía general de su Manual de Historia de España, Madrid 1990 p. 35 menciona «algunas historias regionales, fórmula historiográfica que ha alcanzado fortuna en los últimos tiempos».
3. Petrella, Ricardo (1985). La renaissance des cultures régionales en Europe. París, p. 45
4. Oreja, Marcelino (1987). Europa ¿para qué?. Barcelona, p. 205.
5. Esta declaración fue aprobada en la Conferencia que organizada conjuntamente por el Consejo de Cooperación Cultural (CDCC) y la Conferencia Permanente de Poderes Locales v Regionales del Consejo de Europa, tuvo lugar en Florencia los días 14 a 16 de mayo de 1987. En ella se constataron los resultados de la fase experimental del proyecto n.º 10 del CDCC consagrado al tema de cultura y religión.



6. Constitución de Noruega. Art. 110, a.
7. Naisbitt, John y Aburdene, Patricia (1990). Megatrends 2000. New York, p. 148.
8. Wuest, Jalkob (1988). «Le probleme des langues en Suisse alémanique». En: Actes des Universités d'été, 1986 et 1987. Association pour la Culture Occitane. Nîmes, p. 42.
9. Véase sobre éste y otros aspectos el libro: Petschen, Santiago (1990) Las Minorías lingüísticas de Europa Occidental: Documentos (1942-1989) Euskal Lege Biltzarra. Parlamento Vasco. Vitoria-Gasteiz. Vol. I y II. Estudio preliminar y documentos correspondientes.
10. Tomado del Programa de la Lega Lombarda, ofrecido a los electores del norte de Italia antes de las elecciones al Parlamento Europeo. Seminario Mombardfa Autonomista. 29 maggio 1989, p.2.
11. Coudenhove-Kalergi, Richard N. (1988). Pan-Europe. PUF París, p. 119.
12. Ibid, op. cit., p. 118.
13. Mira, Joan F. (1984). Crística de la nació pura. València, p. 17.
14. Rougemont, Denis de. (1970). «La Région n'est pas un mini-Etat-nation». En: L'Europe des Régions II, Geneve, , p. 3.
15. Pujol, J. (1986). Catalunya i Europa. Barcelona, p. 74.
16. Texto íntegro del documento en Política Exterior, n.º 16, pp 168-178.
17. Documento de la Reunión de Copenhague de la Conferencia sobre la dimensión humana de la CSCE. Sección IV, n.º 32.
18. DOCE n.º L 247 de 6 de septiembre de 1988 y también en Revista de Instituciones Europeas, 1988-2, p. 683.
19. Parlamento Europeo (1989). Elecciones de 1989. Resultados y elegidos. Estrasburgo.
20. Fouere, Yann. (1982). «La participation régionale considerée en tant que moyen de résoudre les tensions infra et inter étatiques». En: La Participation régionale. Actes du Colloque International de Saint-Vincent. 29 novembre-2 décembre 1981. París. pp. 5360.
21. Salvi, L. (1972). Le nazioni proibite. Guida a dieci colonie «interne» dell'Europa Occidentale. Firenze.
22. Constitución de Bélgica. Art. 59 bis., 2 bis.
23. Merle, Marcel (1986). Les Acteurs de la société internationale. París, pp. 129-130.
24. Mira, Joan F. op. cit. pp. 52-57.
25. Documento de la Reunión de Copenhague de la Conferencia sobre la dimensión humana de la CSCE, n.º 37.
26. Remiro Brotons, A. (1984). La acción exterior del Estado. Madrid, p. 233.
27. Marañón, Gregorio. (1972). El Greco y Toledo. Espasa-Calpe. sexta edición. Madrid, p. 22.



COMUNICACION



HABLEMOS

Néstor García Canclini Cruces, arraigos y deslindes

Marisol Cano Busquets

Pocos temas de las ciencias sociales le son ajenos. Ahonda con similar propiedad en las definiciones y redefiniciones de la cultura popular, los paradigmas de la investigación en comunicación de masas, la formulación de políticas culturales, la crisis del socialismo desde una óptica antropológica, los estudios de consumo cultural, la investigación de la vida cotidiana o el debate de la modernidad.

Néstor García Canclini se encontró con los estudios de comunicación cuando desde la antropología estudiaba el consumo cultural en Ciudad de México. ¿Qué tan amenazada puede encontrarse una cultura como la mexicana ante los tratados de acuerdo de libre comercio con Estados Unidos y Canadá? 3.326 kilómetros de fronteras territoriales desdibujados por el imperio de las nuevas tecnologías de comunicación y el flujo permanente de masivas migraciones.

Cruces e hibridaciones, desterritorialización y relocalización, transformaciones en el escenario político, simbólico y comunicativo en que los grupos humanos desarrollan su vida cotidiana, en fin, un nuevo mapa de preguntas para las ciencias sociales y un reto para sus inercias teóricas.

Nos encontramos ante una reorganización mundial orientada hacia la privatización. Eso supone una pérdida del sentido colectivo y de la vocación hacia el interés público. Unos hablan de neoliberalismo, us-

ted de tendencia neoconservadora. ¿Cómo percibe la situación de América Latina en este contexto? ¿Cuáles serían las alternativas para hacer valer el interés público y cuál el espacio para las nuevas resistencias?

Vivimos todavía en el asombro de situaciones como la de un neoliberalismo que logra imponerse en todos los gobiernos de América Latina, salvo en Cuba. Este neoliberalismo se afianza en las sociedades latinoamericanas, con cierta independencia del origen político de los partidos que gobiernan. Algo inquietante es que estos cambios privatizadores se presentan como resultado de la ineficiencia del Estado y la necesidad de transferir a la sociedad civil una responsabilidad mayor en la administración, la organización y el desarrollo de la sociedad. Lo que ocurrirá no es una transferencia del Estado a la sociedad civil, sino de la función estatal a los grupos más concentrados del capital nacional y transnacional. Estos grupos tienen como objetivo obtener cada vez un lucro mayor. Para eso, eliminan parte de los servicios que se prestaban —salud, educación— o los subordinan a su rentabilidad comercial. No creo que haya que defender a los Estados ni razones para volver a una forma de acción estatal que efectivamente ha sido ineficiente. No hay por qué pensar en esta época de austeridad, de países semiquebrados por la deuda externa, que el Estado podrá tener

un excedente económico que le permita ejercer un populismo como en el pasado. Las exigencias de competitividad de la producción de todos los países del mercado internacional obligan a los países a ser más eficientes, a limpiar gastos burocráticos inútiles.

Sin embargo, lo que me parece más inquietante es que en este adelgazamiento de los Estados perdemos ciertas funciones que tienen que ver con el interés público. La privatización lleva a que se le exija a todas las actividades, incluso a las culturales y a las científicas, una productividad inmediata. No hay investigación científica que pueda innovar y tener efectos prácticos, productivos y novedosos, si le damos seis meses para que consiga los resultados. La investigación requiere tiempo, años, fracasos; apostar a algo que puede ser y puede no ser. También la innovación estética y cultural requiere este tipo de experimentación, de libertad, de ensayo y de error.

Hay aspectos de la vida simbólica de la sociedad que no pueden ser comercializables: los derechos humanos, la construcción colectiva del sentido histórico, las innovaciones estéticas o los hallazgos científicos.

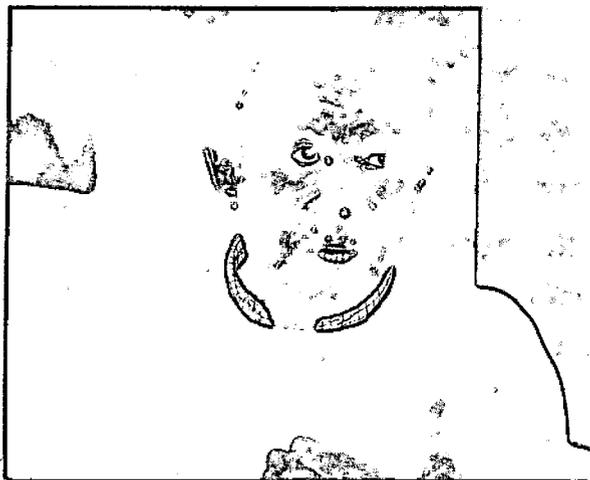
Deberíamos reconsiderar la función de los Estados. Pienso al Estado como un lugar donde la sociedad encuentre un espacio para arbitrar conflictos entre los intereses de las distintas fuerzas privadas de la sociedad. Puede haber formas mixtas

de colaboración entre Estado, empresa privada y asociaciones independientes civiles, en las que el interés público sea algo por considerar.

¿Cuáles serían entonces las nuevas resistencias? Quizá por el uso que la palabra ha tenido en cierta literatura política latinoamericana, tengo algunas reservas. Evidentemente hay necesidad de resistir al neoliberalismo en algunas de sus voraces supresiones de estos intereses públicos. Sin embargo, los grupos que han pretendido ser alternativos a ultranza han mostrado sus límites. Han sido útiles para ayudar a sobrevivir a algunos sectores populares, pero, después de veinte o treinta años, no han producido cambios en la sociedad en su conjunto. Evitaron plantearse dos problemas básicos de las sociedades contemporáneas: el mercado y el Estado. Lo que tenemos que resistir es a que el mercado lo sea todo. Hay que buscar en el interior de estas transformaciones neoliberales, cómo reconquistar espacios para el interés público. Por eso más que usar una expresión que sugiere cierta pasividad o aislamiento como la de resistencia, preferiría pensar en actuaciones de más iniciativa e imaginación, para reconsiderar cómo deber ser el Estado y cómo deben articularse en un Estado democrático y plural los distintos grupos sociales.

De alguna manera esto implica un fortalecimiento del Estado, conlleva que pareciera haber quedado descalificada. Pero es importante hacer la distinción entre esa parte del Estado que es el gobierno ejercido por los partidos principales que se rotan en el poder y dejan afuera a la mayoría de sus representados, y el Estado en un sentido «gramsciano», como el conjunto de instituciones representativas del poder y de los intereses de la sociedad civil para administrar el poder y organizar la hegemonía de la mayoría; una hegemonía plural que respete y considere también los intereses de las minorías.

Usted dice que es importante repensar la crisis del socialismo. ¿Cómo la percibe desde su especialidad?



En el debate actual hay un predominio, a veces una exclusividad, en la manera de considerar la crisis del socialismo como una crisis económica y política. Sin duda lo es. Los regímenes llamados socialistas han fracasado en lo político porque no han logrado establecer sistemas democráticos donde se socialicen los bienes económicos y la participación en el poder.

Hay que reconocer que en países como Cuba están resueltos ciertos problemas básicos de la población de un modo que no lo ha logrado hacer el capitalismo en otros países de América Latina mucho más desarrollados, con mayores recursos naturales y con una economía más completa. Sin embargo, es impresionante que después de tantos años, aquellos países no hayan logrado, con su propia dinámica económica, generar un mayor autoabastecimiento y aquí no hablo sólo de Cuba, que se ha desarrollado en condiciones de hostigamiento, de bloqueo, de aislamiento, sino de países como la Unión Soviética. Después de siete décadas de socialismo es una nación que importa alimentos y no posee mecanismos para hacerlos circular fluidamente dentro de sus propias repúblicas. Ahí se evidencian fallas graves desde el punto de vista económico y político, pero prefiero ocuparme de ese otro aspecto menos atendido: las fallas socioculturales. Esa versión de socialismo ha fracasado por razones muy parecidas a las que han hecho fracasar a la democracia burguesa, al concebir, desde una visión

iluminista, racionalista, evolucionista de la modernidad, cómo debían crecer y desarrollarse las sociedades a partir del conocimiento científico y de ciertas luchas políticas por la emancipación. Luchas que fueron clausuradas en el momento en que estos regímenes se instalaron en el poder. En el caso de la Unión Soviética y de países como Yugoslavia, es evidente que la construcción de los Estados socialistas se hizo en contra de las etnias, las nacionalidades; taponando desarrollos históricos muy importantes.

Ese racionalismo moderno llevó a negar peculiaridades socioculturales que se manifestaban en la vida cotidiana de la gente, de los grupos, de las etnias, que no fueron atendidas.

Ahí es donde la Antropología tendría mucho por hacer. No es casual que a esta ciencia se le haya impedido crecer en aquellas sociedades, que sepamos muy poco de la vida cotidiana de esas naciones. Una gran tarea para un proyecto socialista, que personalmente considero debe ser revitalizado porque las injusticias del capitalismo no han desaparecido sino, por el contrario, se han acentuado, es reconsiderar la manera como debe construirse la sociedad a partir de las necesidades, las diferencias y las singularidades de los grupos sociales. Necesitamos saber qué pasa con los grupos, cómo consumen, cómo se emocionan, qué les gusta; esas cosas, muy simples que han sido olvidadas. Una de las razones que me lleva a ocuparme en la investigación del consumo es que siento que allí hay una zona ciega, pero fundamental, para conocer la vida cotidiana de la población. Gran parte de lo que hacemos en nuestra vida es consumir, usar los objetos que tenemos: una casa, un coche, el transporte público, los alimentos, la ropa, etc., los bienes culturales que nos llegan por todos los medios de las industrias culturales.

¿Qué pasa en los procesos de recepción, de apropiación, de incorporación de esos bienes cada vez más homogeneizados transnacionalmente, a nuestras propias tradicio-

nes? El marxismo ha logrado, a través de lo que se llamó socialismo, transformaciones importantes en la optimización de la producción y la circulación de los bienes como para desarrollar una satisfacción más justa de las necesidades materiales de la población. Pero aún respecto a los bienes materiales no sabemos nada de qué pasaba en los procesos de consumo en las sociedades llamadas socialistas. Fue excluida la problemática, e incluso censurada porque se acusaba al capitalismo de inventar maquiavélicamente las diferencias entre los productos para simular una competencia y encarecerlos. No, esas etiquetas con colores, la publicidad atractiva, las satisfacciones que vienen asociadas al producto, forman parte de la interacción en la sociedad. Una concepción equivocada de la productividad en el socialismo llevó a obturar estas necesidades y deseos. Debemos recomponer una visión del socialismo en la que el trabajo no esté opuesto al placer, en que lo denotativo de los objetos no se oponga a lo connotativo, en que encontremos maneras de interacción entre las personas que no sólo sean para producir más sino también por las satisfacciones que encontremos en los actos que aparentemente no sirven para nada, como los artísticos, la recreación y la interacción libre entre las personas.

Por estos días, grupos minoritarios hablan en Colombia, con sobrada razón de una hora acrítica de los intelectuales. Se habla también de burocratización de los pensadores y de crisis del conocimiento. ¿Qué tiene usted que decir sobre esto a nivel latinoamericano?

Uno observa que junto a esta crisis internacional del marxismo y del pensamiento crítico, la vuelta a la democracia después de los regímenes militares llevó a disminuir las preocupaciones críticas. Al respecto de lo que decíamos sobre el Estado, se pasó de una satanización a una fascinación por hacer parte de él. Intelectuales que eran muy críticos empiezan a hablar como ministros, a preocuparse más por ser sensatos y prudentes, por negociar, que por cri-



ticar. Aun cuando no desempeñen funciones gubernamentales.

Se nota una abdicación de la función del intelectual. Reivindico la tradición iluminista, liberal, democrática y socialista, que tiene sus últimos representantes en Sartre y Foucault, que considera al intelectual como alguien que puede o no colaborar con el Estado, pero que nunca debe renunciar a la función de ver problemáticamente su sociedad, aun cuando se viva un período de satisfacción de necesidades y de juego democrático valiosos.

El intelectual, en un sentido antropológico, es alguien que tiene que ver la propia sociedad como algo que podría ser de otra manera. Tiene la responsabilidad de ser la mala conciencia, el aguafiestas y el irreverente, ante las convenciones que las sociedades constantemente tienden a sacralizar. Toda sociedad, esto no es un invento contemporáneo, genera mecanismos de autosatisfacción y tranquilizamiento. Es lo que los antropólogos han caracterizado como el etnocentrismo, a fin de cuentas, esa actitud conservadora de autoprotección y sobrevaloración de la propia manera de ser.

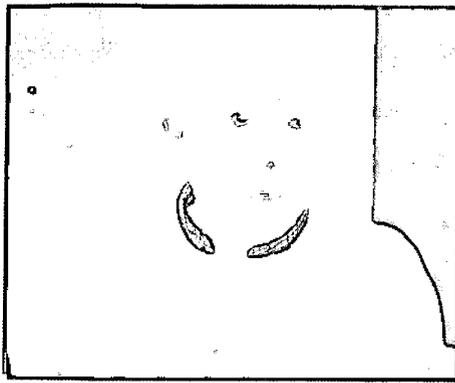
Precisamente en las sociedades contemporáneas, tan móviles, tan dinámicas, tan innovadoras y tan interactivas unas con otras, tenemos muchas razones para aprender de los otros, para cuestionarnos. Esta función del intelectual me parece muy valiosa, aunque a veces nos aleje de las masas. No creo que haya algo

fatalmente malo en estar en disidencia con ellas. Lo criticable puede estar en convertir tal actitud en un signo maníaco de distinción y de autojustificación de una manera narcisista de pertenecer a un campo exclusivo.

Existe una disminución de la función crítica y de la tolerancia, cuando pasamos de los medios más íntimos como podría ser la poesía, la escritura en una revista literaria, a la televisión o a los espacios de circulación masiva, los que priman en las sociedades contemporáneas.

En un artículo reciente, usted se pregunta «¿cómo se reestructuran las identidades y las alianzas cuando la comunidad nacional se debilita, cuando la participación segmentada en el consumo solidariza a las élites de cada país con un circuito transnacional y a los sectores populares con otro?» Quisiéramos que arriesgara respuestas, orientándolas hacia el tema de cómo las naciones hoy se definen poco por sus límites territoriales o por su historia política.

Efectivamente las comunidades nacionales pierden la relación natural que tenían con un territorio delimitado. La transnacionalización de la economía y de la cultura, la fluidez con que se dan los intercambios a nivel internacional, hacen que gran parte de lo que consumimos culturalmente, incluso los productos que compramos en el supermercado, no proceda del propio país. Esto crea una amplitud de la oferta de bienes de todo tipo muy atractiva, pero al mismo tiempo está redefiniendo lo que podríamos entender por identidad nacional. En otro tiempo se pensaba que ella se constituía por un conjunto de personas que nacían en un territorio, por los bienes que esas personas producían y por una serie de relaciones sociales que se establecían en la utilización del propio territorio. A esta manera de entenderla correspondían determinadas concepciones políticas sobre la soberanía, los límites y las fronteras. Todo esto ha cambiado radicalmente en términos políticos, jurídicos o económicos, especialmente en Europa.



En América Latina vivimos una situación distinta, aunque pareciera que vamos a una integración de este tipo. Además de la transnacionalización de los bienes materiales y simbólicos a través de la televisión, las comunicaciones por satélite y nuevas formas de interacción internacional, se presentan otros procesos considerables como las migraciones masivas de población, que generan corrientes muy fluidas de interacción. La cultura, entonces, no está directamente ligada a un territorio sino a una situación internacional muy móvil. En este sentido, hablamos de cultura desterritorializada.

¿Qué queda de la nación? Sin duda las naciones permanecen, pero es necesario redefinirlas.

Se puede seguir estudiando la cultura popular como una estructura aparte de sus relaciones y de las confrontaciones con otros sectores sociales?

El hecho más interesante para analizar, es cómo se transforman estas culturas populares tradicionales en interacción, en hibridación, con desarrollos modernos de la cultura. Los artesanos que toman imágenes de la televisión, de los medios masivos, de las revistas, y las incorporan a sus diseños; fiestas tradicionales en las que aparece junto a los elementos de hace doscientos, trescientos años, otra iconografía, tomada de los medios de comunicación masiva. No veo razones para escandalizarse por esto, si pensamos que gran parte de las fiestas tradicionales y de los motivos de los diseños artesanales son resultado de una historia de dominación colonial. ¿De dónde salió la danza de moros y cristianos sino de España?

Hoy tenemos otro tipo de hegemonía, la de las industrias culturales. También los sectores populares toman de allí, incorporan y crean estas culturas híbridas en que lo masivo, lo popular y hasta lo culto, en muchos casos, se mezclan. Existen países latinoamericanos productores de tejidos tradicionales que incorporan imágenes de Picasso, de Klee, y por qué no si también Picasso y Klee se abastecieron de las culturas africa-

nas. Esta hibridación se ha acentuado por la mayor comunicación e interacción que hay entre lo popular y lo masivo. Ahora, ¿qué es lo popular? ¿A qué se puede llamar popular en medio de estos procesos de mezcla y de fusión? Se ha vuelto problemática la noción. Cada vez es más una noción política que científica, diría hasta teatral, en el sentido de que lo popular resultó una puesta en escena, un montaje de antropólogos, folcloristas, políticos y locutores de televisión.

Usted ha planteado que a mayor crecimiento de las ciudades, mayor desurbanización. Habla de la periferyización que conlleva a una multiplicidad de centros, de tejidos sociales, del repliegue en el hogar.

En el estudio que hicimos en Ciudad de México sobre consumo cultural, aparecieron datos impresionantes: por un lado, que sólo el diez por ciento de la población dice ir habitualmente a espectáculos de lo que podríamos llamar la cultura institucional, la que se desarrolla en cines, teatros, salas de conciertos o de baile, lugares de música popular. Por otro, no llegaba al diez por ciento la gente que dice asistir a los espectáculos culturales del propio barrio o a las fiestas patronales, que son muy importantes en México.

Se une la hipótesis de que en una ciudad muy grande disminuye la asistencia a aquellos lugares que están en el centro o lejos de la residencia. Uno pensaría, entonces, que la cultura más cercana a la propia casa, tendría mayor receptividad, pero no sucede así. Lo que nos queda, es que un 80 por ciento o más de la población tiene como actividad cultural principal la que recibe en su casa: radio, televisión, videos. Se incorporan las industrias culturales a lo

que sucede en la ciudad y las nuevas tecnologías empiezan a recrear los lazos sociales urbanos. Esto me parece muy importante porque muchos países dedican la mayor parte de sus presupuestos, de sus políticas culturales, a atender tal cultura institucional.

Sin embargo ese conjunto de actividades de las dos vertientes culturales, tanto la popular tradicional como la institucional, cubre una minoría. La cultura que realmente es mayoritaria, la más popular en el sentido de audiencias masivas, es la cultura popular moderna, la que transmiten los medios de comunicación. Manifestaciones de las industrias culturales que se dejan a la empresa privada.

Paralelamente, a medida que crecen las ciudades disminuyen los lugares de uso público. Una mayor urbanización desurbaniza, pues propicia una menor participación en la vida pública de la ciudad, originando un repliegue en el hogar.

Lo público se instala de otro modo en la ciudad. Se reduce, en cierto sentido, si lo seguimos entendiendo como la participación ciudadana en los espacios compartidos, abiertos, de la ciudad. Sin duda habría mucho por analizar. Por ejemplo cómo esta reorganización de lo público y lo privado, repercute en la actividad política, que ha disminuido su sentido y su valor, en cuanto manifestación pública legitimadora de la representación y la participación política.

Además, la presencia de la televisión y de los satélites de comunicaciones, hace que se puedan recibir los mismos bienes culturales, tanto en la ciudad como en el campo, lo que borra un poco las fronteras entre lo urbano y lo rural. Es un fenómeno relativamente reciente que obliga a repensar las políticas culturales y los hábitos de la gente.

Todos estos nuevos fenómenos hacen que sea necesario replantear los modos de narrar la ciudad. Veamos cómo desaparecen los cronistas.

En el estudio estamos preguntándonos cómo se ha ido transformando el lazo social en el sentido de

pertenencia a una misma ciudad. En otras épocas era generado por la interacción cara a cara, por los encuentros directos de las personas, por la capacidad de abarcar el conjunto del espacio urbano. Cuando se supera cierta escala, 8 ó 10 millones de habitantes, la ciudad se disemina en un territorio muy grande, imposible de abarcar en su totalidad.

Los que viven en las periferias comienzan a tener las propias actividades laborales y de consumo a su alrededor. Casi no van al centro de la ciudad. Y los que viven en el centro no tienen mucha noción de lo que pasa en la periferia.

No hay cronista, en el sentido tradicional, que pueda narrar lo que ocurre en ese tipo de ciudades. Siguen existiendo en México algunos nombres muy interesantes como Carlos Monsivais, Elena Poniatowska y José Joaquín Blanco. Sin embargo, mucho más significativa que la acción que ellos puedan realizar, es la que todos los días hacen los medios electrónicos de comunicación masiva.

También surge otra forma de narrar la ciudad, ya no sólo a través de la crónica periodística, o de televisión o de radio, sino de lo que Manuel Castells llama la ciudad informacional: una ciudad comunicada a través del fax, el teléfono, la computadora, las redes bancarias, los sistemas de teléfonos inalámbricos o celulares. Una comunicación muy deslocalizada, invisible. No sólo no están presentes las personas sino que no se sabe dónde están. Vivimos en grandes urbes, en ciudades videoclips, donde todas las acciones son un montaje caótico y desjerarquizado de comportamientos. Se acaba la jerarquía del centro histórico y de ciertas vías vertebrales, que eran los ejes organizadores, los puntos de referencia a los cuales se remitía el conjunto de las conductas de la ciudad. Ahora vivimos en ciudades multifocales, diseminadas, desterritorializadas.

Tomado de la revista *Magazin Dominical*, del diario *El Espectador*, Bogotá, Colombia, N° 477, 17, de noviembre de 1991.

Néstor García Canclini

EL PERSONAJE:

- Antropólogo.
- Director del Programa de Estudios sobre «Cultura urbana» en la Universidad Autónoma Metropolitana de México.
- De nacionalidad Argentina, pero residente desde hace un buen tiempo en México, lugar donde ha desarrollado su más importante trabajo investigativo.

PUBLICACIONES:

Libros:

- *La producción simbólica*. Siglo Veintiuno Editores (Tercera Edición). México, 1986.
- *Políticas culturales en América Latina*. (Compilador). Tiene la Introducción: «Políticas culturales y crisis de desarrollo: un balance latinoamericano». Editorial Grijalbo/colección Enlace. México, 1987.
- *Cultura Transnacional y Culturas Populares*. (Editor conjuntamente con Rafael Roncagliolo). Tiene la Presentación y el capítulo I de la Primera Parte: «Bases teóricas-metodológicas para la investigación». IPAL (Instituto para América Latina). Perú, 1988.
- *Las culturas populares en el capitalismo*. Nueva Imagen. México, 1989. También se puede encontrar en Ediciones Casa de las Américas.
- *Culturas Híbridas*. Editorial Grijalbo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1989.
- *El Consumo cultural en México*. (coordinador-compilador) Aunque hay varios textos de él: Cap. I: «El consumo cultural y su estudio en México: una propuesta técnica» y el Cap. II: «Culturas de la ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano» (conjuntamente con Mabel Piccini). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1993.
- *La cultura en la ciudad de México*. Colección de Cuadernos «Cátedra Permanente Imágenes Urbanas» N° 1, FUNDARTE-Ateneo de Caracas. Caracas, 1993.
- *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo. México, 1995.

Artículos de Revistas, Ponencias y Capítulos de Libros

- «Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular». En la revista Nueva Sociedad N° 71. Marzo, Abril 1984. Caracas, 1984.
- «¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?». En el libro colectivo *Comunicación y culturales populares en Latinoamérica*. Editorial Gustavo Gili-FELAFACS. México, 1987.
- «Ni folklórico ni masivo: ¿Qué es lo popular?». En la revista DIA-LOGOS de la Comunicación. N° 17, junio de 1987. Perú, 1987.
- «La cultura visual después de la muerte del arte culto y popular». En el libro colectivo *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*. Editado por CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. No indica país. 1988.
- «Culturas Híbridas». En la revista TELOS. N° 19, septiembre-noviembre 1989. Madrid, 1989.
- «La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu» (Introducción). En el libro *Sociología y Cultura*. Editorial Grijalbo, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1990.
- «El Consumo sirve para pensar». En la revista DIA-LOGOS de la Comunicación. N° 30, 1991. FELAFACS. Perú, 1991.
- «Cultura y Nación. Para qué no nos sirve ya Gramsci». En la Revista Nueva Sociedad. N° 115, septiembre-octubre 1991.
- «Memoria e innovación en la Teoría del Arte». Ponencia mimeografiada. Caracas, 1992.
- «Los estudios sobre comunicación y consumo: el trabajo interdisciplinario en tiempos neoconservadores». En la revista DIA-LOGOS de la comunicación. N° 32, marzo de 1992. Perú, 1992.
- «La cultura visual en la época del posnacionalismo. ¿Quién nos va a contar la identidad?». En la revista Nueva Sociedad. N° 127, septiembre-octubre 1993. Caracas, 1993.
- «Comunicación y consumo en tiempos neoconservadores». En la revista *Comunicación*. N° 81, primer trimestre 1993. Caracas, 1993.
- «Cultura y Sociedad. Homogeneización y pluralidad cultural. Universalismos y particularismos». Ponencia presentada en el XIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Publicada por la revista venezolana de sociología y antropología FERMENTUN, Año 3. Especial 6 y 7. Enero-agosto 1993-ULA-Mérida-Venezuela.

Algunos comentarios y/o análisis sobre su trabajo e investigación:

- Montaldo, Graciela.- «Estrategias del fin de siglo». En la revista Nueva Sociedad. N° 116. Noviembre-diciembre 1991. Caracas, 1991.
- Martín-Barbero, Jesús.- «Sobre culturas híbridas...». En la revista DIA-LOGOS de la Comunicación. N° 31, septiembre de 1991. FELAFACS. Perú, 1991.
- Martín, Gloria.- *Metódica y melódica de la animación cultural*. Alfadil Ediciones. Colección Trópicos. Caracas, 1993.
- Arraiz Pinto, Yubirí y Gamboa, Norah.- *Cuando la ciudad se entreteje en su tradición...* Editado por la Fundación Carlos Eduardo Frías. Colección Canfúcula. Caracas, 1994.

INFORMACIONES



**RECONOCIMIENTO
AL AMIGO
JESUS MARIA AGUIRRE**



Nos enteramos de casualidad. Conversá-
bamos con uno de los miembros del Jurado al
Premio Andrés Mata, premio éste que se
entregó por vez primera el 3 de noviembre de
este año y que intenta «fomentar la cultura
investigativa entre los profesionales del pe-
riodismo escrito», y nos refería su lectura de
uno de los trabajos concursantes: «De la prác-
tica periodística a la investigación en comuni-
cación social, hitos del pensamiento venezo-
lano sobre comunicación social y cultura de
masas». Nuestra grata sorpresa fue que su
autor era Jesús María Aguirre, miembro de
nuestra revista Comunicación y además con
quien hemos sido «cómplices» en experien-
cias dentro del ámbito de la reflexión y la
acción comunicativa/cultural. Al final ese texto
de Jesús María Aguirre resultaba premiado
con la mención Trabajo de Investigación.
¡Felicitaciones!

Estoy convencido, y en esto me seguirán
mis compañeros del Consejo de Redacción de
la Revista y los demás miembros del Centro
Gumilla, que este reconocimiento es bien
merecido. No sólo por su labor docente, de
investigación y promotora en el campo de la
comunicación como disciplina de las ciencias
sociales; sino también por su indudable inter-
rés y dedicación a la formación de las nuevas
generaciones de comunicadores sociales. Se-
ría muy largo enumerar todos sus trabajos
publicados, así como el balance y aporte de
los mismos. Indiquemos solamente que esas
reflexiones parten de una perspectiva muy

COMUNICACIÓN

nuestra, pero sin olvidar nunca la inserción
del objeto comunicacional y cultural en ámbi-
tos teóricos y geográficos más amplios. Ade-
más Aguirre, el «chusma» como mejor se le
conoce, también es hombre que no abandona
el barrio, lo popular, la calle, la teología, las
amistades, ... y desde cada uno de esos espa-
cios da lo mejor de sí porque está convencido
que con un profundo sentido de tolerancia y
respeto en todos los órdenes haremos una
Venezuela distinta.

En entrevista reciente decía que «tiene la
confianza puesta en las nuevas generaciones
porque están mejor preparadas, porque han
crecido enfrentándose a retos considerables.
Se trata de un grupo humano con sentido
práctico, capacitado para poner fin al ilusio-
nismo». Y afirmaba también, que «se acabó
una manera de hacer política, se acaba una
manera de ser profesor e investigador, pero
comienza otro ciclo de rejuvenecimiento del
país». Y concretamente en su ensayo ganador
del Premio Andrés Mata apunta «que en los
noventa se abre un período de incertidumbres
económicas, políticas y culturales, y a la vez
se plantean unos retos para el periodismo y la
comunicación colectiva en un país
sobredotado de recursos de difusión: a) ¿Como
incidir en la función orientativa de la pobla-
ción en los actuales entornos de incertidum-
bre económica, política y moral? ; b) ¿Cómo
revalorizar la función educativo-informal de
todos los medios en los espacios privados y
públicos para el fomento del desarrollo so-
cial? ; c) ¿Cómo utilizar las potencialidades
educativas de las nuevas tecnologías integra-
das con la informática en el ámbito
escolarizado?».

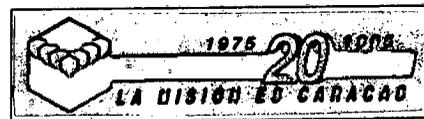
Este es Jesús María Aguirre y su forma de
pensar en su doble faz de hombre intelectual
e investigador relevante y reflexivo sobre las
cosas que están pasando; así como también es
hombre que entiende los signos que nos están
atravesando culturalmente, por lo tanto
comunicacionalmente, y trata de explicarlos
desde una perspectiva crítica pero no encasi-
llada en una teoría y en los tiempos que
dejaron de ser.

Walter Benjamin apuntaba en algún lado
que «la construcción de la vida se halla, en
estos momentos, mucho más dominada por
hechos que por convicciones». Y es un hecho
el reconocimiento que ha recibido Jesús María
Aguirre, pero también tenemos la convicción
por que lo conocemos, que su trabajo es una
rigurosa y firme sucesión de convicciones y
hechos como producto de la acción y la teoría.
¡Un buen merecido reconocimiento!

Marcelino Bisbal



**VEINTE
AÑOS
DE
FUNDARTE**



El pasado mes de Octubre se ha cumplido
el vigésimo aniversario de FUNDARTE. Esta
institución nació en un momento de vacío
cultural formal, en el que todavía no existían
muchas de las instituciones que hoy investi-
gan y realizan el quehacer cultural de Car-
acas, como ciudad, y su proyección hacia el
país. Desde un principio se intentó crear la
base institucional de una organización
municipal, que tuviera, al menos, dos carac-
terísticas fundamentales: estar alejada de las
presiones políticas, lejos del Concejo
Municipal, lejos de los ejecutivos y burocracia
de la Gobernación del Distrito Federal, y
dos, contar, como en otras capitales del mun-
do, con la autonomía y la necesaria agilidad
administrativa, que no suelen existir en los
organismos burocráticos estatales.

Antes, quizás, de que se creara la Funda-
ción Lamas y que naciera el Conac de la mano
de José A. Abreu, la institución por antono-
masía Actora de la labor cultural del país,
nacieron grandes instituciones culturales, apo-
yadas en Fundarte, que hoy son signos inter-
nacionales, de la identidad de Caracas: la
Sinfónica Juvenil, la Orquesta Sinfónica
Municipal, el Ballet de Caracas, la Opera,
los Cuadernos de Difusión, y se consolidaron
el Taller de Danza Contemporánea y el Ballet
de Lidija Franklin, entre otras muchas.

Sin embargo, Fundarte no escapa, sobre
todo, durante sus primeros años, a la
sintomatología de la época, constituyéndose
en una institución cultural que funcionó a
base de liderazgos carismáticos, impulsada
por la capacidad de relación de individua-
lidades particulares. No es de extrañar que
Fundarte se convirtiera también en una insti-
tución ensimismada en sus propias invencio-
nes, que simplemente distribuía subsidios a
diversas organizaciones, para que pudieran
desarrollar, mejor o peor, su labor cultural
particular.

Al llegar a los 20 años, Tulio Hernández,
su director actual, sociólogo e integrante de
las nuevas filas de investigadores venezola-
nos del fenómeno de la comunicación, se
propuso desde un principio la superación de
los modelos anteriores por los que pasó
Fundarte y la redistribución del presupuesto
entre las entidades parroquiales y municipa-
les, para que sean ellas las que organicen su
propia vida cultural. Según Pablo Antillano,
es el moderno concepto de la descentraliza-

ción, de la devolución del poder a sus hipotéticos gestores originarios. Se trata de adaptarnos al nuevo escenario político venezolano, donde los municipios y las gobernaciones son un factor importante para el mejoramiento del país. Quizás sea el esbozo de una pregunta, un intento por definir y desarrollar el nuevo papel de la cultura en una sociedad totalmente empobrecida y desilusionada como la nuestra. A pesar de muchos esfuerzos, la actividad cultural sigue siendo una actividad de minorías y todos los discursos sobre la democratización de la cultura siguen siendo todavía un sueño, pero no acciones perceptibles.

Tulio Hernández trata de hacer realidad un paso cualitativo más en el proceso: la integración de estrategias y políticas nacionales, con las de las gobernaciones y municipios. Esto último vendría a significar una forma diferente de pensar las cosas en el desarrollo de la cultura. Por eso no es de extrañar que los que viven fundamentalmente del poder y la influencia se le hayan opuesto en el ámbito del debate y de la resistencia al cambio. Hemos presenciado más de una vez los gritos desafinados del poder político, pretendiendo recuperar el poder perdido hace veinte años. Según los pensadores de la moderna Venezuela, los políticos no aparecen en las páginas culturales por sus libros, ni por sus aportes a la imaginación y al arte, sino que se hacen notar tras el escándalo y la notoriedad especulativa. Siempre escudándose en el poder. Fundarte, y Tulio Hernández con la Institución, ha atravesado muchas tormentas, a veces sólo huracanes de niebla electoral, viéndose acosada por estos personajes. Por el momento ha sobrevivido y esperamos que siga así.



RENUNCIA A LA COMISION DE ETICA DE LA TV

Carlos Delgado Chapellín renunció ayer a la Comisión de Ética de la Televisión la cual se creó a mediados de junio pasado por iniciativa propia de los canales y cuyo objetivo fundamental era el de elevar la realidad educativa y formativa de la televisión venezolana.

La renuncia de Delgado Chapellín ex-ministro de Relaciones Interiores se produjo por las reiteradas violaciones por parte de los principales canales comerciales a las normas establecidas en el código de Ética que los mismos empresarios de televisión se comprometieron a cumplir.

Por el afán de competencia comercial por dominar el rating se violentan todo tipo de acuerdos y los principios éticos que la televisión venezolana estableció por iniciativa de los propios canales, cuando se creó la Asociación de Televisión Venezolana ASTEVE, dijo Delgado Chapellín.

Bajo el nombre de Asociación Civil Televisión Venezolana, ASTEVE cuyos asociados son las plantas de televisión comerciales nacionales y regionales, se intentó establecer un código de ética de la televisión, mediante

unos estatutos que se establecieron, cuyas sanciones incluyen amonestaciones de diversa índole y hasta multas millonarias.

Explicó Delgado Chapellín, que la idea básica era mejorar fundamentalmente la calidad de la televisión haciendo especial énfasis en el cumplimiento de los principios éticos acordados por las partes. Se trataba pues de una especie de pacto de caballeros para elevar los contenidos programáticos y establecer una autocensura entre los mismos empresarios.

Señaló que en un principio aparentemente existía el buen deseo de cumplir con esas disposiciones, a medida que fue pasando el tiempo vino una especie de relajamiento en el cumplimiento del acuerdo.

En más de una oportunidad, Delgado Chapellín se vio obligado a aplicar sanciones de diferente orden y se iniciaron procedimientos sancionadores contra casi todas las plantas de televisión, porque todas incurrieron en uno u otro momento en irrespeto no sólo al acuerdo ético establecido sino también a las buenas costumbres.

Milagros Durán



LA MARCHA DE LOS PERIODISTAS

Por la defensa de la libertad de expresión, la colegiación, la Ley de Ejercicio del Periodismo y el Derecho a la Información, el gremio periodístico venezolano realizó con normalidad, el 17 de octubre pasado, la marcha preparada por el Colegio Nacional de Periodistas y el Sindicato Nacional de la Prensa. La marcha se inició en la Plaza La Candelaria y concluyó con una concentración en la Corte Suprema de Justicia. Durante el recorrido estuvieron presentes el presidente del Colegio Nacional de Periodistas, Eduardo Orozco, el secretario del Colegio Nacional de Periodistas, seccional Distrito Federal, Luis Zambrano; el secretario del SNTF, Gregorio Salazar; los secretarios de otras seccionales del país, el dirigente gremial Eleazar Díaz Rangel, representantes de los gremios profesionales, periodistas de Caracas y provenientes del interior del país; el presidente de la Comisión de Medios del Congreso de la República, Manuel Isidro Molina y como invitado el presidente de la Asociación que agrupa a los periodistas costarricenses, José Cordero, quien acompañó a los participantes entoda la marcha.

Durante el recorrido, los participantes al llegar frente al edificio del diario El Universal, uno de los abanderados de la lucha contra la Colegiación obligatoria, se detuvieron y vociferaron consignas en favor de la libertad de expresión y la Ley de Colegiación, temas que fueron ampliados por el presidente de la Comisión de Medios del Congreso Nacional, Manuel Isidro Molina al llegar a la Corte Suprema de Justicia.

El presidente del C.N.P., Eduardo Orozco, dijo que con la marcha se expresa ante la



opinión pública, los medios de comunicación social y todos los sectores de la vida nacional, nuestra firme disposición en defensa de la libertad de expresión y el derecho de los periodistas de estar colegiados, tal como se pauta en el artículo 82 de la Constitución. Esta marcha demuestra a los empresarios y a los miembros de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), reuni-

dos estos días en Caracas, que existe un gremio dispuesto a luchar hasta el final de la campaña que han divulgado por toda la América Latina en contra de los periodistas venezolanos y la Ley de Ejercicio del Periodismo.

Orozco catalogó como groseras las injerencias de la SIP en las decisiones que se realizan en el país, con respecto a la Ley de Colegiación, especialmente las de la Corte Suprema de Justicia. No es posible que empresarios que no conocen nuestras leyes monten el show de su asamblea para presionar directamente a la Corte Suprema de Justicia contra una ley venezolana. Por su parte Molina manifestó que la intención de la SIP y el Bloque de Prensa Venezolano no es sólo acabar con la Ley de Ejercicio de Periodismo, sino con la colegiación obligatoria de todos los profesionales del país. La marcha es para evitar la injerencia extranjera, que intenta arrogar la soberanía venezolana para darnos sus leyes y eso debemos evitar, dijo.

También intervino el presidente del Colegio de Periodistas de Costa Rica, José Cordero, quien expresó que la SIP primero dirigió sus cañones contra el Colegio de Periodistas de su país, pero no nos pudo vencer y por eso se vino para Venezuela, y estoy seguro que no lo podrá vencer, ni doblegar, porque el gremio lo que defiende es el interés del pueblo a tener una veraz información, derecho fundamental de los derechos humanos.



EL CIERRE DEL DIARIO DE CARACAS

El Grupo IBC atropelló toda la normativa jurídica para acabar con la contratación colectiva y utilizó todos los medios informativos de la corporación para presentar a los trabajadores como los responsables de la crisis de la empresa.

Los mecanismos utilizados por el Grupo IBC para justificar el cierre, supuestamente definitivo de El Diario de Caracas, fue el peor epiflogo que pudieron darle a esta interesante experiencia editorial. Reafirmó que los criterios gerenciales a nivel de la difusión masiva nunca son respetuosos de los derechos laborales ni coherentes con la función democratizadora que les correspondería ejercer.

La corporación pudo haber dicho, señoras, señores, esto se acabó. A algunos de ustedes los podemos ubicar en otros medios del Grupo IBC, a todos los vamos a dar su liquidación como ordena la ley y quedamos

en paz. Pero no, se llevó a la dirección del periódico al señor Vladimir Gessen, personaje nefasto en la historia política del país, y que ya tenía amplia experiencia tratando situaciones laborales, siempre en desmedro de la posición de los trabajadores.

El joven ejecutivo Arnaldo Salazar, que ya había tenido una actuación destacada contra los profesionales de la comunicación social en Radio Caracas Radio, ocupó la gerencia general de la empresa. Habló de los planes de reestructuración global, de los proyectos de actualización para equipararnos a las más importantes empresas internacionales (The New York Times, The Guardian, El País, etc.). Se creó una comisión con participación ad-honorem de varios trabajadores para analizar el proceso global de producción del periódico y mejorarlo.

Se propuso a los trabajadores de redacción congelar durante un año la discusión de la contratación colectiva y llegar mientras tanto a un acuerdo de incremento salarial.

Los trabajadores accedimos. La oferta de la empresa consistía en un incremento del 35% sobre nuestro salario vigente (62.000) más otro 10% sin incidencia sobre prestaciones sociales y 5.5% para caja de ahorros. A los seis meses habría un incremento del 10% promedio que se distribuiría de manera variable según el rendimiento laboral. A pesar de lo mísera se aceptó la primera parte de la propuesta y se exigió un incremento más sustancial a los seis meses. La empresa lo negó y la asamblea de trabajadores prefirió que siguiera su curso la discusión de contrato colectivo, que en ese momento, a petición de la empresa, se encontraba en fase de verificación de firmas.

La empresa inició sus medidas de presión. Anunció que ya no había posibilidad de retomar discusiones. No habría incremento salarial en los próximos nueve meses. Cesaba el pago de horas extras. Desde el 29 de junio empezó a salir publicado diariamente en primera página del periódico una nota de advertencia dirigida al público, en la cual se atribuía a la intransigencia de algunos trabajadores cualquier deterioro en la calidad del producto. Los otros medios de la corporación (radio y TV) empezaron a emitir mensajes en esa misma dirección. Comenzó una lluvia de memorandum dirigida a los que no cumplieran labor de distribuir el espacio redaccional de su sección en las guardias de fin de semana (prediagramado, labor que el jefe de sección y el reportero debía coordinar con un diagramador). Empezó la liquidación del personal administrativo.

Los trabajadores decidimos cumplir estrictamente horarios y no prestar colaboración adicional a la establecida en nuestras funciones: informar al Consejo de Delegados del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa (SNTP); exigir derecho a réplica por los mensajes descalificadores de primera página, lo cual nos fue siempre negado. Por no coordinar la labor de prediagramado a varios reporteros no se les recibieron sus textos o fotografías, lo que nos obligó a levantar actas dirigidas a la Inspectoría del Trabajo, atestiguando que los colegas sí habían cumplido su labor. Fue entonces cuando comenzaron a

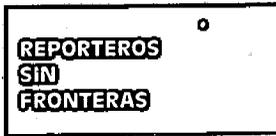
salir los espacios en blanco en las páginas interiores del periódico con un mensaje destacado atribuyendo a los trabajadores la responsabilidad por esos vacíos. Por esa vía llegó el 10 de julio la decisión unilateral de la empresa de suspender la circulación del periódico y se llevaron varios tribunales del trabajo para tratar de implementar calificaciones de despido.

La posición de los trabajadores sólo pudo salir a la calle a través de contados espacios radiales. Los otros medios negaron los espacios que el SNTP tiene supuestamente a su disposición en los periódicos de acuerdo con los respectivos contratos colectivos. Sólo pudo ser publicado un aviso en El Nacional con un precio cercano al cuarto de millón de bolívars costado por los propios trabajadores e insertado a través de una agencia publicitaria.

Mientras tanto seguimos en nuestros puestos de trabajo, escribiendo y haciendo fotografías para un periódico que no saldría más. Los trabajadores de redacción, producción, rotativa y distribución agrupados en el SNTP, ASOTIP y SUTAG, coordinamos acciones y gestionamos ante la Comisión de Medios y la Comisión de Asuntos Sociales del Congreso Nacional una interpelación conjunta de los directivos de IBC, la cual tuvo lugar el día 20 de julio. Allí el Sr. Marcel Granier, presidente de El Diario de Caracas, asumió públicamente la responsabilidad del cierre y el fracaso del periódico, admitiendo que era el resultado de la crisis económica del país, la crisis propia que la empresa arrastraba desde hacía varios años y al fracaso de la gerencia para adoptar oportunamente medidas que evitaran el cierre.

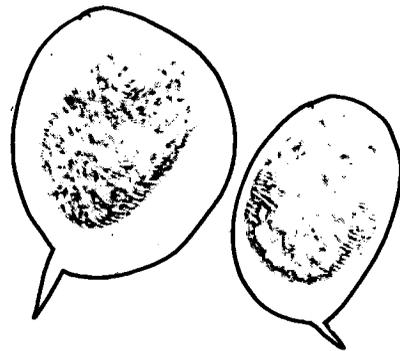
El día anterior, 19 de julio, empresa y trabajadores firmaban un acta en la cual se aseguraba el pago de liquidación doble. No ha podido hacerse efectivo el derecho a réplica de los trabajadores a pesar de haber comprometido Marcel Granier su palabra en ese sentido. Así falleció una publicación que nació haciendo gala de un periodismo en profundidad, manejo dinámico del recurso fotográfico y atractiva diagramación, y que se había ganado un puesto relevante en la dinámica socio-política del país.

Informa. Red de Corresponsales Populares. N°86, octubre 1995



Jean Louis Buchet, miembro de Reporteros sin Fronteras, asociación internacional independiente fundada en 1985 por iniciativa de un grupo de periodistas franceses, presentó a El Universal el sexto informe anual de la organización, según el cual, 1994 fue un año negro para el periodismo.

Indica el informe que durante el año pasado, más de 100 periodistas fueron asesinados —más que en cualquier otro año— y al menos 130 encarcelados. Todos fueron víctimas de guerras de terrorismo político o religioso, de crímenes mafiosos y hasta de un



genocidio, específicamente en Ruanda, en donde perdieron la vida la mitad de los periodistas titulados de este país, en un intento por esconder la verdadera situación que se vive en la nación africana.

Sin embargo, afirma Buchet, a los retrocesos sufridos en algunos países, como la antigua Yugoslavia, Libia, Birmania o Iraq, hay que contraponer los avances obtenidos en otros países donde adelantos gracias a un mayor respeto a la democracia y especialmente a la libertad de expresión. Es el caso, afirma Buchet, de Argentina, Eslovenia, Haití, Marruecos o Nepal, entre otros.

Las estadísticas indican que el año pasado tres de cada cuatro periodistas asesinados perdieron la vida en Africa. Europa ocupó el segundo lugar de muertes, 15 en total, siguió Asia con ocho, el Medio Oriente con dos y América Latina, con uno, aun cuando la organización está en estos momentos investigando dieciséis casos de periodistas presuntamente asesinados.

En relación con los periodistas encarcelados, la lista la encabeza el continente asiático, con cerca de 50 profesionales en prisión, especialmente en China, Birmania y Vietnam, después sigue el Medio Oriente, luego Europa —casi todos en Turquía—, América Latina, básicamente en Cuba y Perú y por último Africa, la mayoría en Etiopía. Cabe destacar que en Libia está encarcelado desde hace 22 años, Abdullah Alí al-Sanussi al-Darrat, sin haber sido juzgado, ni procesado y sin ni siquiera conocerse el lugar de su prisión.

Todos estos datos, afirma Buchet, demuestran que sólo unos 20 países, fundamentalmente las democracias occidentales, pueden enorgullecerse de respetar la libertad de prensa, lo que quiere decir que menos del 10 por ciento de la humanidad tiene ese privilegio.

La organización tiene representantes en más de 80 países, casi todos ubicados en Europa. Proximamente, aseguró Buchet, Venezuela tendrá el suyo, como ya lo tienen varios países latinoamericanos.

En la actualidad, Reporteros sin Fronteras se encuentra investigando más de 400 denuncias sobre violación a la libertad de prensa, en 152 países. En Perú, por ejemplo, en donde se encuentran encarcelados varios periodistas acusados de pertenecer a grupos terroristas, la organización está haciendo una

serie de diligencias, aprovechando que varios congresistas son profesionales de la comunicación.

«A través de ellos se está presionando al Gobierno, para lograr su liberación, siempre y cuando se compruebe que no son terroristas».

En Cuba, continuó Buchet, Reporteros sin Fronteras brinda apoyo al periodista Indamiro Restano Díaz, quien estuvo encarcelado mucho tiempo, logró su libertad e incluso volvió a Cuba después de vivir varios años en el extranjero, a fin de organizar una agencia de información. «Aparte del apoyo técnico, se está tratando de brindar ayuda profesional, en vista de que la mayoría de los reporteros de este país jamás han salido fuera de sus fronteras, lo que dificulta el ejercicio de la profesión».

Buchet también hizo referencia a la creación de un sistema de apadrinamiento para periodistas encarcelados, a través de medios de comunicación independientes, que se comprometen a movilizarse hasta lograr la libertad del detenido, aparte de informar constantemente sobre los casos específicos y mantener la atención de la opinión pública sobre los mismos.

La asociación, finalizó Buchet, ha sido admitida como organización consultiva ante la Comisión de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, la Unesco y el Consejo de Europa y es Observador ante la Comisión Africana de los Derechos Humanos y de los Pueblos.

I. M.

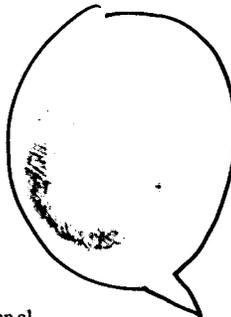
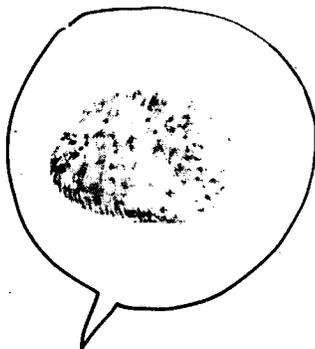


TENDENCIAS ACTUALES DE LA INVESTIGACION EN COMUNICACION EN MEXICO

Entre los días 22 y 23 de junio se realizó en la Ciudad de México el VIII Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación, convocado por la AMIC (Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación). El evento estuvo organizado en cuatro mesas de trabajo: «Los medios frente a la crisis», «Política de comunicación: reflexiones y propuestas», «Resultados y propuestas de proyectos de investigación en comunicación» y «Tendencias actuales de la investigación en comunicación». La presente reseña da cuenta de las ponencias presentadas en esta última mesa de trabajo, que tenía como objetivo ofrecer un panorama de las principales líneas de investigación en México y reflexionar sobre el futuro de la actividad investigadora en el país.

Se publica más pero continúa la concentración

Raúl Fuentes del CONEICC-ITESO (Guadalajara) inició la sesión presentando su último trabajo de análisis bibliométrico que abarca la investigación en comunicación publicada en México desde 1986 hasta 1994



(Fuentes ha realizado un estudio anterior en el que analizó el periodo que va desde 1956 hasta 1986). Según el ponente, desde 1980 comienza en México una etapa de crecimiento sostenido de la investigación en el campo, puesto que desde 1980 hasta 1994 se ha publicado el 84% de toda la investigación mexicana en comunicación.

Unido a este dato, señaló que se percibe una tendencia a la formalización de los mecanismos de publicación con una ampliación del universo de revistas especializadas: de las 10 revistas existentes a fines de 1994, sólo una (Cuadernos de Comunicación) existía antes de 1986. La forma de publicación más frecuente es el artículo (el 67% de lo publicado), seguido por los libros de carácter colectivo (¿por crisis?, ¿por trabajo en equipo?, se preguntaba Fuentes).

Como posibles razones para explicar la tendencia de crecimiento en la producción de publicaciones, señaló la presión por publicar impuesta por los nuevos sistemas de evaluación profesional y una cierta descentralización de la actividad investigadora en el país: antes de 1986, el 85% de la investigación se concentraba en México D.F., entre el 86 y el 94, el 56% de los estudios en comunicación se realizaron en México D.F., el 27% entre Guadalajara y Colima y el 3% en otros estados entre los que destacan Monterrey y Puebla.

«Estas cifras no deben llamar a engaño —precisó Fuentes—, pues quizás estamos frente a un proceso de centralización periférica o bipolaridad entre los ejes México D.F. y Guadalajara-Colima, pues más del 70% de las publicaciones fueron generadas por investigadores de sólo 6 instituciones (cuando en México hay más de 100 dedicadas a la enseñanza de las ciencias de la comunicación): UNAM, UAM - Xochimilco, ITESO, Univ. de Guadalajara, Univ. de Colima y Univ. Iberoamericana». Esta concentración, explicó, se debe a que la investigación de la comunicación en México está ligada a proyectos institucionales con apoyos y financiamientos fundamentalmente públicos («las universidades no financian»).

Finalizó su ponencia diciendo que en el país sigue siendo fuerte la tendencia a centrar los estudios en los «grandes medios de comunicación», sin embargo, desde el 1986 en

adelante estas investigaciones parecen ser menos generalistas y más interesadas en la observación de variables contextuales: locales, regionales y nacionales. Añadió que los medios audiovisuales tradicionales (TV y radio) son cuatro veces más estudiados que el video o el cine y que la prensa o las revistas, y que las tesis de post-grado (7 de doctorado y 22 de maestría) no se centran en la comunicación en sentido restringido, sino que están relacionadas con las ciencias sociales y la educación.

Las noticias internacionales en TV y su recepción en 8 países

Guillermo Orozco de la Universidad Iberoamericana (México, D.F.) centró su ponencia en los resultados de una investigación realizada en 1993 sobre la recepción de noticias internacionales televisadas en las familias mexicanas. Este estudio financiado por la AIERI Y UNESCO pretende comparar datos generados con el empleo de metodologías cualitativas en 8 países entre los que se encuentran Inglaterra, Dinamarca, Israel, Bielorrusia, Italia, India y México.

El estudio contó con tres pasos. El primero consistió en recoger (durante una semana del 93) datos sobre el número de horas dedicadas a los noticieros en TV, el número de noticias internacionales transmitidas y los temas tratados. Resultados preliminares arrojan que México, dentro del conjunto de países estudiados, transmite unas 182 horas de noticias/semana (25% del total de horas televisadas), que resulta un poco mayor al de Italia y Bielorrusia (aprox. 150 horas/semana) y muy superior al de Inglaterra y Dinamarca (aprox. 112 horas/semana). En general, la tendencia parece ser que es mayor la cantidad de horas dedicadas en TV a las noticias en los países menos democráticos (México, Bielorrusia) y más polarizados políticamente. (India, Israel).

Simultáneamente, el segundo paso consistió en entrevistar durante la semana, de 93 escogidas, a los miembros de unas 15 familias (en total 56 entrevistas) y el tercer paso fue realizar durante los dos últimos días de esa semana entrevistas con todos los miembros de la familia mientras veían el noticiero.

La codificación y comparación preliminar de los resultados, señaló Orozco, indican que en todos los países estudiados la TV parece ser el medio preferido para seguir las noticias internacionales; sin embargo, en relación con el uso de estas noticias como estimulantes para la participación ciudadana y la conformación de una cultura política, en aquellos países considerados como más democráticos, los receptores señalaron que las noticias internacionales podían estimularlos a colaborar con campañas humanitarias, redacción de cartas a los gobiernos o participar en ONG's. Mientras que en países considerados menos democráticos, la opinión general era que las noticias internacionales servían para estar informados pero que no les motivaba a ningún tipo de participación.

Guillermo Orozco finalizó su exposición puntualizando que este estudio no tiene como

objetivo la «representatividad» de los resultados, sino indagar ciertas tendencias y arrojar líneas de reflexión sobre la recepción de las noticias televisadas. Así mismo señaló que se publicará un libro con los resultados de este estudio internacional.

Las ofertas culturales en México desde 1900

Jorge González de la universidad de Colima (Colima) centró su ponencia en los resultados del Programa Cultura, cuyo objetivo central es proporcionar «datos concretos», «información descriptiva básica» sobre la cultura contemporánea en México.

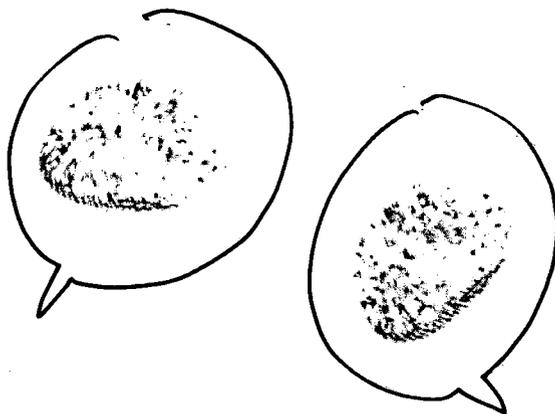
«El Programa Cultura —dijo— entiende la formación de la cultura contemporánea mexicana en dos trayectorias que se cruzan en tiempos y espacios de manera diferente. Por un lado, la trayectoria de las Ofertas Culturales; y por otro, la trayectoria de Públicos. Nosotros entendemos que los públicos no están dados de antemano, sino que se van conformando. Es este proceso de construcción de los públicos, lo que intentamos recoger».

La exposición de González se centró en la presentación de algunos resultados del estudio sobre ofertas culturales, realizando en 10 ciudades mexicanas (entre las cuales se encuentran Colima, Guadalajara, León, Mexicali, Tijuana, Veracruz, México D.F. centro, México D.F. sur, Morelia y Monterrey) con la participación de 127 investigadores y colaboradores aproximadamente.

En este proyecto, las ofertas culturales han sido agrupadas en los siguientes campos: Religión, Salud, Medios de Difusión Colectiva, Cultura Legítima-Bellas Artes, Alimentación, Abastecimiento y Diversión. A cada uno de estos campos corresponden categorías para desagregar los datos; por ejemplo, el campo de los medios de difusión colectiva incluye información sobre imprentas, periódicos, productoras de discos, productoras de video, estaciones de radio, estaciones de televisión, etc. La información recogida abarca dichas ofertas desde principios de este siglo hasta 1980 (la meta es la actualización continua) agrupadas en 4 períodos: 1900-1920 (etapa pre-revolución). 1930-1940 (post-revolución); 1950-1960 (modernización) y 1970-1980 (crisis del modelo de desarrollo).

Con todo este conjunto enorme de datos se ha elaborado un «software» ad hoc, que permite consultar y cruzar los campos culturales (y los subcampos), las ciudades y los períodos y obtener tablas y también una cartografía cultural. «Pretendemos, señaló González, que para fin de año tengamos la versión definitiva de la base de datos, con toda la información validada. Nuestra idea es distribuir este paquete entre quienes lo soliciten: universidades, partidos políticos, centros de investigación en o fuera de México. Además pensamos realizar una publicación de 5 tomos con los resultados tanto de la investigación de las ofertas culturales como la de los públicos».

Explicó que el estudio de públicos se ha realizado recogiendo la historia oral de 30



familias en cada una de las ciudades que han participado en el programa. Empleando metodologías de historias de vida y de familias se ha pretendido dar cuenta de la construcción de los públicos. «Las condiciones que debían cumplir esas 30 familias eran, en primer lugar, que se dejaran entrevistar por supuesto y, en segundo lugar, que tuvieran por lo menos un miembro vivo de las 3 últimas generaciones, que el de la última generación tuviera por lo menos 20 años de edad y que las 3 generaciones hubieran vivido siempre en la ciudad».

Finalizó diciendo "aquí están los datos, ahora les toca a los investigadores mexicanos comenzar a formular las preguntas y los problemas para explicarlos y ponerlos en relación con otras preguntas y otros problemas".

Otros temas: «Psicoanálisis y comunicación», «Comunicación institucional y publicidad» y «Medios de comunicación y procesos electorales».

Enrique Guinsberg de la UAM-Xochimilco centró su exposición en la necesidad de enfrentar los estudios de comunicación desde una perspectiva multidisciplinaria. Inició su ponencia con la pregunta "¿Es posible explicar sólo desde la comunicación los resultados electorales de 1994 en México? ¿O estamos frente a la necesidad de buscar más allá de lo comunicativo explicaciones más profundas para los comportamientos electorales?"

Después de definirse como «intruso» por venir del campo del psicoanálisis, Guinsberg señaló que un problema neural en comunicación como es la recepción debería estudiarse desde conceptos como la subjetividad. «Guillermo Orozco que está a mi lado, dijo Guinsberg, y que lleva mucho tiempo estudiando la recepción, sabe lo difícil que es acceder a la mente del receptor».

En su composición repasó algunos de los conceptos aportados por Freud que permitirían relacionar la formación del sujeto con los procesos de recepción de los mensajes massmediáticos; y como nociones cómo el principio del placer y el principio de realidad podrían explicar la relación de los sujetos con los medios de comunicación.

Mauricio Guerrero del Centro Avanzado

de Estudios de Comunicación (CADEC, México D.F.) repasó en su exposición las principales tendencias en el estudio de la comunicación institucional y la publicidad. Guerrero señaló que en México es cada vez mayor el interés por el estudio de estas áreas y que después de un período inicial (en décadas de los 60's y 70's) cuando ambos campos se entendían como uno solo, se ha producido una separación y especialización creciente.

En relación a la Comunicación Institucional, las investigaciones se centran en las microestructuras dentro de las organizaciones y el uso de la comunicación para la productividad, la motivación y la cohesión de públicos. Los estudios existentes, señaló, podrían enmarcarse dentro de tres áreas: Comunicación Mercadológica, Comunicación Organizacional y Comunicación Institucional.

En Cuanto al campo de la Publicidad, los estudios se centran en la práctica publicitaria, el análisis del mensaje publicitario, análisis de consumidores y creatividad en la publicidad.

Francisco Aceves de la Universidad de Guadalajara comentó en su ponencia los resultados preliminares de su investigación sobre los medios de comunicación y los procesos electorales. «En México es a partir de 1988 cuando comienzan a estudiarse la cobertura de las campañas electorales por parte de los medios de comunicación». Esto, señaló Aceves, motivado por la nueva experiencia de competencia electoral con la presencia de varios partidos cuyos candidatos eran "presidenciales".

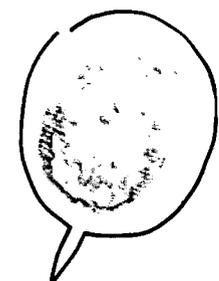
En el inicio de exposición, Aceves señaló que, según pudo constatar, buena parte de la literatura mexicana relacionada con medios de comunicación y campañas electorales está anotada teóricamente a los planteamientos Lazarsfeld en los trabajos de "The People Choice" y "Personal Influence". Esto lo motivó a iniciar la revisión de investigaciones más recientes tanto en Norteamérica como en Europa, para buscar nuevas claves de interpretación.

La investigación, realizada en 1994, consistió en el análisis del tratamiento informativo dado a los candidatos del PRI, el PAN y el PRD en una muestra de prensa, radio y TV, y tres sondeos de opinión durante los seis meses de campaña electoral.

Algunos resultados del análisis de contenido muestran cómo a nivel formal, los medios de comunicación dieron un tratamiento equilibrado (en cuanto a tiempo y extensión) a cada uno de los partidos mencionados; pero la descalificación o el apoyo hacia los candidatos se manifestó en manejos sutiles en el contenido difícilmente discriminables en una situación cotidiana de recepción de las noticias.

Uno de los datos más destacables de los sondeos realizados, comentó el ponente, es como a lo largo de la campaña electoral los entrevistados manifestaron que la televisión era el medio de comunicación preferido para seguir las noticias del proceso electoral, más allá de la atribución de credibilidad otorgada a otros medios.

Maritza Guaderrama H.

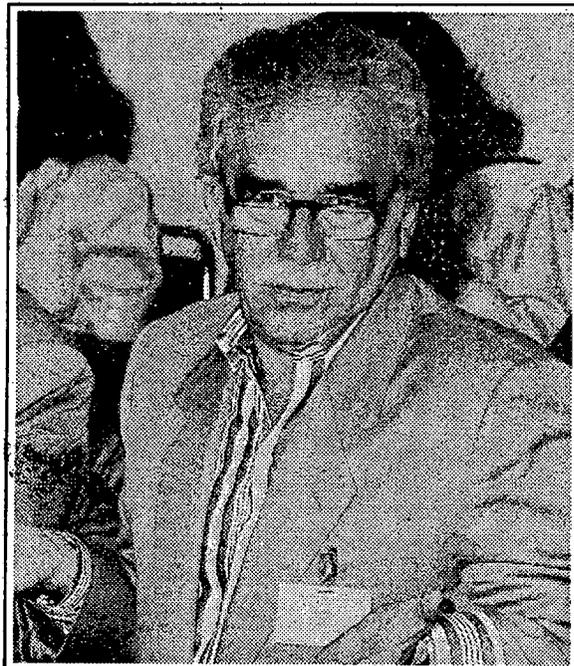


**LIBROS DEL TALLER DE CINE:
ASÍ DE SIMPLE 1, ME ALQUILO
PARA SOÑAR, LA DOBLE MORAL
DEL CINE, COMO SE CUENTA
UN CUENTO, EL REGISTRO SONORO.
EDITORIAL EXCELENCIA**

Gabriel García Márquez no le pertenece exclusivamente a la literatura. Desde hace muchos años el escritor colombiano se ha vinculado directamente con el cine. Primero como simple, pero exigente, aficionado durante toda su vida. Después, entre 1954 y 1955, como crítico de El Espectador de Bogotá. Más tarde, ya convertido en escritor conocido, como inspirador de media docenas de obras filmicas. Recuerdo, por ejemplo, «En este pueblo no hay ladrones», del mexicano Alberto Isaacs, la más afortunada adaptación de uno de sus mejores cuentos, o «Eréndira», del brasileño Ruy Guerra, o «Crónica de una muerte anunciada», del italiano Francesco Rosi. Con todo, percibo que la escritura de García Márquez, en su gran mayoría, ha tenido poca suerte en sus versiones para la pantalla (de hecho, el maestro japonés Akira Kurosawa desistió de adaptar «El otoño del patriarca» por considerarla imposible de filmar), lo cual no impide que el narrador costeño siga amando el cine. Desde 1986 preside la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, ha participado como jurado en diversos festivales internacionales e inicio en Cuba hace años la Escuela Internacional de Cine y Televisión, en San Antonio de los Baños, donde dicta un taller de escritura de guiones.

De esa experiencia en la Escuela surge una serie de cinco libros titulada Taller de Cine que la editorial colombiana Voluntad (representada en Venezuela por la editorial Excelencia) ha publicado bajo la dirección del premio Nóbel. En ella se recogen distintas ponencias y trabajos en torno a distintos aspectos de la creación fílmica. Ya se encuentran los títulos en las librerías y he logrado ponerme en tres de ellos. Uno más interesante que el otro. Se trata de lecturas apasionantes, sencillas y directas, que comunican al lector interesado con el universo de creadores que han pasado por esa escuela de cine. Todo aquel que desee profundizar en ese proceso creativo encontrara en estos libros las opiniones de la mejor gente de cine.

El primer libro que abordé fue Así de simple 1, en el cual se recogen las participaciones orales de distintas personalidades de la dirección, la actuación, el guión y la producción. Allí están las palabras y temas de los norteamericanos Robert Redford, George Lucas, Harry Belafonte y William Kennedy; el húngaro István Szabó; los argentinos Fernando Ezequiel Solanas, Fernando Birri, Alejandro Doria y Octavio Getino; el español Francisco Rabal; el brasileño Orlando Senna; los cubanos Héctor García Meza y Julio Gar-



cía Espinoza y del propio García Márquez. Me llamó mucho la atención la actitud creadora y la cultura cinematográfica de Redford, incluida la experiencia del Instituto Sundance, así como la mirada crítica de Szabó sobre las condiciones que acompañan al creador. Una de las lecturas más ilustrativas es la que ofrece el novelista y guionista William J. Kennedy, quien trabajó con Francis Ford Coppola en los ¡47! guiones que se escribieron para «Cotton Club». Cada uno de los expositores viajó a Cuba para hablar directamente con los estudiantes de toda América Latina.

Un título tremendamente interesante es Me alquilo para soñar, una edición muy cuidada de las dieciséis sesiones de un taller de guión que se realizó en la escuela de cine, dirigido por el escritor colombiano con la asesoría del guionista brasileño Doc Comparato (autor del éxito televisivo «Una mujer llamada Malú») y el escritor cubano Eliseo Diego (guionista de «Cartas del Parque», de Tomás Gutiérrez Alea). Participaron como talleristas el colombiano Andrés Agudelo, el nicaraguense Iván Arguello, los mexicanos Susana Cato y Arturo Villasenor, el cubano Manuel Gómez Díaz y el cineasta venezolano Luis Alberto Lamata. Todos trabajaron sobre un tema propuesto por García Márquez a partir de un cuento suyo y siguieron un proceso de trabajo relevador y sorprendente. Todos aquellos interesados en el campo guionístico deberían leerlo. Sería de mucho provecho.

En La doble moral del cine, el guionista, director y teórico del cine Julio García Espinoza recoge sus textos más importantes sobre el desarrollo del cine latinoamericano, desde su famoso y polémico «Por un cine imperfecto», publicado en 1969, cuando el cine cubano y el latinoamericano vivía un

momento de auge, hasta «La electrónica o la cuarta edad del cine», que apareció en 1993, que ofrece un cuadro muy crítico sobre las nuevas perspectivas creadoras del cine. Con todo, su visión más aguda es la referida al cine latinoamericano de los noventa frente al predominio de la producción estadounidense, que se encuentra en «Por un cine imperfecto 25 años después». Según el teórico cubano, sus planteamientos centrales siguen vigentes.

Los otros dos títulos son Como se Cuenta un cuento, otro taller de guión de García Márquez, y El registro sonoro, del ingeniero de sonido Jerónimo Labrada, los cuales no he podido leer. Cuestión de tiempo.

Alfonso Molina

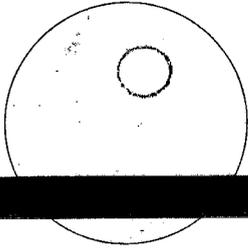
**ANUARIO ININCO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DE LA COMUNICACION UNIVERSIDAD
CENTRAL DE VENEZUELA,
Nº 6, CARACAS, 1994.**

Acaba de llegar (Octubre-95) a nuestras manos el nº6 del ANUARIO ININCO, publicación especializada en temas de comunicación y cultura, que recoge y da cuenta, de manera sintética, de lo producido por el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO) a lo largo del año 1994.

Abre el presente Anuario una colaboración —ingeniosa y llena de ironía— de Mario Kaplún sobre algunas formas de recepción televisiva: respuesta inteligente a quienes, siguiendo la moda, mitifican o sobredimensionan las capacidades críticas del receptor de televisión. Gustavo Hernández presenta, por su parte, dos trabajos que reflejan otras tantas líneas de investigación propias: educación para la radiotelevisión y estructura técnica de la radiotelevisión de Venezuela para 1994. Bernardino Herrera ensaya una «bitácora de investigación» para detectar el papel de la publicidad como parte de la estructura y del sistema mediático venezolano. Ambretta Marrosu hace referencia a aspectos metodológicos para el logro de una historia del cine venezolano, Rosalía Ruocco nos aproxima a la industria editorial venezolana, en su estado actual. Hugo Callelo nos presenta avances de un proyecto de investigación sobre movimientos migratorios en América Latina. Carlos Colina hace una primera aproximación al trabajo teórico del sociólogo alemán Niklas Luhmann. El Anuario que comentamos reproduce también la ponencia presentada por Oscar Lucien dentro del seminario «Medios de Comunicación y Democracia» (UCAB, Caracas, marzo-95).

Estamos seguros de que el ININCO logrará regularizar esta importante publicación anual. Importante en sí misma e importante, sobre todo, por ser el único órgano de expresión pública de tan prestigioso equipo de investigadores de la comunicación.

José Ignacio Rey



Programa de Formación

CENTRO GUMILLA

El Programa ofrece sesiones participativas de dos horas sobre cada uno de los temas de la lista adjunta.

El grupo escoge los temas de su interés, las fechas y horas en que desea tener las reuniones, y el Centro Gumilla aporta un monitor y material de apoyo escrito para los participantes.

Tras un año de experiencia con grupos comprometidos en transformaciones a favor de nuestro pueblo, hemos depurado y estamos complementando nuestro temario a partir de sus críticas y sugerencias. Espere novedades en esta misma página.

Puesto que estamos en la necesidad de autofinanciarnos, anunciamos que sólo podremos mantener los precios con que comenzamos hace un año hasta el final de 1995. Si su grupo hace su petición ahora, no será afectado por el próximo aumento.

LISTA ORIENTATIVA DE PRECIOS (1995)

GRUPO	PRECIO/SESIÓN (PARA GRUPO DE 15 PERSONAS)
-------	-------------------------------------------------

Popular	Bs. 1500
Juvenil	Bs. 1800
Profesional	Bs. 2700
Instituciones	Bs. 4000

TEMAS DISPONIBLES

DESDE OCTUBRE 1995

POLITICA

- La crisis
- La sociedad civil en Venezuela
- Movimiento democrático desde la base
- La violencia en Venezuela
- Barrios humanos
- La Iglesia frente al país

ECONOMIA

- Familias y empresas
- ¿Qué es la inflación?
- Venezuela país petrolero
- El sector informal venezolano
- ¿Qué es el mercado?
- Los mercados en Venezuela
- El ajuste macroeconómico
- Sectores productivos para el futuro
- Papel del Estado en la economía
- La crisis financiera

CULTURA

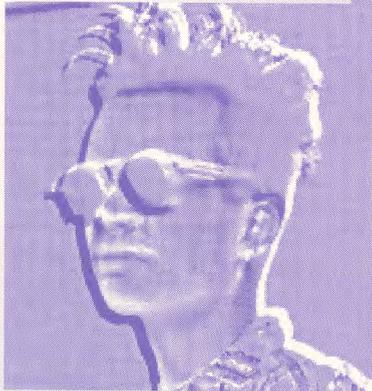
- Valores tradicionales del venezolano
- ¿Qué es la modernidad?
- ¿Qué es la posmodernidad?
- ¿Qué es el neoliberalismo?
- Cómo acceder a la prensa
- Ética y política para salir adelante
- Nuestra cultura política
- Libertad de información y de expresión

TEOLOGIA

- La Biblia en diálogo con la realidad
- La práctica liberadora de Jesús
- El reino de Dios
- ¿Qué es espiritualidad?
- Contemplativos en la liberación
- Lo que nos pide el país

Más información en:
CENTRO GUMILLA
Tlf. 564.98.03 - 75.57
Fax 561.82.05

**Programa operativo sólo en Caracas. Informaremos de extensiones al interior*



ENTRADA

- **"In memoriam"** de José Ignacio Cabrujas
Ibsen Martínez
- **Asimetrías de la urdimbre cultural venezolana. Políticas culturales y públicos**
Carlos E. Guzmán Cárdenas
- **La cultura popular en la modernidad venezolana (apuntes de una lectura)**
Antonio López Ortega
- **Pluriculturalismo**
Agnes Heller
- **Cultura latina y comunicación en Estados Unidos**
Francisco Tremonti
- **Apuntes para una teoría de la región y de la identidad regional**
Gilberto Giménez
- **Comunicación, gobierno y ciudadanía**
Josep Rota
- **La prensa de las comunidades españolas en iberoamérica. Una visión cuantitativa**
Antonio Checa Godoy

ESTUDIOS

- **Comunicación y cultura: para pensar lo Massmediático**
Marcelino Bisbal
- **Identidad y postmodernidad en América Latina**
Julio Ortega
- **La región como ámbito de identificación con el grupo básico y su exigencia de proyección internacional**
Santiago Petschen

HABLEMOS

- **Néstor García Canclini: Cruces, arraigos y deslindes**
Marisol Cano Busquets